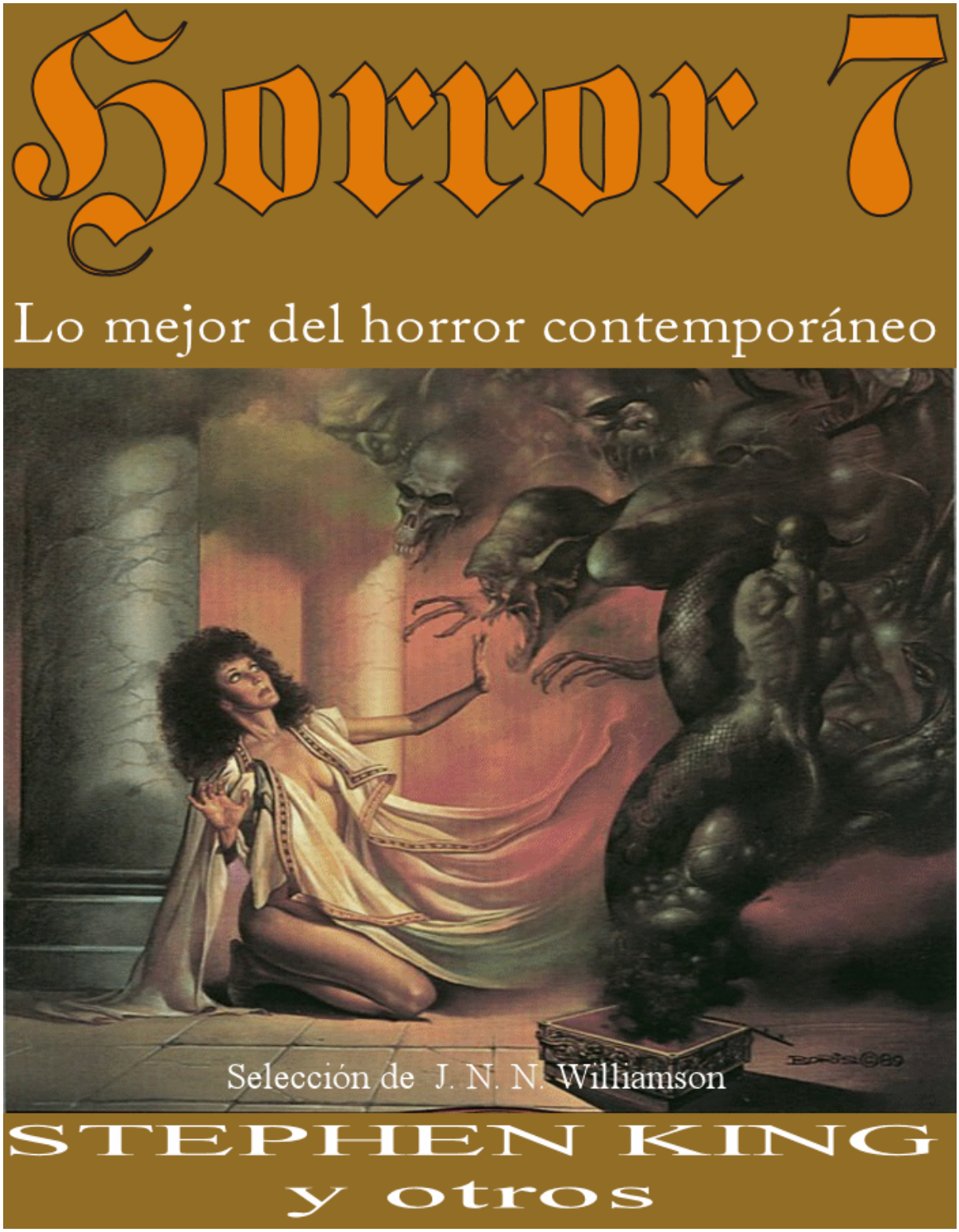
HORROR 7

Varios Autores




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# HORROR 7
## Lo mejor del terror contemporáneo
## STEPHEN KING y otros

Selección de
J. N. N. Williamson

***Agradecimientos***

El editor desea expresar su agradecimiento por la ayuda, el consejo y el apoyo de muchos amigos, escritores, críticos, agentes y seguidores del vasto género del terror/ lo sobrenatural.

Es innegable que la siguiente lista alfabética resulta incompleta, pero la gratitud expresada no lo es.

Mike Ashley, British Fantasy Society: Comité Balrog Awards 1985; la inspiración de Charles Beaumont; Ray Bradbury; James H. Bready, The Baltimore *Sun:* Francis D. Burke; Ethel T. Cavanaugh; Carolyn Churchman; Don Congdon; Michael Congdon; Orson Scott Card; Nebula Awards Report; Delores J. Everts; Janet Fox. *Scavenger's Newsletter;* W. Paul Ganley; William Grahowski; Peter Heggie. The Authors Guild; el desaparecido Milton L. Hillman: *The Horror Show: The Inkling* (Marilyn Bailey); Tappan King. *Rod Serling's Twilight Zone Magazine;* Stephanie Leonard. *Castle Rock; Locus;* David Maclay; John B. Maclay III; Joyce Maclay; Robert R. McCammon; Kay McCauley; Kirby McCauley; Nancy Parsegian; *Publishers Weekly;* James Rooke; Stuart David Schiff; *Whispers:* Eric Slaughter, Waldenbooks; Milburn D. Smith, Starlog Group; Peter Straub; *Science Fiction Chronicle;* Anthony Timpone, *Fangoria:* Greg Todd. WRTV, Indianápolis; Bob y Phyllis Weinberg; Joseph V. Welhoelter; John K. Williamson; Mary T. Williamson. Midwest Literary Agency; Ron Wolfe; Dick Wolfsie, «Night Talk»; Comité World Fantasy Convention Awards 1985.

## *Introducción*

En el béisbol, el más pastoral de los deportes norteamericanos, existe una mala suerte similar al *freem* del que Steve Allen solía hablar: el «cenizo» del segundo curso universitario.

Tradicionalmente, este presagio de mala suerte suele saltar a la nariz de un jugador de segunda temporada cuyas habilidades, demostradas en la primera, disminuyen con rapidez y, en ocasiones, desaparecen como por arte de magia. Y cuando Pedro Prodigio vuelve a la liga, pero en segunda división, los aficionados dicen que «no pudo imprimirle a la pelota la parábola adecuada».

Al planificar esta antología tuve en mente el deporte que adoro. Por las noches, cuando tengo insomnio, me invento equipos de la Liga de Baloncesto de la NBA; cuando el problema de sustituir al defensa Isaiah Thomas se pone lo bastante peliagudo, suelo quedarme dormido. Hace tiempo imaginé una alineación con Rick McCammon a la cabeza, y la cosa funcionó muy bien. «Cambié» ideas y maravillas como un entrenador cambia a sus jugadores, y con un celo del que Casey Stengel se habría sentido orgulloso; más tarde, sentí que Rick -merecedor de nominaciones para el Balrog y el World Fantasy- era con toda probabilidad, nuestro jugador más valioso.

Pero en cuanto Steve King cumplió el compromiso adquirido conmigo, y me envió su relato más reciente, con lo cual dejó por sentado el hecho (por lo demás obvio) de que esta especie de Sultán de Swat es también un hombre de honor, detecté... algo que revoloteaba sobre mi tabique nasal. Tenía un sospechoso parecido con un *freem.*

Con tanto campo de aterrizaje por delante, decidí planificar esta antología del mismo modo que Red Auerbach, entrenador de baloncesto, solía sustituir a los cinco hombres del equipo titular por otros que, de inmediato, realizaban mucho mejor juego que el quinteto inicial. De lo contrario, todo el mundo se imaginaría que el viejo capitán y el equipo de ese año habían sido atacados a mordiscos por el mal agüero y no lograban imprimirle al balón la parábola exacta.

Además, me cuestioné si no sería posible buscar no sólo la mezcla adecuada de jugadores -incluyendo los repetidores y las estrellas que participaron en la liga de primeras figuras de otros editores, además de varios fenómenos- sino también del tipo de relatos que yo mismo había echado de menos en los últimos años en las colecciones y revistas del género.

Así fue como les pedí a los escritores que idearan historias inéditas que me asustaran, y que no fuesen oscuras o tenebrosas.

Los editores no buscan historias de este tipo porque para los escritores es difícil encontrar ambientes realmente originales en los que los monstruos y lo sobrenatural estén implicados, y mucho más difícil hacerlos creíbles.

Pero a este viejo capitán no le sorprendió que 1) nuestros hiladores de misterios espectrales pudieran con el reto, o que 2) los escritores de talento, seleccionados con sumo cuidado, contaran, paso a paso y palabra a palabra, con imaginaciones ávidas propias de una selección de campeones.

En cuanto a asustarme de otras maneras, al tener que desempeñar por ustedes el papel de primer lector, me complace afirmar que en estas páginas encontrarán, además, relatos de crudo realismo, estudios psicológicos. humor y sátiras procaces, ocultismo y fantasmagoría, intensidad y agudeza de ingenio. Corresponde ahora al lector decidir si hemos logrado derrotar al «cenizo» del segundo curso.

Existe un motivo por el que ciertos editores rehúsan aceptar, por norma, un determinado tipo de relato, y es porque piensan, de verdad, que los lectores ya no creen en el mal o en lo sobrenatural. Es un verdadero placer para mí introducir en la alineación -como mi TO (timonel oficial)- a Charles Beaumont. En su comentario final para la excelente recopilación que Ballantine publicara en 1962. *The Fiend in You,* Beaumont escribió que los seres humanos, en la mayor parte de nuestra historia, hemos basado nuestras culturas, incluso nuestras naciones, en lo sobrenatural; «en poderes que superan el entendimiento» de cualquiera de nosotros.

Según Chuck, nuestro principal móvil era el miedo. El miedo a lo desconocido.

Y este malogrado escritor del género se preguntaba por qué -en el supuesto de que entendamos que «el miedo no es una entidad o una fuerza en sí mismo», y consideremos que

«la muerte es el olvido»- siguen asustándonos los libros, los relatos, las historias y las obras que surgen de nuestros temores ancestrales.

Persiste una esencia en nosotros, «un sentido básico... de que no todas las cosas en este mundo son de este mundo», sostenía Beaumont. Y lo que «unos pocos seres humanos hacen» -aquellos que crean las obras de ficción- es dejar al descubierto la «cobertura barata de la civilización moderna», que hace de capa protectora..., para revelar y examinar ciertos poderes, fuerzas, humores y tramas de los que «deberíamos sentirnos aterrados».

De poco sirve argüir que han pasado casi treinta años desde que Charles Beaumont dijera todo esto. La bomba atómica, los locos y los asesinos, las drogas, las malas leyes y los políticos corruptos, las enfermedades y la muerte ya existían en 1962. De un modo u otro, los relatos que componen esta antología están aquí porque comparto la convicción de Chuck. Aunque estoy absolutamente de acuerdo en que las obras de terror deben explorar, en parte, los vericuetos de nuestras mentes, los siniestros acontecimientos de las noticias cotidianas, no soy de la opinión de que el mal esté muerto, ni de que la muerte sea para siempre. No creo, ni por un instante, que lo sobrenatural sea *passé,* ni que todo pueda ser explicado por la ciencia (al menos, lo que ha pasado). Pienso que no todas las sorpresas y emociones que nos están reservadas puedan ser descubiertas sólo y exclusivamente en las profundidades de la psique del hombre, aunque tampoco creo que todo ello sea, en definitiva, inexplicable.

Desde el punto de vista del recopilador y el editor, estas antologías aceptan como sobrecogedora probabilidad que «no todas las cosas en este mundo son de este mundo». Y consideramos que disfrutar de los relatos y novelas en los que se ejemplifican las creencias de Beaumont es tan importante como sacar provecho de la escuela más seria y sesuda de la ficción realista o existencial.

¡El partido comienza... y dejad que la música del espíritu de la noche se empiece a oír!

# *Popsy*

STEPHEN KING

*Stephen King es alto, naturalmente circunspecto aunque accesible, tiene cierta tendencia a entrecerrar los párpados, y resulta que es hombre de palabra. Eso no lo convierte en algo*

*único entre los trabajadores de la palabra, quienes, en su mayoría, me parecen todos hombres y mujeres honorables. Hecho que lo coloca en una selecta compañía entre las personas de fama extraordinaria, creo.*

*Eso, su talento, y su laboriosidad.*

*Presentar a Steve es algo así como presentar a Abraham Lincoln. O a Muhammad Ali; o a Billie Jean King (con quien no tiene parentesco alguno). Mi suegra no ha leído una sola palabra escrita por él, pero eso no me molesta; tampoco ha leído nada de mi obra.*

*El mordaz e imaginativo Jim Kisner sugiere que «la mayoría de la gente no piensa en King como en un escritor de temas de terror», juicio que surge, según creo, no tanto de la forma en que es promocionado como de su versátil producción. Este nuevo relato es sencillo, un tanto irónico, y distinto de la mayor parte de las cosas que ha escrito. El sentido de la fatalidad de esta historia hará que usted vitoree... a «Popsy».*

Sheridan circulaba despacio por el largo y vacío paseo del centro comercial cuando vio salir al pequeño por la puerta principal, justo debajo del letrero luminoso de COUSINTOWN. El niño tendría quizá unos tres años, aunque estaba bastante desarrollado para esa edad, pero seguro que no pasaba de los cinco. Llevaba en el rostro una expresión con la que Sheridan había llegado a armonizar exquisitamente. El pequeño intentaba no echarse a llorar, aunque no tardaría mucho en hacerlo.

Sheridan vaciló un momento; sintió la suave y conocida oleada de desprecio por sí mismo.... pero cada vez que se llevaba un niño, esa sensación se hacía menos urgente. La primera vez, había pasado una semana con insomnio. No dejaba de pensar en aquel enorme y grasiento turco, que se hacía llamar señor Mago, y no cesaba de preguntarse qué hacía con los niños.

-Van a pasear en barco, señor Sheridan -le había respondido el turco.

Aunque aquello, a sus oídos, sonó más bien a *Ven a bassaar an berco, siño Sheridan.* El turco sonrió. *Y si sabe lo que le conviene, no haga más preguntas,* le dijo aquella sonrisa, y luego lo hizo en voz alta y clara, sin acentos.

Sheridan no había vuelto a preguntar más, aunque eso no significaba que no hubiera seguido intrigado. Le daba vueltas y vueltas, con el deseo de poder volver atrás para darle más y más vueltas, para alejarse de la tentación. La segunda vez lo había pasado tan mal como la primera...; la tercera, ya un poco menos... y a la cuarta, ya había dejado de formularse preguntas sobre el «basseo en berco» y qué esperaba a los niños al final del recorrido.

Sheridan estacionó la furgoneta en uno de los lugares señalizados para tal fin que había justo delante del centro comercial; casi siempre aparecían vacíos porque estaban reservados para los inválidos, eso impedía que los agentes de seguridad del centro comercial sospecharan nada; además, esos estacionamientos resultaban muy apropiados.

«Siempre finges que no saldrás a buscar, pero luego robas una placa de inválido uno o dos días antes.»

¿Qué más daba toda esa basura? Se encontraba en un aprieto y ese crío podía sacarle de él.

Se apeó de la furgoneta y se dirigió hacia el niño, que miraba a su alrededor con un pánico cada vez más azorado reflejado en el rostro. «Sí-pensó-, tiene cinco años, quizá seis... aunque es un tanto delgaducho. » Bajo el intenso brillo de los fluorescentes que se filtraba por las puertas de cristal, el niño se veía pálido y enfermizo. Quizá estuviera enfermo de verdad, pero Sheridan supuso que sería a causa del susto.

El pequeño miraba, esperanzado, a la gente que pasaba por su lado; personas que entraban en el centro comercial, deseosas de comprar, y que salían cargadas de paquetes, con rostro aturdido, como drogadas, y con un aspecto que tal vez consideraran como de satisfacción.

El niño, que vestía unos tejanos lavados a la piedra y una camiseta con el anagrama de los Penguins de Pittsburgh, buscaba ayuda; buscaba a alguien que se fijara en él y notara que algo iba mal; buscaba a cualquier persona que le formulara la pregunta adecuada: *«¿Has perdido a tu papá, hijo?»,* por ejemplo; buscaba un amigo.

«Aquí estoy -pensó Sheridan mientras se acercaba a él-. Aquí estoy, hijito. Yo seré tu amigo.»

Estaba a punto de abordar al niño cuando vio que, por el vestíbulo, un guardia de seguridad del centro comercial se dirigía despacio hacia las puertas. El hombre buscaba algo en el bolsillo, quizá un paquete de cigarrillos. El tipo saldría, vería al niño y le arruinaría el negocio a Sheridan.

«¡Mierda!», pensó Sheridan, pero, al menos, cuando el policía saliera no lo pescaría hablando con el niño. Hubiera sido peor.

Sheridan retrocedió un poco y se dedicó a buscar en sus propios bolsillos, en un intento de fingir que se aseguraba de tener las llaves. Su mirada pasó rápidamente del niño al guardia de seguridad y de éste al niño de nuevo, el cual había comenzado a llorar. No lo hacía a gritos, aún no, pero los lagrimones, que parecían rojizos bajo el resplandor del letrero del CENTRO COMERCIAL COUSINTOWN, le resbalaban por las suaves mejillas.

La joven del mostrador de «información» le hizo una seña al guardia y le dijo algo. Era guapa, morena, de unos veinticinco años; el agente tenía el pelo de un color arena y lucía bigote. Cuando se acodó en el mostrador y sonrió a la chica, a Sheridan se le ocurrió pensar que se parecían a aquellos anuncios de cigarrillos que salían en las contraportadas de las revistas. «El espíritu de Salem». «Enciende mi Lucky». El se moría ahí fuera y ellos, dentro, de charla. En ese momento, la chica hacía una caída de ojos. Qué monada.

De repente, Sheridan decidió arriesgarse. El pecho del niño comenzaba a agitarse, y tan pronto como se pusiera a llorar a gritos, alguien repararía en él. No le hacía gracia actuar con un guardia a menos de doce metros de distancia; pero si dentro las veinticuatro horas siguientes no cancelaba los pagares que firmara en Reggie's, un par de tipos muy fornidos irían a visitarle, y le harían una operación de cirugía improvisada en los brazos, para agregarle varios centímetros en cada uno.

Se dirigió hacia el niño. Sólo era un hombre corriente, vestido con una vulgar camisa Van Heusen y pantalones caqui: un hombre con un rostro ancho y normal que, a primera vista, daba sensación de amabilidad. Se inclinó sobre el pequeño, con las manos apoyadas justo encima de las rodillas, y el chiquillo volvió su pálido y asustado rostro hacia el de Sheridan. Sus ojos eran verdes como las esmeraldas, y las lágrimas que los bañaban acentuaban su color.

-¿Has perdido a tu papá, hijo? -le preguntó, amable Sheridan.

-A mi *Popsy* -repuso el crío, al tiempo que se enjugaba las lágrimas-. ¡Mi papá no está aquí, y no... no puedo encontrar a mi *Po...* a mi *Pooopsy*!

Rompió a llorar de nuevo, y una mujer que se disponía a entrar, se volvió a mirarle, con una vaga preocupación reflejada en su rostro.

-No pasa nada -le dijo Sheridan.

La mujer prosiguió su camino.

Para tranquilizarle. Sheridan rodeó los hombros del niño con un brazo y lo condujo despacio hacia la derecha, en dirección a donde tenía la furgoneta. Luego, echó una mirada hacia el centro comercial.

El guardia de seguridad tenía el rostro casi pegado al de la joven de información. Parecía como si hubiera algo bastante ardiente entre ellos...; de no ser así, pronto lo habría. Sheridan se relajó. Tal y como estaban las cosas, si atracaran el Banco del vestíbulo, el poli no se enteraría de nada. Aquello empezaba a parecerle pan comido.

-¡Quiero ir con mi *Popsy*! -lloró el niño.

-Por supuesto, seguro que sí -dijo Sheridan-. Y vamos a buscarlo ahora mismo. No te preocupes.

Condujo al niño un poco más hacia la derecha.

El pequeño lo miró desde su escasa altura con un asomo de repentina esperanza.

-¿Y podrás encontrarle?

-¡Claro que sí! -exclamó Sheridan con una sonrisa-. Se podría decir que buscar *Popsies* perdidos es una de mis especialidades.

-¿De verdad?

El niño esbozó una ligera sonrisa, aunque sus ojos continuaron estando llorosos.

-De verdad -respondió Sheridan.

Se volvió a mirar de reojo al interior del centro comercial para asegurarse de que el guardia, al que apenas lograba ver (y quien apenas lograría ver a Sheridan y al niño si levantaba la vista), seguía subyugado. Y así era.

-¿Cómo iba vestido tu *Popsy,* hijo?

-Llevaba el traje - respondió el niño-. Casi siempre lleva su traje. Sólo una vez lo vi con tejanos.

Hablaba como si Sheridan tuviera la obligación de saberlo todo sobre su *Popsy.*

-Apuesto a que el traje es negro -aventuró Sheridan. Los ojos infantiles se iluminaron y lanzaron unos rojos destellos bajo el luminoso del establecimiento, como si sus lágrimas se hubieran convertido en sangre.

- ¡Lo has visto! ¿Dónde?

Olvidadas las lágrimas, el niño, ansioso, se dirigió hacia las puertas de entrada, y Sheridan tuvo que hacer un gran esfuerzo para no agarrarle allí mismo. De nada le serviría. No podía montar un número. Debía evitar cualquier acción que la gente recordara más tarde. Tenía que meterlo en la furgoneta. Todos los cristales de ésta eran ahumados excepto el del parabrisas: incluso a un palmo de distancia, resultaba poco menos que imposible ver lo que iba en su interior.

Lo primero era meterle en la furgoneta.

Tocó al niño en el brazo.

-Hijo. no lo he visto ahí dentro -dijo-. Sino por allá. Señaló hacia el enorme estacionamiento con sus interminables grupos de coches. En el extremo opuesto había un camino de acceso, y, más allá, podían verse los dobles arcos amarillos de McDonald's.

-¿Y para qué iría *Popsy* hacia allá? -inquirió el niño, como si Sheridan o *Popsy, o* quizá ambos, se hubieran vuelto completamente locos.

-No lo sé -respondió Sheridan.

Su mente funcionaba a toda velocidad; avanzaba como un tren expreso, lo que hacía siempre que necesitaba llegar al punto en que debía dejarse de rodeos y zambullirse en la piscina con decisión o cagarla con toda honra. *Popsy.* Nada de papá, ni de papi, sino *Popsy.* El niño mismo le había corregido a él. Sheridan llegó a la conclusión de que *Popsy* sería el abuelo del pequeño.

-Pero estoy seguro de que se trataba de él. Un hombre mayor, con un traje negro, cabello blanco..., corbata verde...

-*Popsy* lleva la corbata azul -le contradijo el niño-. Sabe que es la que más me gusta.

-Ya, puede que fuera azul -dijo Sheridan-. Con estas luces, nunca se sabe. Anda, sube a la furgoneta que te llevaré con él.

-¿Estás seguro de que era *Popsy*? No entiendo para qué iría *Popsy* a un sitio donde...

Sheridan se encogió de hombros.

-Mira, niño -dijo-, si estás seguro de que no era él, será preferible que lo busques tú solo. A lo mejor lo encuentras cuando menos te esperas.

Y se alejó de repente en dirección a la furgoneta.

El niño no lo siguió. Sheridan pensó en regresar y volver a intentarlo, pero el asunto se había alargado demasiado; o mantenía al mínimo las posibilidades de llamar la atención o tal vez consiguiera veinte años en Hammerton Bay. Era mejor que se marchara a otro centro comercial. A Scoterville, quizá. O a...

-¡Eh, señor, espérame!

Se trataba del pequeño. En su voz se traslucía el pánico. Se oyó el sonido sordo de las zapatillas.

-¡Espera! Yo le había dicho que tenía sed. Supongo que iría hasta allí para buscarme algo de beber. ¡Espera!

Sheridan se volvió, todo sonrisas.

-Lo cierto es que no iba a abandonarte, hijo.

Condujo al niño hasta la furgoneta, que tenía cuatro años y estaba pintada de un azul indefinido. Abrió la puerta y le sonrió; el niño lo miró, dubitativo, con aquellos ojos verdes nadándole en su pálida carita.

-Entra en mi reino -dijo Sheridan.

No tenía problema con las tías, y tampoco con la bebida, porque sabía prescindir de ambas cosas cuando quería. Su problema lo constituían los naipes; cualquier clase de naipes, con tal de que fueran del tipo que te permite entrar en juego cambiando billetes por fichas. Había perdido empleos, tarjetas de crédito, la casa que su madre le había dejado... Jamás había estado en la cárcel, al menos hasta ese momento: pero la primera vez que tuvo problemas con el señor Reggie, llegó a pensar que la cárcel, comparada con aquello, sería como una cura de reposo.

Aquella noche había perdido un poco la razón. Llegó a la conclusión de que lo mejor era perder al comenzar la partida. Porque si perdía de entrada, se desanimaba y se marchaba a su casa, veía un rato a Carson en la televisión y, después, se acostaba. Pero cuando ganaba un poco al principio, seguía jugando. Esa noche, Sheridan había insistido, y acabado con una deuda de diecisiete mil dólares. Ni él mismo podía creérselo; volvió a su casa aturdido, casi azorado por la enormidad de la cifra. En el coche, no cesaba de repetirse que al señor Reggie no le debía setecientos ni siete mil, sino ¡diecisiete mil dólares! Cada vez que ese pensamiento volvía a su mente, se echaba a reír a lo tonto y subía el volumen de la radio.

Sin embargo, a la noche siguiente, no se echó a reír a lo tonto cuando los dos gorilas (los que le retorcerían los brazos de mil maneras, nuevas y curiosas, si no pagaba) lo llevaron al despacho del señor Reggie.

-Pagaré -balbuceó Sheridan de inmediato-. Escúcheme, pagaré mi deuda, no hay problema; sólo es cuestión de un par de días; una semana o dos a lo sumo.

-Me aburres, Sheridan -dijo el señor Reggie.

-Yo...

-Cierra la boca. Si te diese una semana, ¿crees que no me sé yo lo que harías? Le darías el sablazo a algún amigo y conseguirías unos doscientos dólares, si es que tienes algún amigo a quien recurrir. Si no logras encontrar un amigo, atracarás una tienda de bebidas... si es que tienes agallas para hacerlo, cosa que dudo, aunque todo es posible. -El señor Reggie se inclinó hacia adelante, apoyó la barbilla en las manos y sonrió. Olía a colonia Ted Lapidus-. Y si lograras conseguir doscientos dólares, ¿qué harías?

-Dárselos a usted -había farfullado Sheridan, que a esas alturas estaba a punto de mearse en los pantalones-. ¡Se los entregaría de inmediato!

-De eso nada -repuso el señor Reggie-. Te irías al hipódromo y tratarías de aumentar esa cifra. Y lo que me darías sería un montón de disculpas de mierda. Amigo mío, esta vez estás enterrado hasta las orejas. Más arriba de las orejas.

Sheridan comenzó a lloriquear.

-Estos muchachos podrían mandarte al hospital una buena temporada -dijo el señor Reggie en tono reflexivo-. Allí, te pondrían una sonda en cada brazo y otra en la nariz.

Sheridan comenzó a lloriquear con más fuerza.

-Voy a hacerte un favor -dijo el señor Reggie, y deslizó una hoja de papel doblada por encima del escritorio hacia Sheridan-, quizá llegues a entenderte con este tipo. Se hace llamar señor Mago, pero es una mierda igual que tú. Y ahora, ¡fuera de aquí! Pero dentro de una semana te haré volver y tendré tus pagarés sobre este escritorio. Cuando ese momento haya llegado, o me los cancelas o haré que mis amigos hagan contigo un buen trabajito. Y como Booker T. dice, una vez puestos, no paran hasta que se sienten satisfechos.

En la hoja de papel aparecía escrito el verdadero nombre del Turco. Sheridan fue a visitarle, y se enteró de lo de los niños y los *bassaos en berco.* El señor Mago puso también una cifra que era bastante más elevada que la suma a la que ascendían los pagarés en poder del señor Reggie. Entonces fue cuando Sheridan empezó a moverse por los centros comerciales.

Salió del estacionamiento principal del Centro Comercial Cousintown, comprobó que no pasaran coches, y se metió en el camino de entrada al McDonald's. El niño iba sentado en el borde del asiento del acompañante, con las manos sobre las rodillas del tejano lavado, y los ojos agónicamente alertas. Sheridan enfiló hacia el edificio, hizo un giro muy abierto para evitar el carril de desvío y pasó de largo.

-¿Por qué vas a la parte de atrás? -preguntó el pequeño.

-Para ver las demás puertas -contestó Sheridan-. Quédate tranquilo, chico. Creo haberle visto ahí dentro.

-¿De veras? ¿Lo dices en serio?

-Estoy casi seguro.

Una oleada de sublime alivio inundó el rostro del niño. y. por un momento. Sheridan sintió compasión del pequeño: por el amor de Dios, que él no se consideraba ni un monstruo ni un maníaco. Pero esos pagarés habían ido aumentando de precio cada vez y el hijoputa del señor Reggie no sentiría el menor remordimiento si Sheridan decidía ahorcarse. Porque esta vez ya no eran diecisiete, ni veinte, ni siquiera veinticinco mil dólares. Esta vez tendría que conseguir treinta y cinco de los grandes si para el sábado siguiente no quería encontrarse con unos cuantos codos nuevos en los brazos.

Se detuvo en la parte trasera, junto al depósito de la basura. No había nadie estacionado. Bien. En la parte interior de la puerta de la furgoneta llevaba una bolsa de plástico para guardar mapas u otros objetos. Sheridan metió la mano izquierda en él y sacó un par de esposas Koch de acero azulado. Estaban abiertas.

-Oiga, ¿por qué vamos a parar en este sitio? -inquirió el niño. Lo preguntó con un tono de voz en el que se reflejaba otro tipo de miedo; esa voz decía que tal vez haber perdido a *Popsy* en un centro comercial atestado de gente no era lo peor que podía ocurrirle.

-En realidad no pararemos aquí -respondió Sheridan con cierta seguridad.

La segunda vez que había hecho aquello aprendió en su propia carne que no es conveniente subestimar ni tan siquiera a un niño de seis años cuando le entra el pánico. El segundo crío le había encajado una patada en los cojones y a punto había estado de escapársele.

-Es que me he dado cuenta de que no me he puesto las gafas para conducir. Podrían quitarme el permiso. Están en esa funda que hay en el suelo. Se ve que se han escurrido hasta ahí. ¿Quieres dármelas, por favor?

El niño se agachó para recoger con la mano derecha la funda, que estaba vacía. Sheridan se inclinó y, con una limpieza de película, logró colocarle una de las anillas en la otra mano. Y ahí comenzaron los problemas. ¿Acaso no acababa de recordar que constituía un grave error subestimar incluso a un crío de seis años? El niño luchó como un gato montés; se retorció con una musculosidad de anguila que Sheridan jamás hubiera creído posible en una bolsa de huesecitos como aquélla. Se retorció, luchó y se abalanzó hacia la puerta, entre resoplidos y extraños gritos, como de pájaro. Aferró el tirador. La portezuela se abrió de par en par, pero la luz del habitáculo no se encendió porque Sheridan, después de su segunda incursión, la había quitado.

Agarró al niño por el cuello de la camiseta de los Penguins y tiró de él hacia dentro. Intentó enganchar la otra anilla de las esposas en el asa especial que había junto al asiento del acompañante, pero falló. El niño le mordió dos veces e hizo que le sangrara. Diablos, sus dientes parecían cuchillas. El dolor le llegó hondo y le recorrió el brazo con sus aceradas punzadas. Le propinó un puñetazo en la boca. Atontado, el pequeño cayó sobre el asiento; la sangre de Sheridan, que le había manchado la boca y la barbilla, le goteaba sobre el cuello ribeteado de la camiseta. Sheridan cerró la otra esposa en el asa del asiento y luego se desplomó en el suyo, chupándose el dorso de la mano derecha.

Le dolía mucho. Apartó la mano de la boca y se la miró bajo la débil luz del tablero de instrumentos. Dos cortes irregulares y poco profundos, de unos cinco centímetros de largo, partían desde encima de los nudillos en dirección a la muñeca. La sangre manaba en débiles hilos. No obstante, no sintió el impulso de volver a zurrar al niño, y aquello no tenía nada que ver con dañar la mercancía del Turco, a pesar del modo quisquilloso en que éste le había advertido que no lo hiciera: «astrobea la marcancía y astrobearás el brecio», le había dicho el Turco con su acento aflautado.

No, no culpaba al chico por luchar; él, en su lugar, habría hecho lo mismo. Tendría que desinfectarse la herida lo antes posible, en una de ésas, hasta necesitaría que lo vacunaran: había leído en alguna parte que las mordeduras de los humanos eran las peores; aunque, en cierto modo, admiraba el coraje del pequeño.

Metió la primera, rodeó el edificio de ladrillos, dejando atrás la ventanilla vacía de la entrada, y regresó al camino de acceso. Giró a la izquierda. El Turco tenía una enorme casa estilo rancho en Taluda Heights, en las afueras de la ciudad. Sheridan iría hacia allí a través de caminos secundarios, por si acaso. Cuarenta y cinco kilómetros. Tres cuartos de hora.... una quizá.

Dejó atrás un cartel que decía: GRACIAS POR COMPRAR EN EL PRECIOSO CENTRO COMERCIAL COUSINTOWN, giró a la izquierda, y puso la furgoneta a la velocidad perfectamente legal de sesenta kilómetros por hora. Sacó un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón, se envolvió en él la mano derecha y se concentró en seguir las luces de los faros en dirección a los cuarenta billetes de mil dólares que el Turco le había prometido.

-Te arrepentirás -dijo el niño.

Impaciente, Sheridan se volvió a mirarle; acababan de despertarlo de un sueño en el que había logrado veinte puntos seguidos y tenía al señor Reggie postrado a sus pies, con el culo a rastras, y le suplicaba que se detuviera; ¿qué pretendía?, ¿acaso quería arruinarle?

El niño lloraba de nuevo, y sus lágrimas seguían ofreciendo aquella extraña tonalidad rojiza. Por primera vez, Sheridan se preguntó si el crío no estaría enfermo..., si no tendría algo contagioso. A él tanto le daba, con tal de que no se le pegara y que el señor Mago le pagase antes de darse cuenta.

-Cuando mi *Popsy* se entere, te aseguro que te arrepentirás -sentenció el chiquillo.

- Ya - repuso Sheridan y encendió un cigarrillo.

Salió de la Carretera Estatal Veintiocho y se metió por un camino alquitranado de dos carriles, sin señalizar. A la izquierda se extendía una amplia zona pantanosa, y a la derecha, unos bosques sin fin.

El niño tiró de las esposas y sollozó.

-Deja de llorar. No te servirá de nada.

No obstante, el pequeño volvió a dar otro tirón. Esa vez, el sonido que emitió fue una especie de gruñido de protesta que a Sheridan no le gustó ni un ápice. Se volvió a mirar y se quedó atónito al comprobar que el asa metálica que había al lado del asiento, un puntal que él mismo había soldado, estaba completamente doblado. «¡Mierda! -pensó-. Tiene dientes como cuchillas y ahora voy y descubro que el chaval, además, es tuerte como un buey.»

Se detuvo junto al borde del camino y le gritó:

-¡Para de una vez! -gritó.

-¡No quiero!

El crío se volvió a tirar de las esposas y Sheridan pudo advertir que el puntal metálico se doblaba un poco más. Dios santo, ¿cómo podía un niño hacer algo semejante?

«Es el miedo -se contestó él mismo-. Por eso ha podido hacerlo.»

Pero ninguno de los otros había sido capaz de aquello, y a esas alturas, muchos habían estado en peores condiciones que ese crío.

Abrió la guantera, que se hallaba en el centro del panel de instrumentos, y sacó una jeringuilla hipodérmica. El Turco se la había dado, y le había advertido que no debía hacer uso de ella a menos que fuera absolutamente necesario. Las drogas, le había dicho el Turco (había pronunciado *drocas),* podrían estropear la mercancía.

-¿Ves esto? El niño asintió.

-¿Quieres que la use?

El niño meneó la cabeza y lo miró con los aterrados ojos desorbitadamente abiertos.

-Eres listo. Muy listo. Porque te dejaría fuera de combate. -Hizo una pausa. No quería decirlo..., maldición, de verdad que él era un buen tío cuando no tenía el agua al cuello..., pero era preciso-. Incluso podría matarte.

El niño se lo quedó mirando con fijeza, con los labios temblorosos y el rostro blanco como cenizas de papel de diario.

-Si dejas de tirar de las esposas, yo no usaré la aguja. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -susurró el niño.

-¿Me lo prometes?

-Sí.

El pequeño levantó el labio superior, lo que dejó a la vista sus blancos dientes. Uno de ellos estaba manchado con la sangre de Sheridan.

-¿Lo juras por tu madre?

-Nunca he tenido madre.

-¡Mierda! -exclamó Sheridan, disgustado.

Volvió a poner la furgoneta en marcha. Avanzaba a mayor velocidad ahora, y no sólo porque por fin hubiera podido salir del camino principal. El niño le daba miedo. Sheridan quería entregárselo al Turco, cobrar su dinero y largarse.

-Mi *Popsy* es muy fuerte.

-¿De veras? -preguntó Sheridan.

Y pensó para sí: «Apuesto a que lo es, chico. El único tipo del asilo de ancianos que puede plancharse el braguero, ¿eh?».

-Me encontrará.

-Ajá.

-Puede olerme.

Sheridan tuvo la certeza de que le decía la verdad. Y tanto que podría oler al niño. Que el miedo tenía olor era algo que él mismo había aprendido en sus expediciones anteriores, pero éste era algo irreal: el niño olía a una mezcla de sudor, barro y ácido de batería en lenta ebullición.

Sheridan abrió la ventanilla un poco. A la izquierda, el pantano no tenía fin. Unas lonchas rotas de luz de luna brillaban sobre el agua estancada.

*-Popsy* sabe volar.

-Seguro -repuso Sheridan-; y apuesto a que vuela mucho mejor después de un par de botellas de licor.

*-Popsy...*

-Cállate, niño, ¿vale?

El chiquillo guardó silencio.

Seis kilómetros más adelante, el pantano se ensanchaba hasta formar una amplia laguna vacía. En aquel punto, Sheridan giró a la izquierda y se internó por un camino de tierra batida. A ocho kilómetros al oeste de allí giraría hacia la derecha rumbo a la Autopista 41, y desde allí, Taluda Heights estaba a un tiro de piedra.

Miró de reojo hacia la laguna: una sábana plateada bajo la luz lunar... y, en ese momento, la luna desapareció. Borrada.

Un sonido, parecido al que harían unas sábanas enormes al agitarse en el tendedero, le llegó de arriba.

-¡*Popsy*! -gritó el niño.

-Cállate. Era un pájaro.

Pero, de pronto, le entró el pánico, un pánico inmenso. Miró al niño. El pequeño había vuelto a levantar el labio y tenía los dientes al descubierto. Eran unos dientes muy blancos, muy grandes.

No..., grandes, no. Grandes no era el adjetivo correcto.

«Largos» resultaba más apropiado. En especial los dos de arriba, a los lados. Los... ¿cómo se llamaban...? Los colmillos.

De pronto, su mente volvió a levantar el vuelo, frenética, como si algo la estuviera acelerando.

Le *dije que tenía sed.*

*¿No entiendo para que iría* Popsy a *un sitio donde... ?*

«¿Comen? ¿Iba a decir comen?»

*Me encontrará. Puede olerme.* Popsy *sabe volar.*

*Yo le había dicho que tenia sed y fue a buscarme algo de beber, fue a buscarme ALGUIEN para bebérmelo, fue a...*

Algo aterrizó sobre el techo de la furgoneta con un ruido amortiguado, torpe y pesado.

*-¡Popsy!* -volvió a gritar el niño, casi delirante de dicha.

Y, de pronto, Sheridan ya no pudo ver el camino: una enorme ala membranosa, recorrida por infinidad de pequeñas venas, cubrió el parabrisas de lado a lado.

Mi Popsy *sabe volar.*

Sheridan lanzó un chillido y pisó el freno a fondo con la esperanza de que la cosa que había caído sobre el techo saliera despedida hacia adelante. A su derecha, volvió a oír el gruñido de protesta del metal sometido a un gran esfuerzo, seguido otra vez de un breve y seco chasquido. Un instante después, el niño le enterraba los dedos en el rostro y le hacía un corte en la mejilla.

-¡Me ha raptado, *Popsy!* -aullaba el pequeño hacia el techo de la furgoneta con aquella voz de pajarito-. ¡Me ha raptado, me ha raptado, este hombre malo me ha raptado!

«No entiendo nada, niño -pensó Sheridan. Tanteó desmañadamente y encontró la jeringuilla-. No soy un mal tipo, la cuestión es que yo estaba metido en un lío... Joder, en otras circunstancias más adecuadas, yo podría ser tu abuelo...»

Pero cuando la mano de *Popsy,* más parecida a una garra que a una mano de verdad, destrozó el cristal de la ventanilla y le arrebató la hipo-dérmica a Sheridan, junto con un par de dedos, comprendió que aquello no era cierto.

Un momento más tarde. *Popsy* arrancó de cuajo la portezuela del lado del conductor y dejó las bisagras convertidas en dos trozos brillantes de metal retorcido. Sheridan vio una capa hinchada por el viento, una especie de pendiente y la corbata... sí, era azul.

*Popsy* arrancó a Sheridan de la furgoneta y le clavó sus garras en los hombros, traspasándole la chaqueta y la camisa. De repente, los ojos verdes de *Popsy* se tornaron rojos como rosas de sangre.

-Sólo fuimos al centro comercial porque mi nieto quería unas figuritas de los Transformers -murmuró *Popsy,* que despidió un aliento a carne podrida-. Los que anuncian por la televisión. A todos los niños les gustan. Debió dejarle en paz. Debió dejarnos en paz... ¡a los dos!

Sheridan se sintió sacudido igual que si fuera una muñeca de trapo. Chilló y volvieron a sacudirle. Oyó como *Popsy,* solícito, le preguntaba al niño si seguía teniendo sed; y al niño que le contestaba que tenía mucha sed, que el hombre malo le había asustado tanto que tenía la garganta demasiado reseca... Durante un segundo escaso, Sheridan vio la uña del pulgar de *Popsy* antes de que ésta desapareciera bajo el pliegue de su propia mandíbula: era una uña áspera, gruesa y brutal. Con esa uña le cortaron el cuello antes de que pudiera darse cuenta de nada, y lo último que vio, antes de que todo se tornase negro, fue al niño con las manos juntas formando cuenco para recoger el chorro (del mismo modo en que Sheridan, cuando era niño, había formado un cuenco con sus manos juntas bajo el grifo del patio trasero para beber agua una calurosa tarde de verano), y a *Popsy,* que acariciaba suavemente el cabello del pequeño con un cariño enorme en sus gestos.

# *Doble vista*

RAMSEY CAMPBELL

*Conocí a Ramsey Campbell en la World Fantasy Convention. Hasta aquel momento, sólo habíamos intercambiado un par de cartas, de manera que durante nuestro encuentro sonreímos mucho, carraspeamos otro tanto, y el silencio actuó como una densa cortina de niebla. A menudo, cuando me pongo nervioso, me comporto de manera impetuosa al hablar, y eso mismo hice aquella noche en Tucson. «Ramsey, me gustaría publicar uno de tus* tour de force *en mi próxima antología», dije. Enarcó una ceja, luego las dos. Demasiado tarde para echarme atrás, añadí:*
*«Nada confuso, algo que me asuste, contenido en unas dos mil palabras».*

*Sólo su interés en las buenas relaciones anglonorteamericanas le hizo mostrarse comedido.*

*Al cabo de seis semanas, lo que me llegó de Merseyside fue esta joya de relato corto que ahora ofrezco al lector. Su trama es asombrosamente clara y me pasé temblando durante todo el* tour de force, *expresado... ¡en dos mil palabras! Mi nuevo ejemplo de escritor profesional es el autor de* Incarnate, The Face That Must Die, *y* The Nameless. *En «Doble vista», el lector encontrará a Campbell, el maestro, en la cumbre de sus poderes.*

Key esperaba a Hester la primera vez que su piso comenzó a tener aquel aire hogareño. La pareja que vivía en el de arriba había salido un rato, y se habían acordado de apagar la televisión. El recorrió las habitaciones de su casa en medio de aquel placentero silencio, haciendo sonar bajo sus pies los listones del suelo de madera, y cuando la puerta de la cocina se cerró tras él, reconoció el sonido. Por primera vez, el piso le pareció cálido de verdad, y no sólo debido a la calefacción central. Se encontraba en plena tarea de preparar café cuando se preguntó a qué hogar se parecía su piso.

El timbre sonó con suavidad; él había amortiguado el tono de la caja de resonancia. Retrocedió, cruzó la sala dejando atrás la estantería de libros y discos y. tras recorrer el breve vestíbulo, le abrió la puerta a Hester. Ésta le rozó la mejilla con sus carnosos labios; sus largas pestañas le tocaron el párpado como la promesa de otro beso.

-Lamento llegar tarde. Tuve que grabar al alcalde -murmuró ella-. ¿Listo para empezar?

-Acabo de preparar café -repuso queriendo decir que sí.

-Traeré la bandeja.

-Puedo hacerlo yo solo -protestó, aunque lamentó en el acto su petulancia.

O sea, que el hecho de envejecer traía consigo volverse así de quisquilloso. Se sintió azorado y divertido a la vez por haber contestado a Hester de mal modo, después que ella se hubiera tomado el trabajo de ir hasta allí para grabarle.

-No me hagas caso, soy un viejo gruñón -masculló. Pero se vio recompensado por una caricia en los labios de aquellos dedos largos y frescos.

Se sentó a la luz del sol de marzo que, entre nube y nube, penetraba por la ventana, y repasó los discos que había escuchado ese mes; despotricó contra la acústica de las grabaciones de Brahms, elogió la claridad de Tallis. Una vez en la emisora de aquella radio. Hester ilustraría las críticas de Key con fragmentos de aquellas composiciones musicales.

-Otro monólogo impecable y sin guión -comentó ella-. ¿Iremos al cine esta semana?

-Si quieres... Desde luego, no faltaría más. Perdóname por no mostrarme más sociable -se disculpó-. Será que me ha asaltado la segunda infancia.

-Con tal que te mantenga joven...

Key se echó a reír ante ese comentario y le dio unas palmaditas en la mano; sin embargo, de repente, la ansiedad de que se marchara, para poder pensar, lo asaltó. ¿No habría dicho la verdad, acaso sin pretender hacerlo? Sin duda, aquello debería alegrarle: había tenido una infancia feliz, no hacía falta que pensara en las consecuencias negativas de aquella casa. En cuanto el coche de Heste se hubo alejado, se apresuró a volver a la cocina y cerró la puerta, una y otra vez, mientras escuchaba con atención. Cada segundo que pasaba le hacía sentirse menos seguro de cuánto se parecía el ruido producido por la puerta al de otra que había en la casa donde transcurrió su niñez.

Cruzó la cocina, que había fregado a fondo aquella mañana, y se dirigió hacia la puerta trasera. Al quitarle el cerrojo, creyó oír los arañazos de un perro en ella; pero afuera no encontró ningún animal. Pasado el breve jardín, el viento soplaba sobre los campos enfangados, a través de los árboles rechinantes, y le llevó aromas de la incipiente primavera y una ráfaga de lluvia que le empapó el rostro. Desde la puerta trasera de la casa de su infancia

se alcanzaba a ver el cementerio, pero aquello no le había molestado en aquel entonces: incluso llegó a inventar historias para asustar a sus amigos. Sin embargo, en ese momento, los campos abiertos le infundieron valor. El olor a madera húmeda que penetró en la cocina sería producto del tiempo. Cerró la puerta con llave y, durante un rato, se dedicó a leer las aventuras de *Sherlock Holmes,* hasta que las manos comenzaron a temblarle. «El cansancio», se dijo.

La pareja del piso de arriba no tardó en regresar. Key les oyó dejar las bolsas de las compras en el suelo de la cocina, y. después, sus pasos apresurados hasta el televisor. Al cabo de un momento, comenzaron a charlar, a voz en cuello, sobre el trasfondo de un tiroteo en Abilene o Dodge City o algún corral, como si no se hubiesen enterado de que los espectadores debían mantenerse silenciosos o. al menos, no levantar demasiado la voz. A la hora de la cena, en el piso de arriba, los vecinos se sentaron a la mesa casi al mismo tiempo que Key, y la doble imagen del sonido de cubiertos le hizo sentir como si se encontrara en la cocina de arriba y en la suya propia al mismo tiempo. Aunque tal vez la de ellos no despediría aquel leve olor a madera húmeda debajo del linóleo.

Después de la cena, se colocó los auriculares y puso una sinfonía de Bruckner en el *compact disc.* En la oscuridad, la música se elevó con sus montañosas formas. Cuando la sintonía concluyó, estaba más que dispuesto a irse a la cama, pero, una vez acostado, no pudo conciliar el sueño. De repente, el ruido producido por la puerta de su habitación le había sonado mucho más familiar que de costumbre. ¿Y qué había de malo si le recordaba la puerta de su antiguo dormitorio? Envejecer consistía en revivir antiguos recuerdos. Pero sus ojos se abrieron de mala gana y miraron fijamente en la oscuridad, porque había descubierto que la disposición de las habitaciones era la misma que la de la planta baja de la casa de su infancia.

Hubiera sido mucho más extraño si la disposición fuese diferente. No había por qué asombrarse: de joven se había pasado años sintiéndose vulnerable después de haber estado tan cerca de la muerte. De todos modos, descubrió que aguzaba el oído para ver si le llegaban sonidos que prefería no sentir, de manera que cuando por fin se durmió, soñó con el día en que la guerra apareció en su vida.

Ocurrió al comienzo de uno de aquellos ataques aéreos que a punto estuvieron de lograr que aquel pueblo pasara al olvido. Él se sentía impaciente de tanto ocultarse debajo de la escalera cada vez que las sirenas aullaban, de esperar a que sus papeles de reclutamiento llegaran para poder ir a combatir contra los nazis. Aquel día había salido del refugio en cuanto la señal de «ha pasado el peligro» empezó a sonar. Se había dirigido hacia la parte trasera de la casa y mirando fijamente el cielo, azul y transparente; aquella pacífica claridad consiguió ensimismarle. Entonces, un bombardero extraviado sobrevoló el lugar y dejó caer una bomba que debía de estar destinada al astillero del río.

Hasta que la sirena no aulló, ya tarde, fue incapaz de moverse. En el último instante, se había arrojado al suelo, aplastando el parterre de flores de su padre, y lo lamentó mucho, a pesar del pánico. La bomba cayó en el cementerio. Key vio cómo las tumbas saltaban por los aires y, a su espalda, oyó hacerse añicos la ventana de la cocina. Una onda expansiva que arrastraba tierra, lápidas, fragmentos de un ataúd y todo aquello que la explosión había levantado cayó sobre él y ennegreció el cielo, la luz brillante. Tuvo que luchar durante largo rato para despertarse en su piso, y mucho más para convencerse de que no seguía sumergido en el sueño.

Se pasó el día haciendo su valoración de algunos discos y esperando a Hester. No dejaba de creer que oía arañazos en la puerta trasera, pero quizá fueran las descargas de estática del televisor de los vecinos, que aquel día sonaba mucho más lejano. Hester le dijo que no había visto animales cerca de los apartamentos, pero olfateó con fuerza cuando Key se puso el abrigo.

-Tendré que hablar con el propietario de tu casa sobre esto de la humedad.

En el cine, un almacén situado cerca del astillero y convertido en sala cinematográfica, proyectaban *Ciudadano Kane.* La habían filmado el mismo año de la bomba, y en aquel entonces había esperado verla ansiosamente. Ahora, por primera vez en su vida, sintió que las

películas tenían demasiado diálogo. No cesaba de recordar el levantamiento del cementerio, que pareció deseoso de tragárselo.

Y entonces siguieron las desastrosas consecuencias. Mientras sus padres lo llevaban al hospital, un vecino había cubierto con madera la ventana destrozada. Al regresar a casa, Key había oído a sus padres discutir por lo de la ventana. Tumbado, casi indefenso, en la cama, se había dado cuenta de que sus padres no estaban seguros de dónde había salido la madera que estaba clavada de un extremo al otro del marco.

El vecino había jurado que era madera que le había sobrado de unas obras que hiciera en su casa. Y la madera tenía aspecto de estar bastante nueva: el ligero olor podía emanar del cementerio. De todos modos, Key había dado un recital de piano, en cuanto se encontró bien, para poder reponer el cristal. Pero incluso después de que lo cambiaran, la ventana había conservado aquel asqueroso olor a madera podrida.

Quizá estuviera relacionado con el levantamiento del cementerio, aunque, para entonces, ya lo habían limpiado todo, pero ¿acaso no eran demasiados? La locuacidad de *Ciudadano Kane* cedió por fin paso a la música. Key estuvo bebiendo con Hester en el bar hasta la hora de cerrar, y fue entonces cuando advirtió que no deseaba quedarse solo con sus crecientes recuerdos. Al invitar a Hester a su piso para tomar café no hizo más que posponer esos recuerdos, pero, a su edad, era lo único que podía esperar de la chica.

-Cuídate -recomendó ella al despedirse en la puerta, mientras le sujetaba el rostro entre sus frescas manos y lo miraba con fijeza.

Cuando Hester se alejó en su coche, aún le quedaba el sabor de los juveniles labios. No le apetecía irse a la cama hasta no sentirse más tranquilo. Se sirvió una generosa copa de escocés.

Los preludios de Debussy pudieron haberle calmado, pero los auriculares no lograron cubrir el ruido que le llegaba de arriba. Los aviones pasaban en vuelo rasante, las armas disparaban de manera acompasada... y, entonces, alguien lanzó una bomba. La explosión estremeció a Key. Se quitó los auriculares, apartó de un empellón el pequeño piano y se disponía a subir la escalera como una tromba para quejarse cuando oyó otro sonido. La puerta de la cocina se abrió.

«Quizá el impacto de la bomba la ha entreabierto», pensó distraído. Se dirigió veloz hacia la puerta. Se disponía a aferrar el pomo cuando el olor a madera podrida le dio de lleno, ¡y vio la cocina! La cocina de sus padres, el cristal viejo sobre el antiguo fregadero de piedra, la puerta trasera cuarteada en la que creyó oír unos arañazos. Cerró de un portazo. Aquel sonido le resultó ineludiblemente familiar; se dejó caer sobre la cama, su único refugio posible.

Permaneció tumbado e intentó que tanto él como su sentido de la realidad dejaran de estremecerse. Ahora que la televisión podía haberle ayudado a convencerse del lugar en que se encontraba, alguien de arriba la había apagado. Se dijo que no podía haber visto lo que creyó ver. Tal vez el olor y los arañazos fueran ciertos, pero ¿qué significaba eso? ¿Iba a dejarse arrastrar de nuevo por las sensaciones que experimentara después de salir del hospital, por el miedo de aventurarse en las habitaciones de su propia casa, por el terror de no saber qué podía estar esperándolo allí? No era preciso que se levantara para probarse a sí mismo que eso no iba a ocurrir, siempre y cuando tuviera la certeza de que podría levantarse. Nada le ocurriría mientras siguiera tumbado. Y fue esa creciente convicción la que, a la larga, le permitió quedarse dormido.

El sonido de los arañazos lo despertó. Medio adormilado, recordó que no había cerrado la puerta del dormitorio, y. seguramente, la puerta de la cocina habría vuelto a abrirse, de lo contrario, hubiera sido imposible que oyese los impacientes zarpazos. Se sentó en la cama con un gesto de rabia, como si esa rabia lograra impulsarle a cerrar las dos puertas antes de tener la ocasión de sentirse incómodo. En ese momento, sus párpados se abrieron, pegajosos, y se quedó helado; el aliento se le cortó en la garganta. Se encontraba en su dormitorio, en el dormitorio que llevaba sin ver desde hacía casi cincuenta años.

Lo miró con los párpados entornados: miró el techo, bajo e inclinado; las floreadas cortinas, de desiguales medidas; el rincón en el que el nuevo papel pintado no tapaba del todo

el antiguo... Todo lo vio con una especie de pavor paralizante, como si temiera que su solo aliento lo hiciese desaparecer. El jadeante silencio fue roto por los arañazos cada vez más fuertes, más urgentes. De sólo pensar que tenía que buscar la causa de aquel sonido, el pánico lo invadió, y tendió la mano hacia el teléfono que había junto a su cama. Si alguien lo acompañaba. Hester, por ejemplo, seguramente desaparecería el panorama de aquel cuarto que no era. Pero en el dormitorio de su infancia no había teléfono, y en ese momento, allí, tampoco.

Se acurrucó contra la almohada, aterrorizado: después, se levantó. En aquella otra ocasión, tantos años atrás, se había negado a dejarse intimidar y juró por Dios que tampoco se dejaría asustar en ese momento. Cruzó la habitación a grandes zancadas y se dirigió hacia el cuarto principal.

Seguía en la casa de sus padres. Unas sillas desvencijadas se acurrucaban alrededor del hogar. Los rescoldos crepitantes ardían con fuerza y, de reojo, vio su reflejo en el espejo que había encima de la chimenea. Nunca se había visto tan envejecido.

-Al viejo todavía le queda vida -gruñó.

Abrió la puerta de la cocina de par en par y avanzó a paso largo, dejando atrás el hornillo ennegrecido y el fregadero de piedra para enfrentarse a los arañazos.

La llave que siempre había estado en la puerta trasera le quemó la palma de la mano con su frialdad. La hizo girar en la cerradura y. entonces, los dedos se le agarrotaron, el miedo los volvió torpes. El pavor le había borrado la memoria, pero ahora recordaba lo que había tenido que olvidar hasta que él y sus padres se mudaron después de la guerra. Los arañazos no provenían de la puerta..., se producían a su espalda, debajo del suelo.

Giró la llave con tal violencia que la partió. Estaba atrapado. En aquella otra ocasión, tantos años atrás, sólo había oído los arañazos, pero ahora vería de qué se trataba. Los urgentes zarpazos cedieron para dar paso al sonido de madera astillada. Se obligó a volverse con piernas temblorosas, para que, al menos, no lo cogieran por la espalda.

El gastado linóleo se había partido como una fruta podrida; la abertura tendría su misma altura, y por ella asomaban los listones partidos. El hedor a tierra y a podredumbre se elevó hacia él; y hacia él también se irguió una forma borrosa.... una mano, o una parte suficiente de una mano como para hacerle una seña temblorosa.

-Ven con nosotros -susurró una voz desde una boca que parecía taponada de barro-. Te esperábamos.

Key avanzó, tambaleante, atrapado en el trance que lo tenía prisionero desde que despertara. Luego se echó a un lado para apartarse del profundo abismo. Si tenía que morir, no sería así. A la carrera cruzó el cuarto principal, y estuvo a punto de caer cuando tropezó con una novela en Braille. Corrió hacia la puerta principal y se lanzó a la calle, al aire nocturno, que se estrelló contra su rostro como si fuera hielo fino. Un sonido agudo le llenó los oídos y avanzó hacia él a toda velocidad. Creyó que se trataba de la sirena, de la señal indicadora de que el bombardeo había pasado. Pero estaba ciego, como lo había estado desde que la bomba cayera. No comprendió que era un camión hasta que se encontró en su camino. Poco antes de que el vehículo lo embistiera, deseó haber podido ver, una vez al menos, el rostro de Hester en el fugaz instante en que recuperó la vista.

# *Depósito de chatarra*

WILLIAM F. NOLAN

*Bill Nolan es un elfo de piernas largas, sonrisa llena de dientes y brazos largos que reparten abrazos de oso como los que el lector echa de menos desde que el abuelo solía prodigárselos. Es un amigo de los medios de comunicación que interrumpe la creación de un guión de cine, por el que le pagan cifras de cinco o seis dígitos, para escribir algún relato nuevo. No hay nadie que se le parezca ni remotamente.*

*«Depósito de chatarra» fue prefigurado en un* Horror Show *del invierno de 1986 donde se desvelaban ideas de «From the Notebook of WiIliam F. Nolan». En esta obra, Nolan escribió: «¿Alguna vez has pensado cómo abunda la* muerte *en un depósito de chatarra...? Tantos coches destrozados que albergan el alma de quienes murieron en ellos». Y el anciano personaje lanza una advertencia: «Yo, en tu lugar, no me acercaría al depósito de chatarra».*
*Mejor que no. Éste es un cuento de horror equiparable a «Halloween Man» y a todas las obras de* Things Beyond Midnight *(1984), de Wuffin; se trata de uno de los mejores. Tal como Ray Bradbury escribiera en cierta ocasión: «Dios inventó una pildora estimulante y la llamó Nolan. Es irresistible».*

Se encontraba en las afueras del pueblo, un poco más allá de las vías abandonadas del tren de carga. Solía pasar por allí de camino al colegio, en las mañanas espejadas de Missouri y. de nuevo, por las tardes de largas sombras, al volver a casa con los libros apretados contra el pecho, sin querer mirarlo.

El depósito de chatarra.

A nosotros, los niños, siempre nos atemorizaba, incluso de día. Era viejo: llevaba en Riverton desde tiempo inmemorial. Abarcaba una manzana entera. Una desvencijada cerca de madera (¿había estado pintada alguna vez?) lo circundaba por completo. Los listones estaban podridos, y entre muchos de ellos había enormes grietas por las que se podían ver todos los coches destrozados y los camiones apilados obscenamente, cuerpo a cuerpo, en un abrazo de herrumbre. Había motores despanzurrados con los manguitos de agua rotos como vísceras revueltas, remolques de camiones dislocados, partidos e hinchados por el sol y la lluvia, y parabrisas hechos añicos cubiertos de una capa de mugre marrón oscura.

-Son los sesos de las personas que se estrellaron la cabeza contra el cristal -decía Billy-Joe Gibson.

A nadie le cabía la menor duda de que decía la verdad.

El ancho portón de metal negro que había al frente estaba cerrado con candado casi siempre, pero a veces, por las noches, «siempre» por las noches, solía abrirse con un chirrido, como si de una enorme boca de hierro se tratara, y el anciano señor Latting entraba su destartalado remolque, con el tubo de escape humeante, sin guardabarros delantero y el capó abollado, arrastrando el cadáver de un coche cual un insecto metálico aplastado.

Nosotros, los niños, jamás supimos con exactitud de dónde sacaba los coches, aunque en la Interestatal se producían muchos accidentes graves, sobre todo en otoño, cuando de los bosques de Riverton se levantaba la niebla y envolvía la autopista con un palpitante manto blanco como la tiza.

Los forasteros que desconocían la zona avanzaban por la autopista a ciento treinta por hora, o más, para internarse a ciegas en el banco de niebla. Entonces podía oírse el violento chirrido de unos frenos. Y el bloqueo de las ruedas. Seguía el estallido del metal destrozado y los cristales rotos al chocar contra el riel metálico de seguridad. Y luego un prolongado silencio. Más tarde, a veces mucho más tarde, se oía el ulular fúnebre de la sirena del Chevy de Joe Thompson, el sheriff, rumbo al lugar del accidente. En fin, que nosotros, los niños, nos imaginábamos que algunos de aquellos coches accidentados iban a parar al depósito de chatarra.

Por las noches, al pasar por delante del depósito, de los metálicos cadáveres apilados se veía elevarse un verdoso y enfermizo fulgor que provenía del enorme arco voltaico que el señor Latting mantenía siempre encendido. Al caer el sol, aquella enorme luz se encendía y hasta el amanecer no se apagaba.

Cuando a la escuela de Riverton llegaba un niño nuevo, sabíamos que, con el tiempo, acabaría preguntando por el depósito de chatarra.

-¿Habéis entrado alguna vez? -preguntaba el nuevo vecino.

Nosotros le contestábamos que sí, que un montón de veces. Pero era mentira. Ninguno de los niños que yo conocía había entrado nunca en el depósito.

Y había una buena razón para ello. El señor Latting tenía allí dentro un enorme perro gris. No sé de qué raza. Una especie de mastín. Era feo como pecar en domingo. Sólo tenía bien un ojo; el otro lo llevaba cubierto por una especie de membrana surcada de venitas. A lo mejor le habían dado un zarpazo en alguna pelea. El ojo bueno era negro como un pedazo de carbón pulido. Debajo de aquel cráneo, deforme y cubierto de pelo corto, el perro tenía un cuello fuerte y musculoso, y su apelmazada pelambrera gris estaba cubierta de manchas de aceite y retazos de sarna. Tenía el rabo mocho; quizá se lo habrían arrancado de un mordisco.

Aquel perro jamás nos ladraba, nunca hacía ruido; pero si cualquiera de nosotros se acercaba demasiado al depósito, alzaba el labio superior en silenciosa señal de ira y nos enseñaba los amarillentos colmillos. Y si alguno de nosotros se atrevía a tocar la cerca que rodeaba el depósito, aquel bicho era capaz de abalanzar su corpachón contra la madera, y lanzarnos dentelladas a través de las separaciones de los listones.

A veces, en otoño, la estación de las nieblas, justo al caer el sol, veíamos como el perro gris salía, igual que un fantasma, por el portón del depósito, se internaba en los bosques, justo por detrás de la tienda de Sutter, y desaparecía.

En cierta ocasión, en un acto de bravura, lo seguí y vi que abandonaba los árboles, al otro extremo del bosque, y subía pesadamente la loma que conducía a la autopista interestatal, Y allí se quedó, sentado al borde de la cinta de asfalto, mirando los coches, que pasaban como una exhalación. Parecía disfrutar de aquello.

Cuando volvió la enorme cabezota para lanzarme una mirada colérica, salí por pies y me perdí en el bosque. Estaba aterrado. No deseaba que aquel diablo gris saliera corriendo tras de mí. Recuerdo que no me detuve hasta llegar a mi casa.

En cierta ocasión le pregunté a mi padre qué sabía sobre el señor Latting. Repuso que no tenía información acerca de aquel hombre. Sólo sabía que siempre había sido propietario del depósito. Y del perro. Y del remolque. Y que siempre, incluso en verano, llevaba un largo abrigo negro con el cuello gastado vuelto hacia arriba. Y que siempre se tocaba con un enorme sombrero raído, con el ala como mordisqueada por las ratas que dejaba en sombra su enjuto rostro, picado de viruelas, y sus brillantes ojos.

El señor Latting jamás hablaba. Nadie le había oído pronunciar ni una palabra. Y como no hacía las compras en el pueblo, no teníamos ni idea de dónde conseguía la comida. Tampoco daba la impresión de que vendiera algo. Quiero decir que nadie iba al depósito a comprar recambios para sus coches o camiones. De modo que el señor Latting cumplía todos los requisitos para convertirse en el excéntrico del pueblo. En todos los pueblos hay uno. Inofensivos, supongo.

Pero, de todos modos, dan miedo.

Y así eran las cosas, en Riverton, donde me crié (siempre consideré que Riverton era un nombre cómico para un pueblo en el que no había ni un río en cien kilómetros a la redonda). Yo tenía dieciocho años cuando me marché para matricularme en la universidad e iniciar una nueva vida. Me licencié en ingeniería. Igual que mi padre; pero él nunca hizo nada con su título. A los treinta años, contaba ya con mi propia empresa cuando regresé a enterrar a mi padre.

Mamá se había divorciado de él diez años antes, contrajo nuevas nupcias, y residía en Cleveland. No quiso volver para el funeral. Mi única hermana se encontraba en California; no tenía dinero para el viaje, y no éramos más hermanos. De manera que me tocó a mí.

Era otoño y el entierro en el cementerio de Oakwood resultó lúgubre y deprimente. Asistió muy poca gente: algunos viejos compinches de papá, que también estaban con un pie en la tumba, y un puñado de mis compañeros del instituto, que se mostraron nerviosos e incómodos, igual que yo. Dispuestos para ofrecerme sus condolencias. No había relación alguna entre nosotros; no quedaba nada.

Cuando todo hubo acabado, decidí regresar en coche a Chicago esa misma noche. Riverton no ejercía la mínima atracción nostálgica en mí. Se trataba de enterrar a mi padre y largarme de allí. Ése había sido mi plan desde el principio.

Al volver del cementerio, pasé por el depósito de chatarra.

No vi a nadie dentro cuando pasé lentamente por delante en mi coche, dejando atrás el portón cerrado con candado. Ni señales de vida o movimiento.

Claro que habían transcurrido doce largos años. El viejo Latting estaría muerto, sin duda, lo mismo que su perro. ¿Quién sería el propietario ahora? A mi juicio, era un lugar de lo más espantoso.

Un sinfín de oscuros recuerdos acudió en tropel a mi mente. Aquel depósito siempre había tenido algo de indecente..., algo «malo». Aspecto que no había cambiado. Un frío repentino en el aire me estremeció. Subí un punto más la calefacción del coche.

Y enfilé hacia la autopista interestatal.

Diez minutos después vi al perro. Se hallaba sentado junto al riel metálico de la autopista, sobre el arcén de grava, en el mismo sitio hasta el cual yo lo había seguido tantos años antes. A medida que mi coche se acercaba a él, el enorme animal gris levantó la cabeza y fijó su ojo de carbón en mí.

El mismo perro. El mismo ojo ciego, abultado y blanquecino en el lado derecho de su cráneo deforme, la misma pelambrera plagada de manchas de sarna, el mismo cuello musculoso y el mismo rabo mocho.

El mismo perro... o su fantasma.

De pronto, me interné en una vorágine de niebla opaca que oscureció la autopista. Iba a demasiada velocidad. Aquella aparición surgida de los bosques me había hecho perder la concentración. Pisé a fondo el pedal del freno. Las ruedas se bloquearon y perdieron agarre en el firme humedecido por la niebla. El coche empezó a derrapar hacia el riel de seguridad. Una banda de acero inflexible, blanca como la leche, «apareció» ante mí. Y me estrellé contra ella. De frente.

Siguió el estallido de metal contra metal. Aparecieron en el parabrisas millares de finas estrías. El volante se me clavó con fuerza en el pecho. Un ruido seco de huesos al fracturarse. Carne despedazada. Sangre. Dolor. Negrura.

Silencio.

Luego..., un despertar. Otra vez la consciencia. Parpadeé en un intento de fijar la mirada. Tenía el rostro entumecido; no podía mover ni los brazos ni las piernas. El dolor habitaba en mi cuerpo como un fuego ardiente. Entonces advertí que el coche estaba con las ruedas al aire, y que el techo me envolvía como una mortaja metálica.

Una oleada de terror me cubrió con su agitación. Estaba atrapado, encogido en el interior de aquella ruina volcada. Luché contra el miedo diciéndome que las cosas habrían podido resultar peor. Mucho peor. Hubiera podido salir despedido por el parabrisas (que se había cuarteado totalmente, pero seguía intacto) o incendiarse el coche o haberme desnucado. Al menos había sobrevivido al accidente. Alguien me encontraría. Alguien.

Entonces oí el ruido del remolque. Lo vi por el parabrisas; a través de la telaraña de cristal cuarteado, se acercaba a mí en la niebla; el «mismo» remolque que había visto de niño, sin guardabarros delantero, con el capó abollado y el parachoques sujeto con alambre... El rugido de su viejo y asmático motor me resultó horrendamente familiar.

Se detuvo. Una portezuela se abrió con un chirrido y el conductor se apeó de la cabina. Se acercó a mi coche, se acuclilló y escudriñó en el interior.

El señor Latting.

Y me habló. Por primera vez oí su voz: era como de metal oxidado. Como de ultratumba.

-Parece que se ha estrellado usted.

Al sonreír, exhibió una fila de dientes cariados. Sus ojos me miraban, brillantes, bajo el ala ancha del raído sombrero. No me resultó fácil contestarle.

-Estoy... mal... malherido. Necesito... necesito un médico. Tenía la boca ensangrentada. Lancé un quejido; las cuchillas afiladas del dolor me atravesaron todo el cuerpo.

-No hay ninguna prisa -me dijo-. Cuidaremos de usted. -Lanzó una seca risita-. Descanse tranquilo. Déjelo todo en nuestras manos.

Me sentía muy mareado. Para respirar, tenía que hacer un gran esfuerzo. La vista se me nubló: luché por permanecer consciente. Oí el ruido de cadenas al ser enganchadas, sentí que el coche se elevaba, una sensación de movimiento, el sonido acompasado de un motor... Una nueva oleada de dolor me sumió en la oscuridad.

Desperté en el depósito de chatarra.

«Imposible -me dije-. "Aquí" no. No puede haberme traído aquí. Necesito atención médica. Un hospital. Podría morirme...»

¡Morirme!

La palabra me golpeó con la fuerza de un martillazo. Me estaba muriendo, y él, como si nada. No había movido un dedo por socorrerme; seguía atrapado entre los hierros retorcidos del coche. ¿Dónde estaba la policía? ¿Y los mecánicos con sopletes para liberarme? ¿Y la ambulancia?

Entrecerré los párpados. El pálido fulgor verde del enorme arco voltaico que se alzaba en mitad del depósito lanzaba unas sombras retorcidas sobre las pilas de chatarra.

Oí que cerraban el portón de golpe y que echaban el candado. Luego, el ruido producido por las pesadas botas de Latting al avanzar por la crujiente grava y acercarse a mí. El coche seguía con las ruedas hacia arriba.

Intenté inclinar el cuerpo y darme la vuelta para llegar hasta el tirador de la puerta del conductor. Quizá lograra abrirla. Pero un relámpago de dolor me indicó que me resultaba imposible moverme.

El rostro esquelético de Latting apareció ante el parabrisas y miró hacia dentro, a través del cristal cuarteado. Una sonrisa le alargó la comisura de los labios como si fuese una cicatriz.

-¿Se encuentra bien ahí dentro?

-¡Diablos, no! -exclamé con un hilo de voz-. Necesito un... un médico. Por el amor de Dios..., consígame... una ambulancia. Negó con la cabeza.

-Aquí, en el depósito, no hay teléfono para poder pedir una -repuso con voz ronca-. Además, usted no necesita médicos, hijo. Nos tiene a «nosotros».

-¿Ustedes?

-Sí, a mi perro y a mí.

La cabeza, roma y deforme, del asqueroso animal gris apareció en la ventanilla junto a la de Latting. La roja lengua le colgaba, húmeda, y su ojo negro me miraba fijamente sin pestañear.

-Pero... ¡me estoy desangrando! -Levanté el brazo derecho; la sangre me manaba profusamente-. Y... creo que..., creo que tengo... lesiones internas.

-Seguro que las tiene -afirmó Latting con una risita-. Sufre graves lesiones internas. -Me lanzó una socarrona mirada de soslayo-, Además, tiene la cabeza llena de cortes. Y parece que tiene fracturadas ambas piernas... y el pecho hundido. Seguro que se le han roto un montón de costillas.

Y volvió a reírse, esta vez a carcajadas.

-¡Es usted un pobre loco! -le espeté-. Haré que..., que el sheriff lo arreste. -Luché contra el dolor para seguir con mi invectiva-: ¡Se pudrirá en la cárcel por esto!

- ¡Vamos, no se ponga de esa forma! El sheriff no entrará aquí. Nadie entra en el depósito. A estas alturas, usted debería saberlo ya. Nadie. Excepto los que están igual que usted.

-¿Qué quiere decir con eso de..., de «los que están igual que usted»?

-Los moribundos -respondió el anciano con voz ronca-. Los que tienen casi todos los huesos rotos, los que se desangran por completo. Los de la autopista interestatal, vamos.

-¿Quiere decir que... ésta no es la primera vez?

-Claro que no. Han sido muchas veces. ¿Cómo cree usted que hemos sobrevivido todos estos años mi perro y yo? Lo que ocurre en esa autopista es lo que nos mantiene vivos...; los que hay dentro de los coches destrozados, de los camiones volcados. Necesitamos lo de dentro. -Acarició con fuerza el cogote sarnoso del perro y le preguntó-:
¿No es así, amigo?

Como respuesta, el enorme animal levantó el baboseante morro y enseñó los dientes; luego, volvió a fijar en mí su ojo de obsidiana.

-Este perro que ve usted aquí es algo fuera de lo común -comentó Latting-. Lo digo porque parece saber con toda exactitud a quién debe elegir para echarle el mal de ojo. A la gente especial. A las personas como usted, a quienes nadie echará de menos y por las que nadie preguntará. No puedo permitirme el lujo de que vengan a fisgonear y hacer preguntas por el depósito. Los que él elige se internan en la niebla y desaparecen. Yo los remolco hasta aquí y se acabó la historia.

Obnubilado, a través de la bruma roja del dolor, recordé la fiera intensidad con la que aquel único ojo negro me había mirado cuando pasé junto al riel metálico de la autopista. Me hipnotizó, e hizo que perdiese el control del coche y me estrellara contra el protector metálico. El mal de ojo.

-Bueno, ya va siendo hora de que deje de charlar con usted y me ponga a mi trabajo -anunció Latting, levantándose-. Vamos, perrito.

Y se alejó del coche junto con el animal.

Inspiré hondo y me estremecí; con desesperación, me dije que alguien tenía que haber oído el estrépito del choque y habría informado a las autoridades; me dije que el sheriff llegaría de un momento a otro, que me meterían en una cama con sábanas limpias y frescas, que me limpiarían suavemente la sangre, y me curarían las heridas...

«¡Vamos, daos prisa, maldita sea! Me estoy muriendo. ¡Me estoy muriendo!»

De pronto, oí un sonido seco, estremecedor, que se repitió una y otra vez. La curva de cristal cuarteado que tenía delante de mí cedió hasta dentro bajo el impacto de la serie de golpes en rápida sucesión que Latting asestó al parabrisas con una almádena.

-Cada día los hacen más reforzados -gruñó de mal humor, y prosiguió con su ataque-. ¡Ah..., por fin..., ahora sí que cede!

El parabrisas se partió de repente y se fragmentó en mil pedazos; sus trozos afilados cayeron sobre mi cabeza y los hombros, cortándome la carne.

-Así está mejor, ¿no? -dijo el anciano con aquella cicatriz que tenía por sonrisa-. Ahora podrá llegar hasta usted sin problemas.

¿Llegar hasta mí?

El perro. Se refería al perro, aquel animal pestilente y horrendo. Parpadeé en un intento de quitarme la sangre de los ojos y traté de retroceder, de alejarme de aquella abertura afilada. Pero fue inútil. El dolor era demasiado atroz. Me desplomé débilmente contra los metales retorcidos del techo, al tiempo que rehusaba creer lo que me ocurría.

La criatura gris se acercó y embistió con su ancho corpachón contra la abertura.

El fétido aliento de aquella bestia infernal me llenó la nariz; su boca entreabierta se aferró a mis carnes y me hincó los dientes; su erizada pelambrera maloliente me rozó la piel.

Un husmeo horripilante, unos lametones... y sentí que me sorbía la sangre. Me... *vaciaba*..., me sorbía por entero... para meterme en su *asqueroso cuerpo...*

Sentí la necesidad de moverme. De abandonar el depósito de chatarra. Con el aire frío me llegó la promesa de una helada. En lo alto, el cielo tenía una tonalidad gris acerada.

Era una delicia volver a moverse. Correr. Abandonar el pueblo y dejar atrás los bosques.

Todo estaba muy tranquilo. Gocé con el penetrante aroma a tierra, a hormigón y metal que me rodeaba. Volvía a estar vivo. Y fuerte. Era estupendo estar vivo.

Esperé. De vez en cuando, alguna silueta veloz pasaba ante mí. Yo no hacía caso. Otra. Y luego otra. Y entonces, al fin, «la silueta indicada». La felicidad me invadió. Allí estaba quien nos proporcionaría a mí y a mi amo la vida y la fuerza.

Alcé la cabeza. Entonces él me vio, el conductor del camión. Clavé mi ojo en él cuando pasó veloz ante mí, con aquel sonido metálico. Y desapareció en la niebla.

Me quedé allí, sentado, tranquilo, en espera del impacto.

# *La nueva temporada*

ROBERT BLOCH

*Un lector ocasional del género de terror podría llegar a la conclusión de que Bloch, Matheson, Bradbury y Beaumont lo escribieron todo hasta 1974, fecha en la que King asumió, él solo, la tarea. Pero mientras me encontraba preparando un capítulo para la edición del año 86 de* Fiction Writer's Market, *descubrí lo influyente que ha sido Bob Bloch: si se quisiera hacer una lista de los obreros germinales de lo fantasmagórico pertenecientes a la era moderna, a él habría que nombrarlo en primer lugar.*

*Tras vender el relato «Everybody Needs a Little Love» a la televisión, Bob fue invitado de honor en una convención de Boston. A pesar de la gripe, encontró el tiempo y las energías necesarias para escribir la dinámica historia que ofrecemos a continuación; y luego se encontró en Benatown con una asistencia récord de cuatro mil personas.*

*La experiencia de Robert Bloch como invitado de programas televisivos y autor de numerosas narraciones para la pequeña pantalla avala «La nueva temporada». Además, «La nueva temporada» nos ofrece un panorama de lo que puede ocurrir con la televisión..., y con nosotros. No se trata sólo de un magnífico material de lectura, sino de la descripción de un futuro terrible..., y no del todo imposible.*

Harry Hoaker esperaba entre bastidores cuando las luces se apagaron.

La familiar melodía sonó en estéreo; a la izquierda del presentador se vio un anuncio que enmarcó en un halo dorado su alegre rostro de fuertes mandíbulas. El presentador era gordo, porque los gordos resultan graciosos.

-Hola. Harry -saludó el presentador.

Alargó las sílabas finales de cada palabra, de manera que el saludo sonó más bien así: «¡Holaaa Harryyy!». Lo cual también resultó gracioso.

Siguió el estridente sonido de trompetas que se fundió con los aplausos. La luz del proyector se desvió a la derecha y apareció Harry, que avanzó hasta el centro del escenario mientras los aplausos aumentaban fragorosamente.

Aquélla solía resultarle la parte más difícil: esperar a que la oleada de sonidos se acallara hasta quedar allí en medio, de pie, en el expectante silencio. Aunque ya se había convertido en una cuestión de rutina, algo mecánico, automático.

Harry desechó ese pensamiento, y miró al frente. Los focos, en lo alto, iluminaban el estudio, pero le impedían ver al público.

-Sé que estáis ahí...; os oigo respirar.

Recordó haber utilizado aquella antigua frase cuando los chistes arreciaban como las bombas durante un ataque aéreo. Y vaya si arreciaban; en los viejos tiempos, aquello era como una repetición instantánea de Pearl Harbor.

Pero esta noche empezaba una nueva temporada, y mientras Harry agradecía los aplausos, hizo una repetición de cosecha propia. Para los telespectadores, ocuparía el centro del escenario en diez segundos; pero Harry conocía más detalles de la historia: llegar al centro del escenario le había costado veinte años.

Hacía veinte años... En aquella época, la espera sí que resultaba verdaderamente ardua: ahí de pie, con aquel sombrero cómico y los pantalones enormes que se ponía para el programa infantil. Tres años tuvo que luchar con dientes y uñas hasta conseguir abandonar el gueto de los sábados por la mañana. Después, lo único que logró obtener fue un programa concurso de la tarde y ocupar una línea dentro del organigrama. Una labor penosa por demás: trabajó con amas de casa chillonas que se meaban en las bragas ante preguntas tan difíciles como «¿Qué

soberana de Inglaterra fue conocida con el sobrenombre de la "Reina Virgen"? Le daré una pista... No se llamaba Elizabeth Taylor». Pero Harry jugó bien sus cartas; por su cuenta, invitaba a un par de escritores que le proporcionaban material decente, y aquello dio resultado. Cuando este canal decidió hacerle la competencia a Johnny Carson con un programa nocturno de entrevistas, el agente de Harry le defendió a capa y espada para que él hiciese de presentador, y ganó la batalla.

Al principio, se había sentido aterrado, pero el agente le había dado su palabra.

-No te preocupes, muchacho, ahí fuera hay los suficientes noctámbulos e insomnes como para aumentar tus niveles de audiencia. Lo único que tienes que hacer es mantenerte fiel al sistema.

Su consejo funcionó, y también Harry, los primeros años. Sacaba partido de los guionistas, los exprimía hasta obtener todas las ideas al cabo de una o dos temporadas, y luego los reemplazaba por otros más frescos. Todos ellos le dejaron un legado de historias humorísticas y chistes que fueron adquiriendo un formato. Los telespectadores se lo tragaban todo y él se tragaba a sus invitados..., los masticaba y luego los escupía. Un plantel completo de astutos programadores le suministraba los personajes célebres de la época: todo aquel que tuviera un nuevo programa en la cadena y todo aquel bajo contrato que no contara con un programa, pero necesitaba promocionarse. La mezcla se endulzaba con estrellas negociables, que anunciaban los estrenos de sus películas; cantantes de la lista de éxitos que presentaban sus nuevas grabaciones; viejos mitos invitados a promocionar sus autobiografías; incluso unos cuantos escritores verdaderos, que le iban muy bien para rellenar huecos cuando necesitaba a alguien que no provocara la risa. Estaba claro que aquello era un sistema. Y funcionaba.

Ahora, el plantel de guionistas estaba formado por siete personas, y Harry ni siquiera tenía que perder tiempo con ellos en pensar los chistes o en revisar guiones: todo salía por la pantalla apuntadora y él debía limitarse a leer. Si un chiste no funcionaba, les cabía la posibilidad de borrarlo de la grabación antes de transmitir el programa esa noche.

Con el transcurso de los años. Harry se había ido facilitando aún más las cosas; pasó de cinco a tres programas semanales, y utilizó «invitados especiales» como relleno; gente buena, aunque no demasiado buena. Aquello le ayudó, al igual que los largos meses de verano de reposiciones programadas cada año. A veces, aquellas largas ausencias lo volvían inactivo; los críticos comentaban que se estaba convirtiendo en un presentador perezoso y temperamental; pero a Harry no le importaba con tal de que jamás adivinaran el verdadero motivo.

Ignoraban que estaba enfermo.

Durante mucho tiempo ni siquiera él lo había sabido, porque con la bebida y las píldoras lograba seguir adelante. Pero un buen día, un par de temporadas antes, no logró superar las pruebas físicas.

Le habían dicho que no era el SIDA, pero que podía tratarse de lo que los médicos denominaron una mutación del virus. En realidad, el nombre era lo que menos importaba; lo que contaba era que tenía la enfermedad y ésta lo tenía a él.

Le prescribieron un tratamiento a base de unas píldoras de reciente aparición, y logró seguir adelante hasta que comenzó a perder peso. Entonces, le recetaron radiaciones de cobalto, que le hicieron perder el cabello, pero se puso peluca y nadie lo notó. Sin embargo, llegó un momento en que el cobalto dejó de funcionar: y él también, justo antes de que comenzaran las reposiciones de verano de la temporada anterior, lo cual le dio un margen de tres meses para someterse a la primera operación de corazón y recuperarse.

Harry volvió a sentirse en forma hacia el otoño; pero en algún momento de aquella época, en enero o febrero, no estaba muy seguro de cuándo había ocurrido, las cosas comenzaron a desmoronarse y los médicos hablaron de transplante. El resto de la temporada era un recuerdo borroso: una semana estaba en pie y otra en la cama, tomaba nuevas píldoras, se sometía a nuevas pruebas, probaba nuevos tratamientos. Vivió de un programa al otro con el alma en vilo hasta el hiato estival. Entonces se pusieron a trabajar. Los comentarios que había

oído durante todos aquellos años y a los que no había prestado atención -injertos de piel, amputaciones, prótesis- se convirtieron en realidad; aunque no demasiado, porque lo mantenían atontado con inyecciones mientras experimentaban técnicas radicales en él. No recordaba todo lo que le hicieron, pero ahora volvía a estar en forma. Un milagro médico, lo llamaban los doctores; y además del fajo de billetes que les entregaba en pago de sus honorarios, tenía que darles otro fajo para comprar su silencio.

Los aplausos cesaron y Harry se enfrentó ahora al silencio. Esbozó una sonrisa forzada, y se colocó de cara a la pantalla apuntadora y acometió el monólogo de apertura sin tropiezos. Algunas de las frases ingeniosas no las entendió del todo porque eran típicas y tópicos, y él había perdido el contacto con el mundo exterior. A pesar de eso, como la pantalla apuntadora le indicaba incluso dónde hacer las pausas, cuando las hacía, se oían las risas.

Una nueva temporada, pero con el sistema de antes, aunque con más trucos: selección informatizada de material para asegurarse de que estuviera en la onda de la actualidad, profundos análisis demográficos para escoger como público a los candidatos adecuados. Los de producción sabían qué hacer y la forma de hacerlo: controlaban los niveles de audiencia y enganchaban a los telespectadores. Existía una gran diferencia con la época en la que Steve Allen como pionero de los programas con entrevistas en vivo, cuando no había la posibilidad de disimular los «gazapos».

Harry soltó otra frase ingeniosa, esperó las consabidas risas, se dio unos golpecitos en la chistera y aprovechó para sacarle partido a la doble toma. Sencillo.

Sólo que no era tan sencillo como parecía. La pantalla apuntadora seguía presentándole los textos, se oían las risas, pero algo fallaba.

Parpadeó a la luz que ocultaba al público pero lo revelaba a él y se preguntó cuánto vería aquella gente, cuánto sabría.

¿Cómo iban a saber nada? Hacía años que su estilo de vida protegía su intimidad. Nunca concedía entrevistas; tampoco leía las que sus publicistas se encargaban de hacer imprimir. Las reuniones de personal y las conferencias oficiales de empresa se realizaban por circuito cerrado de televisión. No le quedaba tiempo para perderlo con amigos o conocidos; no daba fiestas ni asistía a ellas. Desde su último divorcio -cielos, de aquello hacía más de seis años ya-, no había tenido una mujer, ni siquiera una chica de compañía; tampoco le hacían falta. Una limusina lo conducía al estudio y luego de regreso a su automatizada casa; el personal de seguridad y de servicio cumplía con su obligación sin tropiezos. Si la bebida mataba sus días y las píldoras apaciguaban sus noches, nada de ello se filtraba a la prensa, de manera que... ¿cómo iba nadie a enterarse?

El problema residía en que aquello tenía el efecto de un bumerán: la gente no sabía nada de él, pero tampoco él sabía nada de la gente. Había perdido el contacto, y desde que su problema comenzara, se había desconectado por completo. Cuando cayó enfermo, dejó de leer los periódicos; toda aquella porquería sobre los nuevos problemas sanitarios era un rollo y no quería asustarse con las noticias de los telediarios. Lo único que veía en la televisión eran las películas antiguas, y las estrellas que habían actuado en ellas estaban muertas.

Estrellas muertas, ¡eso sí que tenía gracia! El público se reía de aquel mismo momento, pero ignoraba que el mismo Harry era prácticamente una estrella muerta, un cerebro dentro de un cuerpo mecanizado, un producto de la cirugía plástica, un montón de órganos artificiales sostenidos por impulsos eléctricos y sistemas informatizados.

Nadie lo sabía, y si dependía de él, aquello continuaría en secreto a lo largo de la nueva temporada. Era hora de olvidarse del pasado y prestar atención a lo que hacía. En aquel mismo instante, la pantalla apuntadora le indicaba que debía presentar al primer invitado.

Harry leyó la presentación y apareció un atleta que avanzó hacia él y le estrechó la mano antes de que ocuparan sus asientos en el centro del escenario. El atleta era grande, corpulento, barbudo: Harry se sorprendió al notar que la mano de aquél estaba muy fría, y que el apretón había sido bastante débil. Los nervios, claro; era extraño cómo aquellos simios atiborrados de esteroides tenían sudores fríos delante del público.

En fin, aquello era pan comido, sólo tenía que limitarse a leer la pantalla apuntadora. Harry le dio el pie y esperó la respuesta.

No la obtuvo.

Harry repitió el pie asegurándose de que el atleta lo escuchara. ¿O acaso no lo había oído? El pelmazo seguía ahí sin pestañear «¿Qué diablos pasa.... no me dirán que es analfabeto?»

Harry lo miró con curiosidad, y susurró por lo bajo:

-¡Estamos en el aire, desgraciado! Contéstame, di algo, por el amor de Dios...

Ni una sola palabra. El rostro del atleta permaneció inexpresivo, por completo.

En aquel momento, el de Harry también quedó carente de expresión, pero por dentro estaba que ardía. «Cielos, el tío se que ha quedado paralizado, está en Babia...»

El instinto acudió en su ayuda: se dirigió al público y se sacó de la manga un chiste antiguo. No es que fuera demasiado ingenioso, pero cualquier cosa era mejor a estar en el aire y con la boca cerrada.

El atleta no movió ni un solo músculo, sino que siguió sentado allí, completamente inmóvil. Sólo cabía hacer una cosa: sacarle de allí, y de prisa. Harry hizo la señal, un gesto con la mano, y dos rubias pechugonas subieron al escenario contoneándose. «Las azafatas de Harry», así las llamaban, pero su verdadera misión era la de echarle una mano en emergencias como aquélla. Y mientras él comentaba jocosamente que al invitado debía de haberle dado un repentino ataque de pie de atleta, las sonrientes muchachas ayudaron al hombre a levantarse del asiento.

Maldición, eso de ayudarle era demasiado decir, porque fueron incapaces de moverlo, el tío seguía allí, duro como una piedra. Harry soltó otra ocurrencia para llamar la atención del público mientras las chicas, que habían dejado de sonreír, prácticamente levantaron en vilo al enorme simio y lo sacaron del escenario con los pies arrastrando.

«¿Y ahora qué?» Harry volvió a hacer una señal y el gordo presentador acudió a rescatarle; subió pesadamente al escenario y soltó un chiste que no tenía nada que ver con lo ocurrido. Harry levantó la mirada y comprobó que la pantalla apuntadora había avanzado a toda velocidad y le indicaba que debía anunciar una pausa para la publicidad.

Mientras pasaban los anuncios, apagó el micrófono y preguntó a toda prisa:

-¿Qué ocurre aquí?

-La computadora está abajo -respondió el presentador. Y se alejó con paso rígido, sin agregar una palabra más.

-Eh, vuelve aquí...

Harry levantó la voz, pero el otro se limitó a apresurar el paso, y sacudió las piernas al tropezar contra el telón de fondo en sus prisas por llegar a las bambalinas.

El miedo impulsó a Harry a pulsar los botones del extremo de la mesa que había junto a su silla: había alertado al director que ocupaba la cabina de control.

No recibió respuesta. Otro anuncio apareció en la pantalla del monitor. pero aquello no le dijo nada. Harry parpadeó cuando miró las luces hasta que logró fijar la vista en la cabina acristalada que se elevaba en la pared trasera del estudio.

La cabina estaba vacía.

No había director. Ni equipo de producción, ni siquiera un ingeniero de sonido.

Harry miró todo aquello con fijeza. «¿Qué ocurre aquí? No me digas que ahora lo tienen todo informatizado.... las cámaras, los niveles de sonido, los cambios de luces, los decorados...»

Desesperado, echó un vistazo hacia la zona de bambalinas, y. al instante, deseó no haberlo hecho. Allí estaba el presentador, despatarrado boca abajo en el suelo, junto al inerte atleta. Mientras Harry los observaba, dos enfermeros se les acercaron, se arrodillaron junto a la gorda silueta del presentador y le quitaron la chaqueta y la camisa. A toda prisa comenzaron a pulsar los brillantes circuitos empotrados en su espalda desnuda y a manipular las conexiones.

«¡Conexiones!»

Harry se hizo algunas consideraciones de cosecha propia: «¡Cielo santo, ese tipo es como yo! Y el atleta también».

El anuncio desapareció de la pantalla del monitor y Harry volvió a estar en el aire. Sus ojos buscaron la pantalla apuntadora, pero no la encontraron. Lo único que le quedaba por hacer era volver a conectar el micrófono y ganar tiempo.

Pero el micrófono no funcionaba. Estaba tan muerto como el presentador y el atleta y...

Entonces cayó en la cuenta de todo lo ocurrido. Él no era el único. Algo se había estado cociendo mientras él permanecía aislado. Harry recordó los rumores acerca de una epidemia. Seguramente, aquello debía de haberse prolongado durante un largo período; pero todo había continuado bajo cuerda. Y en la cumbre, las personas como él abundaban cada vez más: cascarones vacíos con vida artificial.

¿Hasta dónde se habría extendido la epidemia? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los presidentes estuvieran programados, hasta que los robots gobernaran el mundo? Llamarlo milagro médico no cambiaba las cosas: aquello era una conspiración. Alguien tendría que dar la alarma, decir la verdad, ¡y pronto!

En ese momento, Harry oyó un suave murmullo, supo que su micrófono volvía a estar conectado; un sistema automático de apoyo había corregido el desperfecto. Pero a él le correspondía corregir el otro desperfecto, el gran desperfecto.

Enfrentándose a las luces que lo separaban del público, la voz de Harry llenó el vacío de palabras. Debía advertirles en ese preciso instante, aunque fuera lo último que hiciese.

-¿Podéis oírme? Entonces, ¡huid de aquí! Tenéis que comprender que todo esto no es real. Que yo no soy real. Decídselo a vuestros amigos. ¡No permitáis que las computadoras os dominen, no permitáis que los órganos artificiales y los trasplantes electrónicos os conviertan en *zombies*! Es lo que me ha ocurrido a mí y puede que os pase a vosotros si no hacéis algo ahora mismo. Buscad una cura para esto... ¡Volved a la realidad antes de que sea demasiado tarde!

Harry hizo una pausa, y esperó la reacción.

Y la obtuvo: una explosión de sonido procedente de la banda sonora de las risas.

Era de suponer, claro. Siempre había una banda de sonido para las risas, y otra que suavizaba los aplausos.

Pero después de tantos años de experiencia. Harry había aprendido a distinguir la diferencia entre la risa prefabricada y la verdadera. Y aquella explosión de alegría era mecánica. Entre el público, nadie reía, nadie aplaudía, nadie reaccionaba porque nadie sabía cómo hacerlo, a menos que el apuntador les soplara. Aquél era un programa cómico, él era un hombre gracioso y el público no podía reaccionar por sí solo a una advertencia inesperada.

A lo largo de todos aquellos años en que la cirugía había ido robándole el cuerpo, alguien se había quedado con los cerebros de la gente. Las computadoras pensaban por ellos, los medios de comunicación les dictaban su estilo de vida. Hacer el amor, conducir coches o sacudir los puños en manifestación de protesta, todo eran cuestiones de pura mímica. Las máquinas confeccionaban los productos y las máquinas los pro-mocionaban; eran máquinas las que compraban los productos y eran máquinas las que los utilizaban. La vida real no existía ya; sólo como su programa: invitados de mentira, improvisaciones de mentira y presentador de mentira.

La única realidad que Harry logró encontrar fue su propia desesperación. ¿De qué servirían las advertencias? Los telespectadores no iban a oír lo que él dijera, sería eliminado de la grabación.

Pero aún quedaba un modo. Mediante la comunicación verbal. En ella estaba la respuesta. Si lograra llegar al público del estudio, si lograra hacérselo creer, entonces, al salir, ellos se encargarían de propagar la verdad. Y tenía que convencerlos en ese mismo instante, porque aquélla era su última oportunidad.

Harry se enfrentó a las luces, luchó contra el cegador brillo, se obligó a establecer un contacto visual con las siluetas que permanecían sentadas, en silencio, entre las sombras de allá abajo. Se le nubló la vista, luego se le aclaró y logró ver la vacía amplitud del estudio.

No había público.

No había público..., nadie, sólo Harry y la pantalla apuntadora. Por la luz destellante del anotador eléctrico, supo que éste había vuelto a funcionar, que le indicaba su próxima frase.

Como un autómata. Harry comenzó a leer las palabras en voz alta. Al diablo con todo, una nueva temporada empezaba. El espectáculo debía continuar, y un chiste era un chiste.

Y si no había público, qué más daba. Siempre contaría con las risas de la banda de sonido.

# *La futura difunta*

RICHARD MATHESON

*Muy pocos escritores del género fantástico han mostrado mejor su ascendencia estadounidense que R. Matheson. Fue uno de los primeros en situar sus especulaciones más negras en ambientes que no diferían, creo, de los del lector. Por esto y por el hecho de que sus relatos suelen estar ambientados en el* ahora, *su presentación quirúrgica de ¡o inesperado atrapa a casi todos los lectores desde el mismo principio.*

*Dick Matheson nunca ha sido superado en su utilización del horror identificable. Emerge del diálogo que se eleva de una página impresa como la realidad misma. El autor de* The Shrinking Man, *«Duel», «The Test»,* What Dreams May Come, *«Being»,* Bid Time Return, *y «Prey» obtuvo, en 1984, el World Fantasy Award a la obra de toda una vida. Tal vez deberían haber suspendido la concesión del premio desde ese preciso momento.*

*Con la joya rutilante de un cuento inédito de Richard Matheson a la vista, ¿qué más se podría agregar?*

El hombrecillo abrió la puerta y entró; fuera quedó la deslumbradora luz del sol. Aquel hombrecillo larguirucho, de aspecto simple y ralo cabello gris, rondaría los cincuenta años o poco más. Cerró la puerta sin hacer ruido y se quedó en el lóbrego vestíbulo, en espera de que los ojos se le acostumbraran al cambio de luz. Vestía un traje negro, camisa blanca y corbata negra. Su pálido rostro aparecía sin transpiración a pesar del calor.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, se quitó el sombrero panamá y avanzó por el pasillo hasta el despacho: sus zapatos negros no hicieron ruido alguno al pisar sobre la alfombra.

El empleado de la funeraria levantó la vista de su escritorio para saludarle.

-Buenastardes.

-Buenas tardes -repuso el hombrecillo, que tenía una voz suave.

-¿Puedo ayudarle en algo?

-Sí -respondió el hombrecillo.

Con un ademán, el empleado de la funeraria le indicó la butaca que había del otro lado de su escritorio y le dijo:

-Por favor.

El hombrecillo se sentó en el borde de la butaca y dejó el panamá sobre su regazo. Observó que el empleado de la funeraria abría un cajón y sacaba un impreso. Después, retiró una estilográfica negra de su base de ónice, y preguntó:

-¿Quién es el difunto?

-Mi esposa -dijo el hombrecillo.

El empleado de la funeraria emitió un cloqueo de condolencia.

-Lo siento.

-Ya -replicó el hombrecillo con una mirada inexpresiva.

-¿Cómo se llamaba?

- Marie Arnold -respondió el hombrecillo en voz baja. El de la funeraria escribió el nombre.

-¿Dirección?

El hombrecillo se la dio.

-¿Está ella allí ahora?

-Sí, está allí -respondió el hombrecillo. El otro asintió.

-Quiero que todo sea perfecto -dijo el hombrecillo-. Quiero lo mejor que haya.

-Claro, claro, por supuesto.

-No me importa lo que cueste -insistió el hombrecillo. Su garganta osciló cuando tragó saliva-. Ahora ya no me importa nada. Salvo esto.

-Lo comprendo -dijo el de la funeraria.

-Quiero lo mejor que tenga -volvió a insistir el hombrecillo-. Ella es preciosa. Debe tener lo mejor.

-Lo comprendo.

-Siempre tenía lo mejor. Yo me encargaba de ello.

-Claro, claro.

-Asistirá mucha gente -comentó el hombrecillo-. Todo el mundo la quería. Es tan hermosa..., tan joven... Tiene que darle lo mejor. ¿Me comprende?

-A la perfección -le aseguró el de la funeraria-. Le garantizo que quedará más que satisfecho.

-Es tan hermosa -repitió el hombrecillo-. Tan joven.

-No lo dudo -asintió el de la funeraria.

El hombrecillo permaneció sentado, sin moverse, mientras el empleado de la funeraria le formulaba unas preguntas. El tono de voz del hombrecillo no varió mientras hablaba. Sus ojos parpadeaban tan de vez en cuando que el empleado no los vio moverse ni una sola vez.

El hombrecillo firmó el impreso ya rellenado y se incorporó. El de la funeraria hizo lo propio y rodeó el escritorio.

-Le garantizo que quedará usted satisfecho -dijo al tiempo que le tendía la mano.

El hombrecillo se la estrechó. La palma de su mano estaba seca y fría.

-Dentro de una hora iremos a su casa -le indicó el agente funerario.

-Perfecto -repuso el hombrecillo.

El empleado avanzó por el pasillo, al lado del cliente.

-Para ella quiero que todo sea perfecto -dijo el hombrecillo-. Sólo lo mejor.

-Todo saldrá tal como usted desea.

-Se merece lo mejor. -El hombrecillo miró al frente con fijeza-. Es tan hermosa -dijo-. Todo el mundo la quería. Todo el mundo. Es tan joven. y tan hermosa...

-¿Cuándo ha muerto? -preguntó entonces el de la funeraria. El hombrecillo no pareció haberle oído. Abrió la puerta, salió a la luz del sol y se puso el panamá. Había recorrido ya la mitad de la distancia que lo separaba de su coche cuando, con una leve sonrisa en los labios, contestó:

-En cuanto llegue a casa.

# *Esculturas de hielo*

DAVID B. SILVA

*David, que dirige* The Horror Show *-revista trimestral de terror que, según Dean R. Koonts, es «justo lo que le hace falta al género»-, la dirige de verdad. Es como todos los editores deberían ser para poder defenderse: alto, corpulento, ancho de hombros y debajo de ellos lleva algo que tiene un sospechoso parecido con los músculos. Su primera novela,* Child of Darkness, *era igual de fuerte.*

*Ganador de los principales premios del Small Press Writers and Artists Organization (SPWAO), Dave es un californiano de treinta y siete años que avanza como escritor gracias a sus propios méritos y saltos. En este caso, se catapulta hasta conseguir este relato único, gigantesco, el que tarde o temprano todos logramos: para superarlo hay que estirarse mucho y crecer. «Esculturas de hielo» constituye una estremecedora y tierna experiencia de lectura que desencadena un sinfín de emociones y una sensación de fatalidad cósmica que durante años permanecerá alojada con sus aterradores secretos en las neuronas palpitantes del lector.*

*Creí que lo había olvidado.*

*Desde entonces, la primavera, el verano y el otoño han venido y se han marchado, y supongo que me resultó fácil engañarme y creer que el pasado era, por fin, algo que*

*pertenecía a los fríos e imposibles días del ayer. Ojos que no ven, corazón que no siente. Pero las cosas inconclusas tienen la manía de revolotear alrededor de nuestra vida hasta que ya no podemos pasarlas por alto. Supongo que ésa fue la razón que me hizo revelar el carrete. Supongo que ésa fue la razón por la que no me sorprendió la fotografía que siempre supe que estaría allí.*

*El ayer jamás abandona nuestra alma. Simplemente, finge haberse marchado hasta que está listo para regresar...*

En verano, Eagle Peak era una suave nube blanca colgada en el centro del universo, en algún punto entre el cielo y la tierra. Si inhalabas aquel aire, te helaba el alma. Si formabas un cuenco con tus manos y bebías el agua de su lago, te recordaba cuán vivo estabas. Cada soplo era el aroma de pino recién cortado; cada mirada, un brillante arco iris cargado de flores alpinas.

Esa sensación de vida estival es lo que he intentado recordar de Eagle Peak. Aunque, al parecer, lo que no logro olvidar es el invierno.

El invierno es una estación fría y extraña, de sueños oscuros e hibernaciones. De suave nieve que flota desde el cielo hasta la tierra, como blancas mariposas de leche, que transforma, de ese modo tan engañoso, los tuétanos en hielo y el verano en un vago recuerdo. Como un hechizo. Deja que te arrulle hasta dormirte, y te conducirá a la muerte. Toca sus afilados carámbanos -colgados como estalactitas de los árboles y rocas, a veces goteando y a veces no-, y, antes de que te des cuenta, el diáfano hielo se teñirá con el rojo de tu sangre.

La madre naturaleza en el colmo de su perversidad, eso es el invierno.

La madre naturaleza en el colmo de su perversidad.

Cuando instalamos por primera vez el campamento en Eagle Peak fue a finales del verano del ochenta, un año en que no hubo otoño. En septiembre, un día, todo cielo azul y camisetas; al día siguiente, todo nublado, gris y abrigos de piel con capucha. Aquel mismo año, de hecho hacía unos pocos meses, el Monte St. Helens había hecho erupción, y lanzado al cielo una nube de cenizas que penetró en la atmósfera a más de veinte kilómetros de altura. Y los meteorólogos anunciaron entonces que las cenizas podrían ejercer una influencia significativa en las pautas climatológicas. Algo así como un invierno nuclear localizado; eso fue lo que pronosticaron para algunas partes del país.

Pero ¿quién escucha a los meteorólogos?

«Escalinata al Cielo.» Así llamábamos a nuestra pequeña comunidad de Eagle Peak. Un tanto esotérico y onanista de nuestra parte, pero los artistas somos así. Nos reunió una subvención del gobierno. Había que interpretar las cuatro estaciones a través de distintos medios artísticos. (Por desgracia, no fue *Frankie Valli y Las cuatro estaciones.* Por aquel entonces, mi perspectiva de las hojas muertas y los fríos aguaceros primaverales.) En el mejor de los casos, aquélla fue una empresa nebulosa, pero con tal de que el gobierno estuviera conforme con pagar las facturas, todos nos mostramos deseosos de llevar el proyecto adelante.

Instalamos nuestra pequeña «Escalinata» en un valle: hacia el norte, un despeñadero de roca nos protegía de los vientos que solían barrer el parque; y, hacia el sur, se extendía un sendero en el que esperábamos que el sol nos mantuviera calientes durante aquellos fríos días de enero, cuando los cielos estaban despejados.

El grupo lo componíamos doce en total; era la primera vez que nos veíamos y todos nos dedicábamos a distintas facetas del quehacer artístico: tallado de madera, marroquinería, aceites, escultura, arte dramático, escenografía, fotografía... Yo era el Hemingway del grupo. Se suponía que en nuestros trabajos debíamos introducir los recursos naturales en la medida de lo posible. Con bayas, tallos y piedras calizas hacíamos pinturas; el cuero lo obteníamos de la piel de los animales, y la madera para las tallas la conseguíamos de los árboles recién caídos...

La creatividad desenfrenada, podríamos decir.

En mi calidad de escritor solitario, sospecho que mi presencia en la «Escalinata» no tenía otro fin que el de dejar constancia escrita de la experiencia. La subvención no era demasiado explícita en lo que a resultados obtenidos se refería. En cuanto a mis vagas intenciones (que desde entonces he abandonado), abrigaba las más altas esperanzas de reunir material para un libro sobre el folclor y la mística, los cuales pensé que, a la larga, llegarían a desempeñar un papel en nuestra experiencia de retorno a la naturaleza.

Imagino que abandoné esas intenciones cuando ya no fui capaz de entender con exactitud qué ocurría en la «Escalinata».

Desde el primer día, dos de nosotros nos unimos y formamos la pareja de intrusos. Margo McKennen, una fotógrafa, iba cargada de grados de apertura útiles, velocidades de obturador, objetivos gran angular y *zooms.* En cierto modo, los dos éramos más observadores que creadores, y a veces he pensado que esa leve distinción fue la que nos mantuvo a una cierta distancia del resto del grupo. En la escala social artística. Margo y yo estábamos con un pie en el último peldaño y otro en el aire. Creo que deberíamos haber tenido una regla no escrita (como es natural, no podía estar escrita) que estipulase que cuanto más te ensuciabas las manos en el proceso creativo de la obra de arte, más alto era el puesto que ocupabas en la escala. Margo y yo nos esforzábamos por mantenernos a bordo.

La primera vez que vi a Margo, siempre estaba ocupada con su cámara, registrando esto y aquello con su característico zumbido, y una energía nerviosa que jamás parecía satisfecha. En ciertos aspectos, yo imaginaba que la cámara era una extensión de Margo. Veía el mundo -en toda su fealdad y todo su esplendor- a través de un obturador abierto, casi como si tuviera miedo de dejar la cámara por temor a perderse algo que debía plasmar en las fotos.

-Parpadea una sola vez y un pedazo del mundo pasará ante tus ojos sin que tú te apercibas -solía decirme-. Parpadea dos veces..., y ya no te quedará nada por ver.

La primera vez que me largó aquella frase, pensé que se refería a ser uno de los que no participan en la vida. Pero ahora, cuando pienso en la tristeza que en ocasiones oscurecía su mirada en momentos como aquellos, me pregunto si acaso no estaría advirtiéndome sobre la ceguera de la muerte.

«Parpadea dos veces..., y ya no te quedará nada por ver.»

El dieciséis de septiembre, el primer copo de nieve cayó tembloroso de lo alto y se disolvió en el suelo de Eagle Peak. Después, otro copo salió susurrando del cielo, y otro más, y otro... En cuestión de nada, dejaron de disolverse al besar la tierra.

Dos días más tarde, un guardabosques del parque, vestido con su chaqueta amarilla y despidiendo nubecillas de aire caliente por la boca, subió por el sendero en su vehículo para la nieve. Iban a cerrar el parque (medida reservada, normalmente, para después del fin de semana del Día de Acción de Gracias) y quiso saber si había alguna... «petición de último momento», para expresarlo con sus mismas palabras. Recuerdo los esfuerzos del hombre por entrar en calor: daba palmadas y pateaba la nieve como si fuese un enorme alce que intentara poner al descubierto el esqueleto de un arbusto oculto en la tierra. Y sus palabras ocultaban un cierto tonillo muy mal disimulado. «¡Si serán tontos! -nos decía-. Este no es sitio para estar. Y menos este invierno. Mira que quedarse aquí...»

El cierre oficial del parque se produjo el veinte de septiembre de mil novecientos ochenta.

Y así comenzó el invierno más largo que he vivido jamás.

Durante aquellos primeros días invernales. Margo y yo fuimos unos observadores imparciales, vigilábamos a nuestros compañeros artistas al tiempo que observábamos, con curiosidad, el extraño clima. A Margo le fascinaba el tremendo frío de la primera tormenta de nieve. Y supongo que eso fue lo que me resultó tan atractivo en ella, su maravillosa curiosidad infantil, que la impulsaba a meter el dedo aquí o allá y a esperar el resultado.

Juntos -porque al cabo de un tiempo nos volvimos casi inseparables-, observamos cómo nuestros secuaces artísticos perdían su anonimato para convertirse en personas reales, enteras y excéntricas, con algo de *Jekyll* y *Hyde* en según qué faceta de sus personalidades. Durante aquellos primeros días invernales, cuando Margo y yo nos manteníamos en los límites de la

experiencia de la «Escalinata», a nuestras anchas para tomar notas -visuales y escritas-, fue la época en la que más disfruté.

De todo el grupo, Billy Dayton, nuestro escultor residente, resultó el más extraño. Era un hombre de su época, un hijo perdido de los sesenta. Llevaba el cabello largo, recogido en una cola de caballo sujeta con una tira de piel de conejo. Una barba poblada, con bastantes toques de gris, le ocultaba el rostro y le daba aspecto de tener más edad. Y sus ojos eran tan negros como la noche sin luna.

Lo conocí un día de finales del verano, a un kilómetro del campamento. Estaba arrodillado junto a la base de una monolítica losa de piedra volcánica, tallándola con un cincel de granito.

-¿Qué es? -pregunté con inocencia, pues desconocía la respuesta.

-La revolución de la naturaleza -respondió.

Y lo hizo con una voz suave y frágil, el tipo de voz que hace creíble cada frase proferida, incluso aunque nos conste que es una tontería. Así era Billy Dayton: siempre decía tonterías que sonaban a verdad revelada. Al menos, así era como yo lo veía por aquel entonces. Ahora..., bueno, ahora no estoy seguro. Quizá no fueran tonterías.

-Es un título sugerente -comenté.

Entonces se acercó Margo, que captaba con el «clic» de su cámara todo aquello que se interpusiera ante su objetivo. Cuando vio el monolito de Billy, le sacó cuatro o cinco fotos, y luego se detuvo, aferrando la cámara con las manos.

-¿Qué es? -le preguntó.

-La revolución de la naturaleza -contesté. No se echó a reír, o, al menos, no en voz alta. Pero algo debió de mosquear a Dayton, porque se volvió sobre las rodillas y le miró a los ojos, como si estuviera leyéndole el pensamiento. Recuerdo que, durante un momento, creí que sus ojos ardían como el mercurio líquido. Entonces Margo se echó a temblar, y noté que algo en su interior se marchitaba, de la misma forma que se marchita la alegría de un niño cuando un adulto entra en su habitación.

-Vámonos -me dijo ella mientras me agarraba del brazo. Tenía la mano helada, como si su cuerpo se hubiera quedado exangüe.

La seguí, y Billy volvió a su «revolución». Cuando nos hubimos alejado lo suficiente para que no nos oyera, le pregunté a Margo por qué había huido tan de repente.

-Es un presentimiento -repuso.

Después, volvió a levantar la cámara y. «clic» aquí, «clic» allá, comenzó a fotografiar árboles. Aquélla fue la primera vez que me di cuenta de que la cámara de Margo no era sólo una ventana al mundo, sino también su persona] manera de excluir las cosas que no deseaba ver.

Ojos (objetivo) que no ven, corazón que no siente.

A medida que las noches se fueron haciendo más frías, la «Escalinata» se dividió en grupos cada vez más reducidos, cada uno de ellos con un interés específico. En una tienda se producía el gran debate «arte *versus* artesanía, el alma de la creatividad». En otra, se compartían recetas de pintura de bayas y se hablaba de los diez grandes usos de la piedra volcánica. En la nuestra. Margo y yo -antes extraños y ahora amigos- compartíamos pequeños retales protegidos de nosotros mismos.

Una de aquellas noches frías, ella estaba envuelta en un cálido saco de dormir y la luz titilante del fuego reflejaba su brillo en sus ojos.

-La perspectiva es el mejor don que podemos ofrecerle al mundo. Allá fuera, tú ves la desolación de un duro invierno; sin embargo, yo veo castillos de hielo y hadas de nieve. Contemplamos el mismo paisaje, pero lo vemos diferente. Esa perspectiva, la tuya que es única para ti y la mía que es única para mí, es el mejor don que podemos ofrecerle al mundo.

Creí comprenderlo.

-Toma. por ejemplo, la misma idea para un relato -dije-, y dásela a cincuenta escritores distintos; obtendrás cincuenta historias distintas. Cada una con su personalidad propia. Cada una tan individual como su autor.

-¡Sí! -gritó entusiasmada, como el maestro con su mejor alumno-. ¿Y de dónde sacaremos nuestras perspectivas únicas, tú la tuya y yo la mía?

- ¡Del pasado y del presente! De las delicias de nuestra infancia y de las pesadillas de nuestra adolescencia. De quedarnos mirando el espejo mientras hacemos muecas. De crecer tan de prisa que nunca dejamos de sentir que seguimos siendo niños.

-¡Y de los aromas que percibimos! -exclamó ella. Se apoyó en un codo y comenzó a pronunciar las palabras con la misma rapidez con que se le ocurrían-. Y de los sonidos que oímos, y de las cosas ásperas y suaves, redondas y cuadradas que tocamos. ¡De lo que nos hace felices y de lo que nos entristece! De nuestras creencias sobre el mundo y el universo: del nacimiento y de la muerte; de las promesas y las mentiras. ¡De todo eso!

Entonces, inspiró hondo, contuvo la respiración, me sonrió y luego soltó el aire en forma de blanca nube que llenó la tienda. Había dicho mucho más de lo que en aquel momento yo logré advertir. Porque creo que eso era lo que le ocurría a Dayton. Poseía una perspectiva propia, y, en cierta forma, esa perspectiva había quedado en libertad.

-Quiero que veas esto -me dijo Margo uno de los últimos días de enero.

El sol brillaba sobre Eagle Peak y la nieve blanca resultaba casi cegadora cuando ella tiró de mí para que la acompañara.

-Es la belleza exhibida en toda su fealdad -añadió.

-Eso es una contradicción. Tendrá que ver con Dayton -dije.

-¿Con quién si no?

-¿Otra revolución?

-Algo por el estilo, supongo. -Se detuvo para sacar unas cuantas fotos a las huellas de unos ciervos en la nieve-. Adivina qué ha hecho esta vez. Di la cosa más increíble y descabellada que se te ocurra.

-Ha construido su propia escalinata al cielo -repuse. Margo bajó la cámara y me dirigió una sonrisa de lo más extraña, como si estuviera reflexionando acerca de aquella posibilidad.

-No lo sé -repuso en voz baja. Luego, volvió a subir la cámara y agregó-: Inténtalo de nuevo.

-Me doy por vencido. Ese tipo es demasiado imprevisible, incluso para la imaginación de un escritor.

-Está esculpiendo en hielo.

-¿Esculpiendo qué?

-Un autorretrato.

Había tres esculturas cinceladas en el hielo; cada una de ellas difería ligeramente de la anterior; pero de un modo no demasiado sutil que todavía ahora me cuesta describir. Algo así como una especie de progresión; lo primero que acudió a mi mente fue joven, anciano, más anciano. La primera ofrecía un extraordinario parecido con Dayton. La segunda era algo menos reconocible, y la tercera, estilo Picasso, aunque más suave, y de cortes y líneas menos agudas. Quizá el término «digresión» sea el que mejor defina a las tres, dado que cada una aparecía menos nítida, más oblicua que la que tenía a su izquierda.

-¿Es eso un autorretrato? -inquirí.

La obra ofrecía una extraña sensación de desproporción, algo que parecía decir: «Cuanto más sabio se vuelve el hombre, más autodestructivo es». Así era Dayton, sabio y autodestructivo.

-¿Qué otra cosa podría ser? -me contestó Margo.

Aquel invierno, Dayton nos condenó a todos, cada uno de nosotros se convirtió en imagen de sus estatuas de hielo en tres digresiones diferentes: nacimiento, vida, muerte, como si el aliento de esta última hubiera ido marchitando el hielo poco a poco. Esculpió, recortó y dio

forma a cada una de las estatuas de las doce personas del grupo. La de Sally, a dos mil cien metros de altitud, cerca del lago Eagle. La de Hampton, a dos mil doscientos cincuenta, cerca del paso Goat Head. Las de los demás estaban en sitios ocultos que jamás logramos encontrar.

Al concluir la escultura de la última imagen, a mediados de abril, cuando la nieve de las elevaciones menores comenzaba a derretirse, Dayton desapareció en el interior de su tienda y no volvió a salir.

Entonces lo ignorábamos, pero la «revolución» se había puesto en marcha.

Y llegó a finales de abril. El sol tenía un brillo casi estival en los cielos del sur. Lentamente, el deshielo primaveral fue dando vida a un sinnúmero de arroyuelos, manantiales, fuentes, que fueron esculpiendo profundamente las laderas de las montañas, lo que dio un nuevo aspecto a la anatomía topográfica.

Por fin Eagle Peak renacía después de su larga invernada. Yo, por mi parte, me sentía impaciente por que llegase el día en que pudiera lanzar un suspiro sin ver que mi aliento se transformaba ante mí en un hongo blanco en el aire frío.

Con la misma intensidad que me sentía víctima de la naturaleza, sospecho que Dayton se creía su mesías. Quizá fuera eso, el mensajero de la madre Naturaleza. Habían pasado dos semanas desde que le viéramos asomar la nariz por entre los pliegues de su tienda, de modo que Margo -azuzada en su inquieta curiosidad- me convenció para que nos asomáramos a echar un vistazo.

-No es momento para sacar fotos -susurré. Nos encontrábamos ante la tienda de Dayton; Margo tenía ambas manos sobre la cámara, y yo, posadas sobre los pliegues de la abertura.

-Sólo una -me dijo con los ojos brillantes-. Anda.

Entonces, aparté los pliegues de entrada a la tienda.

Y Margo disparó dos o tres fotos.

Los dos nos quedamos en silencio durante un larguísimo instante: la cámara de Margo bajó, atónita, hasta su costado (panorama que jamás olvidaré, porque era la primera vez que la veía enfrentarse cara a cara con algo horrendo sin que intentara ocultarse tras el objetivo de una cámara).

Lo que quedaba de Dayton yacía en el suelo, oculto, en parte, bajo unas ropas y aquella tira de piel de conejo que siempre utilizaba para atarse el cabello. Toqué aquella pila con el pie y oí el entrechocar fantasmal de hueso contra hueso, noté entonces que una sustancia gelatinosa se escurría un poco más de la pila: tuve que hacer un esfuerzo para no vomitar.
Dayton, el mesías, había entregado su mensaje. En la madre Naturaleza, algo había perdido el equilibrio.

«Escalinata al Cielo» se deshizo al día siguiente, en parte por lo ocurrido a Dayton, en parte porque los largos meses de invierno habían acabado por cobrar su tributo a nuestro estado de ánimo colectivo. Incluso ante la inminencia de la primavera, se nos había vuelto a todos demasiado sencillo ver las cosas eternamente frías, congeladas y sin esperanza.
Sally y Hampton partieron a la mañana siguiente, temprano, rumbo a Mount St. Helens. Algunos de los otros se marcharon a casa; otros se dirigieron al sur, donde el clima era más benigno; los demás se escabulleron del campamento sin despedirse siquiera; Margo y yo nos quedamos.

Supongo que sentíamos curiosidad. Quizá fuera esa misma curiosidad la que nos había diferenciado del resto del grupo desde el principio. Creo que Margo se sentía responsable, en parte, por lo ocurrido a Dayton, aunque ambos tratábamos de considerar aquello como un desafortunado giro de la naturaleza; algo así como la combustión espontánea, algo que era mejor no investigar demasiado. No obstante, ella insistió en seguir sacando fotos hasta que aquello tuviera algún sentido, a través de los ojos de su cámara. En cuanto a mí, bueno, yo quería escribir algo más sobre Dayton y hasta qué punto se diferenciaba del resto de nosotros,

sobre cómo hubieran sido las cosas en la «Escalinata» si hubiésemos intentado comprenderle mejor.

Ambos nos sentimos obligados a permanecer un poco más en Eagle Peak.

El veintiuno de mayo pasé allí mi último día.

Sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra una piedra, tomaba un poco el sol y anotaba ideas sueltas en mi libreta. No lograba desechar la idea de que, de alguna manera. Dayton, Mount St. Helens y las esculturas de hielo estaban relacionadas entre sí de un modo extraño y malévolo, que había sido la causa de la muerte del escultor.

En ese momento. Margo apareció en la entrada de un pequeño valle, abierto a un sendero estrecho que ascendía hacia la cima de Eagle Peak, a tres mil seiscientos metros de altitud. La cámara descansaba contra su costado. Su paso era vacilante y recuerdo que mi primer pensamiento fue que debía haber intentado escalar la montaña hasta la cima. Bajo el sol del mediodía, todo el cuerpo le brillaba; su cabello, húmedo, se le pegaba a la frente, y tanto su rostro como sus brazos y sus piernas ofrecían un aspecto vivo que reflejaba la luz del sol. Tenía los ojos vidriosos, como de hielo, puros al igual que las ágatas cristalinas con las que de niño yo solía jugar a canicas.

-¿Margo?

Hice que se apoyara contra una piedra y descansara; me arrodillé a su lado y, por primera vez, noté que la cabeza le sangraba.

-Dios mío, ¿qué ha ocurrido? -pregunté.

Me entregó un carrete de fotos (su mano estaba fría como un arroyo de montaña a principios de mayo); luego, otro y otro más. Y cuando trató de sonreírme, me ofreció un triste gesto que no logró mantener.

-Tú sigues allí arriba -susurró-. No pude llegar hasta ti, pero estás allí.

Le aparté el cabello del sitio por el que sangraba, y donde debía haber estado la oreja, vi un agujero de color rojo oscuro.

-Oh, Margo...

-Encontré mi escultura de hielo -me dijo entre jadeos, en tanto luchaba por respirar-. Pensé que si la rompía...

-¿La estatua que hizo Dayton de ti? Asintió

-Y la tuya también. Trescientos metros más arriba. Cerca de la cima.

Se produjo un largo silencio durante el cual ambos contuvimos la respiración.

-Me muero -dijo. Fue una manifestación tan inocente y honesta como una de sus fotografías-. Y no puedo hacer nada para evitarlo. Se acurrucó contra mí.

-Te quiero -susurré y la atraje hacia mí.

La sentí blanda, demasiado blanda, como una almohada muy usada o un globo que pierde aire. Tenía la piel húmeda, fría y resbaladiza al tacto; en algunos aspectos parecía de cera; en otros, de hielo. Supe, entonces, que iba a perderla.

La mantuve abrazada hasta que el sol se puso, hasta que no logré ver más en la oscuridad, porque quería recordar su aspecto antes de que la carne comenzara a desprendérsele de los brazos, de las piernas, del rostro; antes de que el tejido, los músculos y los cartílagos se convirtieran en aquella especie de gelatina que comenzó a formar pequeños charcos debajo de ella. Y cuando desde lo alto me llegó la luz de una luna pálida y distante, escuché el seco entrechocar de sus huesos y noté que lo poco que restaba de su silueta se derretía bajo mis brazos, del mismo modo que el resto de su escultura se derretía bajo el sol de mayo, en la montaña, a seiscientos metros de altura...

*Afuera llueve.*

*He dejado las ventanas abiertas y apagado la calefacción, y. aun así, no puedo dejar de sentirme terriblemente acalorado en este día invernal. Sé lo que me está ocurriendo, aunque el saberlo no lo haga menos doloroso, ni menos terrible.*

*En la fotografía, tomada desde cierta distancia, veo la imagen esculpida de mí mismo, sentada, orgulloso, a unos cientos de metros de la cima de Eagle Peak. Lo bastante alejada de la cima como para que el sol de tres estaciones la caliente, lo bastante cercana como para, de algún modo, resistir la descongelación.*

*En las últimas horas de la tarde de un día nublado, me siento como si fuera un carámbano, húmedo al tacto, y goteando un poco por aquí y otro poco por allá, pero agradecido como nunca de que el frío de la noche llegue por fin.*

# *Borrón y cuenta nueva*

*G.* WAYNE MILLER

*Wayne Miller, periodista del* Providence Journal *(Rhode Island), nacido el 12 de junio de 1954, escribe artículos y cubre la información de la prisión estatal* y *los hospitales psiquiátricos. Ha ganado varios premios locales y nacionales, incluyendo los de AP y UPI.*

*Es un hallazgo.*

*«Borrón y cuenta nueva» no es su primera obra de ficción, sino la primera que se publica en un libro. Varios de sus guiones han aparecido en los programas de* Alfred Hitchcock, Mike Shayne *y en* The Horror Show. *Tiene un aspecto común con los demás autores que figuran en esta selección: ha logrado ocupar un puesto en el equipo titular por méritos propios.*

*Los Miller viven en «una casa que tiene tres siglos y que, en la época de la Revolución, era una taberna». Una de las habitaciones de la casa está encantada. No debe sorprender, por tanto, que nos ofrezca aquí un romántico relato de fantasmas, uno de los más agradables y*

*originales que he leído en mucho tiempo. El lector lo encontrará absoluta e inexorablemente. .. perturbador.*

La de aquella noche, hace dos semanas, eras tú, ¿verdad?

Tú, tras el volante de tu increíble descapotable Mustang rojo del año sesenta y cuatro, con tu cabello castaño chocolate al viento, como el ala elegante de un ave exótica. Yo regresaba a casa tarde del trabajo, la autopista de Boston seguía atestada, mi Toyota avanzaba con esfuerzo, entre resoplidos, como si estuviera afectado por un enfisema grave. Anduviste un trecho a mi lado, lo suficiente para que observaras el asombro retratado en mi rostro, lo suficiente como para que yo viera tu sonrisa; después, aceleraste al máximo y te perdiste entre el tráfico.

Esa misma noche, más tarde, tú me telefoneaste, pero permaneciste muda, ¿no? Tú, la que me envió aquella loca carta de amor sin firmar. Tú, la que me dejó un mensaje en la oficina. Tú, la que susurró anoche ante mi ventana. Fuiste tú, ¿verdad?

Desapareciste durante cinco años, el período más largo, y ahora has regresado, y te dispones a llevar a cabo lo que debes hacer.

Ya casi me había olvidado.

¿Me crees, Katrina? Es la verdad. Las estaciones cambiaron, la rueda de la vida dio otra vuelta, y sobreviví de nuevo..., incluso logré prosperar. Conseguí enterrar el pasado y crearme otro presente; me casé y engendré a esta maravillosa hija mía. Cheryl y Angie, mi esposa y mi hija. Las amo profundamente, Katrina, más de lo que pueda expresar. Y ellas me quieren. Lo veo en sus sonrisas, lo noto en sus voces. Todos los hombres deberían contar con una bendición así.

Qué ingenuidad por mi parte esperar que esta vez sería distinto, que con el transcurso del tiempo, y tú ocupada en otra parte, me pasarías por alto. Debí saber que regresarías. Que te marcharías dondequiera que vayas y que volverías, tal como lo has hecho siempre. Que

regresarías decidida a quitarme esta vida que he creado para sostenerla un momento en tu mano y. luego, desintegrarla de un soplo como la brisa otoñal que deshace una flor de algodoncillo.

Y a Cheryl y Angie con ella.

Te odio por eso.

Finalmente, después de tanto tiempo, presiento que se romperá el hechizo.

Ese coche. Comenzó con ese increíble coche.

Me acuerdo de la primera vez que lo vi: brillante, rojo. desplazándose hacia el arcén donde yo esperaba con una mochila y un cartel escrito a mano que decía: SAN FRANCISCO o LA QUIEBRA. Te recuerdo: el sol de junio acariciaba tu rostro marfileño; tu delicioso cuerpo, apenas contenido por la camiseta y los Levi's; tus ojos, ocultos tras unas gafas de sol rosa. Era el verano del setenta, y yo había dejado la facultad para dedicarme a ver mundo.

Había ido de Boston a Albany en autoestop la tarde que tú me recogiste. Apenas podía creer en mi buena suerte. Eras hermosa e inteligente; tenías un atractivo físico que me volvió loco en cuanto subí a tu coche. Antes de que pudiera presentarme, me llamaste «amor mío» y me rozaste la mejilla con la mano. Me sonrojé. Dijiste que tú también ibas hacia San Francisco, que con mi complicidad cometeríamos todo tipo de delitos a lo largo y a lo ancho del país. Me eché a reír como un desequilibrado mental al oír tu comentario. Nos fumamos un canuto y nos dirigimos hacia el oeste por la Interestatal Noventa; el velocímetro marcaba ciento veinte y tu Mustang del sesenta y cuatro ronroneaba como un gatito junto a la estufa.

Al llegar a Ohio, ya me tenías en tus redes.

Aquella noche, hicimos el amor durante horas en una tienda de campaña que levantamos junto a un arroyo, al final de un camino comarcal. Si existe algo parecido al cielo en la Tierra, esa noche lo fue. No logro describir qué sensaciones primitivas despertaron en mí, su salvajismo, el cosquilleo que me recorría el cuerpo hasta que creí estallar, cómo mi cuerpo y mi espíritu fueron transportados a un lugar de dicha completa. A la mañana siguiente, hablamos del modo en que habíamos alcanzado un plano místico. Cuando la conversación acabó, volvimos a hacer el amor, una vez, y otra, y otra más.

Yo lo ignoraba, pero ya entonces había empezado a ahogarme.

Cuando llegamos a Tahoe estaba dispuesto a casarme contigo. En los setenta no era una locura estar dispuesto a pasar el resto de tu vida con una extraña a la que habías conocido en una carretera. Pertenecíamos a la generación de Woodstock, y el amor era nuestra especialidad. Yo iba muy en serio, quería que permaneciéramos juntos para siempre. Te dije que estaba escrito en las estrellas. Me dirigiste una amplia sonrisa al oír la referencia a la astrología, y otra, más amplia aún, cuando mencioné la eternidad. No podía dejarte marchar. Y me decía: «Si pierdes un pájaro libre, nunca más vuelves a verlo».

Por eso te pedí que te casaras conmigo.

Desde luego, aceptaste. Proseguimos la marcha por la orilla del lago, dejamos atrás casinos, cabañas, tiendas de regalos, moteles, tiendas de artículos para hippies y capillas nupciales. Nunca había visto una capilla nupcial. Tú tampoco. A los dos nos parecieron increíblemente impersonales. Escogimos el Amor Du Chalet porque en el jardín que tenía delante había un desfile de flamencos de plástico rosado. En el interior, nos desternillamos con las flores de plástico, las sillas plegables, la música grabada y el reverendo Berto Andreozzi. Cuando terminamos de reír, saqué treinta y cinco dólares y le pedí que te convirtiera en mi legítima esposa. Allí de pie, tú con tus pantalones cortos y yo con un pañuelo de colores anudado al cabello, nos casamos.

Me estaba hundiendo.

Pasamos la luna de miel en los bosques del lado californiano del lago. Durante tres días bebimos vino, comimos pan y queso, nos motivamos e hicimos el amor de un modo tan prolongado y con tanta pasión que creí que jamás me recuperaría. Durante tres días escribimos poemas y canciones. Durante tres noches, dormimos bajo la luna llena, hechizados por las oscuras montañas plateadas que, según tú, debían de haber sido robadas del

sueño de algún astronauta. Compartimos los secretos de nuestras almas, como en la canción, y juramos que ningún mortal, hombre o mujer, había tenido jamás lo que nosotros teníamos.

A la cuarta noche, te habías marchado.

Me desperté aterido, solo, a la luz del sol naciente. Tu tienda, tu bolsa de dormir, tu coche... habían desaparecido. Te busqué durante todo el día. Vagué por los bosques, por la playa, por la zona comercial. No había rastro de ti ni de tu coche. La policía no pudo decirme nada. «Este tipo de cosas ocurren todos los días», me dijo entre sonrisas un sargento de mediana edad y peso excesivo, al otro lado del mostrador de información. Desesperado, fui a visitar al reverendo Andreozzi. No se acordaba de ella, me dijo. Tampoco se acordaba de mí. «Al cabo del día celebro tantas bodas de ese tipo...», se excusó con expresión de sinceridad.

Me quedé en los alrededores de Tahoe una semana. Había enloquecido; me sentía paralizado. Cuando por fin logré llegar a San Francisco, vagué de parque en parque, de cuarto en cuarto; lloré hasta dormirme en bancos, debajo de los árboles, y en camas de personas a quienes jamás había visto y a las que nunca volvería a ver. Fumaba marihuana gratis y le contaba mi historia a todo aquel que quisiera escucharme. Fui a los periódicos; en una imprenta pedí que me hicieran unos carteles y los pegué en las paredes de las lavanderías, en las paradas de los transportes públicos, en las estaciones de autobuses interurbanas.

Y nada.

Esa semana, una nueva sensación comenzó a aparecer en mi dolor; una sensación más negra y siniestra que todo lo que había experimentado hasta entonces. Empecé a pensar que quizá te había imaginado, que había soñado nuestro viaje a través del país, la boda, aquellas fantásticas curvas de tu cuerpo y las facciones de tu rostro. Comencé a preguntarme si no sería el efecto de alguna droga, o si no habría sido víctima de un experimento de control mental del gobierno, o si no habría caído en alguna confusión cósmica del karma.

Empecé a creer que me encontraba de lleno en la espiral que conduce a la locura.

Me estaba ahogando.

Pasó el mes de junio, siguieron julio y agosto, y el dinero empezó a escasear, por lo que no tuve más alternativa que regresar al este. Me marché de mala gana. De regreso a casa, me detuve en Salem, Ohio, la ciudad donde tú habías nacido, crecido e ido al instituto. Fui a la comisaría de policía, al ayuntamiento, a las tiendas de la calle principal. Consulté ejemplares antiguos de *Salem Song,* el anuario del instituto.

Nadie había oído hablar de ti. No figurabas en un solo registro. Nadie tenía la menor idea de a qué o a quién me refería.

Supuse que me equivocaba, que se trataría de otro Salem, de otro Estado.

Me estaba ahogando. Era un ingenuo, y me estaba ahogando.

Pero era imposible que me equivocara con mi ciudad natal. Hyannis, Massachusetts, ubicada en el centro del arenoso Cape Cod. Salvo los estudios universitarios, toda mi vida la había pasado allí. En ella había nacido y asistido a la escuela. Llegué temprano, un domingo, en la cabina de un camión de doce metros que me había recogido en Buffalo. Desde la calle principal me dirigí a pie hacia el sur, en dirección a la playa, donde mis padres tenían una magnífica casa de estilo Victoriano con un césped cuidado y un bien podado seto.

La casa estaba allí. Y el césped cuidado. Y el seto. Y la espectacular vista de Lewis Bay y Yarmouth.

Cuando llamé a la puerta, un perfecto extraño salió a abrir.

No sé cuánto tiempo me lo quedé mirando fijamente: la expresión de mi rostro pasó de la expectación a la sorpresa; de ésta. a la consternación más completa y luego al pánico infinito. «No -me dijo-, aquí no ha vivido nadie más, al menos en los treinta y cinco años que he sido propietario de esta casa.» «¿Está seguro? -le pregunté yo, incrédulo-. Mire usted, no bromeo.» «Yo tampoco», me espetó, y me cerró la puerta en las narices.

Me sentí perdido. Vagué por Hyannis durante horas, en ese estado de azoramiento y confusión. Habría sido distinto si me hubieras advertido, Katrina. Si me hubieses dejado algún indicio. Cualquier pista me habría bastado. Pero ése no es tu estilo, ¿verdad? El capricho, la autocracia, ésos sí son elementos de tu estilo.

¿Sabes lo que ocurrió después?

Me quedé en Cape Cod hasta el invierno, en una búsqueda inútil de la gente que conocí, de las fichas que debían haber estado en los archivos de las escuelas, de los periódicos que habían dado cuenta de mi carrera juvenil como as del baloncesto. Otras virtudes no tendrás, Katrina, pero minuciosa lo eres, y mucho; me habías dejado sin antecedentes, era como hacer borrón y cuenta nueva. Al llegar el frío, vagué hasta Boston, me busqué un trabajo por horas en una tienda, me alojaba en los albergues de la Asociación de Jóvenes Cristianos y en pensiones de mala muerte e intenté rehacer mi vida. Tú sabes lo cerca que estuve de acabar con todo aquella tarde, mientras me paseaba por el vestíbulo abierto de la última planta de las Oficinas de Aduana, a diecinueve pisos por encima de la acera. Sabes bien que, con el tiempo, el dolor se convirtió en aturdimiento y éste en inconsecuencia, y. más tarde, la inconsecuencia en la resolución de que sería un superviviente.

¿Acaso comprendía yo algo durante aquella primera fase? ¿Alguna vez te lo has preguntado, Katrina?

La respuesta es que no. Me pasé aquel primer año convencido de que estaba loco, y ofuscado por el hecho de que en la mayor parte de los otros aspectos era perfectamente cuerdo. Al principio, fue mejor creer que había padecido una amnesia, tal vez producida por un accidente que mi estado me impedía recordar. Y hubiera continuado creyéndome aquello de no haber recordado con tanta claridad todo lo referente a ti, a mi familia, a mis raíces. Por irónico que parezca, mi salvación comenzó cuando me di cuenta de que debía olvidar, tenía que olvidar al que yo había sido, a aquel que había esperado ser. Así, inicié mi propio proceso de borrón y cuenta nueva, de empezar de cero: un proceso de negación.

Regresaste en el setenta y tres, cuando tu recuerdo comenzaba a debilitarse.

Te presentaste delante de mi apartamento, un sábado por la mañana, imperturbable, como si no hubiera pasado nada ni en Tahoe ni en los tres años siguientes. Era el mes de mayo, hacía un día cálido y soleado. Oí el claxon y. al asomarme a la ventana, te vi en aquel coche increíble. Me sonreíste y me llamaste «amor mío»; sacudiste la cabeza para echarte el cabello hacia atrás y luego me preguntaste qué tal me había ido. Por la preocupación que denotaba el tono de tu voz, fue como si nos hubiéramos separado el día anterior.

Al principio me quedé mirándote, enmudecido, a través de la ventana abierta: estaba asombrado.

Luego, en un instante de cristalina claridad, lo comprendí. No sabía cómo, no lograba entender la mecánica del asunto, pero lo comprendí.

Y no había nada que pudiera hacer. Nada que quisiera hacer. Lo cómico, Katrina, era con qué fuerza me tenías atrapado en tus manos.

Estuvimos juntos dos semanas. Te paseabas por mi apartamento con un vestido de seda blanca y cantabas las canciones que habíamos compuesto bajo las estrellas, a la orilla del lago Tahoe. La primera semana, lo resistí. Estaba enfadado. Quería explicaciones. Quería mi pasado. Creí que iba a matarte. Pero tú me dijiste que el pasado, pasado estaba, y que no tenía sentido hablar de él. Y no hablaste, a pesar de mis estallidos de cólera. Resistí una semana; después, me rendí a ti. Katrina. Utilizaste tu magia y yo quise volver a sentirme indefenso, y así ocurrió.

A la octava noche, un domingo, hicimos el amor. Resultó mejor de lo que había sido antes.

Me había ahogado.

Al decimoquinto día, te habías marchado. No me sentí tan sorprendido como en California. Contigo se fueron mi trabajo, mis nuevos amigos, mi hogar. El edificio continuaba allí. incluso el apartamento en el que yo había vivido. Pero cuando regresé y metí la llave en la cerradura, un hombre al que jamás había visto salió, y entonces lo supe, pero no protesté.

En el curso de los diez años siguientes, el ciclo se repitió cuatro veces. Cada vez me prometí no volver a tomarte, te amenacé, discutí contigo, estuve a punto de odiarte.

Y cada vez tú ganaste.

Y siempre te marchabas, y te llevabas contigo todo lo que yo había vuelto a construir. Los trabajos. Los apartamentos. En una ocasión, incluso una nueva novia. Todo salvo la ropa que vestía.

De modo que aquí estás de nuevo.

Tú y tu increíble coche.

Sé lo que has estado haciendo estas dos últimas semanas. Has analizado la situación. Trazando tu estrategia. Tal vez hayas refrescado tus recuerdos sobre mí, y aprendido todo lo que puedes sobre los detalles de mi nueva vida, preparándote para tu actuación.

Creo que actuarás esta noche. En realidad, sé que ocurrirá así.

Lo sé porque telefoneaste a la oficina hace dos días. No me sorprendió. Es tu sistema. Apariciones fugaces, provocaciones, una llamada, y, finalmente, nuestro reencuentro. Cuando telefoneaste, te mentí. Te dije que Cheryl y Angie estarían fuera este fin de semana. Te dije que irían a visitar a mis suegros y que tendríamos toda la casa para nosotros, si asi lo deseabas.

Me creíste.

Y así lo deseaste.

Pero la cuestión es que no se han marchado, Katrina. Están en el sótano, en dos baúles separados, completamente frías; empieza ya a secarse la sangre de las heridas producidas por las balas que les disparé al volver a casa, de regreso del trabajo.

Acabé con ellas, Katrina, antes de que tú lo hicieras. Verás, es que no podía permitirlo. Esos otros trabajos, los apartamentos, incluso aquella novia..., todo aquello era una cosa. Pero Cheryl y Angie eran otra muy distinta. No podía permitir que lo hicieras. Katrina. Las amaba con toda mi alma y con todo mi corazón. Las amaba más que a nada..., más que a ti.

Por fin hubo dos que fueron más que tú.

Y aquí estoy. Esperándote. Pronto darán las nueve; la mesa está puesta, con copas de cristal y platos de porcelana, y he preparado una exquisita cena. Hablaremos de los viejos tiempos, y beberemos vino tinto californiano, como en Tahoe; después, cuando hayamos terminado de cenar, y la llama de las velas se acorte y el deseo crezca, subiremos y haremos el amor.

Quiero ahogarme una última vez.

Más tarde, haré borrón y cuenta nueva. Esta vez, Katrina, yo seré quien borre todos los antecedentes.

Borrón y cuenta nueva.

Cuando te hayas dormido, iré al garaje en busca de la lata de cinco litros de gasolina que guardo para la cortadora de césped. Recorreré la casa y la iré vaciando a mi paso. Y cuando haya acabado, dejaré caer una cerilla encendida.

A medida que las llamas vayan ascendiendo, me meteré en la boca el cañón de mi revólver y apretaré el disparador.

Esta vez seré yo quien se marche.

Adonde se han ido ya Cheryl y Angie.

Porque allí te será imposible alcanzarnos.

Me parece que ya oigo tu coche. Sí, eres tú. Tú, al volante de ese increíble Mustang del sesenta y cuatro. Ahora te detienes ahí enfrente.

Creo que beberemos unas copas, amor mío.

«Amor mío.»

# *La camada*

JAMES KISNER

*En su primera participación en la World Fantasy Convention, de Tucson, el autor de* Slice of Life, Nero's Vice *y* Strands *intenta subir en coche por un camino de montaña; los Maclay, Mary, mi esposa, y John, mi hijo, viajan detrás, y Bill Nolan y yo, delante. Entre risitas, Bill y yo nos inventamos un relato. Un conductor desconsiderado avanza en dirección contraria y se detiene. «¿Por qué no pasas?», grita. Kisner nos lanza a Nolan, al conductor y a mí, la mirada más negra que vi jamás. Fue muy elocuente.*

*Dejo el magnetófono y me voy a entrevistar a los Matheson,* père *y* fils, *para una nota del* Writer's Digest. *Jim, que adora al* père *y no sabe taquigrafía, se ofrece a tomar notas. Los Matheson hablan con locuacidad, se explayan. «Si tú, Nolan y el conductor desconsiderado me hubieseis matado allá arriba -me dice, burlón-, jamás habría tenido ocasión de convertirme en taquígrafo.»*

*Uno de los mejores hiladores de extraños relatos ofrece aquí al lector un cuento fresco y sorprendente.*

*Harriet* se había comportado de un modo extraño durante toda la tarde. A la menor provocación, echaba a correr de lado, con el lomo encorvado, y bufaba y escupía a todo aquel que se le acercara demasiado.

Sé que los gatos son criaturas ambivalentes, de naturaleza cambiante, pero, normalmente. *Harriet* era muy cariñosa y juguetona. Llegaba incluso a permitir que nuestros dos hijos, de seis y tres años, le tiraran de la cola y la tratasen con jocosa rudeza durante horas y horas sin dar la más mínima muestra de desagrado por el trato recibido.

Sin embargo, aquel día del «veranillo de San Martín», a principios de noviembre, *Harriet* parecía llevar el diablo en el cuerpo. Me disponía a llevármela al veterinario cuando el pequeño Ted me hizo ver algo que tenía que haber notado si hubiera sido más observador.

-*Harriet* está «gorda» -dijo Ted, al tiempo que señalaba los flancos de la gata.

Estaba preñada. Y. además, era la primera vez; quizá por eso no consideré ese aspecto como posible explicación de su extraño comportamiento.

-*Harriet* va a tener gatitos -dije a mi hijo-. Por eso no nos permite que la toquemos. ¿Lo entiendes?

Ted se metió el dedo en la nariz y negó con la cabeza. Pam, su hermana mayor, asintió con aire de sabionda.

-*Harriet* será mamá -comentó, muy seria-. ¡Qué responsabilidad! Me eché a reír y entré en casa para contárselo a mi mujer.

-Ya sabía yo que esperamos demasiado para operar a *Harriet* -dijo Jean mientras cargaba el lavavajillas-. Ahora tendremos que buscarles casa a todos esos gatos.

-No es tan grave -repuse, mientras admiraba el panorama que Jean me ofrecía al agacharse.

A los treinta y cinco años. Jean conservaba una buena figura y me convertía en la envidia de un montón de hombres del vecindario cuyas esposas comenzaban a parecer desaliñadas. Su cabello castaño rojizo y sus ojos verdosos contribuían a darle el aspecto general de mujer que se hace más hermosa conforme madura.

Se incorporó y se volvió para mirarme de frente. Estaba sentado a la mesa de la cocina, bebiendo una cerveza no muy fría, baja en calorías.

-Lo cierto es que no recuerdo que estuviese en celo -dijo-. Me pregunto quién será el padre.

-Por aquí hay un montón de gatos vagabundos -comenté-. Y *Harriet* es guapetona. Con su pinta no le habrá resultado difícil cazar a un marido.

-Venga, no seas tonto -dijo Jean, dándome un ligero beso en la mejilla-. Siempre con el sexo metido en la cabeza.

-¿Tienes alguna queja?

Jean se limitó a sonreír y me preguntó:

-¿Os apetece cenar bocadillos de queso a la plancha? No tengo ganas de preparar mucha comida.

-Por mí, conforme. En cuanto a *Harriet...,* ¿no te parece que para los niños podría ser una experiencia educativa presenciar el milagro del nacimiento?

Hizo una mueca.

-Creo que todavía no tienen edad suficiente -respondió-, sobre todo Teddy. Quizá deberíamos llevar a la gata al veterinario.

-¡Qué ridiculez! De pequeño, yo veía nacer animales cada dos por tres. No es necesario que protejas tanto a los niños.

-Pero tú te criaste en una granja. Ted.

-Pam ya sabe de dónde vienen los niños. Me parece que se sentirá engañada si no la dejamos presenciar el gran acontecimiento.

-Pero si ni siquiera a mí me hace ilusión verlo. Me disponía a ofrecerle un argumento convincente cuando Pam entró a todo correr en la cocina, alborotada y sin aliento.

-¡Papá! |*Harriet* está montando un cirio en el sótano! Date prisa o te lo perderás.

-Demasiado tarde -dije-. Bien, Pam, enséñame dónde está *Harriet.*

Con unas ropas sucias, la gata se había hecho un nido en un rincón del sótano, a unos metros de la parte posterior de la caldera. Di un respingo al comprobar que una de mis camisas preferidas formaba parte de la paridera. El pequeño Ted estaba de pie, junto al nido, con los ojos muy abiertos.

-Ted, sube con mamá.

*-¿Harriet* va a tener bebés?

-Si, Ted, pero tú no debes ver cómo los tiene. Mamá dice que eres demasiado pequeño.

Observé a Pam, que había adoptado un aire de fiera determinación; no habría manera de que lograra convencerla de que se marchara, pero creí oportuno intentarlo para salvarme de una discusión posterior.

-Pam, llévate a Ted a la cocina.

-Yo quiero ver.

-De acuerdo -suspiré-, pero antes llévatelo arriba. Luego puedes volver, si mamá te da permiso.

Agarró a su hermanito de la mano y, sin decir palabra, le ayudó a subir la escalera. Yo esperaba que Ted protestara; pero parecía contundido con lo que sucedía y no sentía tanta curiosidad.

Me acerqué a la gata con precaución y me incliné para ver si ya había nacido algún gatito. La luz era tenue en aquella zona del sótano, pero logré distinguir dos siluetas por lo menos que se retorcían y luchaban por llegar a las tetas de la madre. *Harriet* era una gata amarilla y tenía una mancha blanca en la zona del vientre, sin embargo, los dos gatitos eran grisáceos. Observé como tres más salían rápidamente, y después la gata expulsaba la placenta. *Harriet* levantó la cabeza y me miró como suplicante.

-No me mires así -dije-. Yo no te he metido en esto. Pam había regresado.

- ¡Vaya, me lo he perdido! -exclamó.

-Pues ya se ha acabado todo. Será mejor que...

-¿Y eso qué es? -inquirió señalando la placenta-. ¡Sí que es gordo!

No se me ocurrió ninguna respuesta fácil. Me volví hacia Pam, me agaché para quedar cara a cara con ella, le puse las manos sobre los hombros y le expliqué:

-Cuando los animales tienen hijitos, se... -y no supe cómo continuar.

-¡Muy gordo! -exclamó, y añadió un par de sílabas extra a la palabra «gordo», que últimamente se había convertido en una de las palabras más utilizadas de su vocabulario.

Miré hacia atrás. Yo esperaba descubrir a *Harriet* haciendo lo que es natural en muchos animales; en cambio, vi algo para lo que no estaba preparado en absoluto.

Los gatitos se estaban comiendo la placenta.

-Eso sí que es gordo -reconocí.

Después de llevar a Pam con su madre, regresé al sótano para echar otro vistazo. Esta vez enchufé el foco de emergencia y lo sostuve por encima del nido de *Harriet.* Casi de inmediato, las pupilas de sus ojos se convirtieron en unos puntitos negros. Noté un extraño

olor que podía ser descrito como una mezcla de orina, sangre y podredumbre. Intenté respirar por la boca, me agaché y me acerqué a la paridera todo lo que mi atrevimiento me permitió.

La placenta había desaparecido. La camada constaba de cinco animales, pero yo no los habría llamado gatitos. El color grisáceo que me había parecido entrever antes resultó ser el tono de la piel, porque ninguno de ellos tenía pelo. Sus ojos, que deberían haber estado cerrados, se encontraban muy abiertos y eran sonrosados. Carecían de cola, pero tenían pequeñas garras. Cielos, no parecían gatos.... más bien se parecían a unos feos topos lampiños. *Harriet* no se había tomado la molestia de lamerlos para limpiarlos, y estaban cubiertos por una costra de sangre reseca. «Mutantes -pensé-, bastardos asquerosos.» Por eso *Harriet* no los había limpiado: probablemente, cuando se diera cuenta de lo que eran, acabaría matándolos.

Uno de ellos, tendido sobre el lomo, boqueaba hacia el techo, mientras movía las patas con desesperación, como si no lograra darse la vuelta. Tenía la boca muy abierta y advertí que los dientes eran largos, más parecidos a los de un animal adulto que a los de un gatito, y muy afilados. Se me revolvió el estómago. Pensé que, de un momento a otro, vomitaría el almuerzo.

-Ted, ¿quieres subir? -gritó Jean desde lo alto de la escalera-.
George quiere verte.

-¿No puede esperar? Aquí abajo hay un verdadero desastre.

-Dice que es importante. Parece preocupado.

-¡Maldición! De acuerdo, ya voy. -Subí los peldaños de dos en dos, y cuando llegué arriba me encontré con Jean-. Arréglatelas como puedas -le dije-, pero no permitas que los niños bajen. No quiero explicártelo ahora mismo, pero *Harriet* nos ha hecho un regalo que no deseamos. Y no se trata de un ratón muerto.

-¿Cómo?
Después de analizar su estado de ánimo, agregué:

-Será mejor que tú tampoco bajes. No te gustará un pelo.

George era nuestro vecino más próximo. Vivíamos en unas parcelas en las que todas las casas tienen revestimiento de aluminio y garaje para dos coches. No había setos y las casas estaban construidas muy próximas, de manera que uno acababa aprendiendo a llevarse bien con los vecinos.

George era un buen tipo. Trabajaba como ingeniero en una de las empresas locales de electrónica. Yo soy contable y cada año le ayudo a hacer la declaración de la renta, de manera que no existen demasiados secretos entre nosotros.

Me esperaba frente a su garaje, una de cuyas puertas permanecía levantada. Había sacado la camioneta y la tenía estacionada en el sendero de entrada. George parecía incómodo; sudaba a pesar de que apenas había dieciocho grados de temperatura ambiente. Rondaba los cuarenta años, como yo, y su cabello comenzaba a tornarse gris. Se encontraba en una excelente condición física: cada mañana corría para no aumentar de peso y mantenerse en forma. Yo le tomaba el pelo siempre porque tenía que correr para mantenerse en forma, mientras que yo era un tipo saludable sin necesidad de esforzarme tanto.

-¿Qué ocurre, George? -le pregunté.

-¡Dios santo, Ted, no vas a creértelo! Pasa y dime lo que piensas de esto.

Me condujo al interior del garaje, a un rincón donde su perra dálmata estaba echada. Se hallaba tendida sobre una bolsa de dormir vieja y sucia y gemía quedo. También oí el agudo gemido de otra cosa que yacía junto a ella, una camada de... no, no se trataba de una camada de cachorros.

-Fíjate en esas malditas cosas -me pidió George-. ¿Habías visto algo así en tu vida?

Desde luego que sí. Los animales que la perra dálmata acababa de parir eran exactamente iguales a los de la camada de *Harriet.* Eran algo más grandes, pero, por lo demás, parecían un duplicado exacto.

Había ocho en total.

No tengo amplios conocimientos de biología, pero sé que existen ciertas cosas que se supone son imposibles. Los gatos tienen gatitos, y los perros tienen perritos. Maldita sea, así es como se supone que han de ser las cosas.

Toda clase de ideas acudió a mi mente, pero ninguna de ellas me servía de respuesta aceptable a lo que estaba presenciando. ¿Sería producto de la contaminación del aire o del agua? ¿De la radiación? ¿De algo sobrenatural? ¿De algo proveniente del espacio extraterrestre?

Negué con la cabeza. Yo no creía en todas esas tonterías. Creo en los números y en la ciencia, al menos hasta donde yo puedo entenderlos. Si algo no computa, no puede ocurrir.

-Mira, George, quizá me esté volviendo majara, pero creo que esta camada es idéntica a la que *Harriet* acaba de parir.

-¿Tu «gata»?

-Sí. ¿Lo crees posible?

-¿Me tomas el pelo? Porque, si es así, te advierto que no estoy para bromas.

-De acuerdo, voy a enseñártelo. ¿Tienes un par de guantes por aquí?

-¿Para qué?

-Para coger a uno de tus bastardos y compararlo con mis «gatitos». Al menos, será un punto de partida.

Me dejó un par de guantes de trabajo, de cuero grueso. Logré separar a uno de los animales del resto sin molestar a la perra, a la cual no parecía importarle demasiado todo aquello.

Yo no podía culparle. Al ver aquella extraña criatura más de cerca, pude observar lo fea que era. No sólo tenía la piel lampiña, sino escamosa. Pero lo que me pareció más raro fue que le faltara el ombligo. Reflexionando un poco, que yo recordara, los bichos que mi gata había parido tampoco presentaban ningún tipo de conexión umbilical. No había visto el cordón por ninguna parte.

-Vamos -dije, sujetando aquel bicho baboso delante de mí para mantener el olor lo más lejos posible-. Quizá entre los dos logremos descifrar este asunto.

-Iré contigo, pero esto no me gusta nada -comentó George-. Ted, es imposible que esto le haya ocurrido a mi perra.

-¿Porqué lo dices?

-Porque la primavera pasada la operamos para que no quedara preñada.

Jean se mantuvo alejada de nosotros cuando entramos en la cocina para bajar al sótano. Al ver lo que yo llevaba en las manos enguantadas, palideció, pero no pronunció ni una palabra. Resultaba evidente que, a pesar de mis advertencias, había visto la camada. No sé por qué no me preguntó nada sobre la cosa que llevaba, quizá porque estaba demasiado sorprendida.

-No he pensado qué haremos, pero ¿por qué no te llevas a los niños y te vas a visitar a alguien?

Asintió en silencio. Creo que se alegró de tener una excusa para marcharse.

-Dame un par de horas -pedí-. O, mejor aún, llámame antes de volver a casa. Por si acaso.

-Pero ¿qué vas a...?

-Ya te he dicho que no lo sé.

Procuré dar la impresión de que dominaba la situación, pero si no logré impresionarme a mí mismo, mucho menos a Jean. Algo dentro de mí hurgaba y se retorcía, quizá se tratara de un reconocimiento instintivo de que las cosas no estaban bien, de que la naturaleza estaba patas arriba. Presentí una soterrada urgencia por descubrir realmente lo que estaba ocurriendo.

Bajé al sótano precediendo a George y enfilé directo hacia la paridera. *Harriet* había abandonado a su descendencia; no la culpé por ello.

Coloqué el «perrito» junto a los cinco «gatitos».

-¿Qué te había dicho, George? Ni una puñetera diferencia.

-Lo único es que los tuyos son un poco más grandes -señaló George. Parecía desgraciado; se le notaba asustado-. Esto no tiene sentido.

-Ya lo sé. Resulta extraño. Acabas de decir que los míos son más grandes, y tienes razón. Pero cuando yo los dejé, eran ¡más pequeños!

-¡Vamos, Ted! ¿Cómo pueden haber crecido en diez minutos?

-No son imaginaciones mías, George. Te digo que están «más grandes».

Observé la masa de feos bichos, movedizos y llenos de escamas. Ahora se les veía más babosos aún, y cubiertos de sangre reseca. Me agaché para verles mejor y noté que uno de ellos masticaba algo; un trozo de carne con pelos. Tendí la mano, le di la vuelta a uno de los bichos y vi más trozos de carne, sobre los cuales los demás se abalanzaron. Aparté algunos de los trapos y prendas que formaban el nido y descubrí algo que, *in mente,* había rogado no encontrar; o al menos, no allí.

Era lo que quedaba de *Harriet:* la cabeza, descarnada y sin piel, la cola y una pata. Por algún motivo que no entendí le habían dejado los ojos que, acusadores, me preguntaban: «¿Por qué me has dejado sola?».

Aquello fue demasiado para mí. Me aparté y vomité aparatosamente, salpicándole a George los zapatos y los pantalones.

George se separó de mí de un salto, perdió el equilibrio y cayó sobre la paridera. Uno de aquellos animales se lanzó de inmediato sobre su brazo desnudo, y le pegó un mordisco que le llegó casi hasta el hueso.

-¡Maldición! -aulló George-. ¡Quítame de encima a este hijo de puta!

Me recuperé rápidamente, hice de tripas corazón y arranqué aquella cosa del brazo de George mientras éste se levantaba con torpeza. Con la mano derecha apreté el bicho con todas mis fuerzas; el muy asqueroso no dejaba de retorcerse para morderme. Por suerte, todavía llevaba los gruesos guantes que George me había dejado, de lo contrario, aquella cosa me habría arrancado un trozo de mano. Para una bestia que no superaba en tamaño a un gato pequeño, la criatura tenía una tuerza sorprendente. Ya no pude sujetarla más y la tiré al suelo. Sin pensarlo siquiera e impulsado por un instinto que ni siquiera sabía que tuviese, la aplasté con el pie, hasta reventarla contra el cemento con todo el peso de mi cuerpo.

Hizo pum, como una especie de globo obsceno.

Entonces le tocó a George vomitar.

Levanté el pie y miré los restos que habían quedado en el suelo: una mancha iridiscente, verde grisácea, de un líquido viscoso y temblequeante con una cabeza que no paraba de moverse y de lanzar mordiscos. Poco a poco, la amorfa mancha se recompuso y recobró su forma anterior. Más o menos.

George ya había dejado de vomitar.

-¡ Santo cielo, Ted! ¿Qué vamos a hacer?

-Tú mismo has visto lo ocurrido, ¿no? Lo he aplastado con todo mi peso... ¡ Dios mío! Se han comido a *Harriet...* Por el amor de Dios..., se han comido a la gata. ¡Y no mueren!

Me encontraba al borde de la histeria.

-Vamos, Ted, domínate -me ordenó George, que temblaba tanto como yo.

-¡George, se han comido a la gata! ¿Es que no lo entiendes? ¿Qué crees que hacen en este momento los que están en tu garaje?

-¡Dios santo! ¡Ojalá no llegue demasiado tarde! Subió la escalera del sótano a la carrera, y tropezó dos o tres veces.

Cuando se hubo marchado, creí enloquecer de miedo al oír un sonido de cristales rotos a mi espalda. Cuando me volví para investigar, comprobé que dos de las criaturas se habían encaramado a la estantería donde guardábamos las conservas de fruta y verdura que hacíamos cada año. Habían logrado tirar un frasco de tomate y romperlo. El tarro había caído de lado y fue perdiendo su contenido poco a poco, y mientras uno de ellos intentaba tirar otro tarro, el segundo revolvía los tomates. En aquella situación, parecía como si el bicho estuviera mordisqueando y revolcándose sobre cuajarones de sangre: y mientras escarbaba en aquella

pulpa informe con las patas traseras, me salpicó la cara de tomate. Por un momento, la náusea me invadió, pero, de algún modo, logré controlarme.

¿Cómo diablos se las habían arreglado para subir hasta allí? A menos que pudieran volar. La idea me sacudió como una descarga eléctrica. De un momento a otro podían crecerles alas.

-Es el colmo -dije a los animales.

Necesitaba hacer algo de inmediato. Junto a mi banco de trabajo tenía un cubo de basura en el que sabía que cabrían todos. Vacié el cubo de virutas de madera y el aserrín y regresé con rapidez junto al nido.

La náusea me invadió en oleadas y la sangre me latía en las sienes cuando quité a los dos bichos de la estantería y saqué del nido al resto, uno por uno, para dejarlos caer en el cubo. Era como manipular pedazos de carne podrida, olían de un modo horrible, y su pestilencia parecía acentuarse y aumentar con el crecimiento y su apetito voraz.

Sí; crecían a ojos vistas. Continuaban siendo más pequeños que los gatitos normales, pero el aumento de tamaño era apreciable. No se trataba de mi imaginación. ¿O sí?

Tuve que encargarme también de los restos de *Harriet;* de pronto, la pérdida de la gata me pareció lo peor que me había ocurrido en la vida. Se me saltaron las lágrimas; entonces supe que ya no actuaba de una manera racional, sino que lo hacía impulsado por instintos y emociones que ignoraba que llevaba dentro.

¿Qué diablos iba a contarles a los niños? ¿Qué le diría a Jean?

Entonces, la obsesión por contarlos me asaltó. Decidí que debía contar los bichos varias veces para asegurarme de que estaban todos. En la camada original había cinco bestias, más la que yo había traído del garaje de George... Seis en total. «Sí -me dije-, en el cubo hay seis. Uno, dos, trescuatrocincoseis. ¡Maldita sea, seis! Cuéntalos despacio. Asegúrate de que no te falta ninguno. Unodostres. Cuatrocinco. Seis. ¿No habré contado dos veces a aquél?»

Seis cosas. Un perro. Ningún gato. Seis cosas. Dos niños. Una esposa. Seis...

«George, por favor, cuéntalos tú por mí. Él se alegrará de contarlos.» Estaba demasiado ofuscado y tenía la vista demasiado nublada como para saber qué hacía. «Debo salir de prisa -me dije-, o de lo contrario, esas cosas me vencerán.» Cuando miré fijamente en el interior del cubo y vi retorcerse aquellas cosas, noté que la voluntad se me iba debilitando; entonces, de repente, sentí otra emoción nueva: el ansia de matar.

De un golpe, le puse la tapa al cubo y la fijé con unos trozos de cinta adhesiva para que aquellas cosas no se salieran y pudieran llegar al garaje de George.

George me esperaba fuera. Sin necesidad de preguntarle, supe que no había logrado salvar a su perra. Parecía indefenso.

-¿Qué llevas ahí dentro? -preguntó en voz baja.

-¿Qué diablos crees tú que llevo? Los tengo a «todos» aquí metidos.

- ¿Y qué vas a hacer?

-Algo, y de prisa, George. Tenemos que destruirlos antes de que crezcan demasiado. ¿Es que no lo entiendes? No tenemos elección.

Se miró fijamente la mancha del brazo, donde lo habían mordido. Estaba hinchada y le supuraba, era una sustancia verdosa, parecida al pus, que olía a podrido.

-Me duele -dijo George.

-Ya sé que te duele. Te llevaré a que te vea un médico..., en cuanto nos hayamos encargado de estas cosas. ¿De acuerdo? ¿Me estás escuchando?

Me lanzó una mirada inexpresiva, como si no hubiese entendido. Dejé el cubo en el suelo, lo agarré por los hombros y lo sacudí.

-¡ Vuelve en ti, George! ¡Tienes que ayudarme!

-¡Oye! Déjame en paz.

Me apartó los brazos, se sentó en el suelo, junto al garaje, se tapó el rostro con las manos y fue como si se ovillara dentro de sí mismo.

-¿De qué servirá? -murmuró.

-Nunca imaginé que fueras tan flojo -dije.

En otras circunstancias, me habría avergonzado de mí mismo por tratar de un modo tan brusco a un buen amigo, pero no era del todo dueño de mis reacciones. Tenía miedo y estaba furioso. Pero mi ira no iba dirigida sólo contra las criaturas y el infierno que habían desencadenado. Iba dirigida sobre todo contra George, como si, en cierto modo, él tuviera la culpa de lo que había ocurrido.

Quizá la herida le hubiera afectado la cabeza, o tal vez era la conmoción de haber perdido a su preciada perra dálmata. No importaba el motivo, lo único que contaba en ese momento era que George no me servía para nada.

-No puedo entrar ahí -gimió.

Lo dejé acurrucado fuera, levanté el cubo y lo llevé al garaje, donde me enfrenté a la otra camada. Y a media perra.

Los quemé.

Rocié con gasolina a los muy bastardos y les prendí fuego; por ese medio descubrí su única virtud: eran «altamente» inflamables.

Detrás del garaje de George hice una pila con todos ellos y les prendí fuego. Los conté, claro está. Trece bolas de fuego que cuando ardieron no emitieron sonido alguno. «Santo Dios, espero no tener que volver a hacer nada parecido.»

Uno de los vecinos apareció poco después: me había saltado una ordenanza local que prohibía las fogatas al aire libre. Cuando el jefe de bomberos llegó, sólo quedaba una mancha chamuscada en el suelo; ni siquiera había huesos. Al cabo de unos minutos, el olor a azufre quemado se disipó también.

Ya han transcurrido unas semanas y las cosas han vuelto a una relativa normalidad. George no me habla demasiado, pero sé que se le pasará. Va mejorando poco a poco, y he notado que hay una recuperación en el movimiento de su brazo herido.

Ignoro qué hizo con el cuerpo de la perra dálmata. Aunque todavía no me encuentro en condiciones de preguntárselo.

Jean les dijo a los niños que la gata había muerto durante el parto, y que hubo que eliminar a los gatitos. Al parecer han aceptado esa explicación, aunque no estoy muy seguro de que Pam se lo haya creído. Me niego a reflexionar al respecto, y les he prometido que pronto les regalaría otro animalito.... otro «gato, si lo desean.

Es obvio que ni siquiera Jean conoce toda la historia. Siempre me interroga con la mirada. Quizá algún día se lo cuente, cuando todo se halle a una distancia de la realidad lo bastante cómoda como para que pueda hablar de ello sin desmoronarme.

Cuando lo pienso, me doy cuenta de que debí haber guardado una de las criaturas para enseñársela a alguien. De haber actuado de manera racional, me habría quedado con una y llamado a la prensa o a la televisión. En lugar de eso, las destruí, sin pensarlo dos veces, y el recuerdo que guardo de las espantosas emociones que experimenté entonces es lo que más me cuesta erradicar.

Durante unos días me preocupó mucho la idea de que nacieran otras camadas. Incluso cuando me enteré de que una familia que vive a unas manzanas de mi casa tenía una hembra de pastor alemán que había parido una camada de cachorros deformes, me puse en contacto con ellos, pero se negaron a decirme nada. Lo cierto es que no los culpo.

También esperé ver algo en los diarios o en la televisión. Era el tipo de noticia que suele aparecer en los titulares de los periódicos sensacionalistas, pero todavía no he leído ninguna nota en la que se hablara de camadas de animales extraños. Sólo las noticias normales sobre bebés, OVNI y vacas bicéfalas. Supongo que lo ocurrido en nuestro barrio fue un hecho aislado.

Lo cierto es que no dejo de preguntarme por los animales de los bosques que viven justo al norte de nuestro barrio. Ahí hay gran cantidad de mapaches, liebres y zarigüeyas. Si alguno de ellos ha parido extrañas criaturas, pasará cierto tiempo antes de que alguien lo descubra.

Procuro desechar tales pensamientos, y la mayor parte de las veces lo consigo. Tengo cosas más importantes de que preocuparme.

Jean está embarazada. Pronto saldrá de cuentas.

Según el médico, tal vez sean gemelos.

# *Cine catastrofista*
# *Un relato de advertencia*

DOUGLAS E. WINTER

*Cortés y obsequioso, el Winter de Washington (D. C.) es un hombre para todas las estaciones,* * *y, por derecho propio, se ha convertido en un maduro escritor de ficción.*

*Dos libros de no ficción, entre los que se incluye* Stephen King: The Art of Darkness, *así como un torrente de notables relatos, nos revelan el talento de este abogado/ escritor.*

*Aquí, en otro de sus «góticos legales», Douglas E. Winter comienza cada párrafo con el título de una película del género catastrófico** y utiliza, además, otras alusiones con las que los aficionados al cine de terror disfrutarán.*

*La fuerza de ciertas imágenes de esta narración hizo que el recopilador se preguntara si resultaba oportuno incluirla en la presente selección. Pero puesto que el citado recopilador también cree que la censura es algo que merece una condena generalizada, esta obra, con profundos ecos y resonancias, se incluye tal como Doug Winter la escribió.*

* Juego de palabras intraducible, con el apellido Winter (invierno) del escritor. *(N. de la T.)*

** Para no desvirtuar los propósitos del autor, se ha respetado el título original de las películas, cuyo sentido se pierde a menudo en su traducción. *(N. de la T.)*

*Apocalypse Domani.* En la hora que precedía al amanecer, cuando la noche se retiraba entre las sombras, el sueño perseguía a Rehnquist, despierto. Las puertas del infierno se habían abierto, los caníbales se habían lanzado a las calles, y Rehnquist esperaba solo, traicionado por la luz del naciente día. Sabía que los *zombies* darían pronto con él, las ventanas se sacudirían, las puertas estallarían hacia dentro y las manos, manchadas por aquel interminable festín, le harían señas. Comerían de su carne y beberían de su sangre, pero se compadecerían de su alma inmortal; y al amanecer, él volvería a levantarse, poseído por su hambre, por su inagotable sed, para ver un mundo nuevo y sombrío a través de los ojos ausentes de los muertos de la puerta contigua.

*The Beyond.* «Y te enfrentarás al mar de oscuridad, y a todo lo que de él pueda ser explorado.» Tallis inclinó la copa de vino a manera de vacío saludo. «Todo sea por el poeta.» Se volvió a mirar hacia el ala este de la Galería Corcoran, cuya cronología de impresionistas suizos estaba dominada por *L'Aldila,* de Zweig, un paisaje con un mar de arena quemada, plagado de restos momificados. Gavin Widmark, su abogado, lo apartó de la barra.

-Un poco más de moderación -dijo con una sonrisa forzada. Tallis vio pasar un camarero con una bandeja y se sirvió otra copa de Chardonnay.

-El arte no es más que la falta de moderación -repuso con voz de beodo y en un tono algo exaltado.

Al otro lado de la sala, una rubia los observaba con el ceño fruncido.

-Ah, Thom -dijo Widmark, al tiempo que señalaba hacia la mujer- . ¿Conoces a Cameron Blake?

*Cannibal Ferox.* Recuerdo: la lluvia iracunda caía sobre Times Square desperdigando la Marcha de Mujeres contra la Pornografía y obligándolas a refugiarse en el abrazo irónico de las entradas de unos teatros mal iluminados. Ella se refugió debajo del cartel de una de esas películas sucias. «¡Hazlas morir lentamente!», gritaba el cartel, y a manera de reflexión posterior añadía: «¡La película más violenta jamás vista!». Y mientras esperaba en las súbitas sombras, aferrada a la pancarta cuyas letras en tinta roja se habían diluido hasta formar una especie de herida, estudiaba los rostros que emergían del vestíbulo del cine de sesión continua: los mordaces jóvenes negros salían entre gritos y empujones para volver a las calles: la pareja de mediana edad se abría paso, abrumada, entre la inesperada avalancha de mujeres de rostro adusto: y. finalmente, el joven solo, que llevaba una novela de tapa dura de Thomas Tallis aferrada contra el pecho. Sus ojos fugitivos, atrapados tras las gafas de fina montura metálica, parecían advertirle a Cameron Blake de la existencia de algún peligro, mientras ella seguía en compañía de sus hermanas, con la esperanza de chafarles la noche.

*Dawn of the Dead.* En el centro comercial, los carteles de las películas provocaban a Rehnquist con el sueño californiano del sexo casual, cocido por el sol: el tedio adolescente volvía a reinar otro verano más en el cuádruplex. En cambio, visitó la biblioteca de vídeos y recorrió las estanterías de las películas de terror, cada vez más despobladas -cada caja rota era un ladrillo en la pared de su defensa-, y se preguntó qué haría cuando se hubieran marchado. En la caja, había visto una nota mimeografiada: PROTEJA SUS DERECHOS - LO QUE DEBE SABER SOBRE LA LEY H. R. 1762. Pero a él no le hacía falta saber lo que veía en ese mismo momento, al observar a los compradores de allá fuera, atrapados en el escalón temporal del sonambulismo suburbano.

-Éste es un sitio importante de sus vidas -dijo, aunque sabía que nadie lo escuchaba.

*Eaten Alive.* Mientras en la pantalla se reflejaba otra diapositiva (una pálida cautiva, atada a una cama, se retorcía en una polvorienta habitación de motel), Cameron Blake dijo:

-Después de todo, lo importante de las mujeres que aparecen en estas películas, no es cómo se sienten, ni lo que hacen para ganarse la vida, ni lo que piensan del mundo que las rodea.... sino, simplemente, cómo se desangran.

El proyector de diapositivas hizo «clic» y el público se quedó en silencio. La siguiente víctima se arqueaba sobre una improvisada mesa de trabajo, colgada de un gancho de carnicero que le había sido introducido en la vagina. Las húmedas entrañas cayeron, enroscadas, al suelo coloreado de sangre. Mientras los asombrados murmullos se elevaban en una protesta, desde el fondo de la sala de conferencias le llegó el inconfundible sonido de una risa.

*Friday the 13th.* Había decidido alquilar un título favorito de vacaciones y ahora, en la pantalla de su televisor, la experta rubia con cuerpo de botella avanzaba vacilante por la playa iluminada por la luna, con los labios pintados fruncidos en una sonrisa de enterada.

-Mátala, mamita, mátala -pronunció ella en un monótono y acompasado soliloquio al que él no tardó en unirse.

La consabida virgen cayó ante ella, con las piernas abiertas en un sesgo invitador, y el hacha, allá en lo alto, dispuesta, con el filo reluciente y humedecido por un brillo de sangre. Rehnquist cerró los ojos; sabía que pronto visitaríamos la habitación del hospital donde la virgen yacía a salvo en la cama, mientras nos preguntábamos qué sería lo que continuaba al

acecho en el lago Camp Crystal. En cambio, se imaginó un final distinto, uno sin secuelas, uno sin sangre, y supo que no le sería posible dejarlo estar.

*The Gates of Hell.* La mañana en que se celebró la primera sesión sobre la ley H. R. 1762. Tallis subió la escalera que conducía al Edificio Rayburn para observar el apasionado desfile: el actor de películas de guerra señalaba con el dedo acusador del fariseo; los psiquiatras barbudos, oráculos susurrados de los modelos de agresión y estudios de impacto; los maestros de escuela y los ministros, cada uno de ellos con una historia de moralidad destruida; y luego las madres, los padres, las mujeres maltratadas, las víctimas de violaciones, los niños sometidos a abusos deshonestos, perdidos tras sus lágrimas y en busca de una causa, rogaban a los políticos que permanecían sentados como jueces solemnes. Vio, sin sorpresa, que Cameron Blake se encontraba entre ellos en la sala de plenos, como portavoz del silencio, de los olvidados, de los lastimados, los violados, los muertos repentinos.

*Halloween.* Aquella noche, solo en su piso, Rehnquist se acurrucó junto a sus cintas de vídeo, calculó los minutos que cercenaría la cuchilla del censor. A veces, cuando cerraba los párpados, imaginaba historias y películas que nunca llegaron a filmarse y que ahora, quizá, jamás se concretarían. Mientras en su televisor fluctuaban las imágenes del último film de terror, observaba a la hija de la estrella en ciernes, arrinconada contra la pared: otra víctima presa de un visitante inoportuno: pero cuando la boca de la joven se abrió en un grito mudo, Rehnquist cerró los ojos, y la vio ocupar el lugar de su madre, heredera de aquella fatídica habitación del motel Bates, un desnudo a todo color atrapado detrás de la cortina de la ducha mientras la mano, empuñando el cuchillo de mango largo, asestó una puñalada tras otra. Y a medida que el cuerpo perfecto de la chica se apagaba deslizándose hacia las baldosas manchadas de sangre, Rehnquist abrió los ojos y con una sonrisa dijo:

-Fue el negro, ¿no?

*Inferno.* Mirando con severidad a las cámaras del telediario, el reverendo Wilson Macomber bajó la escalera de la iglesia Liberty Gospel de Clinton, Maryland.

-No, amigos míos -dijo-. Hablo de nuestros hijos. Es su futuro lo que está en juego. Tengo una lista en mis manos...

Los flashes destellaron y las minicámaras ofrecieron una panorámica general de los ansiosos asistentes, para tomar luego un primer plano del montón de troncos bañados con queroseno. De pronto, Macomber sonrió, y sus feligreses, con los brazos cargados de libros, revistas, cintas de vídeo y discos, sonrieron con él. El reverendo mostró un libro de bolsillo al objetivo de la cámara más cercana.

-Éste será el que inicie la quema -dijo con una carcajada. Lanzó el libro a la pira que esperaba y con la claridad de la convicción inamovible proclamó:

-Hágase la luz.

Y las llamas ardieron hasta bien entrada la noche.

*Just Before Dawn.* Cameron Blake se frotó los ojos y tuvo la impresión de que el dolor de cabeza se le avivaba y que luego desaparecía. Se dirigió hacia el estudiante graduado que esperaba junto a la puerta. Se vio a sí misma, quince años antes, cómodamente vestida con camiseta y tejanos, el cabello suelto, segura de sí y de la noción que el cambio esperaba a la vuelta de la esquina. Se vio a sí misma y supo por qué había dejado a un marido y una empresa de abogados de Wall Street para poder enseñar las lecciones de aquellos quince años. El cambio no estaba allí, esperándola. El cambio se forjaba, a menudo a base de dolor, y nunca sin lucha. El estudiante tenía en sus manos las hojas arrugadas de una extraña polémica: «Sólo las mujeres se desangran: DePalma y la política del voyeurismo». En los ojos de Cameron se apreciaban las húmedas señales de la duda, pero no de las lágrimas; no, de las lágrimas, jamás. Cameron Blake alisó las hojas y le quitó el capuchón a su estilográfica roja.

-¿Por qué no empezamos con *Body Double*?

*The Keep.* Tallis bajó el volumen del estéreo y miró la pantalla vacía de su computadora con atención. Hacía dos horas que intentaba escribir, pero no lograba producir más que códigos indescifrables: palabras, oraciones, párrafos sin vida ni lógica. Por dentro sólo alcanzaba a sentir un silencio creciente. Volvió a mirar los recortes de periódico apilados prolijamente sobre su escritorio, sangriento testamento del poder de las palabras y las imágenes: la respuesta de Charles Manson a la llamada «Helter Skelter» de los Beatles; la obsesión con *Taxi Driver* casi había acabado con un presidente; padres que habían asesinado infinidad de criaturas en exorcismos de alcoba. Sacó del estante su última novela, *Jeremiad,* y se preguntó qué muertes habrían sido ensayadas en sus páginas.

*The Last House on the Left.* El diputado James Stodder le dio la vuelta a la caja de cartón, y desparramó su contenido ante el joven abogado de la Unión Americana para las Libertades Civiles. Catalogó cuidadosamente cada elemento para el subcomité: fotos, conseguidas en el mercado negro, del cadáver desnudo de la actriz de televisión Lauren Hayes, tomadas por sus raptores momentos después de que la destriparan con un desplantador; una cinta de vídeo de la dos veces prohibida *Apoteosi del Mistero,* de Lucio Fulci; una película de ocho milímetros titulada *Little Boy Snuffed,* confiscada por el FBI en la trastienda de una librería para adultos de Pensacola, Florida; y un ejemplar de *Requiem,* novela de Clive Barker, del que arrancaron las páginas donde figuraban las escenas más ignominiosas.

-Y ahora, díganme -pidió Stodder casi a gritos, con voz temblorosa-, ¿dónde terminan los hechos y empieza la ficción?

*Maniac.* Rehnquist reguló el control del volumen, atraído por el montaje de escenas violentas que precedió al resumen del canal por cable C-SPAN sobre el subcomité Stodder. Un crítico cinematográfico agitaba un cartel medio roto, saboreando su aparición ante las cámaras.

-Es la película más censurable que se haya filmado jamás -exclamó- . Lo que deberíamos preguntarnos es si la gente se siente tan molesta por la infamia del asesino o porque les es presentado bajo un criterio tan positivo y comprensivo.

Rehnquist cambió de canal, primero lo puso en el que televisaban aquella serie tan famosa sobre policías, donde unos modernos polis del Departamento Antidroga rociaban a un narcotraficante con una interminable lluvia de balas; luego pasó a los telediarios, que mostraban los cuerpos apilados, como maderos, en una vía férrea muerta en El Salvador; y, finalmente, al canal MTV, donde Mick Jagger hacía cabriolas en las calles de una ciudad en ruinas, mientras cantaba una canción que hablaba de mucha sangre.

*Night of the Living Dead.* Recordó que al principio no había cintas de vídeo. Que tampoco había clasificaciones X. ni etiquetas que advirtieran sobre las escenas de sexo y violencia, ni secuestro de libros de los estantes de las bibliotecas, ni comités ni investigaciones. Al principio había sueños incoloros. Se decía que había paz y prosperidad; y él durmió con esa inocente convicción hasta que una noche despertó en el asiento trasero de su coche, paralizado por la pesadilla en blanco y negro, el apocalipsis en vivo que se desarrollaba en la pantalla de un auto-cine.

-Vienen por ti. Barbara -había advertido el actor. Pero Rehnquist supo que los *zombies* iban por él; las ventanas se sacudían, las puertas estallaban hacia dentro. Había aprendido que los muertos estaban vivos y tenían hambre -hambre de él-, y que a partir de entonces los sueños serían siempre en color rojo.

*Orgy of the Blood Parasites.* El martillo volvió a golpear y a medida que los gritos se iban apagando, Tallis reanudó el alegato que había preparado.

-Conforme a la legislación propuesta -leyó sin esperar a que se hiciera el silencio-, que la representación de la violencia constituya o no pornografía depende de la perspectiva

adoptada por el escritor o el director de cine. Una historia que sea violenta, y que se limite a representar mujeres... -Dio un brinco al oír el renovado coro de indignados-, que se limite a representar mujeres, repito, en posiciones de sometimiento, estará expresamente prohibida, con independencia del valor político o literario de la obra en su conjunto. Por otra parte, una historia que represente a mujeres en posiciones de igualdad será legal, con independencia de cuan gráficas sean sus escenas de violencia. Esto... -Hizo una pausa y miró primero a James Stodder, luego a cada uno de los miembros del subcomité-, esto es control de pensamiento.

*Profondo Rosso.* Widmark lo condujo entre las dos filas de periodistas apostados en el exterior del Edificio Rayburn. Tallis miró hacia el oeste, pero sólo vio una hilera tras otra de fachadas de mármol blanco.

-Esto es un suicidio -dijo Widmark-. Te das cuenta, ¿verdad? Echa un vistazo.

Esgrimió un sobre lleno de fotocopias de recortes de prensa y reseñas bibliográficas y luego le entregó a Tallis una carta en la que se detallaban las prolongadas supresiones que Barkley proponía para la nueva novela. Tallis rompió la carta por la mitad sin leerla y murmuró:

-Necesito una copa.

Luego, saludó con la mano a la rubia que lo esperaba unos peldaños más abajo. Nadie se había fijado en el joven con gafas de fina montura metálica, bañado por el rojo intenso del sol poniente.

*Quella Villa Accanto il Cimitero.* Rehnquist había encontrado la respuesta en la primera plana del *Washington Pos,* mientras leía las notas sobre el último testimonio ante el iracundo subcomité Stodder. Allí, entre citas en negritas de un jefe de policía del Medio Oeste y de un psicoanalista con el inverosímil apellido de Freudstein, aparecía una borrosa fotografía con la siguiente etiqueta: PROFESORA CAMERON BLAKE, DE GEORGETOWN, y la aclaración al pie decía: *La violencia en libros y películas también puede ser real.* Con nerviosa familiaridad, sus dedos siguieron el contorno de aquel rostro: el cabello rubio, los finos labios entreabiertos en una ansiosa advertencia, los grandes ojos negros de Barbara Steele. Cuando levantó la mano, sólo vio la negra mancha dejada en sus dedos por la letra impresa. Entonces supo lo que debía hacer.

*Reanimator.* Compartieron un reservado en la cafetería del Capitol Hilton, y, mientras bebían Bloody Marys, buscaron un terreno común. La conversación pasó de Lovecraft al último restaurante de mariscos de Old Town Alexandria; y después, mientras Tallis se bebía su tercer cóctel, le habló del año que había pasado en Italia con Dario Argento, y le arrancó unas carcajadas sinceras con una anécdota sobre el guión traducido erróneamente para *Lachrymae.* Ella, a su vez, le contó la historia de la estudiante graduada que lo había catalogado como el escritor más peligroso después de Norman Mailer.

-Todo un cumplido -dijo él-. ¿Y qué crees tú? Cameron Blake movió la cabeza y repuso:

-Le dije que antes intentara leer tus libros. Al marcharse del hotel, él se detuvo ante un quiosco para comprar un ejemplar de bolsillo de *Jeremiad.*

-Un regalo para tu estudiante -dijo. Cuando intentó darle la mano, ella vaciló. Al cabo de un momento, se quedó solo.

*Suspiria.* A Cameron Blake le sorprendió su voz, poco más que un suspiro.

-Hola -dijo.

La puerta se cerró de golpe tras ella, y él emergió de entre las sombras y se situó en la luz, impidiéndole el paso. Cameron retrocedió y, mientras, analizaba al joven desaliñado que había irrumpido en su casa. Por un momento, creyó que se habían visto en otra parte; extraños bajo un aguacero repentino.

-Quiero enseñarle una cosa -dijo Rehnquist.

Cuando ella lo empujó con la intención de llegar al teléfono, la cinta de vídeo que él le había ofrecido cayó al suelo y se rompió sobre el piso de madera dura. En ese momento, mientras la cinta se desenrollaba sin vida por el suelo, el destino de ambos quedó sellado.

*The Texas Chainsaw Massacre.* Tallis había colgado el auricular cuando sonó la primera vez. Había esperado a que ella telefoneara, pero la voz que al otro extremo de la línea reverberaba en el siseo de la larga distancia era la de Gavin Widmark; se trataba de su voz de negocios, afable, pero medida, que sólo podía presagiar malas noticias. A pesar de tener tres millones de ejemplares de *Jeremiad* en prensa, Berkley se había negado a publicar la nueva novela. Si considerara las supresiones propuestas... Si meditara acerca del nivel de violencia... Si... Sin decir palabra, Tallis volvió a colgar con suavidad. Se sirvió otro dedo de ginebra en la copa y se quedó mirando con fijeza las crecientes profundidades de la pantalla vacía de su ordenador.

*The Undertaker and His Pals.* Mientras Rehnquist abría la navaja barbera, Cameron se dijo que no tenía escapatoria. Al avanzar hacia ella, una fría certidumbre le llenaba los ojos; la luz lanzó un destello en la cuchilla, y ella se apretó contra la pared mientras lo observaba y esperaba.

-Por ti, Cameron -dijo el joven.

La navaja destelló y fue a rasgar la muñeca izquierda del muchacho,, lamiéndole la vena. Cerró los ojos con fuerza, pero él repitió, esta vez en un grito:

-Por ti, Cameron.

Y ella volvió a mirar justo cuando los dedos de la mano izquierda del joven caían sobre la alfombra en medio de una lluvia de sangre.

-Por ti, Cameron.

La navaja se apoyó en la garganta del muchacho y, de repente, le trazó un corte a modo de sonrisa por la que brotó un torrente carmesí que le bañó el pecho; mientras él se tambaleaba hacia la calle, dejando a su paso un reguero de sangre, Cameron descubrió que no podía apartar la mirada.

*Videodrome.* «Toda la película cuenta una historia», pensó el sargento detective Richard Howe, haciéndose a un lado para dejar libre el campo visual del fotógrafo de la policía. Sabía que las huellas digitales que tendría sobre su mesa al día siguiente darían la impresión de describir la realidad, pero sus imágenes aplanadas desmentirían lo que él había presentido desde el momento en que llegó: las manchas de sangre que cubrían el suelo de la casa de Capitel Hill eran más profundas y más oscuras que ninguna de las que había visto en su vida. Le resultaría difícil olvidar la expresión de la mujer cuando le informó que los dedos cercenados eran trozos de látex, y que la sangre no era más que una mezcla de jarabe de maíz y colorante para alimentos. Volvió a mirar la cinta de vídeo rota, sellada en el interior de la bolsa de plástico de las pruebas: DIRIGIDA POR DAVID CRONENBERG, rezaba la etiqueta. Esperaba con impaciencia que expidieran la orden de registro, porque volver patas arriba el apartamento de aquel tipo sería para troncharse de risa.

*The Wizard of Gore.* Cuando llamaron a la puerta la primera vez, Rehnquist dejó el ajado ejemplar de *Jeremiad,* donde había marcado el párrafo más aterrador: ... *y al amanecer, él volvería a levantarse, poseído por su hambre, por su sed inagotable, para ver un mundo nuevo y sombrío a través de los ojos ausentes de los muertos de la puerta contigua.* A sus pies yacía el fino tubo de plástico enroscado que se había quitado de la axila, y del cual había vaciado la falsa sangre.

-No es real -dijo Rehnquist y dejaron de llamar a la puerta-. «Nunca» ha sido real.

La ventana de su izquierda se hizo añicos y una lluvia de cristales salió despedida en todas direcciones; después, la puerta estalló hacia dentro y quedó bostezando sobre un solo gozne, y las manos, las manos que le hacían señas, se abalanzaron sobre él. La larga noche había terminado. Por fin, los *zombies* habían ido a buscarle.

*X-tro.* El reverendo Wilson Macomber se puso en pie para enfrentarse al subcomité Stodder y su voz no amplificada reverberó en la sala de audiencias.

-Ignoro si alguna otra persona ha hecho esto por todos vosotros, pero quiero rezar por vosotros ahora mismo, y quiero pediros a todos los que estéis en esta sala y temáis a Dios que inclinéis las cabezas. -Apretó un pequeño ejemplar del Nuevo Testamento contra su corazón-. Señor... te ruego que destruyas la maldad de esta ciudad y la de todas las ciudades. Te ruego que traces la línea, tal como está escrito aquí. y que quienes sean justos, sigan siendo justos, y que quienes sean obscenos, sigan siendo obscenos...

En el fondo de la sala de audiencias, con el rostro perfilado por las sombras, Tallis se revolvió, incómodo. Por la mirada de insecto de Macomber, reflejada por la pétrea sonrisa de James Stodder y los ojos fantasmales de Cameron Blake, supo que había acabado. Y cuando comenzó la votación de la ley H. R. 1762. dio media vuelta y se alejó hacia la repentina luz de un día silencioso.

*Les Yeux Sans Visage.* Meses más tarde, en otro tipo de teatro, unos estudiantes de Medicina con batas verdes presenciaban el drama de los procedimientos de estereotaxis; la justicia se impartía en el último rollo de la película.

-El objetivo es la circunvolución del cíngulo -anunció el conferenciante con máscara blanca, e hizo un gesto con el escalpelo, seguido de una pausa, para conseguir mayor efecto; después, miró hacia arriba, a la ampliación en vídeo de la corteza cerebral del paciente-. Aunque hay quienes prefieren realizar incisiones que seccionen las fibras que irradian hacia el lóbulo frontal.

El bisturí se movió con engañosa rapidez: no lo filmaron ni en primer plano ni en cámara lenta, pero la sangre que por un instante salpicó con fuerza la firme mano derecha del neurocirujano resultó muy real.

*Zombie.* En aquella hora igual a muchas otras, Rehnquist sonreía mientras el guardián empujaba su silla de ruedas por los interminables corredores blancos del hospital St. Elizabeth. Sonreía a sus nuevos amigos, con aquellos cómicos nombres de números; sonreía a las ventanas oscuras, enrejadas para mantenerle seguro; sonreía al notar el calorcillo del charco de orina que lentamente se formaba debajo de él. Y a medida que la silla de ruedas se acercaba al final de otro corredor, volvió a sonreír y a tocarse la cicatriz amenazante que le surcaba la frente. Le preguntó al guardián, apellidado Romero, creía, si era hora de volver a dormir. Le gustaba dormir. De hecho, la parecía que no había nada que le gustase tanto como dormir. Aunque a veces, al despertar, sonriendo al sol de la mañana, se preguntaba por qué habría dejado de soñar.

# *Lecho de muerte*

RICHARD CHRISTIAN MATHESON

*El hecho de aparecer en la cubierta de* Twilight Zone *en junio de 1986 no se le subió a la cabeza. Pero seguramente volvió loca a más de una lectora, a juzgar por lo que... me ha comentado (se dice el pecado, no el pecador). Alto y apuesto, Richard Christian Matheson ha logrado triunfos que poco tienen que ver con su envidiable fisonomía. Es editor de relatos, asesor o guionista de los programas de televisión* Quincy, El increíble Hulk, Simon y Simon, Three's Company, Amazing *y* El equipo A. *Autor asimismo de la novísima colección titulada* Scars and Other Distinguishing Marks.

*El motivo por el cual he mencionado la buena apariencia física de Richard es el siguiente: no consigo imaginarme a nadie mejor preparado para producir, escribir y presentar una antología de relatos extraños. Es capaz de encontrar «todos los espantos imaginables» en la mente humana, y en el relato que se ofrece a continuación, nuestro maestro indaga en otro tipo de horror... que ha de emocionar a cualquier lector.*

A veces, cuando todo está muy oscuro, quieto, y la luna y las estrellas difunden su luz sobre este valle, siento deseos de llorar. La paz es tan elegante... Sin embargo, he visto tanta tristeza aquí...

La sangre y la perfidia que invaden este lugar siempre me han dejado atónita. No es que me den miedo, sino que siempre me han intrigado. Lo único que me queda es desear que estas cosas no se repitan jamás. Ni aquí ni en ningún otro lugar.

También la gente que trata de ayudarme a venir.

Ellos traen sus preocupaciones y sus medicinas. Pero sé que no servirán de nada. Cada vida tiene su propio tiempo y yo ya he vivido mucho más que la mayoría.

No puedo sentir el dolor siempre, pero lo conozco. Es un sentimiento de impotencia. Como vaciarse poco a poco, hora tras hora. A veces me pone triste.

Lo que más me duelen son las piernas. Desearía que quienes tratan de ayudarme pudieran, al menos, quitarme el dolor.

Pero sé que no pueden. Ya he aceptado ese hecho. Con todo, casi nunca duermo. Y estoy muy cansada.

Extraño.

Ser tan vieja y sentir la muerte tan cerca; sin embargo, saber que los ladrones y los oportunistas quieren sacar partido de mí. Supongo que jamás lo entenderé.

Cada uno quiere algo diferente. Cada uno ve lo que le conviene. Y todo llega y desaparece tan deprisa.

No tengo respuesta a estas cosas; sólo preguntas. Quizá en eso resida la cuestión.

Ya no tardarán en llegar.

Si sólo pudiera ver como antes, lo sabría a ciencia cierta.

Aunque, en realidad, eso de haber perdido los sentidos no establece diferencia alguna. En todos estos años, las cosas no han variado demasiado.

Los enamorados vienen a visitarme, agarrados de la mano, y al acercarse a mí susurran promesas y planes. Siempre bendigo su amor.

¿Cómo no hacerlo?

Los ancianos que vienen a verme solos porque han perdido al ser amado son los que más me entristecen. Por lo general, su compañero o compañera ha muerto y puedo ver esa pérdida mientras se me acercan. Siento su dolor cuando se aproximan a mí.

Nunca he tenido un compañero; aun así, siento su dolor y su vacío. Procuro darles toda la fuerza que poseo. Quizá los ayude.

Las voces casi están aquí.

Espero que sean niños. Son los que más me gustan.

Siempre hacen tantas preguntas vehementes. Y siempre referidas al tiempo. Resulta tan difícil para ellos el entender cómo algo que no pueden ver logra cambiar las cosas. Yo también siento esto.

Me encanta, sobre todo, cuando los niños caminan hacia mí y sus ojos se abren desmesuradamente.

Eso siempre me hace recordar.

Y en ocasiones, mientras se encuentran de pie, entre mis patas y ven mi rostro ajado, contemplo sus dulces sonrisas y entonces siento un gran deseo de retroceder todos estos miles de años en mi amado Egipto, y volver a ser joven una última vez.

# *Gótico americano*

RAY RUSSELL

*No resulta sorprendente que Ray Russell sea considerado con frecuencia como un Gran Maestro del arte de la amenaza. Su novela de 1962,* The Case Against Satan, *precedió en nueve años a la famosa novela* El exorcista *(según Marvin Kaye, «Russell la escribió antes y mucho mejor»). Con* Incubus *(3976) llegó a vender un millón de ejemplares y consiguió un contrato para llevarla al cine por una suculenta cifra. Y sus relatos góticos, publicados por Maclay en una edición de tapa dura con el título de* Haunted Castles, *son clásicos reconocidos.*

*Quizá no todos sepan que Russell escribe notas de humor para* Playboy, The Paris Review *y otras revistas, y que maneja muy bien la ironía, como en* Princess Pamela, The Bishop's Daughter, *y* The Colony (comédies noires). *Para Ray, estas obras surgen de la combinación de humor, suspense, horror y otros elementos.*

*En el relato que ofrecemos a continuación, toma prestado el titulo de una famosa pintura de Grant Wood, interpreta la palabra «gótico» en términos siniestros y conserva el sabor rural y el aire satírico del cuadro, para que el lector lo saboree por su cuenta y riesgo. (¡La salsa agridulce de Ray Russell es mortal!)*

I

¿Queréis que os cuente el caso de la hechicera y el asesinato que tuvimos por estos lugares? Pues bien, ella era una poderosa hechicera, y ésta es una verdad como un templo; si hasta se sabía un montón de palabras raras y todo: en fin, la cuestión es que la cosa ocurrió hace mucho tiempo. He contado esta historia un montón de veces, pero creo que no me ocurrirá nada si la cuento ahora de nuevo.

Supongo que será mejor que empiece por hablaros de la muchachita que nos llevamos aquel verano a la granja. Era extranjera, de Hungría, Polonia, Pennsylvania o un país por el estilo. Tendría unos quince años. Más tonta que hecha de encargo, pero resultona.* Llevaba dos trenzas amarillas, y tenía los ojos del mismo color que la flor del maíz, y los senos más bien desarrollados... El suyo era el trasero más bonito que yo había visto en mi vida. En fin, un día, a mi hijo Jug se le ocurrió mirar a la chica cuando estaba agachada dando de comer a las gallinas, eso sería al primero o segundo día de trabajar para nosotros, y aquél fue el día en que se podría decir que Jug se hizo hombre.

La única pega era que no sabía cómo hacerlo. Por todos los diablos, el muchacho sólo tenía catorce años. Lo único que sabía era que cuando la chavala estaba agachada de aquella manera, con el vestido de tela de saco ceñido al trasero, él notaba aquella sensación en los tejanos, como si fuera cosa de magia. Y no sabía la razón. Pero ahí estaba. De modo que se acercó a la muchacha a grandes trancos, la miró directo a los ojos y se desabrochó los pantalones.

* A lo largo del relato, el lenguaje que el autor pone en boca de sus personajes es el propio de gente algo inculta. (*N. de la T.)*

-Mira esto -dijo-. ¿Has visto algo así alguna vez? Bueno, pues la chica no supo qué decir. La boca se le abrió como una pala mecánica. De todos modos, ni siquiera sabía hablar inglés. Y echó a correr.

Pero corrió hacia donde no debía. Se dirigió hacia el granero. Ése fue su gran error. Yo me quedé en la casa todo el rato, tomando café en la cocina, y desde allí oí sus gritos. Chillaba como un gorrino atascado. Después de aquello, los dos siguieron como una casa en llamas. La madre de Jug había muerto al nacer el chico, pobre. Yo la quería mucho. Está enterrada en el pastizal de atrás, debajo del olmo grande. Yo mismo crié a Jug. Tal vez por eso salió tan salvaje, no tuvo una madre que lo amansara y le enseñase modales. Jug no era su nombre verdadero. Yo lo llamaba así por sus orejas.*

Un día, la criada que habíamos contratado se me acercó, y en su inglés chapurreado me dijo que no le daba tiempo a hacer el trabajo, porque no podía quitarse a Jug de encima. Hablé con el muchacho.

-Papá -me dijo-, cuando veo a esa chica pasar por delante de mí, con ese vestido fino y esas piernas, esta puñetera cosa se me levanta como la cola de un zorro y no puedo hacer nada más que agarrarla y metérsela.

En aquel momento, la muchacha pasó por delante de la ventana, cargada con un cubo, y cuando vi de qué forma se le movía el trasero debajo del vestido, entendí lo que Jug quería decir. La mañana era fresca, y los pezones empujaban contra la tela como un par de cartuchos de escopeta.

-Ve a dar de comer a los cerdos -dije al muchacho-, que yo hablaré con la chica.

Jug salió disparado y yo también hice lo mismo, pero detrás de la chica. La alcancé cerca de la bomba y le dije que se tomara un descanso y volviese a la casa a beber una taza de café.

Cuando estaba sentada en la cocina, tomándose el café, a mí me dio por pensar en mi vida, y en lo solo que me encontraba. Y no paraba de mirar aquellas piernas de quince años, suaves y firmes. Y los senos. Y sus grandes ojos, azules y tontos.

-Niña -dije-, me parece que te vendría bien un baño. Y buena falta que le hacía. Así que calenté un poco de agua y llené la tina allí mismo, en el centro de la cocina. Le dije que se quitara el vestido. Al principio, no quería; pero luego supongo que pensó que podía fiarse de mí porque yo era como un padre o algo así; me imagino que le parecería un hombre mayor.

Bueno, el caso es que se quitó el vestido, y por Judas, qué cuerpo tenía la niña. Casi no lo podía creer. Le pedí que se metiera en la tina, y entonces cogí la barra de jabón casero, me arrodillé cerca de la tina y empecé a enjabonarla a conciencia. La lavé por delante y por detrás. Le lavé las piernas. Para entonces, yo estaba ya medio loco.

* Jug: jarra, en inglés. *(N. de la T.)*

Cuando salió de la tina, toda brillante y mojada, y con olor a jabón, no pude aguantarme más. Allí mismo, en el suelo de la cocina, sobre una toalla grande, me la cepillé; y en verdad os digo que aquello fue como una ciruela blandita y madura, calentita por el sol, y tan llena de jugo dulce que se partía por el medio. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer, y todo acabó antes de que pudiera decir ni pío.

Después, la envolví con la toalla grande, me la llevé arriba, al dormitorio, y me la cepillé de nuevo, pero despacio y con calma esta vez.

Claro que aquello no solucionó el problema. Más bien lo complicó. En lugar de perseguirla un moscardón, la perseguían dos. Cuando Jug no se la cepillaba, lo hacía yo. La chica no se quejaba, pero tampoco llevaba a cabo su trabajo. La granja se fue al carajo. Aunque la verdad es que nunca había sido una granja como Dios manda, apenas unas hectáreas, propiedad de mi mujer, por cierto. Ella la había heredado de su padre, y. como es natural, al morir ella pasó a ser mía. Pero, como ya he dicho, se fue derechita al carajo. Con tanto cepillarse a la niña, nadie se acordaba de arar los campos. Los cerdos llegaron a estar tan flacos que pensamos en el acto piadoso que sería matarlos para convertirlos en tocino antes de que enflaquecieran más. Nunca teníamos tiempo para darles de comer. Jug y yo estábamos siempre muy cansados. Pero tuve mano dura con el muchacho.

-Jug -dije un buen día-, sal de una vez y ordeña las vacas. Luego, engancha el caballo al arado. Además, hay un montón de paja por meter y...

-Vete a la porra, papá -respondió-. Si en esta granja hay trabajo por hacer, nos lo repartiremos entre los dos. No pienso romperme el culo ahí fuera durante todo el santo día, para que tú te quedes aquí, metiéndosela a la criada.

-Hijo, un poco más de respeto hacia tu padre.

-Mira, papá, no me vengas con esas mierdas.

Bueno, acabamos por repartirnos el trabajo, tal como él había dicho. También hicimos la parte que le tocaba a la chica. No nos parecía justo que trabajara cuando se ocupaba tan bien de nosotros en otros aspectos. Claro que como ya no hacía nada, dejamos de pagarle. Pero a ella no le importó. Tenía casa y comida. Y cocinaba para nosotros, claro; aunque era peor cocinera que Jug, que ya es decir. Pero nosotros sabíamos distinguir cuándo estábamos bien; o sea, que nos comíamos lo que preparaba.

Un día vino a vernos el predicador, el reverendo Simms. Era un tipo alto, huesudo y bizco, vestido de negro. Más o menos de mi edad. Su esposa tenía el rostro igualito al de George Washington en los billetes de dólar. Pero aquel día la había dejado en casa, detalle que fue de agradecer. Llegó a la granja, en su viejo y traqueteante cacharro, cuando yo estaba sentado en el porche de atrás, mientras fumaba mi pipa y miraba la rojiza puesta del sol.

-Hermano Taggott -me dijo.

-Buenas tardes, reverendo.

-He oído por ahí unos comentarios muy peculiares. Taggott. Parece ser que ha contratado usted a una muchacha extranjera para trabajar en la granja.

-Eso mismo. Es de Pennsylvania o algo parecido.

-Hermano, no pretendo ofenderle, porque sé que es usted un hombre de Dios, pero este asunto no me parece correcto. Quiero decir, que en la granja no hay ninguna otra mujer que pueda ocuparse de la muchacha. Sólo usted y su hijo. Y el chico..., en fin, ya tiene edad para fijarse en la niña. Y aquí la tiene, sola con dos hombres en una granja, y sin nadie que la proteja o le diga lo que está bien o está mal.

-Y según usted, ¿qué deberíamos hacer, reverendo?

-La chica es menor de edad. Tendría que estar en el orfanato del condado. Allí la pondrían a trabajar y le enseñarían los principios morales.

-¿Y cómo lo harían? Apenas habla inglés.

-También le enseñarán a hablar. Hermano Taggott, es la única manera decente de hacer las cosas. Mi esposa me ha dado la idea, y, que yo sepa, jamás se ha equivocado en cuestiones de moralidad y decencia.

-Bien, reverendo, supongo que usted y su señora tienen razón.

-Me alegra que lo tome así.

-La cuestión es que tal vez a la chica no le haga gracia ir a un orfanato. Le gusta esto.

-Eso no importa. Es por su propio bien.

-Ya lo sé. Pero ¿cómo voy a explicárselo? Apenas habla inglés; además, es más bruta que un arado.

-Hermano, la fe mueve montañas.

-Amén. ¿Sabe una cosa? Creo que será mejor que le hable usted.

-Buena idea.

-No sé. al ser usted un hombre de iglesia...

-Muy bien, hermano. Estoy de acuerdo. Si fuera tan amable de conducirme hasta ella, aclararé las cosas.

-Pase, reverendo. -Le llevé a la cocina y le serví una taza de café-. Siéntese un momento, que voy a decirle a la chica que está aquí.

Ella estaba en el dormitorio, descansando; como pude, le conté lo del reverendo y para qué estaba en la granja. Bueno, para ser sincero, no era verdad que no hablara inglés. Cuando yo y Jug llegamos a conocerla mejor, logramos entendernos con ella; además, la chica había aprendido algo de inglés y nosotros unas cuantas palabras de su lengua, y entre eso y las señas, incluso podíamos conversar. Le hice entender lo que el predicador se proponía, y luego bajé otra vez a la cocina.

-La encontrará arriba, reverendo. Le espera. Es toda suya.

-Gracias, hermano Taggott. La suya es una actitud muy encomiable.

-Yo quiero hacer lo que está bien, nada más. Y el reverendo subió.

Permaneció arriba una media hora. Cuando bajó, la chica no lo acompañaba.

-¿No se marcha con usted? -pregunté.

- Hermano Taggott, los designios del Señor son inescrutables.

-Amén.

-Y pueden pasar a través de una chiquilla.

-Una verdad indiscutible.

-Esa niña sencilla y sincera de ahí arriba me ha enseñado, a pesar de su incultura, que existen unos designios más elevados que los del hombre. Es la ley de Dios y del Amor.

-¡Aleluya!

-Según las leyes de los hombres, la chica debe ir al orfanato. Pero ¿puede una institución tan fría como ésa ofrecerle Amor? ¿Puede darle el sencillo calor humano que recibe en esta casa?

-Claro que no.

-En efecto, hermano. Por eso he decidido que la niña debe quedarse aquí, bajo su tutela.

-Lo que usted diga, reverendo.

-Pero debo imponer una condición.

-¿Cuál?

-Es verdad que usted puede cubrir casi todas las necesidades materiales de esa niña. Le da una casa. Un techo para guarecerse de la lluvia. Comida con que alimentar su cuerpo. Y ese Amor tan importante al que acabo de referirme. La única cosa que no puede usted proporcionarle, hermano Taggot, es consejo espiritual. De manera que la cuestión es ésta: permitiré que la chica se quede con usted, «siempre y cuando» yo pueda venir y verla a solas, para darle orientación espiritual. Digamos... una vez a la semana; ¿qué le parece?

-¿Qué tal el viernes por la noche, después de cenar?

-Muy bien. Me va estupendamente.

Cuando se dirigió hacia la puerta, me acordé de una cosa y le pregunté:

-Oiga, reverendo, ¿y la señora Simms?

-Yo me encargaré de ella, no se preocupe.

Después de aquello, las cosas marcharon bastante bien durante un tiempo. Yo y Jug estábamos contentos. La chica que habíamos contratado no se quejaba. Cada viernes, después de la cena, aparecía el reverendo, se la llevaba a un sitio apartado y la aconsejaba espiritualmente durante unos veinte minutos. La vida fluía como el agua de un arroyo.

Hasta que un día, la señora Simms se presentó en la granja en aquel cacharro. Se detuvo justo delante de mí y me miró de frente, con aquellas chapas de botella de Coca-Cola que tenía por ojos. No quiero decir con esto que fuera fea. Aquel rostro habría parecido muy atractivo en un hombre. Pero en una mujer, no encajaba.

-Señor Taggot...

Tenía una voz muy parecida a la de Dewey Elgin, el bajo del coro de la iglesia.

-Señora.

-Esa chica a la que mi marido ha estado aconsejando espiritualmente...

-Sí, señora.

-Quiero verla.

-Muy bien. Si tiene la bondad de seguirme...

Se apeó del cacharro y me siguió de cerca mientras me dirigía hacia la casa. Me tenía preocupado lo que pudiera ver en ella. Si la criada que habíamos contratado estaba arriba con Jug, no habría problemas, porque tendría tiempo más que suficiente para hacer salir a Jug por la puerta lateral y preparar a la chica para que estuviera presentable, antes de que la esposa del reverendo le echara una ojeada. Pero si la muchacha se encontraba en la cocina, fregando platos o limpiando los fogones, era probable que estuviese tan desnuda como Dios la trajo al mundo. Le había dado por pasearse en cueros por la casa casi todo el tiempo. No se lo recrimino. En vista de cómo estaban las cosas entre ella. Jug y yo, no valía la pena que se molestara en vestirse.

Me adelanté a la señora Simms, me dirigí rápidamente al porche trasero y entré en la cocina. No hubo problemas. La chica llevaba un vestido. Incluso se había calzado. Me intrigó saber de dónde habría sacado los zapatos, hasta que me acordé de que pertenecieron a la mamá de Jug. Eran unos zapatos de vestir que se había comprado en cierta ocasión. De color rojo brillante. Con unos tacones de cinco centímetros y una abertura delante por donde se le veían los dedos. Con aquellos zapatos, las piernas de la chica se veían más bonitas que de costumbre, y estuve a punto de pedirle que se los quitara y los escondiera debajo del fregadero cuando detrás de mí oí cerrarse de golpe la puerta mosquitera y sentí aquella mirada tan fría clavada en mi nuca.

-Muchacha, ha venido a verte la señora Simms -dije-. Muy amable de su parte, ¿no te parece?

La señora Simms miró a la chica de la cabeza a los pies. Puedo jurar que aquello fue como si una víbora estuviera observando a un pajarillo.

-¿Cómo se llama, señorita? -le preguntó. La muchacha se lo dijo-. ¿Le gusta vivir en la granja de los Taggot?

La chica asintió con la cabeza. La señora Simms la perforó con los ojos. Después, la agarró del brazo.

-Está bastante gordita -observó-. Según parece, no la matan de hambre. En cambio, «a usted» se le ve muy demacrado, señor Taggott...

La verdad, tenía razón. Estaba demacrado; casi en los huesos. Y a Jug le ocurría lo mismo. Como los cerdos, que se habían quedado tan flacos que nosotros dos estábamos siempre demasiado cansados para darles de comer.

Entonces, la señora Simms me dijo algo raro en verdad. Todo mezclado con unas palabras que sonaban extranjeras, no como las de la criada que habíamos contratado, más bien

sonaban a franchute, como el que hablaba mi viejo tío Maynard al volver de la guerra mundial, *mamuasel de Armentiers, parlivú* y cosas así. Lo que la señora Simms dijo sonó más o menos así:

*-La Bel dom son mer sí.* - Luego lo repitió otra vez-: *La Bel dom son mer sí* te ha esclavizado. Dios se apiade de ti.

-Amén -añadí.

Y lo hice porque es lo que digo siempre cuando se menciona el nombre de Dios, sobre todo si lo menciona un predicador, o la esposa de un predicador. Con esto no quiero decir que supiese de qué hablaba. Supongo que sería algo de las Escrituras, porque aquella mujer tenía mucha educación.

-Buenos días. señor Taggott -me dijo.

Después dio media vuelta y se marchó cerrando de un golpazo la puerta mosquitera.

Juro que respiré mucho mejor cuando oí que su cacharro se ponía en marcha y bajaba traqueteando por el camino.

A partir de entonces, los problemas empezaron.

## II

Unos días más tarde, la chica me dijo que estaba preñada.

-¿Qué? Ella asintió.

-¿Estás segura? -pregunté. Me contestó por señas.

-Jesús, María y José -repuse; después le pregunté-: ¿De quién es? No entendió mi pregunta.

-El padre. E] papá. El papaíto. ¿Yo? ¿Jug? «¿Quién?»

La muchacha se encogió de hombros. Fue como un mazazo para mí.

Encontré a Jug en el granero, durmiendo como un tronco entre la paja. Le sacudí una patada en el trasero y se sentó más tieso que un palo.

-¿Qué cuernos te pasa, papá? -gritó.

-La criada tiene un bollo en el horno.

-¡Qué bien! Porque tengo un hambre que me comería un oso con garras y todo.

-¡Imbécil, que está preñada!

-¡Jesús, María y José! -exclamó.

-¿Qué vamos a hacer?

-¿Me lo preguntas a mí? ¡Yo soy joven todavía!

-¡Tienes edad suficiente para cepillarte a la chica!

- ¡Y tú tienes edad suficiente para saber lo que iba a pasar!

-Muchacho, métete esto en la cabeza: alguien tendrá que casarse con ella.

-¡Joder, papá, yo no quiero casarme!

-Yo tampoco. Ya tuve bastante con casarme con tu madre cuando quedó preñada de ti. No me van a cazar por segunda vez.

-Ahí está la cosa, papá.... tú ya estás acostumbrado. ¡Note pasará nada!

-A ti tampoco te ocurrirá nada. Todo hombre que se precie debe casarse al menos una vez en su vida. Pero dos veces son demasiadas. Yo ya he cumplido. Ahora te toca a ti.

- ¡Joder, papá, el crío podría ser tuyo! ¡Eso lo convertiría en mi medio hermano!

-¡Y si yo me casara con la chica y el crío fuera tuyo, yo sería el abuelo! En fin, muchacho, que nos hemos metido en un buen lío. En aquel momento, oí el cacharro del reverendo.

-¿Qué día es hoy? -pregunté.

-Viernes.

-Volvamos a casa. Tenemos que hablar con el pastor. Al reverendo Simms no le entusiasmaba demasiado hablar con nosotros; él quería quedarse a solas con la chica para darle consejo espiritual.... hasta que le dimos la noticia. Quitó la mano del hombro de la muchacha como si se tratara de un hierro al rojo vivo.

-Comprendo -dijo-. ¿Y qué piensa hacer?

-Reverendo -respondí yo-, no hay muchas salidas. Tendrá que desposar a la chica.

-¡Yo!

-Quiero decir que deberá casarla con uno de nosotros dos, y por la iglesia, tal como está mandado.

-Ah, ya -dijo, como si le faltaran las fuerzas.

-Pero ¿cuál de nosotros? -pregunté.

-¿Cuál? Pues, el que... el que... -Y ahí se detuvo en seco para rascarse la cabeza-. Ah, ya comprendo el problema.

Nos quedamos en la cocina durante un rato, sin decir palabra. Después, saqué una jarra con licor de maíz. Le serví un vaso al reverendo (que estaba pálido como un muerto) y escancié otro para mí.

-Papá, ¿no puedo tomar un poco? -preguntó Jug.

-Eres muy joven todavía -contesté.

El predicador y yo levantamos los vasos, nos metimos el licor entre pecho y espalda, nos estremecimos y esperamos sus efectos. Sólo tardaron cinco segundos en producirse. Como si un par de herraduras nos hubiera caído en la cabeza.

-La puta madre... -dije yo.

-Señor. Señor -murmuró el reverendo.

-La muchacha tendrá que elegir -dijo cuando recuperó el aliento. Entonces fuimos y se lo preguntamos. Pero no hizo más que encogerse de hombros y poner expresión de tonta.

-Tal como están las cosas, ¿por qué no lanzamos una moneda al aire? -preguntó el predicador.

-No me parece justo -dije-. De ese modo todo depende de la suerte. Tendríamos que utilizar algo más parecido a un juego; algo que exija un poco de maña.

-¿Tiene una baraja? -preguntó el reverendo.

-No.

-¿Y dados?

-Tampoco.

-Me alegra saber que su casa no guarda esos instrumentos del demonio, hermano Taggott, pero ¿cómo cuernos vamos a decidir entonces?

Le contestó Jug:

-Con esos juegos que montan en las ferias. Carreras de sacos. O atrapar al cerdito untado de grasa.

-Estoy demasiado viejo para una carrera de sacos -protesté-. Me ganarías.

-Pero no estás demasiado viejo para atrapar a un cerdo engrasado, papá. El año pasado lograste agarrar uno. Yo te vi.

-El chico tiene razón -convine-. Los dos tenemos práctica en eso de atrapar cerdos engrasados.

-Entonces sería un enfrentamiento justo -comentó el reverendo
Simms.

-Supongo.

-La única pega es que no tenemos cerdos -dijo Jug.

-¿Que no tienen cerdos? -inquirió el predicador.

-Matamos al último la semana pasada -le expliqué, con un chasquido de los dedos; se me había olvidado por completo el detalle.

-¡Espléndido! -exclamó el predicador-. Los problemas crecen y se multiplican. ¿Podríamos tomar un poco más de esa cosa, hermano? Quizá nos aclare la mente.

Serví otros dos vasos de la jarra y nos los echamos al coleto.

-Señor, Señor -dije.

-La puta madre -masculló el reverendo. El licor no nos refrescó la mente, pero al parecer sí se la refrescó a Jug; quizá fuera el efecto del olor. El caso es que sugirió:

-Reverendo, ¿y si engrasáramos a la muchacha?

Bien, debo reconocer aquí y ahora que si el predicador y yo hubiéramos estado en estado normal, la idea de Jug no hubiese pasado de ahí; pero, a aquellas alturas, los dos llevábamos entre pecho y espalda casi medio litro de aquel recio licor, así que no nos pareció tan mala. Todavía nos pareció mejor cuando tomamos otro par de vasos. Tal como el reverendo dijo, era muy apropiado. Al fin y al cabo, por decirlo de alguna manera, el premio iba a ser la chica, de modo que, ¿por qué no engrasarla a ella?

Así que salimos todos y nos fuimos detrás del establo. Para entonces, el sol ya se había puesto, pero había luna llena; o sea, que veíamos bien. Si había algo que nos sobraba era grasa de cerdo. Jug y yo sacamos un barril. Tratamos de explicarle a la chica lo que hacíamos, pero no sé si nos entendió. Se portó bien y no se movió cuando Jug y yo le quitamos el vestido y la untamos de grasa desde la barbilla hasta la planta de los pies. Si nunca habéis untado grasa con vuestras propias manos por todo el cuerpo a una muchacha corpulenta y desnuda, os juro, aquí y ahora, que os habéis perdido algo bueno. En cuestión de nada, la muchacha estuvo tan resbaladiza como una trucha recién pescada.

-¿Le parece que está lista, reverendo? -pregunté.

-Supongo que sí.

En ese momento, sentí algo muy extraño, como un temblor que me recorrió todo el cuerpo, y sin motivo alguno. Quizá fuera la luz de la luna, que hacía que todo pareciera frío y azul; como ya he dicho, había luna llena. Hasta la muchacha, así desnuda y brillante como un pez, parecía fría.

Pero quizá fuera por otra causa. Porque recuerdo que pensé -al ver a Jug y al reverendo allí de pie, tan flacos y chupados, a la luz de la luna, y a sabiendas de que yo no tenía mejor aspecto que ellos-, recuerdo que pensé en la grasa que llevaba en las manos, la grasa con la que acababa de untar a la muchacha.... bueno, pensé que la habíamos sacado de los cerdos que matamos antes de tiempo porque se habían quedado muy flacos, pues nunca nos decidíamos a darles de comer, porque Jug y yo estábamos muy cansados de tanto cepillarnos a la criada...

No sé si me entendéis, es como si aquella muchachita nos hubiese chupado las fuerzas y nos hubiera dejado esmirriados; nos había consumido a mí, a Jug y al predicador hasta dejarnos hechos unos trapos, y hasta se podía decir que había consumido a los cerdos hasta el punto de que tuvimos que sacrificarlos y convertirlos en grasa para untársela a ella por todo el cuerpo. Ella era el único ser de la granja que seguía saludable, relleno...

Pero los pensamientos estúpidos como éste volaron de mi cabeza cuando el reverendo me habló.

-Sí, hermano Taggott, supongo que la muchacha ha absorbido toda la grasa de cerdo que su dulce cuerpecito puede aguantar.

-¡Entonces, empecemos, papá! -gritó Jug-. ¡Me muero por atrapar a esa chica entre mis brazos y clavarla al suelo! ¡Tengo tantas ganas que estoy a punto de reventar!

-Pero antes -dijo el predicador-, hemos de establecer ciertas reglas. Normalmente, gana la persona que atrapa al cerdo. Pero si tenemos en cuenta que ni uno ni otro se siente demasiado ansioso por llevar a la muchacha al altar, puede que ninguno de los dos se esfuerce demasiado por atraparla. De modo que deberemos invertir las reglas. Quien atrape a la muchacha, la perderá. Y quien no la atrape, la ganará y habrá de casarse con ella.

Aquello representó un obstáculo para mi plan, porque eso era justamente lo que yo pretendía: dejarla escapar adrede. Pero el predicador me ganó por la mano.

-Reverendo, para que todo sea más justo -dijo Jug-, ¿no le parece que yo y mi papá deberíamos desnudarnos?

-Vamos, Jug -protesté yo-. Estoy demasiado viejo para esas cosas. Además, hace un poco de fresco.

-Hermano, he de admitir que el muchacho tiene razón -dijo el predicador-. Si los dos van desnudos como Adán, entonces nadie podrá decir que las ropas del vencedor eran más ásperas que las del perdedor. Eso igualaría las cosas.

Jug y yo nos quitamos la ropa y en cueros vivos nos quedamos allí de pie, como un par de idiotas.

-Hermano Taggott -dijo entonces el predicador-, su edad le da derecho a intentarlo en primer lugar.

-De acuerdo -repuse-, pero con la condición de que volvamos a untarla de grasa cuando mi turno haya acabado. No seré tan tonto como para llevarme toda la grasa y facilitarle así las cosas a Jug.

El predicador asintió.

-En ese caso -dijo---, ayudaré a aplicar otra capa de grasa.

-Me lo imaginaba.

Sacó del bolsillo un reloj enorme.

-Este reloj pertenecía a un jugador. Lo utilizaba para cronometrar caballos. Al comprender lo errado de sus costumbres y salvarle, en señal de gratitud, me lo regaló a mí. Cada uno tendrá sesenta segundos exactos para atrapar a la niña. Hermano, antes de comenzar, sugiero que celebremos este evento tomándonos otro traguito de esa jarra que, según he comprobado, ha traído con usted.

Le entregué la jarra, él se la llevó a la boca y se echó al coleto como un cuarto de litro. Cuando me la devolvió, yo hice otro tanto. Jug volvió a pedirme si podía beber un poco y yo le repetí que no.

-¿Preparado, hermano Taggott? -me preguntó el predicador.

-Preparado. Miró su reloj y gritó:

-¡A por ella, pues!

La muchacha echó a correr y yo fui tras ella. Cuando rodeamos en la esquina del bebedero de los cerdos, la así del hombro pero se me resbaló. Después, cuando pasábamos delante de la leña apilada, la agarré por la cintura y la tiré al suelo. Se me escapó de entre las manos como una rana. La apreté por los senos, pero se me soltaron de las manos como si fueran un par de melocotones pelados. Le hundí los dedos en el trasero, pero también se me resbalaron los dos cachetes. Traté de agarrarla por los muslos, pero mis manos se deslizaron a lo largo de sus piernas hasta las rodillas, luego hasta los tobillos, y la chica escapó.

-¡Tiempo! -aulló el reverendo Simms. Yo iba cubierto de grasa de cerdo de la cabeza a los pies. Llevaba más grasa que la chica.

-¡Has ganado, papá! -gritó Jug.

-Todavía no -protesté -. A lo mejor empatamos. Volvamos a untar a la chica.

El predicador nos echó una mano; esta vez, la muchacha vio dónde estaba la diversión, y todo el tiempo que nos pasamos untándola de grasa se lo pasó riendo y chillando.

-¿Preparado, Jug? -preguntó el reverendo cuando terminamos la faena.

-¡Sí, señor reverendo, y tan preparado! Que estaba preparado saltaba a la vista, tendría que haber estado ciego para no darme cuenta.

El reverendo volvió a mirar el reloj y gritó:

-¡Ya, muchacho!

Salió tras ella como el sabueso tras la liebre. La chica lo hizo correr de lo lindo: hasta el retrete, y de vuelta hasta los pastizales de atrás. Entonces ella tropezó con una raíz, cayó boca abajo y Jug se le sentó encima. El se aferró a ella como si de eso dependiera su vida. ¿Que si la chica no se retorció y luchó? ¡Aquí estoy yo para jurar que lo hizo! En un momento dado, estuvo a punto de escapársele, pero entonces la oímos chillar como un cerdo atascado y supuse que Jug la había clavado al suelo, tal como dijo que haría.

¿No lo entendéis? La culpa fue del licor de maíz. Me volvió tan torpe que no logré agarrarla bien. Pero Jug no había probado una sola gota del destilado casero.

-Se ha acabado el tiempo y la chica sigue en el suelo -anunció el reverendo-. Supongo que gana el muchacho. Quiero decir, pierde. La chica seguía chillando como si la estuvieran matando.

-¡Jug! -grité-. Suelta a la muchacha ahora mismo, ¿me has oído?

-En seguida... papá... -me contestó, casi sin aliento.

-¡Ahora mismo! -volví a gritar-. ¡Esa muchacha es mi futura esposa!

-Con todo respeto, sugiero un enlace rápido -dijo el predicador-. ¿Qué le parece mañana por la mañana, a eso de las diez? No venga antes, porque a las nueve he de bautizar al hijo de Geer.

-¿De Jed Geer? Creí que en la guerra le habían destrozado las partes.

-Ya se lo dije en otra ocasión, y se lo vuelvo a repetir ahora, hermano Taggott: los designios del Señor son inescrutables.

-Amén. ¿Jug? ¡Deja que la chica se levante!

-Sí, papá. ¡Ya... ya acabo!

Bueno, pues así fue como me comprometí con la criada que habíamos contratado. Lo de la boda fue otra historia.

A la mañana siguiente, muy temprano, nos lavamos a fondo hasta quedar relucientes. Jug iba a hacerme de padrino. Ya estaba lo bastante crecido como para llevar el traje azul a rayas que yo usaba los domingos; en cuanto a mí, me puse el viejo traje negro con colas que cuelgan por atrás que perteneció al padre de la mamá de Jug. Lo heredé junto con la granja. Sólo me lo había puesto en dos ocasiones: para mi primera boda y cuando asistí al entierro de la mamá de Jug. Era mi deseo que me enterraran con ese mismo traje. Con mucho trabajo logramos meter a la muchacha en el viejo vestido blanco que había pertenecido a la mamá de Jug. Aquello fue como meter dos kilos de forraje en un saco de un kilo de capacidad. La mamá de Jug era una cosita delgaducha, mientras que la criada que habíamos contratado no lo era, lo puedo asegurar. Le quedaba bien y no pasaría nada con tal de que no se sentara, ni se agachase, ni respirara. También se puso los zapatos rojos. Estaba muy guapa.

-Como para comérsela -comentó la señora Simms, cuando la vio de pie, en medio de la cocina, arreglada para la boda.

La mujer del reverendo vino en el cacharro para llevar a la muchacha hasta la iglesia y entregarla en matrimonio. Yo y Jug tuvimos que ir en el carro. La esposa del reverendo dijo que no quedaba bien que llegásemos todos juntos, o alguna tontería parecida. Así que até el caballo al carro y yo y Jug partimos para la iglesia.

Cuando llegamos, encontramos al reverendo Simms esperándonos en la puerta.

-Buenos días, hermano Taggott. Está usted emperifollado como un pavo de Navidad.

-Muy amable por su parte.

-¿Y dónde está la ruborosa novia?

-Su esposa la trae hacia aquí en su cacharro, reverendo. Yo y Jug vinimos en el carro.

-Vaya, la señora Simms no me ha comentado nada de eso. Bueno, supongo que no tardarán en llegar.

Pasó media hora antes de que el cacharro se acercara a la iglesia, traqueteando y echando humo. La señora Simms se apeó, pero de la criada que habíamos contratado no vimos ni rastro. Yo estaba acalorado de tanto esperar, y cuando vi que la chica no venía con ella, no pude más y la interpelé a gritos:

-¿Dónde cuernos está la muchacha?

-Donde no brilla la luna, señor Taggott, ni el sol -replicó-. Oye, quiero hablar contigo -dijo el reverendo.

Lo condujo al interior de la iglesia y nos dejó a mí y a Jug, allí de pie, como un par de terneros recién nacidos.

Más tarde, el reverendo me lo explicó todo. No me enteré ni de la mitad, pero a lo mejor vosotros lo entendéis bien. Al parecer, su señora supo lo que hacíamos los tres en el momento mismo en que le puso los ojos encima a la chica. Se dio cuenta de que no era como la gente normal. Una basura del extranjero, ¿me explico? La señora Simms conocía el tema, y, como os he dicho ya, era una poderosa hechicera, por eso dijo que la muchacha era una chupa no sé qué, dijo que existían muchas como ella en el país del que venía, y que había un montón de libros escritos sobre ellos, y también poemas, como *La Bel dom son mer sí.* Dijo que nos estaba chupando la vida a mí, a Jug y al reverendo, y que la única forma de acabar

con uno de ellos era clavándole una estaca en el corazón. O sea que eso fue lo que hizo, y enterró a la muchacha en mi granja, en el pastizal de atrás, debajo del enorme olmo, junto a mi esposa. Así que, después de todo, no tuve que volverá casarme.

La señora Simms dijo que la chica ni siquiera era de Pennsylvania, como habíamos creído, sino de otro lugar llamado Transilvania, me parece.

A veces, por las noches, incluso ahora, no sabéis cómo echo de menos a la muchacha. Cuando me siento solo, pienso mucho en ella, y recuerdo cómo le brillaba la luz de la luna sobre el cuerpo desnudo, volviéndose azul, y entonces no me importa un pimiento si era o no lo que la señora Simms dijo.

Claro que el sheriff no se creyó una sola palabra y la acusó de asesinato. El móvil fueron los consejos espirituales que el reverendo le daba a la chica una vez por semana. Dicen que la declararon no culpable por enajenación mental y fue a parar a un manicomio. Si cuando entró no estaba loca, seguro que sí lo estaría diez años más tarde, cuando murió sin haber salido.

Y juro por éstas que no me he inventado nada.

# *Sueños húmedos*

STANLEY WIATER

*Stan Wiater, uno de los dos periodistas que forman la alineación de esta recopilación, también se dedica a hacer entrevistas, sobre todo para* Fangoria, *esa revista, completa y llamativa, que nos adelanta información sobre el género de terror en sus diversas formas. Entrevista a la gente con una despreocupada voz. ronroneante y lanza unas preguntas estilo Mike Wallace que te hacen sudar y comprobar las tres últimas respuestas. Iris, su sonriente esposa, te saca fotos y se las arregla para que salgas estupendo, y tu vida ya no vuelve a ser nunca la de antes.*

*Los relatos de Stanley tienen mucho en común con su papel como entrevistador. Cuando escribe, la apisonadora de Massachusetts siente y piensa al mismo tiempo. Sus ficciones funcionan dentro de un mundo encajonado y claustrofóbico en el cual el lector entra como mero espectador, para quedarse de inmediato completamente helado, sin tener siquiera ocasión de gritar. Bienvenido, Stanley Wiater..., pero se recomienda que el lector lleve un buen collar protector.*

Tiene que ser, por lo menos, la undécima vez que ocurre.

No comprendes por qué sigues asustado: a estas alturas sabes a ciencia cierta que sólo es un mal sueño. Que no se trata de algo serio. Ya te has percatado de que éste es uno de esos sueños en los que, por más que estés dormido, tu mente se encuentra tan consciente que te das perfecta cuenta de que el sueño ocurre de nuevo.

«Este» sueño.

Ahora sucederán una serie de hechos, y cuando por fin despiertes, serás capaz de volver a recrear toda la experiencia, casi como si la hubieras grabado en un vídeo. Salvo por ciertas variantes menores, triviales en realidad, será siempre la misma, del principio al fin.

Entonces, ¿por qué tiemblas de un modo tan violento cuando empieza?

¡Tranquilízate, no es nada! Date cuenta de dónde te encuentras: en tu cama de agua matrimonial, dormido como un tronco, junto a la mujer que amas con todo tu corazón. El sueño de ella es plácido, como de costumbre; aparte de las bragas, increíblemente seductoras, que suele ponerse para dormir, no lleva nada más. Los dos sabéis que la señal se produce cuando tus manos bajan por su voluptuoso cuerpo hasta que las bragas de seda se le deslizan muy despacio por sus piernas, largas y bronceadas. ¿Lo recuerdas? Siempre ha sido la señal, la cerilla que enciende la llama.

Lo cierto es que esa parte de vuestra relación resulta tan maravillosa que, en ocasiones, te entra el temor de que se trate de un sueño. Un sueño que se convierte en realidad cuando una mujer tan hermosa y abiertamente sensual te elige como compañero. Una mujer, sin duda experimentada, que provoca los deseos de casi todos los hombres que la ven en la playa; por no mencionar a quienes la miran cuando va caminando por la calle y sus espléndidos senos se mueven libremente debajo de las blusas, blancas y transparentes, o los ceñidos vestidos de punto. Los pezones, antes ocultos siempre, se tornan tan prominentes y visibles al verse estimulados..

Sí, claro que sí.... éstos son los pensamientos maliciosos y agradables que vuelven a asaltarte, en el momento estipulado. Son tan, pero tan bonitos. Y ahora no puedes dejar de sentir la fuerza de tu propia erección, ni puedes dejar de sentir cómo tus dedos se deslizan por la suave silueta de ella hasta quitarle las bragas bikini como quien le arranca un pétalo a una flor cargada de rocío.

Al principio, la cama de agua se mueve son suavidad, en respuesta a tu pasión. Poco a poco, el calor se torna cada vez más intenso; la llama arde con más fuerza y durante más tiempo.

Entonces, como de costumbre, algo... algo falla. De repente, ya no puedes concentrarte en lo que haces; sin motivo aparente, vuelves a pensar en el maldito abrecartas que llegó por correo el mes pasado. El abrecartas ornamentado de acero y latón, obviamente hecho a mano. Un extraño regalo anónimo del que ella ignora el autor o el motivo. Sin embargo, ya lo ha ocultado en alguna parte de la casa...

Una vez más, los detalles de esta parte del sueño resultan incómodamente vagos.

No logras entender por qué una persona pudo haberle enviado un regalo tan inusual, que por otra parte, habría sido más adecuado para tu tipo de trabajo. No es preciso mencionar que siempre has sido consciente de la multitud de admiradores masculinos que tiene, y has abrigado la sospecha de que ella, algún día, pudiera rendirse a un artista mucho más brillante, más apuesto, con más éxito que tú.

De modo que ahora continúas con más ahínco. Te hundes más, con más fuerza a cada caricia, procuras que esta vez sea mucho mejor que todas las anteriores. Haces que resulte tan bueno que ella jamás sienta la tentación de buscar el afecto y las atenciones de ningún otro. El sudor te va resbalando por la cara a medida que subes y bajas la cabeza.

Ella es tuya.

Siempre lo ha sido.

Debe seguir siéndolo.

Es tuya y de nadie más.

Y entonces es cuando comienza la peor parte: ves que el abrecartas, por el que has estado preocupado en silencio durante semanas, está aquí. Aquí, debajo de tu vientre; ha sufrido una horrenda transformación: de tierno instrumento de devoción ha pasado a ser un inflexible instrumento de destrucción. Hundiéndote cada vez más en ella, mientras el frío líquido, antes aprisionado en el interior del sistema de flotación de la cama, se mezcla con la cálida humedad que de repente brota en profusa cascada de color rojo oscuro contra tu cuerpo sudoroso y cimbreante.

Quizá por undécima vez en otras tantas semanas, todo se vuelve incontrolable. Te desplomas, perdido entre las olas mudas de una oscuridad mojada y un temor primordial a lo desconocido. Atrapado en un remolino gigantesco que no cesará jamás hasta dejarte completamente consumido en el interior de la succión de su vórtice.

Claro que desde el principio has sabido que esto ocurriría.

Y aunque su resultado aterrador no parece cambiar nunca, de algún modo te sientes reconfortado por la certeza de que esta parte acaba pronto, y de que, a la larga, toda esta pesadilla se borrará por completo de tu memoria.

Sin embargo, por alguna extraña razón, el dolor imaginado parece mucho más tangible, incluso más circundante que ninguna de las otras veces. Aunque parezca una locura, sientes cierta dificultad al respirar, como si el aire salpicado de sangre se escapara por otros orificios, además de tu boca y tus fosas nasales... En un intento más inútil que nunca, tratas de abrir la boca, de gritar una advertencia.

Pero ¿por quién estás gritando?

Como un buceador que se queda sin aire y se afana por llegar a la helada superficie, te abalanzas contra las barreras del sueño eterno, despiadado, hasta que, una vez más, vuelves a despertar. A despertar por completo y a tener los pies en la tierra.

Y te encuentras empapado.

Primero sientes deseos de llorar y después de reír, enloquecido de alivio. Pero..., espera un momento..., la cálida humedad pegajosa no es sudor. y los gritos de angustia que oyes tan cercanos no provienen de tu amada, a la que acabas de destrozar, empujado por los celos, en tu espeluznante sueño. El espejo de la realidad te ofrece, durante unos pocos segundos, la verdadera imagen de tus temores más recónditos.

Incluso sin abrir los ojos, te das cuenta de que ella ha encontrado el abrecartas que has tratado de ocultarle, el mismo que llegó con aquella sugerente nota sin firmar, enviada por una fervorosa admiradora de tu obra. Ahora ya no importa que tus ocasionales seguidoras provocaran en ella los celos más rabiosos y más tontos. Tampoco importa el que jamás pudiera convencerse de que la forma retorcida en que tratabas a los personajes femeninos de tus relatos y novelas nada tenía que ver con tus opiniones sobre las mujeres en la vida real.

Porque a medida que el abrecartas, afilado como una cuchilla de afeitar, se hunde repetidamente en tu rostro y tu cuello, sólo puedes repetirte que éste, «el de este momento», debe de ser el final del sueño, apenas esbozado por ella, que la ha estado asaltando en las últimas semanas.

Es cómico cómo todo vuelve a ti en tropel: una pesadilla inusualmente vívida que fue adquiriendo un cariz cada vez más terrible a medida que se repetía, aunque en las anteriores ocasiones ella siempre había perdido el conocimiento antes de alcanzar la culminación, desconocida aún, pero obviamente aterradora. Y que, salvo por algunas variaciones menores, casi triviales, se equiparaba a este horrible sueño que tú también recuerdas vagamente haber soñado al menos diez, once, no, más de doce ve...

# *Perro, Gata y Bebé*

JOE R. LANSDALE

*Dicen que un escritor no se convertirá en figura sin publicar novelas. Joe R. Lansdale lo ha hecho, salvo por una novela que lleva publicada hasta ahora con su nombre, titulada* Act of Love, *un misterio apasionante que clama a gritos una reimpresión. Ya lleva escrita una excelente serie de innovadores relatos para las principales publicaciones de este género.*

*Algunos cuentos de Lansdale, como por ejemplo, «Down By the Sea Near the Great Big Rock», «Tight Little Stitches in a Dead Man's Back», «The Dump» y «The Pit», pueden llegar a ser clásicos del terror. De sus cien relatos, no todos son de terror; Joe ha publicado también en* Espionage *y* Mike Shayne Mystery Magazine; *en estos momentos, debería tener en prensa una antología de relatos del Oeste, más dos nuevas novelas;* Night of the Goblins *y* The Magic Wagon.

*A continuación, uno de sus relatos, que usted querrá leer en voz alta, para compartirlo.*

A Perro no le gustaba Bebé. Y, por cierto, a Perro tampoco le gustaba Gata. Pero Gata tenía uñas..., unas uñas afiladas.

Perro siempre había recibido atenciones y palmaditas en la cabeza.

-¡Toma, cómete esto! ¡Ay, qué bonito eres! Así, guapo. Dame la patita. ¡Siéntate! Así me gusta. Guapo.

Ahora estaba Bebé.

En realidad. Gata no había sido un problema.

Gata caía bien, pero la familia no la quería. A veces, a Gata le hacían carantoñas. Le daban de comer. No la maltrataban. Pero quererla de verdad, no. No del modo en que querían a Perro, antes de que Bebé llegara.

Una cosita asquerosa y rosada que lloraba.

Para Bebé eran los «ooooh» y los «aaaah». Cuando Perro trataba de acercarse a los Amos, éstos le decían:

-Fuera; ahora, no.

¿Cuándo llegaría ese «ahora»?

Para Perro nunca llegó. Ahora era siempre para Bebé. Para Perro, nada. A veces estaban tan ocupados con Bebé que pasaba todo el día antes de que le dieran de comer a Perro. A éste nunca más le han vuelto a dar cosas ricas. Ya no recuerda la última vez que le dieron una palmadita en la cabeza, o le dijeron «guapo, así me gusta».

Mal asunto. A Perro no le gusta.

Entonces, decide hacer algo.

Matar a Bebé. Así sería otra vez Perro y Gata. Ellos no quieren a Gata, y las cosas estarían bien.

Perro lo pensó. No le resultaría muy difícil despedazar a Bebé. Bebé, suave, sonrosado. Sangraría con facilidad.

A Bebé lo ponen en una cesta colgante cuando Ama sale a tender la ropa. Perro mira la cosita rosada que se mueve y piensa en despedazarla. Piensa mucho, mucho. Y se pone tan contento de pensar que la boca se le hace agua. Perro se acerca a Bebé, y hace que ese momento tan bonito dure más.

Bebé ve a Perro acercarse despacio, casi arrastrándose. Bebé se echa a llorar.

Antes que Perro alcance a Bebé, Gata salta.

Gata, que estaba escondida detrás del sofá.

Gata persigue a Perro, destroza cara de Perro con dientes, con uñas. Perro sangra, intenta correr. Gata lo persigue.

Perro se vuelve para morder.

Gata hunde uña en ojo de Perro.

Perro ladra, corre.

Gata salta sobre lomo de Perro, muerde a Perro en la cabeza.

Perro trata de volver atrás y meterse en dormitorio. Gata le hunde las uñas, le clava los dientes, hace perder el equilibrio a Perro. Perro corre muy rápido, tan rápido como puede, se golpea contra el borde de la puerta, tropieza, cae...

Gata salta al suelo y deja a Perro.

Perro se queda quieto.

Perro no respira.

Gata sabe que Perro está muerto. Gata se lame la sangre de las uñas y de los dientes con su áspera lengua.

Gata se ha deshecho de Perro.

Gata se vuelve para mirar pasillo adelante, donde Bebé llora a gritos.

Y ahora a por el «otro».

Gata comienza a arrastrarse pasillo adelante...

# *Nada es casual*

KATHERINE RAMSLAND

*Con una licenciatura en psicología experimental, un* master *en psicología clínica y un doctorado en filosofía, cualquiera hubiera dicho que, para Katherine Ramsland, el terror constituiría una propuesta irónicamente humorística. «No cuaja en un esquema lógico de blanco o negro», pero «siempre me han gustado los cuentos de fantasmas», y considera lo sobrenatural como «un atractivo campo donde se pueden hacer nuevos descubrimientos. Considero que el deber de todo filósofo es formular preguntas...».*

*Kathie no es una aficionada ni una* manqué. *Ha hecho teatro, ha recorrido el país sola en motocicleta y ha publicado ensayos sobre Kierkegaard. «Si los conceptos de la verdad, la realidad y el conocimiento son dignos de la investigación filosófica -escribe la doctora Ramsland-, entonces, también habría que explorar lo sobrenatural.»*

*En su primera obra de ficción que se publica, eso es precisamente lo que hace. Su considerable experiencia profesional otorga un nuevo significado a la expresión* terror psicológico.

Siempre había soñado con hacer algo que llamara la atención, no sobre sí mismo, sino sobre su obra. Por fin se le presentaba la ocasión. Aquella tarde, le habían expuesto un caso peculiar, e impulsado más por la curiosidad que por motivaciones profesionales, se dedicó a él de inmediato. En ese momento, recorrió la sala en dirección de la puerta de la paciente, se ajustó a la solapa la tarjeta que lo identificaba en el hospital: doctor Alan Kensey, Departamento de Psiquiatría. Adoptó una actitud que él imaginó como de autoridad, y entró.

El comportamiento de la paciente era tan enigmático como el nombre que figuraba en su hoja clínica: *Onya.* Ningún apellido. Al entrar él, la mujer recorrió la habitación como una gata, y se refugió donde su propia oscuridad se fundió con las sombras. Por lo que el doctor pudo deducir, la mujer parecía inusualmente atractiva.

-Señorita Onya... -comenzó a decir Kensey.

-Onya a secas.

Aunque no fue un susurro, su aterciopelada voz produjo el mismo efecto en él que si lo hubiera sido; se inclinó hacia ella, queriendo acercársele. Onya le clavó una mirada de fuego y, casi sin darse cuenta, se apartó de ella.

- De acuerdo, Onya. Soy el doctor...

-Le estaba esperando, doctor Kensey. Él vaciló, con algo de sobresalto.

Debía de tener una vista increíblemente buena si había sido capaz de leer la tarjeta de identificación con tan poca luz.

-¿Quiere acercarse, por favor? -la invitó-. Podemos sentarnos en estas sillas y estar más cómodos.

-¿Está usted incómodo?

Una vez más, ese efecto susurrante, aunque él la oía a la perfección. Se sintió incómodo.

Kensey se sentó, con la esperanza de que, al hacerlo, aquella extraña mujer saldría de su rincón. Mientras repasaba su hoja clínica, más que nada. para demostrarle que «él» era quien mandaba allí, la miró de reojo.

Ella lo observaba.

-¿Me dará de alta? -preguntó.

-No hasta que hayamos aclarado algunos puntos. Si me hiciera el favor de acercarse...

-¡No «debe» detenerme! -Le lanzó aquella orden desde su rincón y sin previo aviso-. ¡Tengo algo urgente que hacer! Kensey comprendió que no iba a acercársele.

-¿Y qué es esto tan urgente que tiene que hacer? -preguntó, amable-. Quizá yo pudiera hacerlo por usted.

La carcajada que recibió por respuesta resonó en el cuarto y lo sobresaltó. Luego..., lentamente.... ella dijo:

-Debo asegurarme de la destrucción del mundo.

Kensey se la quedó mirando durante un momento, casi azorado, y luego se obligó a recordar que la paciente sufría alucinaciones.

-Mi nombre es Onya -dijo ella-, es mi esencia. Alfa y omega, invertidas. Vivo desde el fin hasta el principio. Llevo el futuro al pasado.

En cierto modo, aquello sonaba «racional». Kensey se removió, incómodo, en la silla mientras Onya continuaba:

-Conozco las evoluciones del futuro y sé qué personas del pasado serán las responsables de esas evoluciones. Les digo lo que necesitan saber para que puedan crear. Y si no me deja marchar pronto, algunas de esas creaciones dejarán de existir.

-Ninguno de los grandes inventores ha mencionado el nombre de usted jamás -adujo Kensey.

-A los hombres les encanta llevarse todo el mérito, ¿no está usted de acuerdo conmigo? -Le lanzó una mirada acusadora-. En realidad, ignoran cómo consiguen la información. Se la susurro cuando se encuentran en un estado de recepción preconsciente, durante las primeras fases del sueño, o cuando sueñan despiertos, o en el momento en que se encuentran en la cúspide de la pasión...

Se interrumpió, y sonrió. Al doctor le pareció ver que se lamía los carnosos labios.

Se puso en pie rápidamente porque tuvo la sensación de que la situación se le escapaba de las manos. La silla cayó al suelo con estrépito. Onya sonrió y Kensey notó, con creciente incomodidad, que todo aquello la divertía. El doctor luchó por apartar aquella sensación de turbación.

-¿Y si yo le hablara sobre usted al mundo? -preguntó Kensey. Quizá la intimidara con esa amenaza.

-No haría una cosa así.

No estaba intimidada.

Kensey se sintió intrigado. En el terreno profesional, quería atraparla en alguna inconsecuencia, pero, al mismo tiempo, tenía que mostrarse precavido por las posibles consecuencias de sus afirmaciones.

-Dado que ahora ejerzo un control sobre usted, ¿acaso soy una de las personas que han de erigirse en instrumentos de esa destrucción del mundo de la que habla?

Kensey formuló la pregunta con petulancia; la silenciosa mirada de Onya le produjo un estremecimiento porque se dio cuenta de que tal vez estuviera en lo cierto al pensar de ese modo.

Luchando por no continuar siendo objeto de debate, Kensey preguntó:

-¿Y qué me dice de quienes proponen teorías opuestas? Le lanzó la pregunta como si abrigara la esperanza de que el lenguaje fuera a mantenerla a raya.

Onya se limitó a levantar sus pálidas manos, con un claro disgusto ante la ignorancia del médico.

- ¡Qué tonto es usted! ¡Yo no le digo a «todo el mundo» lo que debe pensar! No hace falta. Sólo... me pongo en contacto con..., con quienes me resultan útiles para el objetivo.

-¿El objetivo? -inquirió Kensey tragando saliva. La pausa hecha por ella antes de contestar lo inquietó.

-La destrucción.

-¿Nuclear?

La expresión sombría y ominosa de Onya le dijo que ni siquiera llegaría a imaginarse la naturaleza de la ruina de la humanidad. Lo intentó por otro camino.

-¿Ha visto usted esa destrucción?

-He «nacido» de ella.

-¿Cómo es posible? Onya soltó una risotada.

-Ustedes tienen una teoría acerca del nacimiento violento de este mundo según la cual surgió de una explosión cósmica. Si acepta esa teoría, puede aceptarme a mí. He sido creada por la destrucción, e impulsada a través del tiempo para asegurar su propia eventualidad.

-¿Y cómo puede usted desafiar el tiempo, pero no el espacio? Kensey hizo un ademán indicando la habitación donde estaba encerrada, seguro de haber logrado confundirla.

-«Usted» se mueve a través del tiempo -contestó ella, echándose hacia atrás el negro cabello-, pero no podría huir de una prisión. Conmigo ocurre lo mismo. Con la diferencia de que yo me muevo en dirección contraria.

Kensey se sintió desesperado. Sabía que tenía que pensar con claridad para sacarle alguna ventaja, y no lo conseguiría en presencia de aquella mujer. Le producía desasosiego. Dio un

vistazo a su reloj para dar la impresión de que tenía prisa, luego le explicó brevemente que examinaría su caso a primera hora de la mañana. Si la reacción de Onya hubiera podido materializarse, habría adoptado la forma de un perro salvaje mordiéndole los talones al doctor cuando éste salió a toda prisa de la habitación.

A la mañana siguiente, Kensey, solo en su despacho, reflexionaba acerca de su nueva y misteriosa paciente. Sus ojos grises lo observaban desde la foto de sí mismo y de su esposa, que descansaba sobre el escritorio de roble. «Gris». El color de la ambigüedad. Parecía adecuado, puesto que rara vez era capaz de considerar sus propias decisiones como correctas sin margen de error. Siempre tenía que buscar el apoyo de sus colegas para afirmarse; en ocasiones, era como si los necesitara para poder creer que existía. Treinta y seis años, con un respetable título de Columbia, y, aun así, seguía siendo un indeciso, cosa que hasta a él mismo le irritaba. Quería que la realidad fuese como él: tranquila, estable, nada amenazadora, con un rostro honesto, que pudiese ser interpretado. Pero el comportamiento confiado de Onya y la extraña y coherente versión que había dado de sí misma le obligaban a reconocer que la realidad tiene muchas caras: todavía no podía comprometerse a ofrecer una interpretación definitiva de su caso.

Mordiendo un lápiz con gesto distraído. Kensey se percató de que tenía que tomar una decisión sobre Onya. Si la mujer decía la verdad, entonces debía darle de alta para no interrumpir el flujo del progreso. Por otra parte, no quería ser responsable de haber permitido que el «agente de la destrucción» siguiera adelante con su intento de imponer... la nada. Además, siempre existía la sensata posibilidad de que fueran alucinaciones. No debía perder de vista ese aspecto.

Los pensamientos de Kensey se vieron interrumpidos por la entrada de Joe Liscoe. uno de sus colegas.

-Me alegra que hayas venido. Joe. Quiero comentar un caso contigo. La paciente de la ciento ocho, que ingresó anoche. Liscoe reflexionó por un momento y después asintió.

-Sí, ya. Un caso típico de delirios de grandeza. ¿Hay algún problema?

Joe se mostraba siempre tan seguro de sus diagnósticos que Kensey lo envidiaba.

-No..., en realidad, no. -No quería mostrar su inseguridad ante su colega-. Simple curiosidad. Quería saber si la habías visto.

-Sí, cuando la ingresaron. Parecía alterada. -Liscoe se interrumpió- . Oye, no encuentro mi vídeo. ¿Me dejas el tuyo?

Aliviado por el giro dado a la conversación, Kensey fue a buscar el aparato. No se encontraba en su sitio acostumbrado. Buscó en el escritorio, mientras intentaba ocultar el pánico que lo embargaba. Ella se lo había advertido..., le había advertido que no la retuviera demasiado tiempo. ¿Existiría alguna relación?

-Anoche debió de entrar algún ladrón -comentó Liscoe-. Fred tampoco ha encontrado el suyo.

Kensey se sintió abatido.

-¿Y por qué se llevarían sólo los vídeos?

Le temblaba la voz. Rogó por que Liscoe no lo notara.

-Cualquiera sabe. Ésta es una institución psiquiátrica. Ya sabes, aquí «nada» tiene sentido.

Liscoe se encogió de hombros, y se volvió para marcharse al tiempo que decía que iba a presentar un informe.

Kensey asintió, distraído, y se quedó a solas con sus crecientes temores. Entonces decidió que debía ver a su paciente de inmediato.

Onya se encontraba tranquilamente sentada en la cama cuando Kensey entró en su habitación. Su rostro aparecía calmado, y el doctor volvió a sorprenderse de la nitidez de sus facciones. La mujer lo saludó sin demora.

Kensey le preguntó cómo se encontraba.

-Mucho mejor, doctor -respondió con una sonrisa-. Anoche tenía alucinaciones. Unos amigos míos me dieron una droga. Pero ahora ya pasó.

Kensey se quedó de piedra.

-¿Unos amigos suyos...?

-Sí. Asistí a una fiesta. Supongo que imaginarían que iba a ser divertido.

Su actitud resultaba tan tranquila que Kensey comenzó a creer en lo que le contaba.

-Nadie ha advertido nada a las enfermeras -protestó Kensey y se recordó que debía comprobar la veracidad de la nueva historia de su paciente.

Onya se limitó a encogerse de hombros, como si quisiera dar a entender que a ella aquello no le incumbía. Estaba claro que sufría de alucinaciones. El doctor Kensey sabía que existía la posibilidad de que, por error, le hubiera sido administrada una medicación incorrecta o basada en una información falsa o poco adecuada, de manera que la falta de respuesta de la mujer no probaba nada.

-¿Cree que podré marcharme a casa hoy? -preguntó Onya. El corazón le dio un vuelco.

-Hemos de mantenerla en observación -contestó-, pero es probable que pronto le demos el alta..., si lo que dice sobre sus alucinaciones es cierto.

-Gracias, doctor. Me siento muchísimo mejor.

-Bien, bien. Su aspecto ha mejorado. -Era verdad. Kensey se sintió más animado-. Iré a ver si logro poner el proceso en marcha.

Onya le sonrió, agradecida; una reacción corriente. La sensación de alivio de Kensey era como la de un niño bajándose de sus hombros.

Al regresar a su despacho, Kensey se sintió muy estúpido por sus anteriores ansiedades. ¡Al menos habían acabado! Respiró profundamente y expulsó el aire, disfrutando la sensación de que la vida había vuelto a la normalidad.

De pronto, se detuvo en seco.

¿Acaso aquella mujer se creía que iba a ser tan «estúpido»? Seguramente debió de notar con qué entusiasmo había deseado que ella corroborara su diagnóstico y estaba utilizando con él la psicología contraria. Era probable que hubiera considerado que si estaba en connivencia con él, si alimentaba su *ego* y no le causaba problemas, él se mostraría más asequible a las súplicas para que la dejara marchar. Era tan delicada, tan convincente. ¡A punto había estado de caer en la trampa!

Pero ya se había dado cuenta de lo que la mujer tramaba y no lo conseguiría con tanta facilidad. Se dejó caer en el diván que normalmente ocupaban los pacientes, y se preguntó qué iba a hacer.

A pesar de la urgente necesidad de concentración, dejó que su mente vagara mientras yacía en el sofá. Un pensamiento se había abierto paso en sus reflexiones, como un pez que nada en aguas turbias, y sólo lo reconoció cuando lo hubo observado mentalmente de reojo un buen rato.

Durante la dura prueba a la que Kensey se vio sometido con su nueva paciente, había encontrado algo en ella que resultaba molestamente agradable. Sólo en aquel momento se dio cuenta de qué se trataba. Sus propias fantasías juveniles se habían infiltrado en la situación, lo habían obligado a insuflarles cierta vida. De niño, siempre se imaginaba a sí mismo como un héroe, a veces ante las niñas más pequeñas, a veces ante todo el mundo. Se imaginaba llevando a cabo un hecho significativo que obligaría al resto de la gente a proclamar su gran valía para la humanidad. El era quien salvaba a alguien de un incendio, o donaba dinero, o ideaba un plan infalible para garantizar la paz mundial. Sus sueños eran ambiciosos, pero siempre habían acabado con la dolorosa admisión de que él. Alan Kensey, jamás sería el héroe de nadie.

Hasta aquel momento.

Entonces, tenía que preguntarse si intentaba ver a Onya como algo que no era, algo que incluso «ella» misma negaba en esos momentos. ¿Intentaba utilizar a la joven como plataforma de lanzamiento para hacer realidad, aunque tarde, la imagen que forjara en su niñez? ¿Acaso se negaba a aceptar la nueva actitud de rendición de su paciente sólo porque no quería que ella fuera lo que en un principio afirmaba ser? Kensey debió admitir que si Onya fuera un agente de la destrucción del mundo, y él un agente suyo de la destrucción, se

convertiría -¿se atrevería a pensarlo acaso?- en un «salvador». Se estremeció sólo de pensarlo; pero no logró determinar si lo que más le asombraba era la posibilidad de su propia grandeza o la forma en que su mente podía manipularlo para tratar equivocadamente a un paciente.

Kensey se incorporó con rapidez, más confundido que nunca. ¡«Tenía» que volver a verla!

Onya levantó la cabeza cuando Kensey entró en la habitación. Sus ojos sombríos le dieron la bienvenida, pero el doctor no logró descifrar si era sincera; podía tratarse de un ardid para hacérselo creer. La expresión de la mujer le recordó una ilusión perceptiva. Pero no era el tipo de óptica ambigua que él utilizaba con sus pacientes -ora un pato, ora un conejo-, sino algo más parecido a una pintura que había visto de niño. La fascinación que le habían producido tres señoras tomando el té se había convertido en horror cuando advirtió que los pliegues de sus largos vestidos proporcionaban un disfraz ilusorio a las cuencas y los pómulos salientes de una calavera sonriente que le devolvía la mirada. El rostro de la muerte parecía mirarle una vez más a través del velo del engaño, y un horror igual a aquel otro le heló la sangre en las venas.

-Yo... -empezó a decir Kensey sin gracia-, bien, quería comprobar si estaba cómoda.
Fue un comienzo lamentable.

-Estoy muy bien -le aseguró Onya-. En espera de que me permitan marchar.

La actitud normal de Onya devolvió al doctor a la realidad. Sintiéndose como un tonto. Kensey se volvió para salir, pero Onya lo llamó.

-Estaba pensando en esa obra de teatro... *Edipo Rey* -dijo-. ¿No le parece interesante ver cómo la gente intenta con tanto ardor eludir el destino y luego resulta que lo convierten en realidad con sus propios actos?

Le sonrió como si acabara de hacer un comentario al azar. Pero la escalofriante ansiedad de la mañana volvió a apoderarse con fuerza del cuerpo de Kensey, contaminando las aguas de su perspectiva. Se volvió y salió de la habitación.

Aquella noche, el silencio de su despacho le resultó opresivo. Tuvo la impresión de que sabía con exactitud cómo se sentía una rata al ser tragada por una serpiente. Se aflojó el nudo de la corbata e inspiró hondo, pero el aire cargado le dio náuseas. Era como si la oscuridad circundante sospechara que intentaba ocultar sus temores en lo más profundo de sí mismo, y no quisiera permitirle ese respiro.

«¡Maldita sea la calefacción excesiva de estos edificios!», pensó, procurando reajustar su sentido de la ambientación, pero al dirigirse hacia su escritorio, éste no le ofreció el lazo familiar que buscaba. La seguridad de su mundo desaparecía como el agua absorbida por la arena. Onya se la había robado. O había actuado como catalizador para hacer que él mismo se la robara.

Kensey echó un vistazo a la puerta, pero al ver la boca abierta de un vientre extraño en ella, desechó el pensamiento de abandonar la habitación, a pesar de la amenaza de autodesintegración que surgía del mobiliario tercamente indiferente. Se dirigió hacia un rincón oscuro donde se reclinó, mientras sentía el sudor pegajoso en la nuca y la frente. Le faltaba el aire: tenía el estómago como si fuera un globo al que hubieran retorcido para convertirle en una ristra de salchichas. ¿Porqué había vuelto a verla? Si nunca hubiera escuchado sus palabras de despedida, habría sido capaz de autoconvencerse de que ella había sido víctima de la broma de un amigo. Ahora ya no podía conseguirlo de un modo tan sencillo.

Sin ganas de hacer nada, Kensey se dejó caer en el suelo poco a poco, como una gelatina viscosa sacada de un tarro. Consciente de lo que él mismo diría si descubriera a uno de sus pacientes en una postura encogida y autista como aquélla, Kensey apoyó el rostro contra las rodillas y, con esfuerzo, logró tragar, aunque tenía la boca reseca. No le importaba lo que él hubiera dicho. Ni le importaba tampoco lo que hubiera dicho «alguien».



Librodot

Quería ser pequeño, insignificante. Y era pequeño, pero con la pequeñez de la impotencia ante un reto implacable que lo había elegido. Sabía que tenía que hacer algo. De lo contrario, alguien, «que no supiese lo que él sabía, daría de alta a Onya y entonces...

¿Pero qué podía él hacer? La junta de revisión jamás aprobaría una reclusión permanente. ¡Además, ella podía huir! No le quedaba ninguna alternativa. ¡Tendría que matarla! Pero ¿cómo? Lo más sensato sería una inyección. Una burbuja de aire en una vena. Nadie se enteraría. ¡Debía hacerlo! Si no actuaba, sería responsable de la destrucción de la humanidad. ¡No podía cargar con ese peso! La cuestión era actuar con rapidez, incluso si con ello se perdían algunos productos del progreso o la comodidad que Onya habría podido producir si seguía viva. Kensey tenía que resignarse a eso, igual que se había resignado a vivir con la posibilidad de haber matado a una paciente que sólo sufría de alucinaciones.

Kensey lanzó una mirada furtiva al vestíbulo. Nadie. Se palpó el bolsillo. La jeringuilla estaba allí. Avanzó con rapidez, sin hacer ruido. Los pasillos aparecían en silencio. Nadie en el mostrador.

Introdujo la llave en la cerradura de la puerta que conducía al ala donde Onya estaba internada.

De repente, el doctor recordó sus últimas palabras. «Edipo» ¿Qué habría querido decir? ¿Intentaba confundirle? ¿Impedir que él triunfara y ella fracasara? Negó con la cabeza e intentó analizar el pensamiento. ¡Debía actuar! ¡Al instante! Antes de que el valor le faltara. Antes de que llevase a cabo lo que ella esperaba. No pudo evitar el pensamiento de que, si no hacía algo, podía significar que él jamás había sido una parte importante de la misión de Onya. A menos que no haciendo nada la ayudase a cumplir con su objetivo. Kensey comenzó a sentir como si estuviera tratando de separar el hidrógeno del oxígeno en una molécula de agua. No lograba asirse con firmeza a su propia percepción de las cosas. Débil, como de costumbre; como toda la vida, como siempre.

Inspiró profundamente y abrió la puerta despacio...; pero sus heroicas intenciones se esfumaron con el eco de la risa burlona de Onya. Estaba allí dentro, en la habitación.

-Lo esperaba, doctor Kensey.

Él permaneció en el mismo lugar incapaz de moverse. Onya le sostuvo la mirada por un momento, con una expresión desdeñosa y de aprobación a la vez. Luego, se deslizó por su lado, con paso medido, como una novia que caminara hacia el altar. Sus ojos de araña se posaron en él por un momento, paralizándolo y atrayéndolo hacia su tela. El doctor se sometió débilmente cuando ella, provocadora, le pasó los largos dedos por el rostro y le susurró:

-Sólo puedes hacer lo único que «eres capaz» de hacer. Se alejó pasillo adelante, y Kensey hizo lo único que era capaz de hacer. Nada.

# *Si tomas mi mano, hijo mío*

MORT CASTLE

*La fama no sólo es una diosa esquiva, sino también prescindible cuando se tiene una esposa como la de Mort Castle. Jane es una poetisa hermosa y dotada de talento. Eso quizá explique por qué, a diferencia de otros, el afable Castle no busca la celebridad.*

*Pero a un amigo y antólogo de la Writer's Digest School le parece ridículo tener que repetir una y otra vez que Mort Castle es uno de los mejores escritores de terror con los que contamos. Al leer sus novelas* Diakka y The Strangers, o *su memorable «And of Gideon» en la antología* Nukes *(Maclay, 1986) el lector comprobará que no hay quien pueda lograr mejores caracterizaciones.*

*He tenido ocasión de verle enseñar a jóvenes escritores que el lector conocerá dentro de pocos años. Jamás me había encontrado con un grupo de adolescentes que atendiese con tanto arrobo a alguien que es dos palmos más bajo y claramente menos andrógino que sus ídolos habituales. Castle es un maestro. Pero no debemos permitirle que olvide que, además, es escritor. A continuación se ofrece una prueba.*

*-...Johnny...*

Oyó (¿o creyó oír?) la voz; creyó reconocerla (¿su viejo? No, ni hablar...) y volvió a perder su asidero y quedó flotando (aunque yaciera en una cama de cuidados intensivos). Podía ver (a pesar de tener los ojos cerrados, aunque se encontraba por debajo del nivel de conciencia) un círculo de luz incolora y serena que le hacía señas.

Sabía que era la Muerte...

Y tenía miedo.

*Aunque no creas o no sabes si crees, creces, oyes todo tipo de cosas: el cielo con el benévolo Gran Jefe siempre sonriéndote mientras tú vives en una perpetua pausa para el café, y el infierno con el Diablo traspasándote el alma a un millón de grados... O tal vez nada, simplemente nada, ni siquiera ¡a negrura, el polvo vuelve al polvo...*

Él temía a la muerte.

De manera que declaró (en silencio): *¡Estoy vivo!*

La verde línea montañosa del electrocardiograma probaba que vivía. Podía observarla (verla, de un modo que no era exactamente como ver, pero no por eso menos verdadero que la vista misma). Los médicos (los había «oído») dijeron que había alguna esperanza, que su estado era crítico, pero estable.

Flotando, regresó a la vida...

Y al dolor, el dolor representado por un cuerpo en ruinas, lleno de tubos de plástico que, gota a gota, iban suministrándole líquidos o extrayéndoselos, el *Santo cielo, ¿todavía sigo gritando?* dolor que le indicaba, sin lugar a dudas, que estaba vivo, el dolor que lo abotargaba con un lastre pesado y punzante, un dolor ancla que le aferraba la vida.

Aunque, pensándolo bien, esa vida no fuera nada del otro mundo.

Una cagada tras otra.

*Supongo que a ésta podrías llamarla la Gran Cagada, la Cagada Definitiva, más o menos la Cagada Número Uno, comparable al haber nacido.*

Un poco de lástima por ti mismo, ¿eh, Johnny? Claro. Si no podemos sentir lástima por nosotros mismos, entonces...

Bueno, no olvidemos que lo *ocurrido fue* divertido. Los Tres Chiflados. Jerry Lewis. Pee Wee Herman.

*Vamos, que me cubrí de gloria. Si seré imbécil. Allí estaba yo...*

*...* diciéndole al tipo con cara de paquistaní que se encontraba detrás del mostrador del siete once que llevaba un revólver en el bolsillo...

*... por el amor de Dios, si todo lo que llevo es el* dedo *con la poca pasta que tengo, ¿quién iba a comprarse un revólver?*

... y que era mejor que le diera todo lo que había en la caja...

... y el tipo va y se pone a gritar:

-¡Soy un ciudadano! ¡No vas a atracar a un ciudadano! ¡Busca trabajo, basura, inútil!

... Entran dos polis que acababan de terminar su turno, uno se parece a Andy Griffith y el otro a Don Knotts... Tal vez quieran tomarse una taza de café, o unos donuts, o comprar un paquete de cigarrillos...

... así que el paquistaní grita:

-¡Ahí viene la policía a proteger a un ciudadano honrado! ... tal vez la mujer de «Don» le pidiera que comprase un ejemplar de *National Enquirer...*

... y el paquistaní venga gritar:

-¡Me está robando!

... pero para qué cuernos han entrado...

...y *me encuentran a mí, Johny Forrester, el señor Cagadas... Y tal como pasa en la televisión, me dicen: «¡No te muevas!»; entonces, lo que no se mueve es la mano del bolsillo porque el dedo se me ha enganchado en el forro de la chaqueta, y los dos polis llevan revólver y disparan...*

... y él no paraba de gritar -eso sí que tiene gracia- ¡ay!, cuando una bala se le hincó en el muslo... ¡ay! -una en la tripa, en plena panza- ¡ay!... cuatro veces dispararon contra él. Y llegó a decir, o al menos creyó que dijo (o se acordaba que trató de decir):

-¿Queréis cortar el rollo de una vez?

*Oye, eso son recuerdos; ya pasó... ¿hace cuánto tiempo? Seguro que la cabeza me va y me viene. No puedo permitir que esto ocurra. Tengo que quedarme aquí, en el presente, donde sé que estoy vivo.*

*...* ¡Volver al presente y al dolor!

No estaré más muerto que vivo, pero, por lo menos, tan vivo como muerto.

Lanzó un quejido.

-Johnny...

Supo que en esa ocasión había sido una voz, no como la que había oído antes, si no diferente... La voz de ella...

-Johnny..., no te me mueras. -Un susurro-. No, Johnny, si te mueres, todo terminará, lo nuestro acabará. -Un susurro-. Te necesito.

Abrió los ojos.

Nancy, cabello negro con raya en medio que deja ver la piel sonrosada del cuero cabelludo, ojos grandes y verdes (grandes como en las fotos de los niños que se ven en *K-Mart),* y la boca toda suave (boca de niña), rostro cubierto de lágrimas. Nancy, con ese aire tan juvenil (iban a algún bar a tomarse unas cervezas, y siempre le pedían la documentación y de qué modo estudiaban su carnet de conducir en el que decía que tenía veintitrés años). Nancy no era demasiado guapa, de manera que le encantaba oírlo cuando él le decía que era bonita y a él le encantaba decírselo, porque cuando lo hacía, ella sonreía de un modo que la hacía «casi» guapa, y lo sería cuando tuvieran dinero para que se arreglara aquel diente. Nancy (le había hecho dibujos a lápiz: hasta le había regalado uno el día de San Valentín). Nancy, de pie, junto a la cama. con una camiseta de Disneylandia (los dos soñaban con viajar a Disneylandia) y sus viejos tejanos...

-Johnny.... ponte bien. Verás...

Quiso decirle que la quería (la única cosa buena, amable y correcta en una vida de cagadas); sus labios intentaron decírselo, pero lo único que logró fue quejarse.

-Me duele...

-Ya lo sé, cariño, ya lo sé. -Mantuvo la mano en el aire, como si tuviera miedo de tocarlo-. Johnny, no sé qué hacer. No puedo hacer nada...

La «luz». Era más brillante. Le hacía parpadear.

Allí. en un rincón de la habitación, donde la pared se juntaba con el techo...

Un fulgor rielante.

La luz era la Muerte.

Y ahí, en el centro.

*Unos ojos*

no podían ser los ojos de su viejo porque los ojos de su viejo eran tan duros y brillantes como el vidrio de las botellas de cerveza

... *vio* los ojos de su viejo, tan amables

*vio* el rostro de su viejo

largo, equino, apuesto, contraído como el de un vaquero de Hank WiIliams...

Vio a su padre,

que estaba muerto

en la luz

Y su padre le dijo:

- *Todo saldrá bien, Johnny. Ahora estoy contigo.*

Y Johnny contestó:

-Maldito hijo de puta, ¿cuándo has estado tú alguna vez conmigo?

Se liberó del dolor y de su padre y se puso a recordar.

Un recuerdo:

Su madre sentada, llorando, noche tras noche, y su padre no estaba en casa, noche tras noche, y ahora, su madre bebía whisky, igual que hacía su padre. Él seguía preguntando (sí, incluso cuando somos niños, hacemos preguntas cuya respuesta ya conocemos: algo perverso que llevamos dentro nos obliga a aferramos al dolor, del mismo modo que no dejas de meterte la lengua en una muela cariada para sentir la punzada de dolor): «¿Dónde está papá? ¿Cuándo volverá a casa?». Y después de las respuestas que su madre creía que debía darle: «Ha tenido que marcharse por un tiempo, para ocuparse de algunas cosas». «Hace lo que tiene que hacer», venía la verdadera respuesta: «Andará visitando todos los bares, tabernas apestosas y antros de mala muerte del sur de Illinois, andará por ahí, de putas, liándose con todas las furcias que se le abren de piernas y le contagian enfermedades».

Su padre regresó a casa. Pálido, tembloroso, arrepentido.

-Lo siento. No sé qué me pasa, es como si llevara algo malo dentro, como si un demonio me obligara a salir y hacer lo que hago. Pero ésta ha sido la última vez. Ya lo verás. Cambiaré. Esta vez me lo he sacado todo de dentro...

Su madre y él se lo creyeron. Esa vez. Y durante muchos años, casi todas las demás veces.

Recuerdo:

Su padre pasaba por una de sus buenas temporadas. El viejo tenía un trabajo fijo (operario de maquinaria pesada, ganaba un montón de pasta cuando trabajaba, pero para trabajar hay que estar sobrio -siempre quise que el viejo me sentara a su lado, en aquel enorme Caterpillar amarillo), y por las tardes, nada del otro mundo, pero descansaban juntos y miraban la televisión; a veces comían palomitas de maíz y tomaban Coca-Cola. En el aire flotaba la sensación de que tendrían la oportunidad de seguir las pautas familiares de vida que hacían que todo saliera bien.

De manera que cuando su viejo le dijo que iría a la ceremonia de los Webelos* -gran acontecimiento, pasar del nivel de infantiles (los niños son así) a ese otro nivel tan importante, justo por debajo de los niños exploradores-, aquel momento en tu vida cuando creíste que tendrías la oportunidad de ser «alguien», bueno, aquella vez creíste que, por fin, podías contar con el viejo.

* Uno de los grados en que se dividen los niños exploradores *(Scouts). (N. de la T.)*

Pero ¡sorpresa, sorpresa! (Si eres un pobre infeliz, todo lo que te ocurre es una sorpresa.) Fueron el padre de Charley Hawser, y el de Mike Pettyfield, y el de Clint Hayworth..., ¡por el amor de Dios, si hasta el padre de Hayworth fue, y eso que estaba postrado en una silla de ruedas, paralítico del cuello para abajo!

¿Y el padre de Johnny Forrester? Pues él estaba en el Double Eagle Lounge, mirando el reloj de Budweiser, escuchando a Patsy Cline en el tocadiscos automático, emborrachándose como una cuba.

Cuando el nuevo Webelo llegó a casa, se echó a llorar, no se acostó y esperó y esperó. Su viejo llegó, todo sonrisas, oliendo a cigarrillos Camel y a whisky.

-¡Me has mentido! Me dijiste que irías. ¡Y me has mentido!

El viejo se empezó a reír, escupiendo flema.

-Supongo que soy un jodido mentiroso.

*Entonces me alborotó el pelo. Eso fue lo que hizo. ¡Me alborotó el pelo! ¿ Cómo iba a perdonarle aquello?*

Recuerdo:

Quizá el viejo llevara dentro un demonio de verdad, la bebida no hacía que uno se volviera grande y fuerte; porque a medida que los años fueron transcurriendo, algo hizo que el viejo pasara de ser sólo un borracho a ser un borracho con mala uva. El viejo comenzó a pegarnos. *(Ja, ¿qué te parece? ¿Es esto lo que buscabas? Tengo más, un montón, y te daré todo lo que necesites.)*

Como aquella llamada telefónica (yo tenía trece años) de la tienda de baratijas (me habían pescado robando unos tebeos). El viejo *(¿Un ladrón? ¡Te daré una paliza que no se te olvidará en la vida!)* venga pegar, mamá se tapa la cara con las manos *(Basta, que lo matarás, ¡para ya!),* no puede hacer nada. Y el viejo le ha pillado el ritmo y no para, un golpe, coge aire, otro golpe...

- ¡Venga, viejo de mierda, pégame otra vez, anda!

*-¿Quieres más? ¡ Toma otra, desgraciado! ¡ Toma, que hay más!*

-¡Anda, pégame! Te gusta, ¿no? ¡Te sientes bien pegándome!

-*Claro que me gusta. ¡A ver si te gusta a ti!*

Recuerdos:

(Mis) fallos y mis cagadas. En quinto curso de primaria me castigaron con permanencias después de la hora de salida. «Ha sido Johnny Forrester. Me ha quitado el dinero para el bocadillo.» En octavo, le pedí a Darlene Woodman que me acompañara al baile de

graduación. Me dijo que no podía. Fui hasta su casa y le tiré huevos, entonces Mike y Dallas, sus hermanos mayores, me agarraron y me dieron una paliza que me dejaron tieso. A la semana siguiente, le destrocé las ruedas al Ford de Dallas. Llego al instituto y desde el principio no hago más que catear. Biología, por ejemplo. Había que diseccionar una rana para verle las tripas. Yo voy y la dejo hecha una birria. O inglés, no tengo ni idea del significado de la mitad de las palabras de los libros que se supone que tenemos que leer. O las clases de mecánica automotor, por favor, si hasta los más burros aprueban las clases de mecánica automotor, pero yo... por lo único que logro distinguir un filtro de aire de mi culo es que mi culo tiene dos partes. Quizá todo se deba a que no tengo a nadie que se sienta orgulloso de mí si logro hacer algo como es debido, o quizá sea porque he nacido para cagarlo todo y se acabó.

Hubo una ocasión en la que creí que tal vez, sólo tal vez...

Tenía dieciséis años y me apunté a uno de esos cursos de dibujo por correspondencia (trabajé de ayudante en un supermercado para reunir el dinero con que pagármelo). Siempre me había gustado dibujar; en el instituto no pude apuntarme a las clases de dibujo, porque no eran para «los alumnos pertenecientes a los grupos de rendimiento inferior». Pero aquí estaba yo, sentado ante la mesa de la cocina, trabajando en la primera lección, horizontes y perspectiva, cuando el viejo se me acercó.

-*¿Qué es esa mierda?* Yo, ni caso.

-*Te he preguntado que qué es esa mierda.* Pero claro, entonces ya no puedes hacerte el sordo, o sea que le contestas. Y el tío venga a partirse el pecho de risa

-*Cuando tú seas dibujante, yo seré emperador de Etiopía.* Entonces es cuando le dices que lo odias, que no puedes ni verle, y él se sonríe, con los puños preparados

- *No más de lo que yo te odio a ti*

entonces le sacudes con toda el alma

pero el viejo continúa siendo fuerte, o bien está tan borracho que ya no siente nada; te agarra del cuello y te estampa contra la mesa y te atiza un puñetazo tras otro en el rostro, y caes de rodillas al suelo y el viejo te destroza el bosquejo y el libro de *Aprenda dibujo por correspondencia* y se ríe como un loco

-*Emperador de Etiopía...* Un recuerdo:

Mamá murió. Algo en su cerebro le hizo paf y se acabó. Entonces quedaron el viejo y él. Un recuerdo:

Hasta que tuvo la edad precisa para alistarse en el Ejército. El viejo le dijo:

- *Vaya, el soldadito que defenderá el país; a partir de ahora, todos podremos dormir tranquilos...*

Y volvió a cagarla al fumarse un porro una noche, y al liarse a hostias con un negro que le dijo que hablaba como un jodido paleto del campo. Le aventó un puñetazo en la boca al negro y el negro le rompió la mandíbula, por lo que tuvo que llevarla cerrada con alambre durante diez semanas.

Le dieron de baja por mala conducta, lo que venía a ser lo mismo que si el Ejército dijera que no tenía obligación de darle ningún beneficio y que proclamara al mundo: «He aquí un inútil garantizado, apto para cualquier puesto en el que se exija realizar cagadas monumentales». Se fue a vivir a Chicago. Trabajaba haciendo trabajos de mierda, cuando los encontraba, a veces vivía del paro y de los bonos de comida, y casi siempre estaba al borde de la quiebra, o en la pura miseria.

Un recuerdo:

El viejo murió. Infarto de miocardio. Se le paró el corazón. Y claro, entonces vinieron las preguntas, los «si yo hubiera» y los «ojalá yo» y los «por qué» y los «cómo habrá sido que»... que se resumían en una sola pregunta: *«¿Porqué?».*

Un recuerdo:

Conoció a Nancy. Trabajaba en una fábrica de contrapuertas. En aquella época, él no tenía empleo. Le gustaba ir al Instituto de Arte los jueves, cuando no cobraban entrada y. una vez por semana, a la hora del almuerzo, Nancy iba al Instituto de Arte porque, como ella misma

le explicó más tarde (cuando supo que él no se reiría), quería estar en un edificio donde hubiera cosas bonitas.

Un buen recuerdo:

Quiero a Nancy.

-Johnny, no puedes morirte... Por favor, cariño, ay, cariño... Se le ocurrió pensar que si ella supiera lo terrible que era el dolor, no le pediría que siguiera vivo. Morirse... sería tan fácil..., el dolor terminaría..., morirse, morirse ahora... pero tenía miedo

*-No, hijo*

La voz del viejo le llegó desde la luz

*-No tengas miedo*

Maldito desgraciado, hijo de puta, estás muerto Sí muerto y en el infierno, donde te corresponde

*-No*

en el infierno

*-No, hijo, no es el infierno ni el cielo. No sé cómo lo llamarías: el Más Allá, la Eternidad, o tal vez, simplemente, otro lugar. Es un sitio mejor, Johnny. Aquí el tiempo no existe, o sea que hay de sobra. Así, como te lo cuento. Hay tiempo para pensar en las cosas, para darte cuenta de todo lo que has hecho mal y buscar la forma de arreglar las cosas. Escúchame, Johnny. Quiero ayudarte.*

¿Ayudarme? ¡Para ti ayudarme significó siempre llenarme de mierda y revolearme en ella!

*-Johnny, ya te he dicho que hice muchas cosas mal. Ahora lo sé. No he sido un buen padre...*

¿Que no has sido un buen padre? ¡Joder! Has sido un borracho, un mierda, un hijoputa...

*-Sí, Johnny, echa fuera toda la rabia que llevas dentro, todo el veneno, y déjalo todo ahí, para siempre.*

Te odiaba. Te *odio.*

*-Ya lo sé, Johnny, ya lo sé. Pero no era eso lo que querías, ¿verdad, Johnny?*

*...*

*-¿Johnny?*

No

*-Dilo, Johnny.*

Yo quería «quererte».

- *Ya lo sé*

Quería tu amor

*-Johnny, las cosas no fueron buenas para nosotros, al menos cuando estábamos vivos. Pero pueden cambiar. Ahora. Eres mi hijo. Quiero decirte una cosa, Johnny, con el corazón...*

*-Johnny, lo siento, lo siento.*

Flotando, se alejó del dolor y de su cuerpo, y se acercó a la luz y a la promesa de un tiempo eterno, de la paz y la reconciliación

-¡Johnny! -gritó Nancy

- *Te quiero, Johnny*

El viejo tendió el brazo:

- *Toma mi mano, hijo*

No tenía miedo

Ya no

Tomó la mano de su viejo

Murió

y lanzó gritos agónicos cuando la médula de sus huesos (aunque no tenía huesos, aunque no tenía cuerpo) comenzó a hervir y mil látigos le azotaron la espalda y unas cuchillas le cortaron los ojos (aunque no tenía ojos, aunque no tenía cuerpo) y unos sacacorchos se lo hundieron en el cráneo perforándole los sesos

y a su alrededor se oía un coro cacofónico de aullidos
las almas en el *infierno*
*y* llamas teñidas de negro
*somos todas almas en el infierno*
y el hedor de la mierda y las heridas supurantes
Y el viejo, riéndose como un loco
*-Es para mearse, ¿no, Johnny?* cagándose de risa.
-¡Me has mentido!
riéndose...
*Supongo que soy un jodido mentiroso.*

# *Maurice y Mog*

JAMES HERBERT

*Durante años, el autor de* The Dark, Shrine, Fluke, The Rats y Domain *(por citar sólo algunas de sus obras) ha sido uno de los novelistas de más éxito en el Reino Unido y Estados Unidos. Nacido en Londres, el 8 de abril de 1943, Jim Herbert ha tenido que soportar calificativos como «prolífico» y «escritor de obras de terror», y críticas que lo han incluido en la misma categoría que, por ejemplo, Dean Koontz, y un tipo llamado Williamson.*

*¿Por qué razón, entonces, el prolífico Stephen King admite que disfruta con las obras de James Herbert? ¿Y por qué un estudiante del terror con el buen gusto de Douglas Winter considera sus descripciones como brillantes y originales?*

*Coincido con ellos. Aquí nos encontramos ante lo que podría denominarse el primer relato de Herbert, aunque esto es más que discutible. Apareció en las ediciones del Reino Unido de* Domain, y *supuso un colosal triunfo en por lo menos dos países; pero «Maurice y Mog» es, en realidad, un relato corto que el público merece admirar. ¡Ojalá haya más de éstos!*

Se habían reído de él, pero ¿quién reía mejor ahora? ¿Quién había logrado sobrevivir, quién había vivido cómodamente, por confinada que fuera esa vida, mientras los demás habían perecido en la agonía? ¿Quién había previsto el holocausto años antes de que la situación en Oriente Medio hubiera alcanzado el punto de ebullición para convertirse en un conflicto mundial? Pues Maurice Joseph Kelp.

Maurice J. Kelp, el agente de seguros (¿quién sabía más sobre riesgos futuros?).

Maurice Kelp, divorciado (sin nadie más por quien preocuparse).

Maurice, el solitario (no había compañía más placentera que la suya propia).

Cinco años antes, había cavado el agujero en el jardín trasero de su casa de Peckham, y sus vecinos se habían burlado de él (pero, quién reía ahora, ¿eh? ¿Eh?). Era un agujero con la amplitud necesaria para albergar un refugio de tamaño grande (con un espacio que bastaba para cuatro personas pero ¿para qué quería que otros le contaminaran su aire? No, gracias, ni hablar). En aquellos cinco años, había ahorrado para comprar e instalar ciertos perfeccionamientos, y el refugio en sí mismo, en piezas desmontables, le había costado casi tres mil libras. Los accesorios, como el equipo de filtrado, de funcionamiento manual y por batería (trescientas cincuenta, precio de segunda mano), y el medidor personal de radiaciones (ciento cuarenta y cinco, más el IVA) habían disparado los costos; además, la instalación de dispositivos extra, como el lavabo plegable y el retrete autolimpiable, no había sido barata. Aunque valió la pena; todos aquellos peniques invertidos merecieron la pena.

Le había resultado fácil unir las planchas prefabricadas en acero; así como el relleno de hormigón, una vez hubo leído con sumo cuidado el libro de instrucciones. Tampoco le resultó demasiado difícil instalar los equipos de filtrado y extracción una vez comprendió con seguridad lo que debía hacer; las conexiones de los tubos del refugio no habían presentado problema alguno. Incluso compró una bomba de sentina barata, pero, por fortuna, no había tenido necesidad de utilizarla. En el interior, puso una litera con un colchón de espuma, una mesa (usaba la cama como silla), un calentador y una cocina Grillogaz, gas butano y lámparas de batería, estanterías repletas de comida en latas y botes, alimentos secos, leche en polvo, sal, azúcar; en total, había comida suficiente para dos meses. Tenía una radio con pilas de recambio (aunque una vez estuvo dentro, sólo logró recibir el ruido de las descargas estáticas), un botiquín, utensilios de limpieza, una amplia variedad de libros y revistas (nada de chicas desnudas, él no estaba de acuerdo con esas cosas), lápices y papel (incluido un buen surtido de papel higiénico), potentes desinfectantes, cubiertos, vajilla, abrelatas, abrebotellas, sartenes, velas, ropas, sábanas y mantas, dos relojes (durante los primeros días, el tictac había estado a punto de volverlo loco, ya ni lo notaba), un calendario, un depósito de agua de cuarenta y cinco litros (el agua que no utilizaba para lavar platos, cubiertos y que no bebía nunca sin las pastillas esterilizadoras. Simpla de Milton and Maw).

Y..., ah, sí, y una de las adquisiciones más recientes: un gato muerto.

No tenía ni idea de cómo había logrado aquel desgraciado animal meterse en su refugio perfectamente estanco (el gato no hablaba), pero supuso que debió de haberse colado unos días antes de que las bombas comenzaran a caer. La creciente tensión de la situación mundial había bastado para impulsar a Maurice a poner en marcha la fase de ÚLTIMOS PREPARATIVOS (desde que tenía el refugio se habían producido cuatro o cinco crisis parecidas), y la entrometida criatura debió de haberse colado cuando él, Maurice, iba y venía de la casa al refugio, dejando abierta la compuerta de la torrecilla (la estructura tenía forma de submarino, con la torrecilla de entrada ubicada en un extremo en lugar de en el centro). No había descubierto al gato hasta la mañana siguiente al holocausto.

Maurice recordaba con nitidez el día del juicio final, la pesadilla le había quedado grabada en el fondo del cerebro como un mural detallado con toda fidelidad. ¡Dios santo, cuánto miedo había pasado! Pero, después, qué satisfacción.

Los meses que se pasó cavando, ensamblando piezas y equipos -¡aguantando las provocaciones de sus vecinos!- merecieron la pena. «El arca de Maurice», habían denominado burlonamente a su refugio, y ahora comprendía lo adecuada de aquella descripción. Aunque, claro está, él no lo había construido para unos jodidos animales.

Se sentó bien erguido en la litera, asqueado por el hedor, pero, al mismo tiempo, desesperado por respirar el escaso aire. A la luz de la lámpara de gas, su rostro aparecía blanco.

¿Cuántos habrían sobrevivido allá arriba? ¿Cuántos de sus vecinos habrían muerto sin reírse? Solitario por naturaleza, ¿se encontraría ahora verdaderamente solo? Por sorprendente que pudiera parecer, esperaba que no.

Maurice pudo haberles permitido a algunos de ellos compartir su refugio, quizá a uno o a dos, pero le resultó difícil resistirse al placer de cerrarle la compuerta en sus aterrados rostros. Con el sonido metálico del mecanismo giratorio de cierre y la compuerta completamente encajada en la junta de la pestaña exterior de la torrecilla, las sirenas se habían convertido en un lamento apenas audible, y el ruido de los golpes asestados por sus vecinos sobre la tapa de entrada había pasado a ser apenas como el golpear de unos insectos. Los estampidos y los temblores de la tierra acabaron pronto con aquello.

Maurice había caído al suelo aferrado a las mantas que había llevado consigo, seguro de que la tormentosa presión abriría en dos la cáscara metálica. Perdió la cuenta de las veces que la tierra se había estremecido y, aunque no lograba acordarse del todo, tuvo la impresión de que tal vez se había desmayado. Las horas parecieron perderse en alguna parte, porque lo único que recordaba era haberse despertado en la litera, espantado por un tremendo peso en el pecho y un cálido y fétido aliento sobre su rostro.

Había gritado y el peso se había retirado de repente, aunque le dejó un dolor agudo en un hombro. Transcurrieron unos largos y desorientados minutos en los que intentó encontrar una linterna; la oscuridad completa caía sobre él como pesadas cortinas, y su imaginación iluminaba el interior del refugio llenándolo de demonios de afiladas garras. El haz luminoso de la linterna buscó y buscó sin encontrar nada, pero la luz saturante descubrió, al cabo de unos momentos, un demonio único. El gato rojizo lo había espiado desde debajo de la cama con sus recelosos ojos amarillos.

En tiempos mejores, a Maurice nunca le habían gustado los felinos y, en verdad, éstos no habían sentido demasiado afecto por él. Tal vez ahora, en la peor de las épocas (para los de allá arriba, al menos) debería aprender a convivir con ellos.

-Ven aquí, lentorro -llamó al felino con indiferencia-. No tienes nada que temer, bonito. O bonita.

Al cabo de unos días descubrió que era «bonita».

La gata se negó a moverse. No le había gustado cómo temblaba y se sacudía aquel cuarto, y tampoco le agradaba el olor de aquel humano. Bufó una advertencia, y la cabeza inclinada del hombre desapareció de su vista. Horas después, sólo el olor de la comida logró sacarla de su escondite.

-Vaya, lo típico -exclamó Maurice con tono reprobador-. Los gatos y los perros se presentan siempre que huelen comida.

La gata, que había permanecido encerrada en la cámara subterránea durante tres días, sin comer ni beber, y sin siquiera contar con un ratón para mordisquear, se vio en la obligación de darle la razón. No obstante, se mantuvo a prudente distancia del hombre.

Absorto más por aquella situación que por la de arriba, Maurice le lanzó a la gata un pedazo de carne de lata guisada, y el animalito esperó un momento, asustado, antes de abalanzarse sobre el alimento y engullirlo.

-El estómago ha podido más que el miedo, ¿eh? -Maurice sacudió la cabeza y sonrió burlón-. Phyllis me hacía lo mismo, aunque con el dinero -comentó a la gata comilona y poco desinteresada, refiriéndose a su ex esposa, que lo había abandonado quince años antes, al cabo de año y medio de matrimonio-. En cuanto aparecían los billetes de una libra, fresquitos, ella venga zumbar a su alrededor como las moscas sobre la mierda. Y te aseguro que nunca se quedaba mucho tiempo una vez que las arcas estaban vacías. Me sacó hasta el último penique, la muy zorra. ¡Que disfrute de sus desiertos, igual que los demás!

Su risa sonó forzada, porque todavía ignoraba hasta dónde llegaba su propia seguridad.

Maurice echó la mitad de la carne en una sartén que había sobre el fogón de gas.

-Dejaré el resto para esta noche -dijo, sin estar seguro si hablaba con la gata o consigo mismo. Acto seguido, abrió una latita de judías verdes y las mezcló con la carne-. Es gracioso de qué modo te abre el apetito un holocausto. -Su risa siguió sonando algo nerviosa y la gata lo miró, intrigada-. Está bien, supongo que tendré que darte de comer. Está clarísimo que no puedo echarte.

Maurice sonrió ante sus comentarios humorísticos. Por el momento, se tomaba bastante bien la aniquilación de la raza humana.

-Veamos, tendré que buscarte un plato para que comas. Y algo donde puedas hacer tus necesidades, claro. Puedo eliminarlas con mucha facilidad, con tal de que las hagas siempre en el mismo sitio. ¿No te he visto ya en alguna parte? Me parece que tu dueña no te buscará más. Todo esto es bastante agradable, ¿no te parece? Ya que estamos puestos, podría llamarte *Mog*.* ¿no? Parece que vamos a tener que aguantarnos mutuamente durante una temporada...

Y así fue como Maurice J. Kelp y *Mog* se unieron a esperar que el holocausto pasara.

Al concluir la primera semana, el bicho había dejado de pasearse sin cesar por el refugio.

Al concluir la segunda semana, Maurice le había tomado bastante cariño a la gata.

* Maurice juega con el nombre de la gata. Ya que ésta se mueve despacio, la llama *Mog* (moverse lentamente). *(N. de la T.)*

Sin embargo, al concluir la tercera semana, la tensión comenzó a notarse. Igual que le había ocurrido a Phyllis, a *Mog* le resultaba un poco duro convivir con Maurice. Tal vez fueran sus chistes, tontos pero enfermizos. O sus continuas regañinas. Pudo haber sido su mal aliento incluso. Fuera cual fuese el motivo, la gata se pasaba mucho tiempo contemplando a Maurice y gran parte del resto esquivando sus sofocantes abrazos.

Maurice no tardó en sentirse agraviado por el rechazo, incapaz de comprender la ingratitud de la gata. ¡La había alimentado, le había dado un hogar! ¡Le había salvado la vida! Y a pesar de ello, se paseaba por el refugio como una cautiva, se escondía debajo de la litera, y lo miraba con aquellos ojos funestos y desconfiados como si.... como si..., como si estuviera volviéndose loco, eso era. Aquella mirada le resultaba en cierto modo familiar, y le recordaba como.... como solía mirarlo Phyllis. Y no sólo era eso, la gata se estaba volviendo furtiva. Más de una vez, Maurice se había despertado en plena noche al oír el ruido que el animal hacía al merodear entre los suministros de alimentos para robarle comida; le mordía los paquetes de comida deshidratada, le arañaba la película plástica que cubría las latas medio llenas de alimentos.

La última vez, Maurice había estado a punto de pifiarla, de perder el control. Dio una patada a la gata y ésta se defendió, dejándole un zarpazo de cuatro surcos en la espinilla. De haber gozado de otro humor, Maurice hasta podría haber admirado la forma diestra en que *Mog* esquivó los misiles que a continuación dirigió contra ella (una sartén, latas de fruta, hasta el retrete autolimpiador).

Después de aquel suceso, la gata no volvió a ser la misma. Se acurrucaba en los rincones, bufaba cada vez que él se le acercaba, se escabullía tras el escaso mobiliario o se emboscaba debajo de la litera; nunca utilizaba la bandeja de plástico que Maurice se había preocupado de prepararle para que hiciera sus necesidades, como si hubiese sido atrapada en aquel rincón para ser muerta a palos. O algo peor.

Poco tiempo después, mientras Maurice estaba dormido, *Mog* pasó a la ofensiva.

A diferencia de lo sucedido la primera vez, cuando Maurice despertó, con la gata acurrucada sobre el pecho, en esta ocasión se encontró con las afiladas garras clavadas en el rostro y con *Mog* escupiéndole saliva y bufando de la manera más aterradora. Maurice lanzó un chillido y echó al enfurecido animal lejos de sí, pero *Mog* volvió al ataque de inmediato, con el lomo arqueado y el cuerpo hinchado por la pelambre electrizada.

Una de sus garras estuvo a punto de vaciarle un ojo, y un mordisco del felino se le llevó parte de una oreja antes de que lograra quitarse al bicho de encima.

Se habían mirado desde los extremos opuestos de la cama, Maurice, encogido en el suelo, con los dedos sobre la frente y la mejilla, surcadas de profundas heridas (aún no se había percatado de que le faltaba el trozo de oreja); la gata, encaramada a las mantas, gruñía y arqueaba el lomo y los ojos le brillaban con un desagradable fulgor amarillento.

Volvió a abalanzarse sobre Maurice, convertida en una borrosa mancha rojiza, en una erizada pelambrera enfurecida, toda colmillos y uñas afiladas. El logró levantar las mantas en su provecho; por desgracia, su radio de huida era limitado. Subió por la pequeña escalera que llevaba a la torrecilla y se acurrucó en lo alto (desde el suelo hasta la compuerta no habría más de dos metros y medio), con las piernas encogidas y la cabeza apoyada en la tapa metálica.

*Mog* subió tras él y le clavó las uñas en las nalgas. Maurice aulló y se precipitó al suelo, no por el dolor, sino porque, allá arriba, algo había caído con estrépito provocando una vibración de proporciones sísmicas que sacudió los paneles de acero del refugio. Al caer Maurice, la gata, que seguía agarrada a su trasero, cayó con él. Lanzó un breve chillido al partírsele el espinazo.

Maurice, convencido de que el animal, que no había cesado de retorcerse, continuaba su ataque, se levantó de inmediato, y. tambaleándose, fue hasta el otro extremo del refugio, con una respiración de asmático. Cogió la sartén del Grillogaz para defenderse y, boquiabierto, vio a la gata retorciéndose. Con un alarido de júbilo, Maurice agarró las mantas y corrió hacia la criatura indefensa. Cubrió a *Mog* con ellas y luego le pegó con la sartén hasta que el animal dejó de moverse y dejaron de oírse sus pequeños quejidos debajo de las mantas. Acto seguido, Maurice tomó un cilindro de gas butano de base plana y. usando las dos manos para levantarlo, lo dejó caer sobre un bulto donde imaginó que se encontraría la cabeza de *Mog.*

Finalmente, se sentó en la cama, con el pecho palpitante, y, mientras la sangre le manaba de las heridas, se echó a reír con aire triunfante.

Después, tuvo que vivir otra semana más con el cadáver en descomposición.

Ni siquiera una triple capa de bolsas de polietileno, bien cerradas, y con el interior profusamente rociado de desinfectante, pudo contener el hedor, como tampoco los productos químicos del interior del retrete Porta Potti lograron corroer el cuerpo. Al cabo de tres días, el hedor era insoportable; *Mog* había encontrado la forma de vengarse.

Además, al aire del interior del refugio le estaba ocurriendo algo. Cada vez le resultaba más difícil respirar, y no era sólo por el horrendo olor a putrefacto que la gata desprendía. El aire comenzaba a escasear día a día y. últimamente, hora a hora.

Maurice había planeado permanecer en el interior del refugio durante seis semanas por lo menos, quizá ocho, si lograba aguantarlo, hubiera oído o no las sirenas indicadoras de que



Librodot

todo estaba en calma; pero ahora, apenas transcurridas cuatro semanas, supo que tendría que arriesgarse a salir. Algo había taponado el sistema de ventilación. Por más que se pasara horas dándole vueltas a la manivela del equipo Microflow Survivaire, o mantuviera el motor en marcha con la batería de coche de doce voltios, el aire no se renovaba. Al inspirar, la garganta emitió un leve silbido, y el hedor le llenó las fosas nasales como si se encontrara sumergido en la cloaca más profunda y hedionda. Tenía que obtener aire limpio, estuviera o no cargado de radiación; de lo contrario, moriría poco a poco, aunque por distintos motivos que los de allá arriba. Morir asfixiado, rodeado de la pestilencia burlona del cadáver de la gata, no era forma de acabar. Además, en algunos folletos se advertía que catorce días bastaban para que la precipitación radiactiva concluyera.

Maurice se levantó de la cama y. presa de un mareo, se aferró a la mesita. El vivo resplandor blanco de la lámpara de butano le encandiló los ojos, ribeteados de rojo. Con miedo a respirar, y con más miedo aún de no hacerlo, avanzó a trompicones hacia la torrecilla. Tuvo que emplear todas sus fuerzas para subir los pocos peldaños de la escalera y se detuvo a descansar justo debajo de la compuerta: la cabeza le daba vueltas y sus pulmones, apenas hinchados, protestaron. Pasaron unos minutos antes de que pudiera levantar un brazo y girar el mecanismo de apertura.

«Gracias a Dios -pensó-. Gracias a Dios que voy a salir, que voy a alejarme de esa endiablada gata rojiza. No importa cómo esté todo ahí fuera, no importa quién o qué haya podido sobrevivir.» Sería un bendito alivio el poder salir de aquella jodida pocilga nauseabunda.

Dejó que la compuerta cayera sobre su gozne. Una nube de polvo le cubrió la cabeza y los hombros, y después de mucho pestañear, cuando se hubo quitado los pequeños granillos de polvo de los ojos, lanzó un débil grito de consternación. Entonces comprendió el motivo del estrépito de una semana antes; los restos de un edificio cercano, su propia casa sin duda, se habían desmoronado, tapando, los escombros, el suelo que era el techo del refugio, obstruyéndole el suministro de aire, y la vía de escape.

Con los dedos trató de excavar en la losa de hormigón; pero apenas logró mellar la superficie. Empujó y empujó, mas no logró levantar nada. Maurice estuvo a punto de precipitarse escalera abajo, incapaz de mantener los pies firmes. Lanzó un grito lastimero mientras se paseaba por el refugio en busca de alguna herramienta con la cual cortar el sólido muro de arriba, pero aquel grito sonó débil y ronco. Utilizó cuchillos, tenedores, cualquier cosa afilada que le sirviese para martillear el hormigón, pero nada le sirvió, porque el hormigón era demasiado duro y sus esfuerzos demasiado débiles.

Por último, asestó una serie de atolondrados puñetazos a la losa con la mano ensangrentada.

Cayó en el interior de lo que se había convertido en un hoyo para él y aulló embargado por la frustración. Aunque el aullido se parecía más a una especie de bufido, como el que lanzaría un gato al ahogarse.

El envoltorio cubierto de plástico del extremo opuesto del refugio no se movió, pero Maurice, cuyas lágrimas fueron formándole surcos en el polvo que le cubría el rostro, tuvo la certeza de haber oído un débil maullido burlón.

-Nunca me gustaron los gatos -jadeó-. Nunca.

Se chupó los nudillos, saboreando su propia sangre, y esperó en la tumba particular que él mismo se había construido. No tuvo que esperar mucho tiempo hasta que las sombras se precipitaron sobre su visión y los pulmones le quedaron vacíos e inmóviles, pero a Maurice le pareció una eternidad. Una solitaria eternidad, aunque *Mog* estuviera allí para hacerle compañía.

# *Historias de pescadores*

DENNIS HAMILTON

*Al ser informado de que su cuento «The Alteration» había recibido un premio Nebula de los Escritores de Ciencia Ficción de Estados Unidos, Dennis Hamilton, que vive en Indiana, no se lo podía creer. Una vez que logró convencerse, Dennis, un tipo barbudo, de ojos verdes y treinta y nueve años, se negó a creer que 1) yo, su editor, no lo hubiese citado, y que 2) lo hubiera citado un perfecto extraño, o sea, un admirador.*

*Hamilton, hombre de familia (esposa, Jan; hijo, David, e hija, Whitney), es uno de esos tipos tímidos y modestos a quienes no logro entender en absoluto. ¿Por qué será que los tipos bonachones suelen ser así?*

*Advertencia: Este relato de minuciosa arquitectura no es apto para remilgados. Sin embargo, sus sutilezas nos proporcionan elementos que inducen a error y que son dignos del experto en fugas Bill Shirk, o del finado Milbourne Christopher. «Historias de pescadores» es, exactamente, lo que el título dice. ¡Cuidado, Dennis Hamilton está a punto de hacer picar al lector y enrollar el sedal!*

Lo primero que pensó Hooke fue: «El cuerpo podrido de Artie está allí en el fondo». En alguna parte, debajo de las aguas oscuras. Y las criaturas de Fowler's Crescent están allí abajo con él, jugando entre sus huesos. «Un final adecuado -pensó Hooke-, para un hombre habituado al agua.»

Aparcó la camioneta en la loma que daba a la aislada media luna de agua ubicada en el valle. Escudriñó por el parabrisas, debajo de la proa en forma de pico de halcón de la canoa que llevaba atada al techo de la camioneta, y se quedó sorprendido al ver la extraña exuberancia del paisaje. Era tan verde como un bosque tropical. No como él se lo imaginaba. Había oído decir que Fowler's Crescent estaba muerto desde hacía veinte años, a raíz de la fuga de productos químicos ocurrida río arriba. Hooke esperaba encontrarse con un sitio desolado y sin vida. Un año antes. Artie Guillam había hecho el viaje esperando exactamente lo mismo. Pero Artie nunca regresó para informarle de lo contrario.

Al otro lado del camino había un indicador de madera medio torcido y borroso. Decía:

*Bienvenido a Fowler's Crescent, fundado en 1809 Población:1.087 hab. La mejor pesca de Indiana del Sur*

Hooke pensó: «Hará setenta años por lo menos que no tocan ese cartel». Entonces observó el pie de la loma, donde los restos del pueblo comenzaban. Las escasas edificaciones que aún seguían en pie eran tan viejas como el cartel indicador. Pero desde la cima de la loma. Fowler's Crescent podría haber sido un paraíso aislado. A excepción de una colina yerma, ubicada en la punta de la media luna, en cuya cima se alzaba una casa. La forma en que sobresalía de los verdes bosques circundantes tenía algo de maligno. Destacaba.

Era uno de esos lagos de los que los veteranos de la pesca hablaban en susurros. Aquellos pocos que comentaban algo de Fowler's Crescent lo hacían sólo para transmitir sus brumosos peligros y leyendas. En sus murmullos había una especie de temor. Precisamente por eso, el osado Artie Guillam había hecho el viaje el año anterior. Y, precisamente por eso, Mo Hooke estaba allí.

Hooke aparcó la camioneta ante lo que parecía una especie de almacén. Por encima del alero del desvencijado pórtico de madera colgaba un cartel que decía: *Feer: Artículos de Pesca y Cebos.* Subió unos peldaños de madera alabeada, abrió una puerta mosquitera chirriante, con la malla metálica combada, y entró.

Dentro había cuatro hombres. Dos de ellos estaban jugando una lentísima partida de damas. Otro se encontraba detrás del mostrador. Y el cuarto se hallaba sentado ante una mesita de madera, atando moscas artificiales. Hooke echó un vistazo general a la habitación. Calculó que en las paredes habrían colgados unos doscientos juegos de mandíbulas de pescados. Ni siquiera en Troller's Union, el club de pescadores de su pueblo, existía una sala de trofeos como aquélla. Ni en ninguna otra parte que él conociera.

-Perdonen -dijo Hooke-, busco un buen sitio para pescar. Casi al unísono, los ancianos se volvieron lentamente hacia él y lo miraron. Ninguno de ellos sonrió. Hooke notó lo arrugados que eran sus rostros, como los de los ancianos del Troller's Union que se habían pasado tantos años bajo tantos soles, en tantos lagos. No constituía ningún misterio cómo habían pasado aquellos hombres sus vidas. Ni que los trofeos les pertenecían.

El hombre corpulento que se encontraba detrás del mostrador fue quien habló por fin.

-La mejor zona para pescar está río abajo, hijo, cerca de Bloomfield y Worthington.

-¿Ah, sí? -Hooke sonrió-. Había oído decir que estaba justo aquí. En ese lago que tienen ahí afuera.

El del mostrador lo estudió durante un momento.

-¿Quién te ha dicho eso?

-El cartel que hay a la entrada del pueblo -contestó Hooke-. Y unos compañeros del club de pesca de mi pueblo.

-Conque del club de pesca, ¿eh?

En su sonrisa se advertía un cierto desdén.

-Sí. El Troller's Unión. ¿Ha oído hablar de él? El anciano lo miró de soslayo y alrededor de sus ojillos grisáceos se le formó una docena de arrugas rizadas.

-Troller's Unión. Sí. Al norte del Estado, ¿verdad? Uno de sus socios estuvo por aquí el año pasado. Según recuerdo, tuvo un accidente en el lago.

-Es difícil de decir -afirmó Hooke con tranquilidad-. Nunca encontraron el cadáver,

-Es un lago profundo -arguyó el anciano-. En algunos puntos, tiene sesenta metros. Por eso el agua parece tan oscura. Resulta difícil de dragar. Si te ahogas en el Crescent, lo más probable es que nunca vuelvas a aparecer.

- Por eso me gustaría pescar allí -dijo Hooke-. Porque no hay nadie que se atreva.

El viejo asintió y repuso:

-Ya. Quiere ganarse el trofeo de Fowler's Crescent. Cada año pasa por aquí una decena como usted. La mayoría vuelve con las manos vacías.

Hooke volvió a echar un vistazo a las filas de mandíbulas que colgaban de las paredes. Luego sacó un billete de cien dólares del bolsillo y lo depositó sobre el mostrador.

-De eso estoy seguro. Pero usted..., usted sabe lo que hay en ese lago. Y también cómo pescarlo. -Miró a su alrededor, a cada uno de los ancianos-. Y estoy dispuesto a pagar por lo que sabe.

El hombre que se encontraba detrás del mostrador se inclinó hacia adelante apoyándose en sus manos musculosas.

-De acuerdo, amigo, ¿qué quiere pescar?

-Tengo sedales de diez y de dos kilos y medio.

-Necesitará otros mayores. Hooke sonrió.

-He pescado percas de hasta veinte kilos con ese sedal de dos y medio -repuso.

-Necesitará otros mayores -insistió el anciano.

-De acuerdo -asintió Hooke en voz baja-. ¿Qué me recomienda usted, señor...?

-Feer. Max Feer. Soy el propietario. Esos dos que juegan a damas son Boyd y J. C. El viejo que está atando moscas artificiales es Darnell. Y le recomiendo un sedal de prueba de cuarenta y cinco kilos, señor...

-Hooke -repuso él en voz baja-. Morris Hooke. Mis amigos me llaman Mo. -Sus palabras apenas se oyeron-. ¿Y qué tienen en ese lago que exige un sedal de ese calibre?

-Barbos del lago Crescent, señor Hooke. Sólo barbos del lago Crescent.

-Pero ¿cuánto crecen?

-No lo sé seguro. Los grandes siempre se escapan. -Las arrugas volvieron a rodearle los ojos-. Claro que si quiere algo más pequeño...

-No, no -se apresuró a contestar-. Quiero el pez más grande que haya en ese lago. Feer sonrió.

-¿Qué usa de cebo?

-Para los barbos, camarones.

-Úselos si quiere. Pero le iría mejor con gusanos.

-¿Gusanos? ¿Para los «barbos»?

-Son de aquí. Probados y garantizados; grandes. Y tienen un olor que gusta a los barbos grandes.

-Max, andamos escasos de gusanos de Crescent. ¿No puedes ofrecerle otra cosa? -masculló Boyd. A Hooke le bastó el comentario.

-Me llevaré los gusanos -dijo-. ¿Cuándo pican más?

-De noche -respondió Feer-. Tienen más hambre.

-Pues habrá que pescar de noche -dijo Hooke, más como un comentario hecho en voz alta que otra cosa.

Feer desapareció en la trastienda y regresó al cabo de un momento con una cesta de mimbre, con tapa de bisagra.

-Cuídelos bien. Últimamente no hemos ido a buscar más, son los únicos que conseguirá.

-¿Hay algún sitio en especial donde me aconseje lanzar el sedal? -inquirió Hooke.

Darnell, el hombre que ataba moscas artificiales ante la mesita, fue quien contestó.

-Yo puedo llevarle hasta allí. Me queda de camino. Con delicadeza, depositó la intrincada mosca que estaba atando y se puso de pie. Era un hombre delgado, cargado de hombros.

Hooke se lo imaginó: un cuerpo formado por su pasatiempo favorito: perpetuamente inclinado hacia adelante en una barca, en dirección del sitio mágico donde el sedal desaparece debajo del agua, observando y observando...

-Gracias -dijo Hooke.

-Muchachos, os veré luego -se despidió Darnell sin mirar a sus amigos.

Se disponía a salir tras aquel hombre, cuando oyó la voz de Feer a su espalda.

-Nos veremos por la mañana, señor Hooke.

Darnell salió del pueblo y recorrió la carretera durante casi un kilómetro y medio; luego se internó en el bosque con la camioneta. Hooke intentó seguirle, y las ramas estuvieron a punto de arrancar la canoa que llevaba atada al techo. Entonces pensó: «Este es el último reducto de pesca secreto». Cuando por fin se detuvo, se encontró junto a una pequeña cala cubierta de exuberante vegetación. Justo detrás de la cala se alzaba la yerma colina parda que había divisado desde la loma al entrar al pueblo. De cerca, no era tan yerma como le había parecido. De repente, supo dónde había ido a parar la mayoría de los mil ochenta y siete habitantes de Fowler's Crescent.

Aquello era un cementerio.

-Las mejores piezas las encontrará aquí, en la cala. El agua es profunda y fría. Y a los barbos les encanta.

-Me imagino que usted habrá pescado mucho por aquí -comentó Hooke, mientras desataba la canoa.

Darnell miró la cala. En cierto modo, era como un espejo negro. Despedía destellos, pero no había manera de enterarse de lo que escondía en su fondo.

-Llevo toda la vida pescando en el Crescent. Pero ahora me cuesta mucho buscar lombrices. Me conformo con estar allí sentado, hablando con los muchachos de todos los que se nos escaparon. -Levantó la cabeza y observó la colina yerma-. Y preparándome para ir allá arriba, supongo.

Hooke siguió la mirada del anciano y le preguntó:

- ¿Quién vive en esa vieja casa de la cima?

-Ahora, nadie. Lleva años vacía. Antes vivía el guarda: pero se murió en el setenta y cuatro y lo enterramos en la cima de la colina.

-¿Cómo es que en la colina no crece nada? -preguntó Hooke-. Ni el césped. Ni los árboles. No da la impresión de que formara parte de Fowler's Crescent.

Darnell se tiró de una oreja y entrecerró los ojos.

-No sabría decírselo, señor Hooke -respondió-. Está así desde que la planta de la Century vertió todos aquellos productos químicos río arriba. La corriente los trajo hasta aquí y fueron depositándose en el lago. Y todo cambió. El bosque se volvió verde. Y los peces más grandes. Pero todo lo que había en el cementerio murió. Es de lo más raro. -Hizo una pausa y prosiguió-: No sería ningún problema si el agua no arrastrara toda la porquería. ¿Ve usted cómo están tumbadas todas las lápidas? Hay ataúdes a los que les falta un palmo para salirse de la tierra. Cada vez que llueve, asoman un poquito más.

Hooke volvió a mirar a lo alto de la colina.

-No me diga... -Empezaba a darse cuenta de por qué incluso los más osados del Troller's Unión evitaban acercarse a Fowler's Crescent-. Cuénteme sus secretos, Darnell. ¿Qué tengo que hacer para pescar uno grande?

El anciano se echó a reír como un niño travieso.

-Verá usted, señor Hooke, en el lago Crescent tenemos todo tipo de peces. Pero hay uno al que le llamamos *Bu.* Es el diminutivo de *Belcebú,* porque algunos creen que es el mismo diablo. Picar, ha picado muchas veces, pero nadie ha logrado sacarlo del agua. Aunque a mí me parece que he encontrado la manera de atraparlo.

-Soy todo oídos -dijo Hooke.

Arrastrando los pies, Darnell fue hacia su camioneta y regresó con un enorme anzuelo de cuatro puntas y un frasco con un líquido marrón.

-He preparado esto con veneno de serpiente de cascabel. «Paraliza» a los peces. Moje el anzuelo en el veneno y cuando el pez lo muerda, romperá dos de las cuatro puntas, entonces el veneno le entrará directo en el cuerpo. Las dos puntas restantes son para mantenerlo sujeto; sólo tendrá que recoger el sedal y sacarlo.

-Ingenioso -admitió Hooke-. Pero ¿porqué no ha salido usted a pescar a *Bul*

-Me he pasado la vida tras ese hijoputa. Siempre se me escapa. Ahora me he hecho demasiado viejo, señor Hooke. Usted es joven. Y fuerte. Pero vaya con cuidado. Se trata de un pez grande, listo y taimado. Esperará hasta que usted se canse y se quede dormido... Entonces, se abalanzará contra la canoa y usted acabará en el fondo, como su amigo.

-¿Cómo dice? -Se quedó mirando, incrédulo, al anciano-. ¿Insinúa acaso que un jodido barbo mató a Artie? ¡Vamos, hombre, ésas son historias de pescadores!

El enjuto anciano se volvió despacio y se encaminó hacia su camioneta.

-No se duerma, señor Hooke.

-Oiga -se apresuró a decirle Hooke-, le pido perdón. Pero es que resulta difícil de creer.

-Ya lo sé.

Hooke suspiró, ablandándose un poco.

-Verá, he traído cerveza, pero me dará sueño. Quizá debería esperar hasta mañana y conformarme con algo más pequeño. Tal vez sea mejor que deje que algún otro pesque a *Bu.*

El anciano bajó la mirada. Luego asintió, como queriendo decir:

«Pues sí, eso es lo que debería hacer, pero yo podría morirme mañana y *Bu me* habrá derrotado una vez más».

-Ya, comprendo -comentó en voz baja. Hooke vaciló por un momento. Luego, sonrió.

-Al diablo con todo -dijo-. ¿Por casualidad no tendrá Coca-Cola o café o algo que me mantenga despierto? Al anciano se le iluminaron los ojos.

-Señor Hooke, siempre llevo conmigo una lata de café instantáneo Folgers. Nunca se sabe cuándo le van a entrar a uno ganas de tomarse uno. Hooke le tendió la mano.

-Gracias, Darnell -dijo-. Nos veremos por la mañana. -Hasta mañana, señor Hooke.

Faltaba poco para medianoche cuando decidió internarse en el lago. Había permanecido sentado junto a la fogata, bebiéndose el café de Darnell. Pensó en aquellos ancianos y sus historias de pescadores, sonriendo ante tamañas tonterías. Pero luego tragó saliva ante la idea de que una criatura llamada *Belcebú* estuviera nadando en silencio en lo profundo de aquellas aguas negras que se extendían a sus pies. Probablemente, habría sido una satisfacción regresar al Troller's Unión con un barbo del lago Crescent, en el que se apreciaran las mutaciones producidas por los residuos químicos que pudiera tener como señales de identificación. ¡Pero ir tras *Bu*! «Eso significaría la inmortalidad», pensó Hooke. ¿Cuánto podría pesar? ¿Veinte kilos? ¿Veinticinco? Había leído en alguna parte que en el río Mississippi había barbos de hasta treinta y un kilos. Y en el Amazonas, ejemplares mastodónticos de hasta un quintal y medio, pero los pescadores les huían porque eran venenosos. Los ancianos del almacén de Feer se comportaban como si el lago Crescent fuese una reserva sagrada de animales que era mejor no ver. *Y le recomiendo un sedal de prueba de cuarenta y cinco kilos.* «¡Hostias -pensó Hooke-, con un sedal así podría pescar un pez vela de cuatrocientos cincuenta kilos!» Durante un buen rato, estuvo dándole vueltas a la idea de salir con la caña ligera y el sedal para dos kilos y medio. Luego cogió el pesado anzuelo de cuatro puntas y el frasco de veneno que Darnell le prestara. No dejaba de preguntarse qué debía saber un hombre para sentirse impulsado a pergeñar una trampa de aquel calibre. Y cuando notó que no era capaz de responder a esa pregunta, preparó el anzuelo tal como el anciano le había indicado y lo ató al sedal de cuarenta y cinco kilos en la caña más recia. Después, llenó un termo con café, se colgó del brazo la cesta de mimbre con lombrices de Crescent y, arrastrando los pies, se internó en la negrura.

Echó el ancla a unos quince metros de la orilla de la cala. El agua aparecía lisa como la superficie de un espejo. Y la cala entera permanecía en completo silencio. No se oían sonidos

nocturnos. Nada. Aunque las historias que circulaban por ahí fueran mitos, pensó Hooke, el Crescent era el lugar más desagradable que había visitado jamás.

Abrió la cesta de mimbre y metió la mano en ella para sacar un gusano. Eso bastó para que la cesta se animara de movimientos serpenteantes y babosos. Retiró la mano, espantado. Con la linterna iluminó el interior de la cesta y tuvo la primera visión de los gusanos de Crescent.

Eran monstruosos, como víboras brillantes. Calculó que algunos tendrían unos doce centímetros de longitud por dos de diámetro. «Dios santo -pensó-, esos productos químicos han provocado la mutación de todo.» Lanzó un vistazo al agua. Un temor, nuevo y real, se apoderó de Hooke.

Se volvió a mirar hacia la orilla y, por un momento, consideró la posibilidad de regresar. Pero había alardeado demasiado con aquella excursión de pesca. Les había dicho a los del Troller's Unión que él era pescador y que un pescador haría cualquier cosa con tal de seguir lanzando el sedal. «Cualquier cosa.» Incluso aceptar el reto del Crescent.

Hooke tragó saliva, luego volvió a meter la mano en la cesta para sacar uno de los gusanos. Sintió como una especie de calambre en la mano. Le temblaba como la de un niño asustado. «¡Domínate!» Tocó uno de los gusanos; éste se contrajo rápidamente, y saltó sobre su mano, enroscándosele con fuerza a la muñeca. Aquello fue como para cortarle la circulación.

Recogió el anzuelo de Darnell y se dispuso a obligar al gusano a bajar a uno de los ganchos. El bicho se le enroscó con más fuerza alrededor de la muñeca. Hooke comenzó a respirar, nervioso. Lo único que deseaba era quitarse aquel bicho de encima. Cuando por fin logró colocarlo en el anzuelo, lanzó éste a las negras aguas. No había más sonido que el de su propia respiración. Al levantar la pesada caña, notó un movimiento al final del sedal. Sabía que no se trataba de un pez. Era «aquel gusano» que luchaba.

Hooke sintió náuseas. Notó una tirantez en el pecho. «¿Es posible que esté tan asustado?», se preguntó. Maldijo su ego.

De repente, notó algo.... algo «frío» en la pierna. Se le había enroscado con fuerza al tobillo y apretaba como un cepo.

Entonces, sintió el mordisco.

Hooke metió la caña en un soporte y se aferró el tobillo. Supo, de inmediato, que se trataba de un gusano. Se había dejado abierta la tapa de la cesta. Tuvo que emplear las dos manos para arrancárselo de encima. Con un grito, lo lanzó a la oscuridad. Luego levantó la cesta y la lanzó al lago, lo más lejos que pudo. La cabeza le daba vueltas. «¡Me ha mordido!»

De repente, el carrete comenzó a chillar. ¡Algo había picado! Hooke intentó llegar hasta la caña, pero todo el cuerpo se le había puesto rígido. «¿Qué me pasa? ¿Qué está ocurriendo?» Pensó en el veneno. En su lucha por enganchar aquel gusano horrendo en el anzuelo. «Debo de haberme pinchado en alguna parte. ¡Y el veneno empieza a paralizarme!»

Observó la caña. Llevaba un carrete con treinta metros de sedal. Cuando el animal comenzara a tirar, el carrete se bloquearía, y el anzuelo se le clavaría a fondo al pez en la boca. Entonces notó que la caña estaba doblada hacia abajo, como presagiando un demonio. La cosa que había al otro extremo no huía para internarse en el Crescent como cualquier pez normal hubiera hecho... ¡sino que gruñía como una ballena y enfilaba directamente hacia el fondo! En cualquier otra circunstancia, Hooke se habría deleitado con la experiencia. «Vamos, guapetona -habría pensado-, llévame al baile.» Pero en ese momento, se quedó boquiabierto viendo desenroscarse el carrete.

*Acabará usted en el fondo, como su amigo...*

Unos metros más de sedal, el carrete se bloquearía y empezaría el baile. En ese instante. Hooke supo que no quería ver la criatura que había en el extremo del sedal. Ya estaba harto de Fowler's Crescent.

Arrancó la caña del soporte y la lanzó al agua. Pero lo hizo de un modo tan brusco que perdió el equilibrio y, como tenía el cuerpo cada vez más tenso, no alcanzó a reaccionar a tiempo. Se ladeó demasiado y cayó a las negras aguas.

Hooke emergió a la superficie escupiendo agua y luchando por volver a la orilla. El agua parecía miel y su cuerpo seguía cada vez más envarado. Se imaginó a las bestias del Crescent rodeándole las piernas, dispuestas a atacar.

«Tira -pensó-, tira..., tira..., tira...»

Notó algo a su espalda. Algo grande. No quiso volverse para mirar. Sintió que los brazos le fallaban.

«Vamos, sólo te faltan cinco metros...»

Con gran esfuerzo, siguió su pataleo; una descarga de adrenalina le ayudó a luchar contra los calambres y, jadeante, alcanzó "la orilla. Salió del agua; rodó sobre sí mismo para alejarse del borde. Permaneció acostado unos instantes, mirando el cielo nublado, sin luna. «Dios santo, lo he logrado -pensó-, entusiasmado-. ¡Lo he logrado!»

Entonces, comenzó a llover.

Tenía que conseguir ayuda. El veneno lo estaba paralizando. Se puso en pie y logró llegar a la camioneta. Pero cuando trató de arrancar, el motor rugió un instante y se paró.

-Maldición -masculló-. ¡Maldita sea!

Tambaleándose, bajó de la camioneta. Sabía que se encontraba muy mal. Echó un vistazo a su alrededor, hacia los bosques oscuros, observó el lugar secreto de Darnell: la lluvia caía con fuerza sobre él. Entonces levantó la vista y vio la yerma colina del cementerio.

Había luz en la casa del guarda.

*Lleva años vacía.* Eso le había dicho Darnell.

«¿Quién estará ahí arriba?»

*Murió en el setenta y cuatro y lo enterramos en la cima de la colina.*

Hooke no disponía de tiempo para buscarle una explicación racional a todo aquello. Tenía que subir. Con un gruñido, se apartó de la camioneta y comenzó a subir entre las lápidas caídas.

Notó las articulaciones heladas. Caminaba con paso rígido y desmañado, como un muerto viviente. No podía correr el riesgo de caerse. Jamás se levantaría. Respirar se le hacía cada vez más difícil. E inspirar profundamente, imposible. Todo eran jadeos. La casa y la luz parecían encontrarse a una eternidad de allí.

Los pies empezaron a llenársele de barro. Hooke se puso a rezar.

Entonces tropezó con el indicador semienterrado de un sepulcro. Se quedó allí tirado un momento, con el rostro hundido en el fango. Hizo el esfuerzo de levantar la cabeza; en la boca notó el sabor de la tierra mojada. Escupió débilmente. «Dios mío, dame fuerzas.» Miró hacia la ventana, a unos treinta metros colina arriba.

Una silueta se erguía sobre ella.

Apartó la mirada. ¡No pienses en ello! ¡No! Empezó a arrastrarse, centímetro a centímetro, por el lodazal. A medida que avanzaba, se le hacía más difícil respirar. Al cabo de unos minutos, intentó gritar, pero la voz le falló. El horrendo silencio lo dejó exhausto.
Hooke apoyó la cabeza sobre la tierra húmeda; el rostro apuntaba; hacia la casa. La silueta de la ventana había desaparecido. Cerró los ojos. Entonces, desde alguna parte, no muy lejos de allí, oyó un sonido.

Ras... ras... ras... ras...

Por un momento, el ruido de la tormenta le impidió identificarlo. Después lo reconoció sin lugar a dudas. Era una pala entrando en la tierra.

Alguien estaba cavando.

Luchó una vez más por moverse, pero cuando apoyó la mano, no encontró la tierra. Sino algo duro. Algo áspero, viejo y astillado.

*Hay ataúdes a los que ¡es falta un palmo para salirse de la tierra...*

Empujó con fuerza para apartarse del ataúd que se elevaba, y de lo que hubiera en su interior y del horrible sonido de la pala. Pero con la mano perforó la tapa podrida por el agua y fue a introducirla entre una maraña de huesos nudosos. Intentó sacar el brazo, pero lo sujetaron como anzuelos. De su garganta surgió un diminuto y patético gorgoteo que en cualquier otro momento habría sido un aullido ensordecedor, producto del pánico más

auténtico. Entonces, los ojos se le llenaron de lágrimas. Su único consuelo era que la muerte, la esperada muerte, sólo tardaría unos instantes en llegar.

Entonces oyó la voz.

-Buenas noches, señor Hooke.

Éste apenas podía mover los ojos. Logró ver un par de botas enlodadas y el filo de una pala. Pero reconoció la voz. Era Max Feer.

Feer depositó la pala a un lado y se arrodilló en el barro. Comenzó a quitarse el cinturón.

-Parece ser que no ha tenido usted una buena noche en el Crescent -dijo como al desgaire. Con el cinturón, ató los tobillos a Hooke y lo ajustó bien-. Ya se lo dije yo, tenía que haberse marchado a Bloomfield.

Luego sacó el brazo rígido de Hooke del féretro y se puso de pie. El corpulento Feer agarró el extremo del cinturón y comenzó a arrastrar a Hooke por el barro.

-Todo ese rollo que Darnell le contó sobre *Bu...* no son más que historias de pescadores. Pura carnada. Para atraerle hasta aquí. En el Crescent no hay peces así. Los residuos químicos que echaron cambiaron muchas cosas por aquí. Como los gusanos, por ejemplo. El único efecto que tuvieron en los barbos fue crearles una afición exclusiva por esos gusanos.

Feer se detuvo al cabo de unos quince metros. Giró a Hooke sobre un costado para que viera que se encontraba al borde de una tumba vacía.

-Ya los gusanos les dio un apetito especial -continuó Feer-. Los hemos estado alimentando desde entonces, pero en el Crescent nos quedamos sin gente. Ahora sólo comen de vez en cuando. Alguna cosa que les permita engordar para que tengamos, al menos, para unos cuantos días de pesca.

Con un pequeño gruñido, empujó a Hooke hacia la tumba. Hooke cayó dentro y se quedó allí tendido sin hacer ruido; tenía los ojos muy abiertos y llenos de barro. Debajo de él notó cómo se retorcían

los gusanos.

-No se preocupe, señor Hooke. Será rápido, ya verá-. Su voz tenía un demencial tono consolador. No había en ella el más leve asomo de compasión, ni de sentido del mal-. Esos bichos me oven cavar aunque estén en el otro extremo del camposanto. Y, además, a los hombres los huelen.

Hooke los notó arrastrarse por su espalda, y cómo le dejaban un rastro húmedo al subir por sus piernas. Se lanzaron sobre él, atravesando las paredes de la estrecha sepultura. Acudían a la llamada de la pala que les invitaba a cenar.

-Por cierto -añadió Feer, como si se le hubiese ocurrido una reflexión de última hora-, el veneno estaba en el cate. Supongo que usted pensará que es muy duro pasar de pescador a cebo: pero, en cualquier caso, así acabaremos todos, ¿no? Si la gente deja de buscar a *Bu,* Darnell no dudará en obligarme a beber ese caté con tal de conseguir gusanos para un día de pesca. -Lanzó una carcajada. Sonó genuina y sin remordimientos-. Ya sabe -añadió- los pescadores haríamos cualquier cosa con tal de poder seguir lanzando el sedal.

Hooke sintió que un gusano se deslizaba lentamente por el perfil de su mandíbula e intentó, con cuidado, introducirle su helada cabeza en la boca abierta. Entonces, la primera palada de tierra le golpeó la espalda y desde lo alto de la sepultura le llegaron las últimas palabras que oiría en su vida:

-Nos veremos por la mañana, señor Hooke.

# *Superaba a Fetchit*

CHARLES R. SAUNDERS

Dos metros cuarenta, ciento ochenta kilos, dueño de una risa que yo pagaría por escuchar, escribe sobre todo fantasía: en especial la serie, a menudo clarividente, de novelas de DAW sobre Imaron, llamado también el« Tarzán negro».

*En realidad. Charles R. Saunders sólo aparenta el tamaño que posee e Imaron es algo más que un héroe negro de la jungla. Del mismo modo que el autor, radicado en Canadá, es algo más que grande o negro; es filósofo, escritor versátil y un fanático del baloncesto. Igual que yo. En cierta ocasión llegó incluso a viajar hasta Indianápolis para ver a Oscar Robertson, en Crispus Attucks High. Aunque no descubrimos juntos a Oscar; no era el momento adecuado. Ojalá lo hubiera sido.*

*Últimamente, Charlie se ha apuntado unos cuantos tantos en el mundo del cine, con el guión* Amazon, *de Roger Gorman, y otro título:* Erzulie, *del que estaba escribiendo una novela. (Si la memoria no me falla, es un término del vudú.)*

*Hospital-Residencia del Cine y la Televisión, 1987*

El cuerpo del anciano era tan pequeño y frágil que apenas lograba hundir el colchón de la cama de hospital. Pero el enfermero se las veía y se las deseaba para mantenerlo acostado.

-¡No! -gritaba el anciano mientras empujaba contra los brazos que le mantenían los hombros clavados al colchón-. ¡No!

-Maldita sea, ¿por qué no puede dejar de mover ese viejo culo? -gruñó el enfermero.

Empujó con más fuerza y notó cómo los huesos de las clavículas le pinchaban las manos. Trató de no fijarse en los ojos hundidos y arrugados del paciente. Aquellos ojos lo miraron como si él fuera la encarnación del «Ku-Klux-Klan», y lo único blanco que llevaba encima era el uniforme.

De pronto, una mano enorme, pegada a un brazo de peso pesado, apartó al enfermero con tal fuerza que el hombre tuvo que alargar ambas manos para amortiguar el choque contra la pared. Se volvió a mirar hacia la cama y vio a la enfermera Henrietta que acunaba al anciano entre sus brazos.

-¿Por qué rayos ha hecho eso, mujer? -gritó el enfermero.

-Vete a la Sala de Enfermeras -le ordenó Henrietta sin mirarlo-. Y espérame allí.

El enfermero salió de la habitación. Llevaba apenas una semana trabajando en el HRCT, pero ya sabía que no le convenía meterse con Henrietta, que era lo bastante corpulenta como para jugar de defensa en los Rams de Los Ángeles. Al cerrar la puerta tras de sí, oyó que Henrietta le susurraba al anciano:

-Tranquilo, Peanut. Nadie te hará daño. Cálmate...

El enfermero se sentó tranquilamente ante la mesa cubierta de melladuras. Un vaso de plástico, de los de la máquina de café, echaba humo ante él. No le prestó atención. Esperaba a Henrietta. y se preguntaba si iría a despedirle. Le había costado tanto conseguir aquel empleo...

Henrietta entró como una reina. Se instaló en una silla, delante de la del enfermero. A pesar de su corpulencia, la silla la aceptó sin protestar.

«Es probable que se diera por vencida hace mucho tiempo», pensó el enfermero con amargura. Y en voz alta y tono monótono, empezó a declararse culpable de aquella infracción menor.

-No quería hacerle daño, señora. Sólo había entrado a echarle un vistazo, como es mi deber. El viejo me miró de reojo y en seguida trató de levantarse de la cama. Yo quería evitar que se cayera y se lastimara..

Henrietta le lanzó una mirada.

-No me vengas con esos rollos -cortó-. No sabes cuál es el problema. Pero yo sí. Te lo voy a contar. El enfermero no dijo palabra.

-¿Alguna vez has visto las películas de Peanut? -preguntó Henrietta.

-No. Peanut Posey no es de mi época.

-De la mía, sí -le aclaró ella-. Por entonces, era lo más cómico del cine. Superaba incluso al viejo Stepin Fetchit. Hizo una película con Step y lo eclipsó. Peanut era tan pequeño y tan mono, siempre capaz de salirse con la suya. Por entonces se solía decir que «superaba a Fechit». Chiquito y mono como era, hizo un montón de dinero.

-Haciendo de *Tío Tom* mono, querrá decir. Henrietta le lanzó una mirada fija, plana como la superficie de una mesa.

-¿Quién te crees tú que os ha abierto el camino a vosotros, los jóvenes de hoy? -preguntó.

-La que cambia de tema es usted.

Henrietta le lanzó un breve «humrnm...», con el cual quiso indicarle cuan ignorante lo consideraba. Pero prosiguió con la historia.

-Peanut tenía mucho éxito con las damas. Recuerdo haber visto una foto suya, sentado en el regazo de Lena Horne. Y derrochaba a las mujeres mucho más de prisa que al dinero. Por supuesto, algunas de estas mujeres tenían hijos. Y uno de ellos...

*Autopista de Nueva Jersey, 1969*

*Flame* pisó el acelerador de su T-Bird. Adelantó a toda velocidad a los coches más lentos que estaban en el peaje, y con la mano le hizo un gesto obsceno a un conductor que llevaba en el parachoques una pegatina que rezaba: AMÉRICA - ÁMALA O DÉJALA. Un paisaje de refinerías de petróleo, restaurantes de comidas rápidas, gasolineras y supermercados de bebidas pasó veloz y brumoso como si estuviera conduciendo debajo del agua. *Flame* se frotó los ojos.

Se encontraba haciendo la carrera rutinaria Nueva York-Filadelfia, tal como tenía por costumbre desde tres años atrás. Su destino: la Universidad Douglas, justo en las afueras de Filadelfia, cerca de la frontera con Maryland. En circunstancias normales, se estaría dirigiendo a algún sitio a pronunciar alguno de sus belicosos discursos que le habían hecho acreedor de su fogoso apodo.* Pero en aquel momento...

** Flame =* Llama. *(N. de la T.)*

Había ocurrido después de una reunión del grupo Liberación Justa, en una Asociación de Jóvenes Cristianos de Harlem. A la revolución le estaban dando de patadas en el culo y había que hacer algo. En aquella reunión, la retórica llegó a caldearse más que nunca. Pero la organización de acciones concretas seguía escapándoseles.

Cuando se desconvocó la reunión en medio de un despliegue de gritos de apoyo y apretones de mano llenos de ánimo. *Flame* oyó una voz familiar a su espalda.

-Espera, hermano.

Se detuvo de mala gana. No le gustaba aquella voz ni su dueño: el hermano *Do-Nasty.***

Cuando *Flame* se volvió, sus ojos se encontraron con los de *Do-Nasty.* Éste condujo a *Flame* debajo del hueco de la escalera para hablar con él a solas.

** * Do-Nasty =* Haz maldades y cosas desagradables. *(N. de la T.)*

-¿Qué quieres? -preguntó *Flame-.* Tengo que volver a Douglass.

-Hermano, «sé quién es tu padre...»

*Flame* cerró los ojos. Se le revolvió el estómago como si tuviera resaca de Ripple.

-¿De qué estás hablando, tío? -preguntó-. Ya te he dicho que ni siquiera sé quién es mi padre.

-Lo sabes, siempre dices «que salga volando ahora mismo si miento». ¡Sigue diciendo gilipolladas como ésa y serás el mariscal del aire!

*Flame* movió la cabeza. Aquellas palabras se negaban a abandonarle. *Do-Nasty* nunca le había tenido aprecio. *Flame* era muy duro con las mujeres, e hiciera lo que hiciese. *Do-Nasty* no lo tragaba. Y ahora, *Do-Nasty* había vuelto a desenterrar toda la porquería. Las manos de *Flame* desearon poder cerrarse alrededor del cuello de *Do-Nasty.* Pero tenía la seguridad de que éste no habría sacado el tema a colación sin antes habérselo contado a alguien más.

-¿Qué quieres? -repitió, fatigado.

-Eres un tío legal. *Flame.* Pero a la revolución no le haría ningún bien si se supiera por ahí que eres hijo de Peanut Posey. Aunque hay maneras de que no se sepa toda esta mierda. Pero tú insistes, tío. Olvídate de la revolución. ¿Por qué no tomas lecciones de teatro?

Lanzó una aviesa risotada. *Flame* deseó causarle daño. Pero no había nada que pudiera hacer.

Se había marchado de la Asociación de Jóvenes Cristianos, subido a su T-Bird, atravesado túneles y dejado atrás los peajes para tomar la autopista. El coche iba cargado de literatura revolucionaria, la mayor parte escrita por él. Y además, oculto debajo del asiento delantero, llevaba un rifle semiautomático.

Ahora le ocurría algo raro al parabrisas de *Flame.* El paisaje de Jersey fluctuaba apareciendo y desapareciendo de su vista, como un trozo de película mal empalmado. Unas imágenes nuevas se superpusieron al borroso perfil de Gino's Hamburguers y del supermercado A&P; unas imágenes que nunca había logrado borrar del todo de su memoria...

*Su madre solía pasarle viejas películas de Peanut Posey en un proyector Bell & Howell de segunda mano. De niño,* Flame *veía las cintas veteadas en las que el comediante hacía sus bufonadas y se caía de la silla de tanto reírse.*

*-Ese es tu papá -le decía su madre-. Cada mes nos envía dinero para que podamos vivir decentemente.*

*-¿Por qué no vive con nosotros? -preguntaba* Flame.

*Su madre jamás contestaba a esa pregunta.*

Flame *vio a Peanut sólo en cinco ocasiones en su vida, la última cuando tenia catorce años y ya era cinco centímetros más alto que su padre. Aquella vez.* Flame *ni siquiera había querido verle.* Flame *había leído libros y había aprendido algunas cosas. Entre otras, a rebelarse.*

*-Sé lo que eres -le había dicho en aquella última ocasión.*

*Salió de la casa sin prestar atención a las protestas de su madre. Peanut no había dicho una sola palabra.*

*Cuatro años más tarde, mediante engaños.* Flame *sacó dinero de unos fondos que no debía tocar hasta cumplir los veintiuno. Se cambió el apellido y se convirtió en huérfano. Aprendió las lecciones de Malcolm, Stokely y Rap, y provocó incendios indirectos en Watts y Detroit. Se convirtió en la conflagración que reduciría su propio pasado a cenizas irreconocibles.*

*Pero entonces, su enemigo* Do-Nasty *leyó algo en las cenizas; algo que no había logrado quemar bien...*

Y ahora, Peanut hacía piruetas sobre la curva del parabrisas. Ahí estaba, con una sonrisa de oreja a oreja, una gallina en una mano, y una sandía en la otra mientras huía a los saltos de Will Rogers y Shirley Temple. Ahí estaba, superando a Fetchit. Jersey había desaparecido del parabrisas de *Flame.* Sólo había un modo de hacerla volver.

Sin bajar de ciento veinte por hora. *Flame* metió la mano debajo del asiento y sacó el semiautomático. Echó atrás el gatillo, tal y como le habían enseñado los hermanos de Vietnam. Las balas dieron contra el parabrisas, y una lluvia de cristalitos le cayó sobre la cabeza.

Peanut seguía allí, sonriente. Peanut lanzó la sandía a su hijo. *Flame* disparó. La fruta se hizo trizas escupiendo pedacitos de pulpa roja y semillas negras. Peanut lanzó una carcajada.

-No te llamo hijo porque brilles -cantó Peanut con su ronca voz de falsete-. ¡Te llamo hijo porque eres mío!*

*Flame* volvió a apretar el gatillo. Peanut bailó sobre la punta de los pies: nada le hacía mella.

* La pronunciación de *son* = hijo es muy similar a la de *sun* = sol. *(N. de la T.)*

Del lado de la autopista por el que *Flame* circulaba, se detuvo el tráfico. Los conductores abandonaron precipitadamente sus coches y echaron a correr. La Policía Estatal avanzó a gritos por el asfalto. Conectaron un megáfono y le dijeron a *Flame* que le daban diez segundos para rendirse.

Ocho segundos más tarde, lo acribillaron a balazos.

*Hospital-Residencia del Cine y la Televisión, 1987*

El enfermero se quedó mirando con fijeza el vaso de café que no había tocado mientras Henrietta terminaba de contarle la historia de *Flame.*

-Por eso, cuando Peanut ve a algún hombre extraño por la sala, cree que es *Flame* que viene para matarle, por más que *Flame* lleve muerto dieciocho años.

-¡Jodeeer! -exclamó el enfermero, prolongando la palabra hasta otorgarle tres sílabas.

-Si Peanut volviera a ponerse así, me llamas a mí o a cualquiera de las otras enfermeras. -Sonrió con expresión afectuosa-. Todavía no ha perdido el gusto por las mujeres. Dentro de un tiempo, se habrá acostumbrado a ti. ¿Has oído lo que te he dicho?

-Sí, señora.

-Eres educado. Tengo que reconocerlo. Y ahora, a trabajar se ha dicho. Volvamos a lo nuestro.

Con esfuerzo, Henrietta se levantó de la silla y se alejó andando con sus silenciosos zapatos de goma. El enfermero esperó a que ella se hubiese marchado antes de ponerse de pie.

El enfermero se encontraba en la habitación a oscuras de Peanut Posey. Su turno había terminado hacía rato, aunque todavía no se había marchado a casa. Pero sabía que Henrietta sí.

Peanut estaba profundamente dormido por efecto de los sedantes. El anciano ni se movió cuando el enfermero le quitó la almohada sobre la que su arrugada cabeza reposaba. Mientras sujetaba la almohada con ambas manos, el enfermero observó al bailarín que había dejado de bailar hacía tanto tiempo.

Peanut Posey había derrochado a muchas mujeres.

Y había tenido más de un hijo.

# *En el tanque*

ARDATH MAYHAR

*Ardath Mayhar se hizo acreedora recientemente al título de Mejor Poetisa en una votación para los Balrog Awards. Al elegir a esta pequeña genio (es miembro de Mensa), los votantes se han hecho un honor a sí mismos. Pero la instructora lejana de la Writer's Digest School produce además, y con mucho talento, una prosa encantada.* Khi to Freedom fue *muy elogiada por la crítica;* World at Hickory Hollow *ocupó los primeros puestos en la votación para el Nebula Award de 1985. Todo aquel que esté convencido de que sólo los hombres son capaces de escribir obras de terror debe leer el siguiente relato, especialmente escrito para* Horror 7 *y para usted.*

Shag tropezó con una botella de vino y lanzó una maldición. La botella había estado a punto de hacerle soltar la que él llevaba y que aún contenía un cuarto de litro largo de tokay. Se apoyó contra la pared del drugstore y respiró hondo durante un minuto. Llevaba tantos años bebiendo que estaba hecho una piltrafa.

Al oír unos pasos rápidos por la acera, se enderezó y procuró ofrecer un aspecto sobrio y respetable. No tenía intención de pasarse aquella noche tan fría en la celda de Halesburg. Ya había estado allí, y apestaba de muchas maneras, aparte de la ya conocida. Era capaz de aguantar la mugre y a los borrachos con mala uva; de hecho, llevaba años aguantándolos. Pero de las palizas, pasaba, muchas gracias.

Se alejó de prisa de los pasos que se aproximaban, y logró mantenerse en pie con la firmeza suficiente como para pasar revista, hasta que el policía siguiera de largo y se internara en un callejón. El abrigo que le habían regalado en el Ejército de Salvación de tres ciudades dejadas atrás era, probablemente, lo que lo había salvado; la prenda tenía un buen corte y era de tela de calidad. En la oscuridad, su estado ruinoso no se notaba.

A su derecha, tenía ahora unos altos pilares de ladrillo. Entre ambos colgaba un portón de hierro forjado con un cartel que decía HALESBURG MEMORIAL PARK. A Shag le gustaban los parques, porque solían tener refugios, lavabos, fuentes. Eran casi casi como hoteles al aire libre.

Esperó a que los pasos se perdieran por completo en la distancia. Miró hacia uno y otro lado de la calle mal iluminada. En ella sólo se movía un viento helado. Metió la mano entre las ornadas volutas de hierro forjado y posó con sumo cuidado la botella en el suelo. Después, trepó desmañadamente el portón y se encontró en una oscuridad iluminada sólo por la estrecha franja de luz que se colaba a través del portón.

El parque aparecía cubierto de enormes árboles. Shag se hizo de nuevo con la botella y avanzó con paso torpe, tanteando con la mano derecha una pared cubierta de plantas trepadoras siempre verdes. Cuando el paseo describió una curva, Shag perdió la escasa luz que le había estado iluminando.

No se veía un solo destello por ninguna parte. Se dijo que por las noches, cuando cerraban aquel lugar, lo cerraban a cal y canto. Pero eso no significaba que no lograra encontrar un sitio donde dormir guarnecido del viento. Shag tenía un talento especial para encontrar refugios en los lugares más impensados.

El paseo se bifurcaba en un sendero y Shag avanzó con cautela por él; tanteaba el camino con los pies, mientras intentaba encontrar algo que sirviera de guía a sus manos. Al cabo de una decena de pasos, se dio un fuerte golpe contra un muro sólido. ¡Ah! Era probable que los lavabos y las instalaciones de esparcimiento estuvieran allí.

Tanteó a lo largo de la pared en busca de una puerta o una ventana. Cuando encontró una ventana, la notó cubierta por volutas ornamentales cuyo bonito diseño no lograba ocultar sus intenciones prácticas. Encontró dos puertas, ambas cerradas con llave. Ya se le había pasado la época de abrir puertas a patadas; había quedado atrás, junto con su uniforme de infantería.

-¡Maldición!

Con el transcurrir de los minutos, el viento se volvía cada vez más penetrante. La nieve o el aguanieve comenzó a golpear el rostro de Shag, anunciando la muerte por congelación antes del amanecer. Tenía que encontrar un refugio.

Otro sendero se alejaba del edificio; se internó por él. Lo condujo a un laberinto de juegos para niños, donde se despellejó las espinillas contra algo hecho de hormigón y se enganchó la barbilla en una especie de trapecio. Sus maldiciones habían adquirido ya la temperatura suficiente como para aminorar el frío de la noche.

Después, contra un cielo ligeramente menos cargado, libre de los árboles abrumadores, vio un bulto. Un bulto familiar. «¡Joder, un carro Sherman!»

Por supuesto. Probablemente se trataba de algún tributo de guerra, acorde con el tema del Memorial Park. Había seguido a aquellos cacharros a través de media Francia, refugiándose en su cuerpo a prueba de balas cuando su grupo se topaba con francotiradores.

Shag lanzó una risita ahogada. ¡A nadie iba a ocurrírsele cerrar con llave un viejo carro de combate!

Metió la botella en uno de los bolsillos interiores del abrigo y tanteó en busca de un sitio donde apoyar los pies. Ah. Listo. En cierta ocasión había estado en uno, sólo para verlo por dentro. Sí, así era como el cabo le había enseñado a entrar en aquel cacharro.

Su superficie comenzaba a tornarse resbaladiza con la helada, pero Shag consiguió llegar a lo alto, sintiéndose triunfante y. en cierto modo, un poco más joven de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Encontró la escotilla cerrada, pero no con candado. Estaba oxidada y casi sellada, pero tiró de ella con fuerza, recordando con toda claridad aquella remota experiencia. Por fin se abrió con un chirrido y Shag metió la cabeza en el negro agujero.

El interior olía tan mal como una celda..., aunque se trataba de un hedor diferente. Herrumbre, moho y orina... alguien debía de haberlo utilizado para eso no hacía mucho. Pero estaba vacío; y era un sitio privado. Frío, sí, pero podía envolverse en su buen abrigo y beberse su cuarto de litro de tokay hasta calentarse un poco los pies y las piernas helados. En noches más crudas que aquélla había dormido en sitios peores.

Se arrastró hasta el interior del tanque, y al final estuvo a punto de caerse. De todos modos, tenía demasiado frío como para notar los golpes: se acurrucó en un rinconcito y se envolvió en el abrigo. Le habían arrancado los asientos y los mandos, con lo que el mastodonte se había convertido en una cáscara vacía. Allí dentro hacía frío, era verdad, pero con sólo encontrarse al abrigo del viento y del hielo, ya empezaba a entrar en calor.

Con dificultad sacó la botella del bolsillo enredado del abrigo y fue sorbiendo con moderación. El alcohol no contribuía mucho a darle calor. Cerró los ojos. En el interior del viejo tanque se sentía casi como en casa.

Recordó que una vez, en Francia..., ¿había sido en un bosque? Quizá fuera en un bosque..., tirado debajo de un Sherman, cómodo como un pachá, mientras las balas y los fragmentos de metralla alemanes silbaban y arrancaban esquirlas del grueso metal. Entonces le había salvado la vida. Quizá el viejo trasto volviera a salvársela ahora. A su edad, no podía pedir demasiado.

Suspiró. Hacía mucho tiempo que no dormía en una cama de verdad. Entre sábanas limpias.... y después de haberse dado un baño caliente. Casi podía oír a su madre dando vueltas por la cocina, mientras preparaba la cafetera para la mañana siguiente. En cierta época había tenido todo aquello que cualquiera podía necesitar o desear..., no, todo lo que podía desear, no. Había deseado demasiado. Y obtenido demasiado.

Se volvió de lado, encogió las rodillas contra el vientre abultado. ¿Había sido la guerra? ¿Acaso él era uno de esos chalados que tardan toda la vida en manifestar sus síntomas? Había renunciado a su educación, un buen empleo, la promesa de una buena esposa, y quizá hasta de hijos. Por nada. Por una botella de escocés. Después, cuando el escocés se había vuelto demasiado costoso para su flaca cartera, una botella de whisky barato. Y ahora una botella de cualquier vino que estuviera de oferta en los supermercados.

Bebió otro sorbo. Se atragantó y tosió, y el sonido reverberó con ecos fantasmales en el interior irregular del tanque.

-¿Estás avergonzado de mí, viejo? -preguntó-. Me salvaste la vida..., y después te defraudé de mala manera. -Hipó y lanzó una risita tonta-. Perdona, se me ha escapado.

Se relajó lentamente a medida que el cuerpo se le fue calentando. No se dio cuenta de cuándo lo venció el sueño.

El Sherman se sacudía, subía y bajaba como un barco navegando con mar gruesa. Le resultaba difícil mantener los pies firmes y concentrarse en el bosque que flanqueaba la ruta que habían tomado. A la derecha se oían disparos... de armas de pequeño calibre. Un tiroteo limitado, de eso estaba seguro.

El carro se abrió paso a través de una arboleda medio destrozada por las descargas de artillería del día anterior. Tinsley, que estaba por debajo de él, a los mandos, le dio unos golpecitos en el tobillo.

-¿Ves algo? Los alemanes tienen que andar cerca. Los huelo. Mantén los ojos abiertos, ¿me oyes?

Dio un golpecito en la plancha del tanque a manera de respuesta. Desde allá abajo, Tinsley no lograba oír muy bien.

Avanzaban hacia una agrupación de infantería. Los hombres levantaron la mirada y sonrieron cuando el Sherman pasó pesadamente junto a ellos. Quizá fuera el grupo que se había refugiado alrededor de Gran Mamá el día anterior, después de haber sufrido el asalto de un puñado de francotiradores. Críos. Sólo críos. Al dejarlos atrás, notó que incluso después de semanas de combate, a la mayoría de ellos no le hacía falta afeitarse.

Les hizo la señal; ellos se rieron y se apartaron para dejar paso a la enorme máquina.

De la distancia les llegó el sonido de las armas pesadas. Ametralladoras..., sí. Entró en el tanque y aseguró la escotilla. Revisó su 76 mm, ensayando todas sus posiciones. Tendió la mano hacia abajo para indicar con golpecitos sobre el hombro de Tinsley el código privado.

-Prepárate. Nos estamos acercando.

El tanque que se encontraba más a la izquierda de la posición ocupada por ellos surgió a lo lejos y entró en su campo visual. Se oyó un tremendo «¡CRRUUMP!» y las llamas lo envolvieron.

Notó que el sudor que le bajaba por entre los omóplatos se le helaba. Buscó un objetivo desesperadamente, divisó algo que se movía, y disparó una ráfaga. De entre los arbustos donde había esperado emboscado, salió un hombre y cayó boca abajo..., pero ya lo habían dejado atrás, y no logró ver si se movía. Rodearon el tanque incendiado. Le llegó el olor del metal al rojo, de la gasolina quemándose... y de algo mucho peor. Lo apartó de su mente.

El bosque era ahora más espeso y aparecía surcado de pequeños arroyuelos. El Sherman hubo de realizar un esfuerzo para superar aquel terreno. Se sintió terriblemente expuesto, indefenso. De pronto, le entraron unas ganas tremendas de orinar, pero se controló; Tinsley jamás le habría perdonado que lo duchase de aquel modo.

A tumbos salieron de un claro y se internaron en un bosque en el que los árboles ardían. La artillería había hecho picadillo aquel lugar, y el suelo del bosque estaba sembrado de ramas y hojas caídas de los grandes árboles. El tanque se llenó de humo; tosió con fuerza y oyó que Tinsley hacía otro tanto.

A través del humo vio moverse algo que avanzaba hacia ellos. Disparó espasmódicamente, una y otra vez. Tenía el corazón frío y firme, pero sentía las manos demasiado ligeras para los brazos.

Bajaron por otra hondonada. Cuando comenzaban a ascender la cuesta para salir, se produjo un terrible sonido metálico seguido de un rugido. Se golpeó contra el costado del tanque y oyó un ruido de huesos rotos.

Todo quedó patas arriba. Su ametralladora apuntaba a las copas de los árboles. Tinsley había caído de lado, sin sentido. Anderson, que servía la otra ametralladora, estaba muerto o desmayado. El tanque aparecía inclinado de un modo inverosímil, y el motor no funcionaba. El rugido que lo había acompañado todo había cesado.

Pasó por encima de Tinsley y por debajo de Anderson. Se izó hasta la escotilla y la empujó hacia arriba. No logró moverla.

¡Dios santo! ¡Qué calor!

Oyó el cercano crepitar del fuego, dentro del tanque mismo o en el bosque de fuera. El metal estaba al rojo vivo, y el aire se había vuelto irrespirable de tanto humo. Golpeó contra la tapa de la escotilla hasta hacerse sangre. El humo había comenzado a filtrarse por los bordes.

-¡Socorro! -Los pulmones le ardían y tenía la garganta irritada-. ¡Socorro! ¡Estoy aquí dentro!

Se dejó caer en el interior del Sherman y le tomó el pulso a Tinsley. Estaba muerto. ¿Y Anderson? No, pero seguía inconsciente.

Volvió a subir, y gritó de nuevo; la cabeza le estallaba a causa de la presión, y la piel comenzaba a llenársele de ampollas y a pelársele.

- ¡Que me estoy cociendo vivo aquí dentro!

Su voz fue un murmullo apenas. Se dejó caer sobre el cuerpo de Tinsley, utilizándolo para protegerse del hirviente metal.

Sintió como si se derritiese. Literalmente, era como si el cuerpo se le derritiera; la piel se le aflojó, y la carne comenzó a burbujear con sus propios humores. El dolor no era tan grande como el miedo.

Tanteó a ciegas en busca del arma de Tinsley. Dio con ella.

Sin pensárselo dos veces, se metió el cañón del revólver en la boca y apretó el disparador.

Shag encogió las rodillas, el quejido que nacía en su garganta se apagó en un gorgoteo. En el instante fugaz que separa el sueño de la muerte, volvió a ver el Sherman, enorme y recio, con el bosque francés al fondo, que protegía su joven carne asustada.

Los ojos del anciano se abrieron, miraron la oscuridad con fijeza, y se vidriaron nada más abrirlos.

El olor a orina se acentuó en la vieja carcasa de metal oxidado. El hielo continuó con su tarea de volver a cerrar la escotilla de un modo firme y eficaz.

Y si la herrumbre la sellaba para siempre, ¿quién iba a interesarse..., o a quién podría importarle?

# *El escondite*

STEVE RASNIC TEM

*En su introducción a* Night Visions, *de 1984, el editor Alan Ryan observa muy oportunamente que «gran parte de las mejores obras» de los trabajadores de lo fantástico están constituidas por relatos, y añade que los lectores que asisten a convenciones sobre el tema suelen tener un mejor conocimiento de las narraciones cortas que los miembros del jurado.*

*Si esto es cierto porque los relatos representan mejor la obra de los escritores que las novelas (tal como Ryan sugiere) o porque las historias de terror tienden a ser creadas por escritores de talento que no trabajan exclusivamente en este oficio, por lo que pueden dedicarle más tiempo, hay un aspecto que sí está claro, y es que muchas de las listas en que se menciona a los mejores escritores vivientes de relatos de terror incluyen a Steve Rasnic Tem, el barbado poeta de Colorado.*

*A Tem no le llevó mucho tiempo lograr esta notoriedad. Atrae de inmediato la atención de su interlocutor con ideas, lugares y personas reconocibles; en su estilo reticente, trabaja con emociones identificables, y luego se interna en la fantasía de un modo tan sutil que el resultado suele parecer real y conmovedoramente aterrador. «El escondite» es una pequeña obra maestra que reúne todas estas características.*

Todas las casas en las que Jeniffer había vivido tenían un escondite. Un lugar secreto en el fondo de un armario, o detrás de una puerta, o debajo de un porche. Un lugar donde los pensamientos eran privados y donde se podía ser lo que una más deseara.

Jeniffer pensaba que quizá todas las casas venían así. O mejor aún, quizá bastaba con que una se inventase los escondites porque era necesario tenerlos, y eso los hacía aparecer. Como la magia.

Jeniffer nunca había entrado en ninguno de los escondites de ninguna de las muchas casas en las que había vivido. Siempre tuvo demasiado miedo.

Lo que sí hacía era meterse dentro de sí misma y soñar en cómo sería todo dentro de aquellos escondites. Los sueños no siempre eran bonitos.

En esta casa, el escondite estaba debajo del porche de ladrillos, en el frío extremo norte, junto a un arbusto, donde nunca iba nadie, ni siquiera sus padres. Su mamá decía que la tierra era demasiado mala como para poner allí un parterre de flores. El agujero se había formado al faltar cinco o seis ladrillos. Era la única abertura debajo del porche, todo lo demás era puro ladrillo. Jeniffer alcanzaba a ver la tierra negra de dentro, y si se colocaba a pocos metros de distancia, que era todo lo más que llegaba a acercarse al escondite, veía un viejo zapato enmohecido, y un poco más adentro, una botella de color marrón.

Aquélla era su duodécima casa, suya y de su mamá; había tenido más casas que años llevaba cumplidos. Esta vez tenía un papá, y no sólo el novio de mamá, y ésta le había prometido que le duraría. No estaba mal, pero, a veces, era un poco gruñón, aunque también le leía cuentos y la llevaba de paseo y le decía que la quería, pero se lo decía de verdad. Ninguno de los anteriores se lo había dicho nunca.

Ella estaba crecida para su edad. Y quizá fuera un pelín regordeta («mi gordita», la llamaba su nuevo papá, y se reía). Y era más alta que todos los niños de su clase. «De huesos grandes», había dicho su nueva abuela, y le había dado una galleta de chocolate y un poco de leche. A su nuevo papá no le gustó aquello. Dijo que de aquella manera no se hacía más que contribuir a que comiese demasiado.

Según su nuevo papá, estaba bien ser más grande que los demás niños, pero de todos modos le hacía correr todo el tiempo. Y le hacía tomar clases. Y le obligaba a ponerse una ropa que no le hiciese parecer tan grande.

Decía que se preocupaba por ella y eso estaba bien. Pero a su nuevo papá no le gustaba que estuviese gorda. Ella lo notaba. Su mamá se pasaba la vida diciendo que estaba gorda porque era haragana y porque su aspecto le daba igual. Y a su nuevo papá no le gustaba que su mamá le dijese esas cosas, pero la cuestión era que siempre se las había dicho, de modo que Jeniffer no creía que fuese a dejar de hacerlo.

Además, a Jeniffer todo aquello ya no le fastidiaba tanto como antes. Al menos, no demasiado. Se acostaba en la cama y se imaginaba que se encontraba en el escondite. Se imaginaba cómo era estar en el interior del escondite. Se imaginaba que en él había un perrito al que podía mimar. Se imaginaba un montón de tebeos y de batidos cubiertos de helado, como los de la tele. También pensaba en un paquete de galletas, y veía el escondite lleno de flores aunque fuese oscuro y la tierra no sirviera para sembrar nada.

A pesar de todo, la mayor parte de las cosas que se imaginaba eran malas; víboras y lagartos con lenguas enormes, escarabajos negros y larvas blancas que comían cosas muertas y putrefactas, y ropa interior vieja, y cosas tan horribles que no podía nombrar y que se retorcían, ahondaban en la tierra y llegaban al fondo del escondite.

Pensaba que tal vez fuese malo que imaginara esas cosas, pero no podía evitarlo, se le ocurrían. Además, al imaginárselas, se sentía un poco mejor; y le parecía extraño y malo que fuera así. Tal vez todo ocurriese porque ella era muy, pero que muy mala.

Sin embargo, nunca entraría en un escondite. En ninguno de ellos. Tenía mucho, mucho miedo. Podía ocurrirle algo por hacer todas esas cosas feas. Tal vez -y le costaba mucho pensar en ello-, tal vez si se metía en uno, se transformaría en algo horrible. Por eso, nunca entraría en ninguno. Se conformaría con imaginárselo.

Además de ser grande para su edad, tenía otro problema más: Robert. Robert tenía cinco años. Robert era su nuevo hermanito.

Hacía mucho tiempo, el nuevo papá de Jeniffer había tenido otra esposa, y Robert era su hijito. Después, la otra esposa hizo algo muy, pero que muy malo, y por eso ya no vivía más

en aquella casa- Robert ya no era un bebé. A Jeniffer le gustaban los bebés; los bebés eran monos. Robert era el hijo de su nuevo papá, y su nuevo hermanito.

El nuevo papá de Jeniffer quería mucho a Robert.

Eso estaba bien. Se suponía que tenía que quererlo. Porque era un buen papá.

El problema estaba en que Robert era demasiado pequeño para que resultara divertido. Y cada vez que su nuevo papá quería llevarla a ella a algún sitio, el pequeño Robert quería ir también. Y su nuevo papá terminaba siempre cediendo.

Y su nuevo papá no hacía más que repetirle que no le gritara a Robert, o impedía que lo sacara a empujones cuando se metía en sus cosas. Su nuevo papá no cesaba de recordarle que ella no se daba cuenta de lo grande que era, y que podía lastimarle. A eso le llamaba «chulear». Jeniffer no lo entendía. Robert se pasaba todo el rato haciéndola enfadar, y ella no quería que la hiciera enfadar. La asustaba estar enfadada.

Su mamá siempre decía que tenía muy mal carácter.

Hoy Robert quería jugar con ella un poco más. Quería que lo llevase afuera.

-¡Jubemos a los soldados! -repetía a gritos.

Jeniffer se lo quedó mirando. Era muy mono cuando se entusiasmaba tanto con algo. Y a veces, a ella le gustaba de verdad jugar con él. Su nuevo papá decía que Robert «la respetaba». Y eso le parecía bonito.

Pero él era demasiado pequeño para ella. Y ella no tenía ganas de jugar afuera.

- ¡Jubemos a los soldados! -chilló él.

-¡Calla! ¡Que nos meterás en líos!

-¡Le contaré a papá que me... que me has pegado! Robert pareció muy contento de haber dicho aquello.

-Me parece que no se lo creerá.

-Mamá, sí.

Jeniffer supuso que el pequeñajo tenía razón. Y en aquel preciso momento entró su mamá.

-¿Qué ocurre aquí?

Su mamá tenía cara de haberse levantado de la cama hacía muy poco. Llevaba el cabello como sucio. A Jeniffer le parecía que su mamá ya no era guapa. Y eso hacía que Jeniffer se preguntara por qué su mamá se pasaba todo el rato diciéndole a ella que tenía mal aspecto.

Robert se mostró muy triste. Era muy bueno haciéndose el triste.

-Jeniffer no quere jubar conmigo.

-Sal y juega con él, Jeniffer.

-Pero, mamá...

-Haz lo que te digo. Es mejor que salgáis a que estéis aquí dentro peleándoos a gritos y despertándome.

Y así, Robert salió corriendo y Jeniffer lo siguió, mientras trataba de no decir nada. Pero entonces Robert corrió hacia el extremo norte de la casa.

Jeniffer sintió un dolor en el pecho.

-¡No vayas hacia allí! -gritó tan fuerte que Robert se detuvo y se volvió a mirarla. Parecía sorprendido y un poco asustado-. Juguemos en otra parte, Robert.

Robert la miró durante un ratito.

-¡No me da la gana! -contestó luego. Y a continuación se volvió y siguió corriendo hacia aquel lado de la casa.

-¡Robert!

Y de pronto, Jeniffer echó a correr también hacia aquel lado de la casa.

Al doblar la esquina, se encontró a Robert agachado delante del agujero.

-¡No, Robert!

El niño se volvió y se la quedó mirando.

-El bujero no es tuyo -dijo él-. Papá y yo ya teníamos esta casa antes que tú vinieras.

Jeniffer volvió a sentir un dolor en el pecho. Por unos momentos le costó respirar. Observó con los ojos muy abiertos que Robert empezaba a meterse en el agujero.

-¡No entres ahí!

El niño se detuvo y volvió la cabeza.

-¡Que el bujero no es tuyo!

Jeniffer quiso explicarle que aquél era su lugar, su lugar secreto, el que se había hecho porque se lo imaginaba y porque pensaba en él y que conocía las cosas que podían esconderse allí. Pero que no se animaba a meterse en el agujero, que tenía mucho miedo. Entonces, ¿cómo iba a ser de ella?

-Es peligroso.

Fue lo único que se le ocurrió decirle. Robert pareció un poco preocupado.

-¿Y por qué?

-Porque ahí dentro hay cosas, bichos. Y..., y otras cosas con patas largas y finitas con las que te agarrarán.

Se echó a temblar al decirlo. En la cabeza comenzaron a formársele imágenes, pero intentó apartarlas.

Robert la miró con los labios fruncidos en un puchero. Y si no hubiera estado tan enfadada con él, hasta hubiese podido parecerle mono.

-No te creo -dijo Robert-. Es mentira.

-No, es la verdad.

-Eres una mentirosa y Dios no quiere a los mentirosos. ¡Los quema!

Y cada vez había más imágenes que luchaban por meterse en la cabeza de Jeniffer. Ella siguió mirando a Robert con todas sus fuerzas, y pensando en que era su hermanito, y en todas las veces que había sido bueno con ella. Pero las imágenes se hacían más y más fuertes.

-¡Está bien, me importa un pito que entres!

Y se lo gritó tan de prisa, que ni siquiera se dio cuenta de que iba a decírselo. Robert se encontraba ya medio metido en el agujero cuando Jeniffer creyó conveniente retirar lo dicho.

-¡No, Robert, vuelve, no entres!

Y era tal el susto que tenía, que dejó que las lágrimas le entraran todas de golpe en la cabeza.

Y una fina línea cavó sobre la espalda de Robert, seguida de otra, y después de otra. Jeniffer logró ver cómo su pequeña camiseta amarilla se abultaba en los sitios donde las líneas, las patas, hacían presión.

Robert había empezado a gritar cuando la última pata alargada se le enroscó alrededor del trasero y terminó de entrarlo de un tirón. Y después, ya no gritó más.

Jeniffer se dio la vuelta y echó a correr.

Nunca encontraron a Robert. Al final, la policía llegó a la conclusión de que la otra esposa de su nuevo papá había ido hasta allí y se lo había llevado, por eso ordenaron su búsqueda. Pero nadie sabía dónde estaba. Jeniffer les contó a todos que estaba en el patio de atrás cuando Robert se fue corriendo a la parte de delante. Y que ésa fue la última vez que lo vio.

Su nuevo papá se puso muy triste. A veces, tenía a Jeniffer sentadita durante un largo rato sobre su regazo, y la abrazaba muy, muy fuerte, sin decir nada.

Su mamá la miraba y nada más. Pero al menos ya no comentaba cosas feas de ella. Sólo una vez le dijo muy. muy bajito:

-A éste también acabarás espantándomelo, ¿verdad? Jeniffer no entendió muy bien qué había querido decir con aquello. Jeniffer sabía que era mala por dentro. En la cabeza tenía las imágenes de su maldad. Eran muy, pero muy feas: horribles.

Por eso nunca entraba en ningún escondite. Porque en los escondites guardaba toda su maldad para que nadie la viera.

Cómo echaba de menos a Robert. Su hermanito le había gustado mucho, más de lo que ella imaginara. Después de todo, era el único hermanito que había tenido. Y tal vez hasta había llegado a querer a Robert: pero después decidió que ella no tenía ni idea de lo que eso significaba.

Pronto debería visitar el escondite. Igual que Robert. Igual que Robert, iba a tener que entrar en el escondite.

# *Un viaje muy breve*

THOMAS F. MONTELEONE

*No es cuestión de fastidiar a los escépticos, pero Tom Monteleone es uno de los cinco escritores cuyas obras se incluyen en esta antología, nacido bajo el signo de Aries. Quizá sean más; no sé muy bien de qué signo son Campbell o Bensink, aunque me consta que tienen mucho talento, que es el criterio que cuenta. Los dos signos que siguen, y que tienen más representantes, son Escorpio y Piscis. Yo soy uno de los cinco de Aries y estoy casado con una Escorpio; John Maclay y Jim Kisner, que también son editores, son de mi mismo signo. Que el lector saque las conclusiones que crea pertinentes.*

*Monteleone, ex secretario de SFWA, es un hombre prolífico, emprendedor* y *versátil. A los cuarenta años, ya ha publicado una docena de novelas, incluidas la popular* Night Train, *y* Lyrica, *de reciente edición. Tom ha editado dos antologías, dos de sus obras teatrales han sido producidas en plan profesional y, al igual que Maclay, Kisner, Jim Herbert y un servidor, tiene dos hijos.*

*Además, ha escrito dos guiones para películas. Y tiene un par de novelas más en preparación. Impresionante, ¿no?*

*«Un viaje muy breve» es un relato tan extraño como la realidad, y mucho más frío...*

Todo empezó con un juramento, aunque de tono moderado.

-¡Maldición! -exclamó la abuela desde la cocina. Cuando Alan, de diez años, oyó que maldecía, supo que la cosa era grave.

El abuelo bajó el periódico de Dubuque que tenía delante de los ojos y le preguntó:

-¿Qué ocurre?

-Se me ha acabado la mantequilla para el pastel..., si queréis un buen postre para la cena de Navidad, tendréis que ir al pueblo a traerme más.

-¿Con esta tormenta de nieve? -inquirió el abuelo.

La abuela no contestó. El abuelo se limitó a suspirar mientras dejaba el periódico, y se dirigió al armario del vestíbulo arrastrando los pies.

Alan lo observó mientras abría la puerta y sacaba las botas de nieve, un raído sombrero de pana, y una chaqueta Mackinaw de cuadros escoceses rojos y negros.

Se volvió y lanzó una melancólica mirada a Alan, quien, sentado en el suelo, veía un partido de fútbol sin demasiado interés.

-Alan, ¿quieres salir a dar una vuelta?

-¿Al pueblo?

-Sí. Eso me temo.

-¿Con esta tempestad?

El abuelo suspiró, lanzó una mirada furtiva hacia la cocina.

-Aja -repuso.

- ¡Sí! Será muy divertido.

Alan corrió hacia el armario, sacó unas pesadas botas recubiertas de goma, un gorro de punto y una bufanda. Luego se puso el abrigo de piel con capucha y relleno de pluma de ganso que su mamá había comprado por catálogo en L. L. Bean. Allí, en Iowa, todo era tan «distinto».

-Llevo cuarenta y dos años con esa mujer y todavía no sé cómo piensa que puede...

El abuelo acababa de cerrar tras ellos la puerta que daba al porche. Mascullaba todavía cuando se enfrentó a la punzante bofetada del viento decembrino, al mordisco de los copos de nieve, duros como el hielo, que le atacaban las mejillas. Alan había oído por la radio que si aquello no paraba en toda la noche, a la mañana siguiente, la nieve lo habría cubierto todo hasta los tejados.

El abuelo bajó al sendero que conducía al garaje y que habían limpiado con las palas. Ya había empezado a cubrirse y pronto habría que volver a limpiarlo.

El efecto hipnótico de la nieve fascinaba a Alan.

-Abuelo, ¿siempre hay tormentas como ésta?

-Así de fuertes, más o menos una vez al mes.

El abuelo tendió la mano hacia la puerta del garaje y la hizo deslizarse por los rieles de muelles. Sacudió la cabeza y se echó a temblar al recibir una ráfaga helada.

-Yo no sé qué opinarás tú, pero ahora mismo preferiría estar en ese crucero con tus padres.

-¡Ni hablar! ¡Ésta será mi primera Navidad de verdad!

-¿Por qué? ¿Porque es una Navidad «blanca»? El abuelo lanzó una risita ahogada al abrir la puerta del Scout de tracción a las cuatro ruedas y subió.

-Claro -repuso Alan-. ¿Nunca has oído la canción? El abuelo sonrió y repuso:

-Bueno, creo haberla escuchado un par de veces...

-Pues eso es lo que quiero decir. En Los Ángeles, nunca parece Navidad, ni siquiera en Navidad.

Alan subió de un salto al Scout y cerró de un portazo. El temporal de nieve los esperaba.

El abuelo se dirigió despacio desde el sendero hasta la carretera Catorce A. Alan miró hacia la lejanía y al ver el llano paisaje con las demás granjas se sintió desorientado. No lograba distinguir dónde terminaba la tierra nevada y dónde empezaba el blanco del cielo. Cuando el Scout avanzó con un bandazo hacia el camino principal, dio la impresión de que estuviesen circulando sobre una crujiente hoja de papel blanco, sobre la blanca nada.

«Daba miedo -pensó Alan-. Tanto miedo como conducir en noche cerrada.»

-¡Sí que ha ido a buscar un buen momento para quedarse sin un ingrediente para la dichosa tarta! Fíjate, Alan. Será una nevada con todas las de la ley.

Alan asintió, y preguntó:

-Abuelo, ¿cómo sabes por dónde vas?

El anciano lanzó un gruñido.

-Es que he recorrido esta ruta un millón de veces, hijo -contesto-. ¡He vivido aquí toda mi vida! No iba a perderme ahora. Pero, Dios santo, qué frío hace. Espero que la calefacción empiece a funcionar pronto...

Siguieron adelante en silencio salvo por los crujidos que los neumáticos arrancaban a la nieve y por el *flap, flap* de las escobillas del limpia-parabrisas al tratar de quitar los duros copos que golpeaban el cristal. Las salidas de la calefacción todavía distribuían aire frío en el habitáculo, y el aliento de Alan se helaba en cuanto lo exhalaba.

Se imaginó que eran exploradores en un planeta lejano, un mundo alienígena de hielo y vientos eternamente congelados. Se trataba de una aventura instantánea del tipo que sólo puede formarse en las mentes de niños imaginativos de diez años. En la tempestad se formaban criaturas: unas cosas enormes, blancas, colosales. Cosas pálidas, con aspecto de reptil y ojos malvados. Alan entornó los párpados y miró a través del parabrisas, mientras se preparaba en la cúpula blindada de la ametralladora por si alguna de esas «cosas» los atacaba. La reventaría con sus cañones láser...

¿Qué rayos será eso? -masculló el abuelo.

De repente. Alan salió de su mundo de fantasía y miró más allá de los limpiaparabrisas. En el centro de la blanca nada había una silueta negra. A medida que el Scout avanzaba por el camino invisible, acercándose al objeto contrastado, éste se fue haciendo más claro y definido.

Era un hombre. Estaba de pie junto a lo que parecía el costado del camino, y hacía señas al abuelo con la mano enguantada.

El abuelo frenó despacio, detuvo el Scout y se inclinó hacia su derecha para abrir la puerta. La nieve entró en el vehículo, precediendo al forastero, y se clavó en las ropas de Alan como un cuchillo helado.

-¿Hacia dónde va? -gritó el abuelo por encima del aullido del viento-. Yo me dirijo al pueblo...

-Ya me vale -repuso el forastero.

Alan lo miró de reojo cuando subió y se sentó en el asiento trasero. Llevaba una americana fina que le estaba demasiado grande, como las prendas raídas de un espantapájaros. Al cuello llevaba enrollada firmemente una bufanda negra y un pasamontañas azul le cubría el rostro debajo de un sombrero de ala flexible. A Alan no le gustó nada no poder verle el rostro al forastero.

-¡Ahí fuera hace un frío de mil demonios! -comentó el hombre al tiempo que palmeteaba con las manos enguantadas. Entonces lanzó una risita y añadió-: Vaya expresión tan cómica, ¿no? ¡Un frío de mil demonios! No tiene mucho sentido, desde luego. Pero la gente sigue utilizándola, ¿verdad?

-Eso parece -dijo el abuelo mientras metía la primera y reanudaba la marcha.

Alan echó un vistazo al anciano, que parecía una versión de su padre en viejo, y creyó ver que en su rostro arrugado se formaba una expresión preocupada, si no aprensiva.

-La cuestión es que no tiene gracia... -dijo el forastero, bajando un poco la voz-. Todo el mundo se cree que los demonios viven en el infierno, y que el infierno es un sitio «caliente», pero no tiene por qué serlo, ¿sabe?

-Lo cierto es que nunca se me había ocurrido pensarlo -admitió el abuelo, manipulando los mandos de la calefacción.

Hacía mucho frío, pensó Alan. Y daba la impresión de que aquel trasto no quería funcionar.

El niño se echó a temblar sin estar muy seguro si era por la falta de calor o por las palabras y la voz del forastero.

-Por cierto, tiene más sentido pensar en el infierno como un sitio lleno de todo tipo de dolores «diferentes». Lo que quiero decir es que el fuego es tan poco imaginativo, ¿no le parece? En cambio el frío.... algo tan frío como ese viento de ahí fuera podría ser igual de malo. ¿verdad?

El hombre que iba en el asiento posterior lanzó una risita ahogada debajo del pasamontañas. A Alan no le gustó aquel sonido.

El abuelo se aclaró la garganta y fingió toser.

-Lo cierto es que tampoco se me había ocurrido pensar en eso -dijo concentrándose en el camino cubierto de nieve.

Alan observó el rostro de su abuelo y logró ver la inestabilidad reflejada en sus ojos. Era la mirada del miedo, que iba creciendo poco a poco.

-Quizá debería pensar... -comenzó a decir el forastero.

-¿Porqué? -intervino Alan-. ¿Qué quiere decir con eso?

-Es lógico que un demonio se encuentre cómodo en cualquier tipo de elemento, con tal de que éste sea extremado y cruel.

Alan intentó aclararse la garganta pero no pudo. Tenía una especie de nudo que se negaba a disolverse por más que tragara.

El forastero volvió a lanzar una risita ahogada.

-Claro que me estoy apartando del tema... -dijo-. Hablábamos de figuras del lenguaje, ¿no?

-Aquí el único que habla es usted -contestó el abuelo. El forastero asintió.

-En realidad, «frío como un sepulcro» sería una expresión más adecuada.

-Bajo tierra no hace tanto frío -terció Alan, a la defensiva.

-Vaya, hombre, ¿y tú cómo lo sabes? -inquirió despacio el forastero-. Nunca has estado en un sepulcro..., al menos de momento.

-j Deje ya de decir tantas tonterías, hombre! -ordenó el abuelo. Su voz sonó dura, pero bajo la delgada capa de sus palabras. Alan detectó el miedo.

El niño observó a su abuelo y luego al forastero. Y cuando sus ojos se clavaron en los que asomaban bajo la protección del pasamontañas, sintió como si un punzón para romper hielo le recorriera la espalda. Había algo en los ojos del forastero, algo oscuro que parecía acechar y corcovear violentamente en el fondo.

Una risita sombría surgió del asiento trasero.

-¿Que digo tonterías? - inquirió el forastero-. Pero ¿qué es tonto y qué es serio en el mundo de hoy? ¿Quién puede establecer la diferencia? ¡Misiles y conferencias en la cumbre! ¡Vampiros y ajos! ¡Hambre y epidemias! ¡Lunas llenas y maníacos!

El hombre sombrío fue escupiendo aquella andanada de palabras que a Alan le produjeron más frío que el aire helado que despedía el ventilador de la calefacción. Apartó la mirada e intentó contener el temblor que se apoderaba de él.

-¿Adonde ha dicho que iba usted? -preguntó el abuelo mientras levantaba despacio el pie del acelerador.

-No lo he dicho.

-Pues será mejor que lo haga... ahora mismo.

-¿Acaso detecto un asomo de hostilidad en su voz? ¿O es otra cosa?

Y volvió a emitir aquella risita gutural, susurrada.

Alan fijó la vista en el blanco panorama del frente. Pero no se perdía palabra de la conversación entre el sombrío forastero y su abuelo, quien, de pronto, había adquirido las proporciones de un campeón. Escuchaba, pero no era capaz de volverse para mirar atrás. Entonces sintió que el temor se apoderaba de él. Una garra retorcida y alargada surgía de la oscuridad de su mente y se aferraba a él con una terrible certeza.

El abuelo frenó con cierta brusquedad; la tracción a las cuatro ruedas del Scout no logró impedir que el vehículo derrapara hacia la derecha y fuese a chocar contra un montículo de nieve. Alan miró a su abuelo mientras éste se volvía y observaba al forastero.

-Oiga, hombre, no sé qué juego se trae entre manos, pero no lo encuentro tan divertido como usted... Y, además, no me gusta la forma en que responde a nuestra hospitalidad.

El abuelo lanzó una mirada furibunda al hombre del asiento trasero, y Alan vio reflejarse el valor en los ojos del anciano. Eso fue lo que le infundió fuerzas para darse la vuelta y enfrentarse al forastero.

-Sólo pretendía conversar -repuso el hombre con voz de terciopelo. Alan tuvo la impresión de que el forastero podía cambiar el tono de voz a su antojo, que podía modularla de cualquier manera. El hombre del pasamontañas era como un ventrílocuo, un mago quizá...

-Pues bien -dijo el abuelo-, para serle sincero, su conversación me tiene ya bastante harto, de modo que, ¿por qué no se apea aquí mismo?

Los ojos parapetados tras el pasamontañas pasaron velozmente del abuelo a Alan una, dos veces.

-Ya. Comprendo... -murmuró la voz-. No más tonterías, ¿eh? El forastero se inclinó hacia adelante y puso una mano enguantada en el respaldo del asiento de Alan. La mano rozó casi el abrigo del niño, que se apartó, porque no quería que el forastero le tocase. Notó cierta acidez en el estómago.

-Muy bien -dijo el hombre, sombrío-. Por ahora los dejaré..., pero permítame un último comentario.

-Preferiría que se lo guardase -repuso el abuelo, al tiempo que el hombre abría la portezuela de atrás.

- Pues me escuchará...

Otra risa suave y el forastero ya se encontraba al borde del camino, rodeado por la ventisca de nieve. Detrás del pasamontañas, los ojos iban del abuelo a Alan y de vuelta al abuelo.

-Verá usted, estamos aquí para un viaje muy breve... y la noche se hace cada vez más fría.

Los ojos del abuelo se abrieron de manera desmesurada cuando las palabras entraron despacio en el interior del vehículo, mezcladas con los remolinos de viento frío. Aceleró a fondo y se despidió:

-Adiós, señor...

El Scout avanzó con tanta fuerza que dio un bandazo en la nieve;
Alan no tuvo necesidad de cerrar la portezuela porque ésta se cerró sola por la fuerza de la aceleración.

Al mirar atrás. Alan vio que el forastero se transformaba rápidamente en una manchita negra en el blanco muro que tenía a su espalda.

-¡Con toda la gente que anda por el mundo necesitada de favores, tenía que ir a recoger a ese chalado! -El abuelo miró a Alan con una sonrisa forzada y luego, juguetón, le dio unos golpecitos en el brazo-. Ya no hay que preocuparse, pequeño. Se quedó allá atrás y despareció.

-¿Quién te parece que podía ser?

-Pues un loco, hijo. Un chalado. Cuando seas mayor, te darás cuenta de que el mundo está lleno de gente extraña.

-¿Tú crees que seguirá allí, en el camino, cuando volvamos? El abuelo miró a Alan y trató de sonreír. Le costó un gran esfuerzo conseguirlo, pero la mueca que esbozó no se pareció en nada a una sonrisa de verdad.

-Le tenías miedo, ¿no es así? Alan asintió y preguntó a su vez:

-¿A ti no te daba miedo?

El abuelo tardó en responder. La verdad es que parecía asustado.

-Bueno, supongo que un poco -admitió al fin-. Pero he conocido a otros tipos así. Me parece que, tarde o temprano, todo el mundo acaba encontrándose con un fulano así.

-¿De veras?

Alan no entendió muy bien a qué se refería su abuelo.

El abuelo miraba adelante y de pronto dijo:

-Mira, ahí está la tienda...

Después de aparcar, el abuelo entró corriendo en el Food-A-Rama a comprar medio kilo de mantequilla mientras Alan se quedaba en el vehículo con el motor en marcha, el ventilador de la calefacción aullando y las puertas cerradas. Al mirar hacia afuera, a los remolinos de nieve. Alan apenas logró diferenciar un copo de otro. Las ventanillas del Scout eran como blancas hojas de papel por las que Alan no lograba ver «nada».

De pronto, en el lado del conductor apareció una negra silueta, y el tirador produjo un sonido seco. El seguro saltó hacia arriba y apareció el abuelo: llevaba en la mano una bolsita de papel marrón.

-¡Chico, aquí fuera sopla una que no veas! ¡Esa mujer ha elegido bien el momento para enviarnos a un recado!

-Parece que ha empeorado -comentó Alan.

-Bueno, puede que no -dijo el abuelo, mientras metía la primera-, Está anocheciendo. Cuando oscurezca, la nevada no será tan fuerte.

Regresaron por la carretera Veintiocho, que al cabo de un trecho describía una curva y cruzaba la Catorce A. Alan manipuló los mandos de la calefacción y, por fin, el habitáculo comenzó a caldearse un poco. Se sintió mejor, pero no lograba quitarse de la cabeza la voz del forastero.

-Abuelo, ¿qué quiso decir ese hombre con eso de que estamos aquí para un viaje muy breve? ¿Y con eso otro de que la noche es cada vez más fría?

-No lo sé muy bien, Alan. No olvides que es un chalado. Lo más probable es que ni él mismo sepa qué quiso decir...

-La verdad es que todo lo que decía daba mucho miedo, ¿no?

-Sí, supongo -admitió el abuelo mientras giraba el volante para tomar un cruce-. Ya estamos en la Catorce A. ¡Muy cerca de casa, pequeño! ¡Espero que tu abuela haya echado mucha leña al fuego!

El Scout avanzó por el camino nevado hasta que llegaron al buzón de brillante color anaranjado que indicaba la entrada a la granja del abuelo. Alan respiró con lentitud y sintió que el alivio le invadía los huesos. No había querido contárselo a su abuelo, pero el blanco de la tormenta y el frío intenso le habían afectado y tenía un terrible dolor de cabeza, quizá de tanto forzar los ojos.

-¿Pero qué rayos... ?

El abuelo se interrumpió y disminuyó la velocidad al ver que en las roderas cubiertas de nieve del sendero de entrada se erguía una silueta alta y delgada.

-Abuelo, es él... -dijo Alan con un hilo de voz.

El hombre sombrío se hizo a un lado cuando el Scout se le acercó. Con rabia, el abuelo bajó el cristal de la ventanilla y dejó que la nieve entrara en el vehículo. Por encima del aullido del viento le gritó al forastero:

-¡Habrase visto descaro, venir hasta mi casa! Los ojos parapeteados tras el pasamontañas se volvieron más negros, y no parpadearon.

-No tenía muchas alternativas -repuso la voz «camaleónica». El abuelo quitó el seguro a la puerta y descendió para enfrentarse al hombre.

-¿Qué insinúa usted con eso?

Una risa suave se abrió paso entre el ulular del viento.

-¡Vamos! Usted sabe muy bien quién soy.... y por qué estoy aquí. Aquellas palabras detuvieron en seco al abuelo. Alan notó que el rostro del anciano palidecía de pronto. El abuelo asintió.

-Puede ser -aceptó-, pero nunca pensé que sería de este modo...

-Existen infinidad de modos -le explicó el forastero-. Discúlpeme, pero hágase a un lado...

-¿Cómo? -el abuelo parecía asombrado.

Alan se había bajado del Scout y estaba de pie, detrás de los dos hombres. Notó que en la garganta de su abuelo anidaba un terror genuino, presintió el temor en su voz temblorosa. Sin darse cuenta, Alan comenzó a alejarse del Scout. La cabeza le latía como si en ella golpeara un martillo neumático.

-¿Es mi mujer? -preguntó el abuelo con un hilo de voz.

El hombre sombrío negó con la cabeza.

El abuelo lanzó un fuerte gemido que se convirtió en palabras:

-¡No! ¡El no! ¡No puede decirlo en serio!

-Aneurisma... -sentenció la voz terriblemente suave desde detrás del pasamontañas.

De repente, el abuelo aferró al forastero por el hombro y lo obligó a volverse para mirarlo de frente.

-¡No! -gritó, crispado-. ¡A mí! ¡Lléveme a mí!

-No puedo -respondió el hombre.

-Abuelo, ¿qué pasa?

Alan comenzaba a sentirse mareado. Los martillazos que sentía en la cabeza se habían convertido en un fuego devorador. Le dolía tanto que sintió ganas de gritar.

-¡Sí puede! -aulló el abuelo-. ¡Yo sé que puede! Alan vio que el abuelo alargaba la mano y se aferraba al pasamontañas del hombre alto y delgado. En cuanto lo tocó se deshizo en pedazos y cayó debajo del sombrero de ala flexible. Por un instante. Alan vio, o al menos creyó ver, que debajo del pasamontañas no había «nada». Fue como mirar fijamente un cielo nocturno y de pronto darse cuenta de la infinidad, de la eternidad de todo. Para Alan, aquello ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, y luego, por otro momento, vio unas arrugas blancas, angulares, y las cuencas de los ojos negras y vacías.

La nieve se arremolinaba a su alrededor; de pronto, el abuelo comenzó a forcejear con el hombre, y entonces el dolor de cabeza casi lo cegó. Alan lanzó un grito cuando el hombre rodeó a su abuelo con sus largos brazos delgados; por un instante fue como si los dos se hubiesen puesto a bailar en la nieve.

-¡Corre; pequeño! -le gritó el abuelo.

Alan se dirigió hacia la casa, luego se volvió para mirar atrás y vio que el abuelo se desplomaba sobre la nieve. El hombre alto y sombrío había desaparecido.

-¡Abuelo!

Alan corrió junto al anciano, que yacía boca arriba, con los ojos vidriosos mirando fijamente la tormenta.

-Llama a tu abuela.... de prisa -le ordenó el anciano-. Es el corazón.

-No te mueras, abuelo..., ¡ahora no!

Alan estaba desesperado, no sabía qué hacer. Quería pedir ayuda, pero no quería dejar a su abuelo en medio de aquella tormenta.

-No hay alternativa -dijo el anciano-. Un trato es un trato. Alan miró a su abuelo, intrigado al máximo.

-¿Cómo?

El abuelo dio un respingo cuando un nuevo dolor le taladró el pecho.

-Ya no importa...

El anciano cerró los ojos y exhaló su último suspiro.

Los copos de nieve se posaron bailoteando sobre su rostro, y, en ese momento. Alan descubrió que su dolor de cabeza había desaparecido, igual que el hombre sombrío.

# *Talentos ocultos*

RICHARD MATHESON

*En* He is Legend, *tributo a Dick Matheson «compilado por Mark Rathbun y Graeme Flanagan», el primero comentó que el autor de* Soy leyenda, Hell House *y la serie* Shock *había dicho que «resulta fácil disuadirle» para que no acabe un trabajo que tiene en marcha:* «*... una o dos personas lo rechazarán, y yo me doy por vencido...». Es una pena.*
*En el encantador folleto de Rathbun y Flanagan, Ray Bradbury dice:*
*«Richard Matheson merece que le dediquemos nuestro tiempo, nuestra atención y un gran cariño», mientras que Robert Bloch sostiene que Matheson «nos ha enriquecido a todos».*

*Y sigue haciéndolo en el relato que se inserta a continuación, una obra original, de una extraña inquietud, que al lector le costará olvidar. Su protagonista lleva el tema de los deportes hasta límites diabólicos.*

Un hombre, vestido con un traje negro y arrugado, entró en el recinto de la feria. Era alto y delgado, y tenía la piel del color del cuero puesto a secar. Debajo de la chaqueta llevaba una desteñida camisa deportiva negra, de rayas amarillas. Tenía el cabello negro y grasiento, con raya en medio, y peinado hacia atrás sobre ambos lados. Sus ojos eran de un azul pálido. El rostro carecía de expresión. A pesar de los treinta y nueve grados al sol, no transpiraba.

Se dirigió a uno de los tenderetes y observó a la gente que intentaba lanzar pelotas de ping-pong al interior de decenas de peceras dispuestas sobre una mesa. Un hombre gordo, con un sombrero de paja, agitaba un bastón de bambú en la mano derecha y no cesaba de decirle a todo el mundo lo fácil que era.

-¡Prueben suerte! -gritaba-. ¡Elévense un premio! ¡Es muy fácil!

Entre los labios llevaba un cigarrillo apagado, a medio fumar, y al hablar, lo desplazaba de una comisura de la boca a la otra.

El hombre alto, del traje negro y arrugado, permaneció un rato observando. Ninguno de los presentes lograba meter ni una pelota de ping-pong en las peceras. Algunos trataban de lanzar las pelotas dentro. Otros intentaban hacerlas rebotar antes en la mesa. Pero nadie tenía suerte.

Al cabo de siete minutos, el hombre del traje negro se abrió paso por entre el gentío hasta quedar delante del tenderete. Sacó una moneda de veinticinco centavos del bolsillo derecho del pantalón y la depositó sobre el mostrador.

-¡Sí, señor! - dijo el gordo-. ¡Pruebe suerte!

Lanzó la moneda al interior de una caja metálica que había debajo del mostrador. Tendió la mano y sacó de una cesta tres mugrientas pelotas de ping-pong. Las depositó sobre el mostrador haciéndolas sonar y el hombre alto las recogió.

-¡Lance una pelota a la pecera! -exclamó el gordo-. ¡Llévese un premio! ¡Es muy fácil!

El sudor le goteaba por el enrojecido rostro. Tomó la moneda de veinticinco centavos que le entregaba un adolescente y puso tres pelotas de ping-pong delante del muchacho.

El hombre del traje negro miró las tres pelotas que tenía en la palma de la mano izquierda, y las sopesó sin que su rostro cambiara de expresión. El hombre del sombrero de paja se alejó. Con el bastón dio unos golpecitos a las peceras. Cambió de comisura la colilla de cigarro que llevaba en la boca.

- ¡Lance una pelota a la pecera! -dijo-. ¡Hay premios para todos! ¡Es muy fácil!

A su espalda, una pelota de ping-pong cayó con un tintín en el interior de una pecera. Se volvió y miró la pecera. Después observó al hombre del traje negro.

-¡Muy bien! -gritó-. ¿Lo han visto? ¡Es muy fácil! ¡El juego más fácil de la feria!

El hombre alto lanzó otra pelota de ping-pong. Ésta describió una trayectoria curva en el interior del tenderete y cayó dentro de la misma pecera. Todos los demás que lo intentaron fallaron.

-¡Sí, señor! -exclamó el gordo-. ¡Hay premios para todo el mundo! ¡Es muy fácil!

Recogió dos monedas de veinticinco centavos y colocó seis pelotas de ping-pong delante de un hombre y su esposa.

Se volvió y vio que la tercera pelota entraba en la pecera. Sin tocar siquiera el cuello del recipiente. Ni rebotar. Aterrizó sobre las otras dos pelotas y allí se quedó.

-¿Ven? -inquirió el hombre del sombrero de paja-. ¡Ha ganado un premio en la primera ronda! ¡Es el juego más fácil de toda la feria! -Tendió la mano hacia un grupo de estantes de madera, sacó un cenicero y lo depositó sobre el mostrador-. ¡Sí, señor! ¡Muy fácil!

Recogió la moneda de veinticinco centavos que un hombre, vestido con un mono de trabajo, le entregaba y le puso delante las tres consabidas pelotas de ping-pong.

El hombre el traje negro apartó a un lado el cenicero y depositó sobre el mostrador otra moneda.

-Tres pelotas más -pidió. El gordo sonrió y repuso:

-¡Serán otras tres pelotas de ping-pong! -Metió la mano debajo del mostrador, sacó tres nuevas pelotas y las colocó sobre el mostrador, delante del hombre-. ¡Acérquese!

Atajó una pelota que había salido rebotada de la mesa, y se agachó para recoger algunas que había por el suelo, sin perder la vista al hombre alto.

El hombre del traje negro levantó la mano derecha en la que sostenía una de las pelotas. La lanzó por encima de la cabeza, sin que su rostro reflejara expresión alguna. La pelota describió una curva en el aire y fue a caer dentro de la pecera junto a las otras tres. Sin rebotar.

El hombre del sombrero de paja se detuvo con un gruñido. Metió un puñado de pelotas de ping-pong en la cesta que tenía debajo del mostrador.

-¡Prueben suerte y llévense un premio! -dijo-. ¡Está tirado! Colocó tres pelotas delante de un niño y cogió la moneda. Entrecerró los párpados al observar que el hombre alto levantaba la mano para lanzar la segunda pelota.

-No vale inclinarse hacia dentro -dijo.

El hombre del traje negro le lanzó una mirada.

-No me estoy inclinando hacia dentro -repuso. El gordo asintió.

-Adelante, tire.

El hombre alto lanzó la segunda pelota. Ésta pareció cruzar el tenderete como flotando. Cayó por el cuello de la pecera y aterrizó encima de las otras cuatro pelotas.

-Un momento -dijo el gordo al tiempo que levantaba la mano. Las demás personas que lanzaban se detuvieron. El hombre del tenderete se inclinó por encima de la mesa. El sudor se le colaba por debajo del cuello de la camisa de manga larga. Cambió de comisura el cigarro que llevaba en la boca al tiempo que extraía las cinco pelotas de la pecera. Se enderezó y las observó. Se colgó el bastón de bambú del antebrazo izquierdo e hizo rodar las pelotas entre las palmas de las manos.

-¡De acuerdo, señores! -exclamó. Se aclaró la garganta-. ¡Sigan lanzando! ¡Llévense un premio!

Dejó caer las pelotas en el interior de la cesta que tenía debajo del mostrador. Aceptó otra moneda de veinticinco centavos del hombre del mono de trabajo y le colocó delante las consabidas tres pelotas.

El hombre del traje negro levantó la mano y lanzó la sexta pelota. El gordo vio cómo describía una trayectoria curva en el aire. La pelota cayó en el interior de la pecera que acababa de vaciar. Una vez en el interior, no rodó ni una sola vez. Llegó al fondo, rebotó en una ocasión, derecha hacia arriba, cayó de nuevo y quedó inmóvil.

El gordo agarró el cenicero, volvió a colocarlo en el estante y sacó una pecera como las que había sobre la mesa. En su interior, lleno de agua teñida de rosa, nadaba una carpa dorada.

-¡Aquí tiene! -dijo. Se alejó y con el bastón dio unos golpecitos en las peceras vacías-. ¡Acérquense! -exclamó-. ¡Lancen una pelota a la pecera! ¡Llévense un premio! ¡Es muy fácil!

Al volverse, observó que el hombre del traje arrugado había apartado a un lado la pecera con la carpa dorada y depositado otra moneda de veinticinco centavos sobre el mostrador.

-Póngame otras tres pelotas de ping-pong -pidió. El gordo lo miró. Movió el cigarro húmedo que llevaba prendido a los labios.

-Póngame otras tres pelotas de ping-pong -repitió el hombre alto. El tipo del sombrero de paja vaciló. De repente, advirtió que la gente lo miraba y, sin pronunciar una palabra, aceptó la moneda y colocó las tres pelotas de ping-pong sobre el mostrador. Se dio la vuelta y golpeó ligeramente las peceras con el bastón.

-¡Adelante, prueben suerte! -dijo-. ¡Es el juego más fácil de toda la feria!

Se quitó el sombrero de paja y se enjugó la frente con la manga izquierda. Estaba casi calvo. El sudor le había aplastado contra el cráneo los pocos pelos que le quedaban en la cabeza. Volvió a ponerse el sombrero de paja y colocó tres pelotas de ping-pong delante de un chico. Guardó la moneda de veinticinco centavos en la caja metálica que tenía debajo del mostrador.

A esas alturas, ya había cierto número de personas que observaba al hombre alto. Cuando lanzó la primera de las tres pelotas a la pecera, algunos lo aplaudieron y un niño lo vitoreó. El gordo lo miró con suspicacia. Sus ojillos se movieron veloces cuando el hombre del traje negro lanzó a la pecera, junto a las otras dos, la segunda pelota de ping-pong. Frunció el ceño y. por un momento, dio la impresión de que iba a hablar. Al parecer, los aplausos lo irritaban.

El hombre del traje arrugado lanzó la tercera pelota. Cayó encima de las otras tres. Varias personas vitorearon y todo el mundo aplaudió.

El hombre del tenderete tenía las mejillas más enrojecidas. Volvió a colocar la pecera con la carpa dorada en su estante. Señaló hacia un estante superior e inquirió:

-¿Qué elige?

El hombre alto puso otra moneda de veinticinco centavos sobre el mostrador.

-Póngame otras tres pelotas de ping-pong -repuso. El hombre del sombrero de paja se lo quedó mirando con fijeza.

Mordisqueó el cigarro. Una gota de sudor le bajó por el puente de la nariz.

-Dele las pelotas de ping-pong -dijo uno de los mirones. El gordo echó un vistazo a su alrededor, y logró sonreír.

-¡Muy bien! -dijo rápidamente.

Sacó de la cesta otras tres pelotas de ping-pong y las hizo rodar entre las palmas de las manos.

-No vaya a darle ahora las malas -gritó alguien con tono burlón.

-¡Aquí no hay pelotas malas! -repuso el gordo-. ¡Todas son iguales!

Puso las pelotas sobre el mostrador y recogió la moneda. La lanzó a la caja metálica. El hombre del traje negro levantó la mano.

-Un momento -dijo el gordo.

Se volvió y se inclinó sobre la mesa. Levantó la pecera, la volvió boca abajo y metió en la cesta las cuatro pelotas de ping-pong que había dentro. Pareció vacilar antes de volver a colocar la pecera en su sitio.

Ya no jugaba nadie más. Todo el mundo observaba con curiosidad al hombre alto. Éste levantó la mano y lanzó la primera de las tres pelotas, la cual describió una trayectoria curva en el aire y fue a caer en la pecera entrando recta por el cuello. Rebotó una vez, y luego se quedó inmóvil. La gente; vitoreó y aplaudió. El gordo se frotó las cejas con la mano izquierda y se sacudió el sudor de la punta de los dedos con un ademán iracundo.

El hombre del traje negro lanzó la segunda pelota de ping-pong. Fue a caer en la misma pecera.

-¡Espere! -ordenó el gordo. El hombre alto lo miró.

-¿Qué hace? -preguntó el gordo.

-Lanzar pelotas de ping-pong -respondió el hombre alto. Todo el mundo se echó a reír. El rostro del gordo se tornó más rojo aún.

-¡Eso ya lo sé!

-Lo hacen con espejos -dijo alguien y todo el mundo volvió a reírse.

-Muy gracioso -dijo el gordo. Cambió de comisura el cigarro húmedo que llevaba entre los labios y con un breve ademán, ordenó-:

Continúe.

El hombre alto del traje negro levantó la mano y lanzó la tercera pelota de ping-pong, la cual describió una trayectoria curva por el interior del tenderete como impulsada por una mano invisible. Cayó en la pecera, encima de las otras dos. Todo el mundo vitoreó y aplaudió.

El gordo del sombrero de paja cogió una cacerola y la depositó en el mostrador. El hombre del traje negro ni siquiera la miró, colocó otra moneda de veinticinco centavos en el mostrador y dijo:

-Otras tres pelotas de ping-pong. El gordo se alejó de él y gritó:

-¡Acérquense y lancen una pelota de ping-pong...! Las protestas de todos ahogaron sus gritos. Se volvió, colérico, y gritó:

-¡Cuatro rondas por jugador!

-¿Dónde lo dice? -preguntó alguien.

-¡Son las reglas! -respondió el gordo. Le dio la espalda al hombre y con el bastón golpeó levemente las peceras-. ¡Acérquense y llévense un premio!

-¡Yo vine ayer y jugué cinco rondas! -gritó un hombre.

- ¡Sería porque no ganó ninguna! -replicó un adolescente. Casi todos reían y aplaudían, pero había quien abucheaba.

-¡Deje que juegue! -ordenó una voz de hombre. Todo el mundo comenzó a exigir al unísono-: ¡Deje que juegue!

El gordo del sombrero de paja tragó saliva, nervioso. Miró a su alrededor con una expresión truculenta en el rostro. De repente, levantó los brazos y dijo:

-¡Está bien! ¡No se pongan nerviosos!

Lanzó una furibunda mirada al hombre alto al tiempo que recogía la moneda. Se inclinó, sacó tres pelotas de ping-pong y las estampó sobre el mostrador. Se acercó bien al hombre alto y masculló:

-Si lo que intenta es engañarme, será mejor que lo olvide. Éste es un juego limpio.

El hombre alto lo miró muy fijo, totalmente inexpresivo. Sobre el fondo bronceado coriáceo del rostro, el color de sus ojos parecía muy pálido.

-¿Qué insinúa? -preguntó.

-Nadie puede meter sucesivamente tantas pelotas dentro de esas peceras -repuso el gordo.

El hombre del traje negro lo miró, impasible, y repuso:

-Yo, sí.

El gordo sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo. Se apartó y observó al hombre alto lanzar las pelotas de ping-pong. Al ver que todas iban a caer dentro de la misma pecera, la gente vitoreó y aplaudió.

El gordo sacó un juego de cuchillos con filo aserrado del siguiente estante de los premios y lo colocó sobre el mostrador. Se alejó con rapidez.

-¡Acérquense! -exclamó con voz temblorosa-. ¡Lancen una pelota a la pecera! ¡Llévense un premio!

-Quiere volver a jugar -dijo alguien. El hombre del sombrero de paja volvió. Había una moneda de veinticinco centavos sobre el mostrador, delante del hombre alto.

-Ya no quedan premios -objetó.

El hombre del traje negro señaló los artículos del último estante de madera: una tostadora eléctrica para cuatro tostadas, una radio de onda corta, una perforadora para papel y una máquina de escribir portátil.

-¿Qué me dice de ésos? -preguntó. El gordo se aclaró la garganta.

-Son de muestra -repuso, al tiempo que miraba en derredor en busca de ayuda.

-¿Y dónde lo dice? -quiso saber alguien.

-¡Es que los tengo para eso, les doy mi palabra! -exclamó el del sombrero de paja, cuyo rostro aparecía empapado de sudor.

-Jugaré para ganar esos premios -insistió el hombre alto.

-¡Ya vale! -El gordo tenía la cara muy enrojecida-. Le he dicho que son demuestra. ¡Y ahora haga el favor de...!

Se interrumpió con un jadeo entrecortado, retrocedió tambaleante hacia la mesa y se le cayó el bastón. Los rostros del gentío giraron ante sus ojos. Oyó las voces airadas como si provinieran de muy lejos. Vio la silueta borrosa del hombre del traje negro volverse y abrirse paso entre el gentío. Se enderezó y pestañeó. Los cuchillos con filo de sierra habían desaparecido.

Casi todo el mundo se marchó del tenderete. Sólo se quedaron unos pocos. El gordo intentó hacer caso omiso de sus gruñidos amenazadores. Recogió una moneda de veinticinco centavos del mostrador y colocó tres pelotas de ping-pong delante de un chico.

-Prueba suerte -dijo.

Tenía la voz débil. Lanzó la moneda a la caja metálica que tenía bajo el mostrador. Se inclinó contra un poste de una esquina y se llevó ambas manos al estómago. El cigarro se le cayó de la boca.

-Dios -dijo.

Sintió como si algo lo hiriese por dentro, como si se desangrase interiormente.

# *El lago George en pleno agosto*

JOHN ROBERT BENSINK

*Bensink, un neoyorquino de pura cepa, ha publicado obras de ficción y de no ficción en* New York Magazine, Playboy, Money *y en el* New York News, y *elabora una colección de relatos que titula* New York Weird. *Fue coautor de una novela de terror,* Piper, *que se publicó en 1986. Además, J. R. ha escrito guiones para la serie de la ABC titulada* One Life to Live.

*Y si con todo ello no queda suficientemente reflejada la versatilidad de John, debo agregar que es también ex editor ejecutivo de* Night Cry *y de* Twilight Zone Magazine, *de Rod Serling. Conversar con él por teléfono le recuerda a uno a Harlan Ellison, que también piensa y habla con rapidez, espontaneidad y candidez, y además puede conducirle a uno a menospreciar la profundidad de sentimientos, el alcance de su compasión...*

*Pero todas estas virtudes las descubre uno después, y sin lugar a dudas, en un relato honesto, envolvente y real como «El lago George en pleno agosto», de John Robert Bensink.*

Sólo es una miserable semana, pero, al menos, saldrán de la ciudad. Felder les enseña la casa a su esposa y a su hijo, que se muestran asombrados, pues resulta mejor de lo que él les

había contado. Ya van seis primaveras que Felder no cesa de repetir: «Este verano saldremos de la ciudad». Eso significa: junio, julio y agosto. La realidad de este año: una semana de vacaciones, que no pueden permitirse el lujo de pagar. Pero da lo mismo: comen macarrones, queso y perritos calientes durante una semana y Felder procurará no pensar en el adelanto que consiguió con la MasterCard y con el que pagará una ganga de alquiler: mil doscientos dólares.

La casa, a la orilla del agua, es como una cabaña, húmeda a pesar de que afuera hace calor (más de treinta y dos grados), y está llena de muebles rústicos que hicieron los indios, le dice al niño.

De inmediato, lo que todos desean es estar en el lago, bautizar su llegada, la semana que pasarán juntos, la suerte que han tenido al encontrar un sitio tan bonito, con la temporada tan avanzada. Ni siquiera han descargado el coche de alquiler..., además, puede esperar.

La esposa de Felder lleva el traje de baño en el bolso. Se cambia rápidamente en el lavabo. El niño comienza a hacer pucheros. Su esposa, la maga, hace desaparecer el puchero sacando del bolso su bañador anaranjado. ... *voilà!* La sonrisa le dura más de lo que tarda en desnudarse y subirse el bañador por las delgaduchas piernas. Del revés, pero qué más da; todo se comunica con una mirada entre marido y mujer que también dice: «Este es el momento, no lo echemos a perder ocupándonos de tecnicismos, el niño está a punto de estallar, vayamos al lago y bañémonos de una vez..., ¡continuemos con las vacaciones!»

Así lo hacen; salen corriendo de la casa; recorren el sendero que lleva al agua, el niño va en el centro, y no tiene la menor idea de por qué el bañador le tira tanto en la entrepierna -qué más da-, la esposa de Felder se adelanta y los guía, descalza, sin andar con cuidado para evitar las piedras, sino saltando con gracia y, a pesar de ello, no pisa ni un guijarro.

Felder los sigue, un tanto rezagado, no porque no esté entusiasmado igual que ellos, sino porque le gusta saborear aquello, desea llevarles esa ventaja: su esposa y su hijo corren por el sendero cubierto de vegetación, riéndose, y el sol los ilumina con los rayos que se filtran entre las hojas. Ha tenido tan poco tiempo para sentirse tan agobiado como es debido por su buena suerte de los últimos años: esa esposa, que lo quiere tanto, y Felder no puede evitar preguntarse qué ve en él: ese hijo, cuya adoración es total, que por papá puede interrumpir un llanto agónico a la dulce orden de «quiero una sonrisa»; esa sonrisa, que nace como un amanecer repentino. Ha estado tan inmerso en su trabajo, con su deseo de sobrevivir en Nueva York, preocupado por cómo seguiría, «seguirían», subsistiendo, tan ocupado tratando de no preocuparse por lo caro que está todo... y quejándose de lo caro que está todo. Desea ese momento: eso es la felicidad. Quisiera inmovilizarles allí mismo, en el sendero. Sólo por un momento. Para así poder tener un punto de vista móvil. Para permitirse el lujo de acercarse mucho a su esposa y a su hijo y observarles íntimamente. Tocarles...

*Ella no se despide..., pero ¿cómo iba a saberlo?*

La esposa de Felder llega corriendo hasta el muelle de madera. Se zambulle, su cuerpo delgado, de largas piernas, se arquea al entrar en el agua. Sus miembros, de un blanco urbano, resaltan contra el negro del traje de baño.

No muy lejos (pero demasiado como para ayudar) se ve a un hombre en una barca de remos. Pesca, de pie en la barca, y mira hacia la orilla donde están ellos. La esposa de Felder se mete debajo del agua. El niño se encuentra de pie, al final del muelle. Felder se le acerca.

Los dos miran el agua con fijeza. Nada ocurre. Es casi negra. El lago George en pleno agosto: se puede nadar, pero, aun así. hay corrientes que sobrevivieron mil inviernos, corrientes heladas que se elevan del centro, del fondo, provocando calambres en los nadadores, inmovilizándolos.

*Es lo que dirá el médico forense...*

La esposa de Felder ya no vuelve a aparecer.

Al golpearse la cabeza en una piedra, o enredarse una pierna en los viejos muelles de una cama que alguien arrojara allí..., ¿serían de la casa que alquilaron?

*El médico forense dirá por lo menos dos de estas tres cosas: cogió una mala corriente del lago George, se golpeó la cabeza en una piedra, se le enredó una pierna...*

*Y el marido y el hijo se ahogaron al tratar de salvarla...*

Y no sube, no subirá a la superficie. Felder no olvida, no puede olvidarlo: ¡no sabe nadar! Siempre pensó que en una situación así (que no llegaría a ocurrir, imposible), si la vida de un ser querido dependiera del equilibrio entre su incapacidad y su deseo, él se desnudaría, se lanzaría al agua y salvaría esa vida. Todo lo que jamás habría sido capaz de aprender, le sería dado, como por arte de magia. «Más tarde» se daría cuenta de que había ocurrido un milagro -como esas madres que levantan coches para salvar a sus hijos atrapados, asombradas de haber poseído, durante unos segundos, una fuerza sobrehumana.

Felder no sabe nadar. Nunca supo, nunca sabría. Y Felder morirá en el intento de salvar a su esposa. Se desviste rápidamente, quedando en calzoncillos, y lanza la ropa al agua. Se zambulle.

Es decir, lo que para él es zambullirse. La boca se le llena de agua. Escupe. Hunde la cabeza, busca a su esposa, es una gran nadadora -le gusta el detalle: ¿por qué suelen ahogarse las personas que saben nadar bien?-, pero ocurre que se golpeó la cabeza, o la cogió una corriente, o el pie se le enredó en algo. Y no puede hacer lo más simple. Abrir los ojos debajo del agua. Nunca pudo. Pero ahora es preciso. ¿Cómo encontrarla si no, allá en el fondo? Se esfuerza. Y se ríe por dentro. Todo se vuelve negro.

Felder sale a la superficie, no porque quiera o porque se obligue a hacerlo, simplemente porque sale. Le parece que nota el agua en los pulmones. Y además está el niño, a pocos metros, en el muelle, que se desnuda igual que papá, se baja el bañador anaranjado por las huesudas piernas, va a zambullirse para ayudar a papá a salvar a mamá. Se le enreda un pie en el bañador cuando está a punto de quitárselo y cae al agua. Sabe nadar un poco. Pero no lo suficiente. Felder podría echarse a reír o a llorar: su esposa y su hijo están en el agua, y él, que no sabe nadar ni en la bañera, intenta salvarles.

*Pero así es mejor:* Otra horrible tragedia estival. El pescador de la barca: él se encargará de revelar a la gente la secuencia de hechos. Se acercará remando, para tratar de ayudar; es probable que algún diario, en una nota completa, cite su pesar: *Sabía que ya era demasiado tarde incluso antes de llegar al lugar...*

Así es mejor; Felder está en el fondo, la luz que se refleja en su cabeza se apaga; se le ocurren ideas sueltas, aunque confusas, antes de que todo desaparezca.

Así es mejor; no necesitará telefonear a padres ni suegros; su hermana, los hermanos de ella: sus amigos, algún director de funeraria. Es conmovedor, una verdadera tragedia, una tragedia sin calificativos, algo que durante años causará una profunda conmoción entre las personas que los conocieron bien. Nunca volverán a planificar unas vacaciones sin pensar en la terrible tragedia que les ocurrió a los Felder. Ninguno de los que los conoce volverá a irse de vacaciones al lago George.

Y él sólo había dicho: *¡El año que viene, saldremos de la ciudad los tres meses de verano, aunque tenga que dimitir!* Y los tres se habían echado a reír como locos a punto de salvarse de una condena por asesinato, y Felder se alejó del asiento trasero y la alegría desenfrenada reflejada en el rostro de su hijo y vio levantarse tan de prisa la parte posterior del remolque que le pareció que éste retrocedía en lugar de avanzar.

Así es mejor: la madre era una gran nadadora, pero tuvo algún problema; el padre no sabía nadar, pero no quiso permitir que su mujer se ahogara; el niño de cuatro años cayó al agua -a él fue a quien se le enredó un pie con los muelles de una cama, eso fue lo que sucedió- al tratar de salvar a sus padres.

Así es mucho, pero mucho mejor que estar de pie en la Interestatal 87, junto a la Policía Estatal, con apenas un rasguño en la frente.

Así está mejor; de este modo. Felder también logra morir.

Felder se abraza al fondo, traga con fuerza el agua fría y oscura que lo envuelve veloz.

# *Wordsong*

J. N. WILLIAMSON

*A los diecinueve años, gané el medio chelín de los Irregulares de Baker Street; eso me convirtió para siempre en uno de los sesenta IBS originales. He visto a, o conversado con Ella Fitzgerald, James Garner, el* Pato Donald *(Clarence Nash), Ella F., Barry Goldwater, David Hartwell, Ella F., Frank Edwards, Lou Holtz, Peter Straub, Ella, Ilona Massey (me ofreció una prueba de cine), Spike Jones, Ray Bradbury, Ella y Walt Disney.*

*He conocido a, o intercambiado correspondencia con: J. Edgar Hoover, John A. Keel, el entrenador Bobby Knight, Colin Wilson, Jacques Vallee (experto en OVNI y víctima de un terremoto), Andy Rooney, Anthony Boucher, Shelley Berman, Adrian Conan Doyle, James J. Kilpatrick, la secretaria personal de George Bernard Shaw, Dean Koontz, Bob Newhart, la secretaria privada de Winston Churchill, August Derleth, Christopher Morley, Rex Stout y J. D. Salinger.*

*Me he acostado con Mary Williamson.*

Cuando la magia verdadera llegaba por correo, lo más probable era que aquel juego de manos literario fuera pergeñado por alguno de los Ray, Richard o Roberts. Ocasionalmente, en la línea donde figuraba el nombre del autor, aparecía un Dennis. un Jim o un David, y más raramente, un Steve. Fuera cual fuese el oculto motivo, ninguna de las obras de ficción que prefería para las antologías que yo editaba eran escritas jamás por un nombre menos corriente como Donald o George, o por ejemplo, Randolph u Oscar. Todos eran John, Alan, Bill, y Tom. No fallaba.

Dicha anomalía me mosqueaba tanto como los nombres de las mujeres cuyos relatos yo seleccionaba; porque, en el caso del ostensible sexo débil, se producía todo lo contrario. Las damas que se lanzaban a mi estanque de posibilidades literarias siempre llevaban nombres como Ardath, Mona, Bari o Lisa, Jeannette o Annette o Jessica, Tabbie o Tanith. ¡Ni una Mary, Hellen, Linda o Jane a la vista! En realidad, a la única escritora que leía con frecuencia -fuera del género- se llamaba Eudora.

No obstante, los mejores relatos presentados para mis colecciones fueron escritos por alguien cuyo nombre no daba pista alguna acerca del sexo del autor. Y aunque yo aceptaba,

ansioso, cada relato mágico de aquella misteriosa pluma, nunca me fue permitido publicar uno siquiera.

Antes de explicar esta extraña secuencia de hechos, permítanme expresar la mística esperanza de que la presencia, o la esencia, de ese extraordinario artista quede reflejada, de alguna manera, en las presentes y excelentes obras de ficción que sí me permitieron -a través de los amables oficios del editor- ofrecerles a ustedes. Si algo de la magia narrativa de Wordsong llega a formar parte de ustedes, como ha llegado a formar parte de mí, podrán considerarse afortunados.

Cuando reunía el material para la primera antología que llevaría mi nombre, leí por primera vez aquellas encantadoras narraciones, escritas con seudónimo. Y cada vez que comenzaba otra antología. Wordsong me enviaba otro relato. Cada uno de ellos se basaba en una idea nueva, y cada argumento surgía de caracterizaciones reales como la vida misma, fascinantes en su introspección psicológica. Cuando sostengo que cada idea parecía nueva, lo digo en serio. Quienes han visto alguna vez un viejo libro titulado *Plotto,* que se jactaba de contener todas las ideas que un escritor pudiera necesitar, podrán imaginarse lo sorprendido y encantado que me sentía. Cualquiera de los trabajadores de la palabra que conocía se habría visto tentado a desarrollar las ideas aisladas, confiando en que su conmovedora originalidad conduciría a la invención de un relato memorable. Pero el misterioso autor, o la misteriosa autora, que me envió los cuatro relatos había logrado el autocontrol y tuvo la previsión de convertir cada uno de ellos en algo desarrollado por completo, sin vestigio de viñeta, con lo cual logró que los cuatro fueran tan perfectos y completos que aplicar en sus páginas una marca de rotulador azul habría sido un pecado a ojos de Dios.

Todo aquel que me haya entregado una obra sabe, al menos eso creo yo, cuan excepcionales y extraordinarios eran los escritos de Wordsong.

Mi propia opinión me parecía poco profesional, porque me asombraba la devoción que despertaba en mí. Pero intuía que la aparición de Wordsong me daba la oportunidad de que un Mencken o un Max Perkins reconocieran y promovieran el genio. Cuando terminé de leer aquel primer relato, me sobrecogió tanto lo logrado que estaba que me sentí... «redimido».

Entonces me enteré de que sólo me estaba permitido «leerlo», no presentarlo.

Por primera vez a lo largo de mi vida, en la segunda mitad del siglo, me había topado con un escritor, o escritora, de ficción que, literalmente hablando, escribía por el placer de hacerlo. Al principio me pareció una blasfemia. Con el tiempo, llegué a pensar que era casi divino. Pero estuviese o no editorialmente atrapado entre el cielo y el infierno, me sentí inundado por la nada caritativa sensación de descubrimiento; momentos después de haber devorado aquel primer relato, estaba dispuesto a aceptarlo y comprarlo. No tenía ni idea de quién podía ser Wordsong; lo que estaba claro era que resultaba imposible creer que un novato lo hubiera creado. Pensé en los gigantes del género que habían utilizado seudónimos en el pasado, pero no logré reconocer aquel estilo inefable. Y en ese momento, no sabía que jamás llegaría a tener la ocasión de ver la firma del autor (o de la autora) en un cheque aceptado.

Fue la llamada telefónica, con instrucciones del autor, que recibí momentos después de mi primera lectura, la que me proporcionó gran parte de la información que expongo. Le dije al genio frustrado que hablaba al otro lado de la línea que yo insistía en pagar por el relato, porque así cerraría el trato y evitaría que otros editores me lo arrebatasen; con eso, quizá él (o ella) cambiara de idea.

-Si de veras lo aprecia tanto -murmuró la voz en mi oído-, puede pagarme, pero ha de ser en metálico.

Por supuesto, se trataba de un atropello. Dije que procuraría hacer lo que me pedía.

-Es lo que cualquiera debería pretender de usted -me repuso.

Cuando me esforcé por saber por qué pedía el dinero en metálico y al contado sin que su relato fuera publicado, la comunicación se cortó de inmediato.

No obstante, cumplí con lo pactado: el editor era un caballero, y, a pesar de que la transacción no le entusiasmaba demasiado, la aprobó. Aunque arriesgado, le envié el dinero a

Wordsong a las señas que me había dado: el número de un buzón rural de uno de esos Estados que nadie recuerda jamás cuando intenta nombrar todas las partes de ese abigarrado Estados Unidos: un Estado más salvaje, más libre, menos poblado, y un pueblo que hasta los diccionarios geográficos más expertos olvidan citar.

Nunca me fue concedido el permiso para publicar el maravilloso relato. Unas condiciones igual de asombrosas se repitieron cuando reuní material para posteriores antologías. Y en cada ocasión, mi exquisito orgullo, mi celo editorial, se vieron deslumbrados por una llamada telefónica en la que se me pedía que si «apreciaba» la nueva obra. prometiera no permitir que se publicase nunca, y entonces yo cumplía con la obligación autoimpuesta de adquirir la narración. Creo que, en el fondo, yo esperaba llegar a reunir un número tal de joyas de ficción como aquélla para, un buen día, formar una colección de relatos que valiera un Potosí; aquello inscribiría mi nombre junto al de antólogos como Campbell, Boucher, Grant, Schiff, Derleth y el resto. Para ser sincero, hubo momentos en los que me sentí muy enfadado, casi furioso por la forma en que Wordsong «me dejaba» pagar por un material que nadie más leería, excepto el editor (quien, obviamente, exigía leer lo que estaba pagando).

En fin, que.... que comencé a sentirme como perseguido por la extraña voz del autor (o de la autora) al oírla en nuestras conversaciones telefónicas. En realidad, la comunicación era malísima y la voz se caracterizaba por unas pausas vocales matizadas, tan carentes de inflexión que me habría sonado distante aun en el caso de que la comunicación hubiera sido buena. Y en cada llamada, aquella voz sonaba masculina y femenina al mismo tiempo, aunque no en el sentido andrógino. Tenía fuerza: su integridad estaba implícita y la peculiar fusión de fortaleza y suavidad siempre convertía el sexo de Wordsong en algo sin importancia, hasta el momento en que colgábamos y yo empezaba a mover la cabeza, desesperado y lleno de dudas.

Cuando el cuarto relato llegó, la situación empezó a cambiar... para empeorar. No me refiero a la historia; ¡qué va! Era la mejor, si cabe. Nunca he leído una obra de ficción, y es la pura verdad, que despertara una emoción tan profunda en mí; que me hiciera reír y llorar, sentir terror y curiosidad, experimentar el suspense; un relato que me emocionara con su final tan único, tan sorprendentemente adecuado. El problema radicaba en la inevitable y maldita llamada telefónica, y en la declaración final de Wordsong de que aquel cuarto relato sería el «último».

Por fin, se me informó del porqué. Pero no puedo contárselo a nadie, salvo en la medida en que los lectores de esta extraña historia sean capaces de entrever el motivo. Toda la verdad. Está aquí, ante los ojos de los lectores.

Segundos después de mi última discusión telefónica -que fue más bien una perorata unilateral.... dado que empecé por suplicar y acabé a gritos-, decidí tratar de conseguir personalmente el permiso de Wordsong para publicar sus relatos. Si eso fallaba, quizá después de conocer al genio yo habría logrado aprender algo más de él y de sus motivaciones.

Descubrí que podía cubrir en avión gran parte de la distancia que me separaba de aquel Estado perdido, aunque no sin tener que efectuar varios transbordos a lo largo del recorrido. Nadie se molestaba en viajar hasta allí, salvo yo. El viaje corrió por mi cuenta; no me había atrevido a poner de nuevo a prueba la paciencia del editor. También se me había ocurrido que quizá éste deseara acompañarme y. debo reconocerlo, me inundaba una sensación tal de misión personal que no estaba dispuesto a compartir mi encuentro con el enigmático autor (o autora). Cuando por fin me encontré en el pueblo de destino, me enteré, por desgracia, de que para llegar hasta el sitio al que me dirigía, debía alquilar un destartalado coche de ocho años del único servicio de alquiler en sesenta kilómetros a la redonda.

No tardé en encontrarme en caminos de tierra por los que nadie había transitado desde la guerra de Corea, salvo el cartero rural, claro está. El polvo del camino tenía un aspecto de enfurruñada permanencia, una manera de depositarse, incluso de llamar la atención, que resultaba prácticamente hostil. Se levantaba en espiral desde debajo de las cubiertas de mi anciano vehículo, como mechones de cabello blanco alrededor del cuello de un empresario

jubilado que aún conserva ciertas influencias poderosas y desagradables. Tampoco me ayudó el drástico cambio climático. Había dejado atrás la ventosa y taciturna Indianápolis y el esforzado motor de mi vehículo desprendía un calor tal que sofocaba. Cuanto más avanzaba por el camino de tierra, sin ver nunca ni vehículos ni personas, más se afanaba mi imaginación por vencerme. «¿Y si Wordsong fuera... literalmente un «escritor» (o escritora) fantasma?», me preguntaba. ¿Y si fuera una de esas personas de poco éxito en la vida, y con tantas ansias por dejar una señal de su paso por la tierra, que se hubiera aferrado a una existencia parcial dejando las manos atadas a su escritorio, para poder así intentar una vez más la obra cumbre, utilizando para ello las visiones especiales susurradas a su oído en el momento de la yuxtaposición con la eternidad?

Todo aquello me hizo pensar en los libros, en la producción creativa de otros autores y recordó lo que Eudora Welty escribiera: «Me resultó sorprendente y decepcionante... descubrir que los libros de relatos habían sido escritos por personas, que los libros no eran maravillas naturales...». Si se pensaba bien, todo el proceso de «inventarse» una obra de ficción era más extraordinario de lo que nadie hubiera admitido jamás, incluso más sobrenatural. Constaba, en parte, de ideas disociativas que el autor imaginaba que podían enlazarse en forma de intriga hasta llegar a un punto; sin embargo, la fuente de las ideas mismas era, a menudo, imposible de encontrar. También...

Una corta serie de buzones se elevaba sobre unos postes al costado del camino de tierra, como gruesos indicadores de sepulcros. Después de recorrer varios kilómetros por ese camino, aquellos buzones fueron la primera prueba de que Wordsong, de que cualquiera, podía subsistir en aquella soledad. Con el cristal de la ventanilla bajado, los comprobé uno por uno; pero sólo descubrí que había elegido el camino rural correcto. Ningún «Wordsong» me fue revelado, y gran parte de los demás nombres habían sido total o parcialmente borrados por el tiempo y los elementos.

Sin más alternativa, continué por el mismo camino; por otros breves instantes, las tranquilas nubes de polvo contestatario envolvieron mi coche. El polvo y la calma de los campos sin arar, abandonados por el hombre, faltos de la mejora humana, me embrujaron; sonreí cuando comencé a entender la fuente de la inspiración de mi escritor (o escritora). Para entonces ya había oscurecido, y el camino se había vuelto interminable; una persona que viviese allí durante el tiempo que fuera, tarde o temprano, habría llegado a la conclusión de que el camino no concluía sino que continuaba, inacabable, serpenteando a través de mundos salvajes que superaban toda imaginación, incluso la de un escritor (o escritora) de nombre Wordsong.

Y como es lógico, con el tiempo, un alma creativa de esa talla intentaría, a pesar de todo, plasmar todo aquello en el papel.

Entonces vi el siguiente buzón, a un lado del camino, a mi derecha, y de repente me di cuenta de que en la distancia no había ningún otro. Frené de repente y mi coche lanzó un enervante chillido animal; aparqué justo delante del oxidado buzón y miré por primera vez hacia el lugar donde debía estar la casa.

Aunque el viento continuaba levantando una polvareda, la vislumbré con su aullido estridente, como el de una anciana moribunda; o más bien lo que vi fueron los cimientos y dos obstinadas paredes de una casa que pudo haber sido construida en tiempos de Nathaniel Hawthorne, o utilizada como modelo para algunas de las cosas que Hawthorne escribiera. También vi -o creí ver- una silueta igualmente insustancial o incompleta junto a una de las paredes que seguían en pie. Bajé del coche con rapidez, y comencé a gritar; pero la silueta amorfa desapareció..., si es que había estado allí alguna vez. Al parecer, yo había reaccionado como si la hubiese reconocido, y al hacerlo, había violado los límites de una imperceptible permisividad dimensional.

Entre las ruinas no había nada, y hacía tiempo que estaban abandonadas. Ni señales de vida, por más que me esforcé en encontrarlas: sin embargo, había ciertas.... ciertas sensaciones, supongo. Los reflejos distantes y discernibles de las vidas transcurridas allí en

otras épocas y de otras que seguían allí, escondidas en las profundidades de aquella finca cubierta de hierbas, como si fueran entes submarinos.

En el buzón, con el número al que dirigía mis envíos, no encontré correspondencia. Al parecer, no lo habían utilizado durante década, pero la tapa había quedado abierta. Me imaginé que algo podía haber escapado a mi vista, y aparecería por el camino para ahogarme en aquella finca desierta y fértil. Esta idea me hizo temblar y me dispuse a cerrar el buzón. «¡Abandona; márchate!»

Pero en el fondo del buzón encontré un ave vivaz y saludable, de una especie que no logré identificar, rodeada de un montón de crías delgaduchas. Quizá produje algún ruido porque la madre voló hacia mí y, piando, abandonó a sus polluelos y se perdió, muda otra vez, en el cielo azul oscuro. La vi volar, sintiendo un penoso lazo, esperando que regresara; luego, volvía mirar a los polluelos que seguían dentro del buzón.

Se movían en un nido hecho con dinero: los generosos billetes que le había pagado a Wordsong por aquellos relatos mágicos y perfectos.

Me quedé sentado al volante del coche alquilado durante más de una hora, pero la madre de las avecillas no regresó. Intenté encontrar una explicación a todo aquello, y recordé algo más que Eudora Welty había escrito en su valioso libro de recuerdos de Harvard, *One Writer's Beginnings: No es la voz de mi madre, ni la voz de ninguna persona que pueda identificar, y sin duda, tampoco la mía.* Se refería a la voz que siempre escuchaba cuando leía, o escribía. *Es para mí* -escribió-, *la voz del relato mismo.*

La obra de Wordsong era eso. Los relatos habían surgido de las ruinas de aquella casa, del abandono de una tierra que el hombre ya no necesitaba, de un camino de tierra que iba de algún sitio a ninguna parte; no había tenido un nacimiento y no podían tener una muerte. Existían. Eran. Deseaban ser leídos; una vez. Y los otros relatos de Wordsong estaban en todas partes, a mi alrededor, llegaban mucho más lejos que la vista, al fondo del camino que se extiende desde la creencia de un lector agradecido hasta la fantasía y el infinito.

# *El hombre que ahogaba cachorros*

THOMAS SULLIVAN

*Impresionante versatilidad: una novela de ciencia ficción,* Diapason; *un relato en el primer número de* Twilight Zone; *cuatro impresiones (empezando con* Omni) *de «The Mickey Mouse Olympics»; reseñas de libros; otras narraciones en* Analog, Espionage, Fantasy & Science Fiction, *además de* Shadows 8, Midnight *y, ahora, en esta antología.*

*Sullivan, maestro y miembro de la junta directiva de una escuela, ha escrito novelas románticas, del oeste, treinta relatos que ganaron premios en metálico en concursos literarios y la más conocida novela no publicada, que además fue nominada para el Pushcart Ward,* The Phases of Harry Moon, *recientemente vendida a un importante editor.*

*Todos estos logros pueden pasar a segundo plano, comparados con el penúltimo relato de este volumen, un* tour de force *clásico, al que, por lo menos, otros dos editores aspiraban, asombrados por la actuación de Sullivan. Puede que este relato le recuerde al lector a otros diestros escritores, pero no tiene nada que ver con ellos. Sugiero al lector que saboree cada sílaba de «El hombre que ahogaba cachorros» y se maraville con el suspense que lo mantendrá en vilo hasta la última palabra. Y creo que seguirá manteniéndolo en vilo por muchos años.*

MacIver era el hombre de la muerte de todo el barrio. Hacía los ataúdes, enterraba a los muertos. Ahogaba perritos y gatitos, se llevaba los cadáveres de los animales y exterminaba las infestaciones, fueran de ratas, gorgojos o víboras. Si querías deshacerte del animal más pequeño de la camada, mandabas llamar a MacIver. Y cuando a Jonathan Sawyer lo declararon culpable del asesinato de Betsy, su esposa, fue MacIver quien lo colgó.

Ninguna de estas tareas encerraba un placer especial para el hombre bajo, corpulento, de ojos implacables. Se veía a sí mismo como una fuente de fuerza para la gente a la cual servía, y que carecía de la voluntad de hacer aquello que debía ser hecho, eso era todo. No se podía dejar que en los pueblos se acumularan el barbecho, la muerte o su hedor. La degeneración es como el moho. Déjala vivir, y se comerá lo que esté vivo. Mátala, y permitirás que la vitalidad florezca. Lo que MacIver hacía era compasivo. Lo que MacIver hacía servía al más alto imperativo moral autorizado por los habitantes del pueblo. Y él necesitaba esa autorización. Le daba integridad y limpieza. Le otorgaba una cualidad espiritual a su aparición. Tras el desdén y el miedo se encontraba el irrevocable imperativo moral, el reconocimiento de que aquello que hacía era correcto y necesario. MacIver jamás explotó ese temor, y se mostraba casi comprensivo con el desdén. Y llegó a ser el hombre de la muerte. El ritualmente gentil MacIver.

No obstante, había cosas ante las que incluso un hombre decidido como MacIver palidecía. Porque había un grupo que no reconocía su imperativo moral. Los niños. Estos jamás entenderían que él mantenía los pueblos salubres merced a matar y enterrar lo que ya no debía seguir vivo. Por más enfermo que estuviera un animalito, o lastimado un caballo, o por más destructivo que fuese el ratoncillo, un niño jamás aprobaría el misterio final. Y siempre había demasiados cachorritos. Por eso, MacIver palidecía. Porque algunos días debía enfrentarse a los niños.

Como este día.

Fue la señora Garrick quien lo mandó llamar. MacIver admiraba su valor, porque no había esperado a que el consistorio municipal le dijese que estaba protegiendo a una amenaza. Sin duda, el hecho de que fuera una viuda con cuatro hijos influyó. A duras penas lograba alimentar a su familia. Sin embargo, los niños organizaron un escándalo, sobre todo Bobby, y por más perspicaz que fuera la mujer, debía de tener el corazón destrozado.

Una hora después del amanecer. MacIver cogió su saco de arpillera y partió. Los Garrick vivían al otro lado del pueblo, pero la belleza y la paz del día le infundieron fuerza, y no le importó caminar. No tardaría en ver a Bobby Garrick, y ésa constituiría su prueba.

-Buenos días, Mac -oyó de repente.

Era Elder Robinson, que aparecía en la linde del bosque con su hacha.

-Hola - respondió MacIver.

-Veo que llevas el saco de los cachorros.

-Voy a casa de Garrick.

-Ah.

-Ella me mandó llamar.

-¿De veras? A mi modo de ver, debió hacerlo hace seis meses. Entonces ya estaba claro que tenía un problema.

-No habrá dificultades. Sólo que ahora, a los demás pequeños les resultará difícil separarse de él.

Elder Robinson gruñó. MacIver siguió su camino.

Las espuelas de caballero estaban floreciendo, los abadejos salían de entre la maleza como agua corriente silenciosa, pero todo lo que MacIver lograba ver era el rostro de Bobby Garrick, censurador e hinchado de tanto llorar. Con una sensación de alivio y gratitud, llegó a la cabaña de los Garrick y la encontró en silencio, sumisa: aquel lugar era como un cadáver gris al que le hubieran arrancado ya la vida de sus habitaciones. Ha llegado el hombre de la muerte y se ha hecho el silencio.

Y así fue. La noche anterior, Mary Garrick había enviado a sus hijos a casa de unos vecinos, porque sabía lo que ocurriría al amanecer.

-Iré a buscar a mis hijos -le comunicó, estoica pero cenicienta-, cuando regresemos, usted ya habrá terminado, señor MacIver.

-Ajá.

Y la mujer se marchó.

Esperó un instante en la silenciosa cabaña, midiéndola. A menudo se había encontrado así, solo, poco después o poco antes de la muerte. Era un momento en el que había llegado a confiar, porque era inevitablemente pacífico, como si el mundo y su caos se detuvieran, reverentes.

Mary Garrick no le había dicho ni dónde estaba, ni cómo se llamaba, pero era probable que estuviera dormido, y el nombre no importaba. Al avanzar hacia el dormitorio, fue cuando gimió. Era un gemido apenas audible que le dijo a MacIver todo cuanto necesitaba saber. La criatura era dócil y estaba asustada. Retrocedería al aproximarse él: temblaría cuando la metiera en el saco; y al llevarla al río no se resistiría ni haría ruido.

Y así fue.

La encontró debajo de la cama. No lo arañó ni le mordió cuando la sacó con suavidad y la metió en el saco. Gimió y MacIver murmuró:

-Bueno, bueno, tranquilo...

Le dio unas afectuosas palmaditas en la cabeza y le subió el saco hasta por encima de los ojos con un ademán preciso, ágil, que revelaba seguridad. No se echó el saco al hombro, sino que lo acunó entre sus brazos, y cantó bajito al salir de la cabaña y enfilar hacia el camino.

De allí al río había más de un kilómetro. Conocía un sitio donde había un saliente de piedra que se adentraba sobre la superficie del agua. La corriente se tragaba las cosas, y él sostendría el saco mientras el saliente y la corriente hacían el resto; nada de palos, ni de brutales tirones para mantener bajo el agua el saco palpitante. Había ahogado muchas criaturas allí, y luego había enterrado sus cuerpos. Nunca se notaba que había habido lucha, porque MacIver lo hacía todo con suavidad, con suma reverencia.

Efectuaba aquellos menesteres al amanecer o a la puesta del sol, por las tardes; en una ocasión lo hizo a la luz de la luna. Según él, nadie lo observaba por manifiesta ignorancia. Fuera cual fuese el momento del día, los pobladores lo rehuían, cerraban los postigos, se apartaban del camino. Festejaban los nacimientos y las bodas, los compromisos y las

conmemoraciones, ¿por qué no podían celebrar el momento de la extinción? El paso de una vida a la siguiente era, sin duda, el más significativo de todos, y, sin embargo, huían de él como si se tratara de la peste. Si se hubiese tratado de un asesinato, acompañado de gritos, sangre y furor, lo habría comprendido, pero se trataba de un ritual que ellos mismos autorizaban, y todo lo que ocurriese bajo aquella saliente de piedra sucedía entre Dios y el celebrante. No podía ser impío.

Testigos. Se habría sentido agradecido de tenerlos. Exceptuando a los niños. Por eso, cuando Bobby Garrick se acercó corriendo por el camino. MacIver cantó bajito, acunó su carga y se descorazonó.

No pronunciaron ni palabra, pero el niño era como un tizón ardiente saltado del hogar. Su calor, y su aliento siseante envolvieron a MacIver. El niño corría delante de él para poder ver mejor el saco; debajo de la frente húmeda, sus ojos eran enormes, inquisitivos. Entonces, un breve gimoteo salió del saco. El niño tendió la mano de dedos frágiles y blancos.

-No, hijo. -MacIver se detuvo, se hizo a un lado y continuó andando-. Será mejor que no lo toques. Se irá en paz, no lo toques.

-Tiene miedo -murmuró el niño.

-Ha estado tranquilo hasta ahora -dijo MacIver.

Siguió cantando bajito. Pero en su canto hubo una especie de urgencia, y el gimoteo continuó.

-Está muy asustado -declaró el niño.

-Es porque has venido.

-A mí no me tiene miedo. Déjeme que lo coja y verá. MacIver se detuvo otra vez.

-Le ha llegado su hora, hijo. Si piensas en soltarlo, no servirá de nada. Ésta es la manera más piadosa. Continuaron.

-¿Por qué es piadosa? -inquirió el niño.

-Porque Dios comete errores y espera que nosotros los corrijamos.

Del saco salió un prolongado gemido quejumbroso.

-Para él no es piadoso -arguyó el niño.

-Para él, también. Es una carga para sí mismo y para tu madre. No debió haber nacido nunca. En el pueblo no hay sitio para él.

-Puede compartir mi casa.

-... y sin embargo, arrancarás las hierbas del huerto -observó MacIver.

-¿Cómo?

MacIver anduvo en silencio unos momentos y después preguntó:

-¿Cómo se llama?

-Mamá no quiso que le pusiéramos nombre.

-Sabia medida. Debió de sospecharlo desde el principio. A los de su clase no se les pone nombre.

-Yo lo llamo *Cascabel.* MacIver gruñó.

-Mamá solía atarle cascabeles alrededor del cuello -le explicó el niño-. Así podíamos vigilarlo cuando se acercaba a la despensa.

-Piensa en cuánto os habríais ahorrado si no hubierais esperado tanto.

El niño no supo qué decir. Pero para MacIver estaba claro: al crío no le importaban las penurias, la pobreza, las condiciones de vida. Su madre debió haberlo sabido. Ella había postergado la decisión lo más posible, había conservado a *Cascabel* todo lo que pudo. La vida estaba llena de pequeños martirios, pequeños martirios descaminados.

Ya estaban llegando al río, y MacIver notó que la crisis del niño iba en aumento.

-La naturaleza lanza sus semillas al viento, hijo mío. Pero no espera que todas germinen. Si lo hicieran, el mundo se hundiría en una maraña. Puedes mirar, si quieres, pero no debes molestar. Te juro que a él no le importará. Los que son como él nunca se enteran de lo que pasa.

MacIver se dirigió al lugar donde se interrumpía la orilla y emergía una enorme lasca de piedra. El niño lo siguió; estaba tenso y tragaba saliva, pero el hombre de la muerte ya no se

fijaba en él. Era como un sacerdote que se pusiera su vestimenta de celebración, se subió primero una manga, después la otra, y luego se arrodilló sobre la piedra. El murmullo litúrgico del río lo envolvió; hundió la mano en el agua, como si estuviera palpando seda. Poco a poco se inclinó hacia afuera, torciendo el brazo al hacerlo, y aterrándose al saliente, limpió la zona de basura.

El niño quedó petrificado. El corazón se le había vuelto de hielo y cada latido era como el golpe de un escalpelo.

MacIver se incorporó una vez, dos, y cada vez sacó una rama mugrienta. Posó las manos sobre sus rodillas, justo al borde de la losa de piedra y contempló el agua que fluía veloz. Aquél era el material del bautismo, la esencia de la vida.

-Tranquilo.... *Cascabel* -dijo.

*Cascabel* lloriqueó una vez y cuando MacIver izó el saco y luego lo hundió, se quedó quieto.

La corriente lo arrastró de inmediato bajo la losa; MacIver mantuvo el saco aferrado, al tiempo que se inclinaba hacia afuera. Si el niño tenía intención de protestar, tendría que hacerlo en ese momento. Pero no se oyó nada. No podía, pensó MacIver. Porque debajo de la losa de piedra, le tocaba el turno a Dios.

Cuando acabó, izó el saco de nuevo, para lo cual necesitó incorporarse y emplear las dos manos. El agua, pura y plateada, se coló por la arpillera, con lo cual dejó marcada la silueta de *Cascabel,* ahora más corpulenta que antes.

-¿Quieres echar un vistazo? -preguntó MacIver.

El niño, pálido y mudo, asintió una sola vez con la cabeza.

MacIver desenvolvió a la criatura.

-¿Ves? -dijo por fin-, ahora estás en paz. Igual que el pueblo. Nunca fue como nosotros, Bobby. Tenía algo en la cabeza que no le funcionaba, y ahora está entero. Si quieres, puedes quedarte con sus zapatos.

# *El niño que regresó de entre los muertos*

ALAN RODGERS

*Llegado de Florida, y recién terminada la carrera universitaria. Alan Rodgers se convirtió en asistente de T. E. D. Klein, primer editor de* Twilight Zone Magazine, *de Rod Serling. Cuando se decidió publicar una revista de compendios de ficción, Rodgers fue nombrado editor.* Night Cry *no tardó en convertirse en indispensable para los lectores del género de terror, gracias a los asombrosos conceptos editoriales del joven editor y a sus osadas exigencias de exhaustiva perfección.*

*Entretanto, también escribía y se convirtió, posiblemente, en el más original de los nuevos escritores que he encontrado, después de criticar la obra de más de cuatrocientos estudiantes del Writer's Digest School y de leer material para tres antologías de ficción.*

*Escasas eran las posibilidades de que un bisoño obtuviera en una antología como la presente espacio para publicar una novela corta. Pero este provocativo relato, que se lee en una exhalación, está lleno de ironía e introspección, de conciencia social, de fantasía y, a menudo, de una audacia arrolladora. Nada de lo que hay a podido usted leer se parece, ni siquiera remotamente, a «El niño que regresó de entre los muertos».*

Walt Fulton regresó de la tumba el domingo, al atardecer, después de la cena, pero antes de que su madre hubiera recogido los platos.
Estaba sucio, cubierto con tierra de la tumba de la cabeza a los pies; pero todas las cosas que el coche le había roto y aplastado al atropellarlo (cosas que el de pompas fúnebres no había logrado recomponer del todo) estaban arregladas.

-Mamá -gritó Walt, abriendo de par en par la puerta de la cocina-, ¡ya estoy en casa!

Su madre lanzó un grito, pero ni por asomo se le cayó la cacerola de porcelana que llevaba en las manos.

Hay algo en un niño de ocho años que le permite comprender a su madre, aunque no llegue a saber nunca que tiene esa habilidad ni logre expresar con palabras lo que le dice. Walt no podía haberle contado a nadie que, al verlo, su madre quiso no creer que era él -el niño estaba muerto y enterrado, por Dios y María Santísima, y dejemos que los muertos descansen en paz-, pero como era su madre, y las madres «saben», ella supo que él había regresado de la tumba.

Entonces Walt vio que sobrevenía la sorpresa, y su madre empezaba a paralizarse. Pero era una mujer fuerte: apretó los dientes, y se sacudió el aturdimiento de encima. Sí, era una mujer fuerte. El regreso de su hijo le produjo una alegría inefable, porque lo amaba. Pero deseó que se marchara y que no regresara jamás. Volver a tenerle ante ella significaba recordar aquel momento en la zona de descanso de la autopista, cuando alzó la cabeza para verle primero cruzar a la carrera la calzada en busca de su pelota y luego, de repente, aplastado como una mosca contra el parachoques delantero de un Buick último modelo. Y no soportaba tener ese sueño de nuevo.

Walt no se ofendió por ello, ni siquiera de saber que provocaba esos sentimientos en ella. La misma cosa que le permitía saber qué pensaba su madre (a pesar del hecho de que fuera imposible) le aseguraba que nunca dejara de quererla.

Al cabo de un minuto y medio, la mujer se dominó.

-Walt -dijo-, llegas tarde para la cena y estás muy sucio. Lávate las manos y la cara y siéntate a la mesa.

Su padre y su hermana sonrieron; papá tenía lágrimas en los ojos, pero no dijo nada. Mamá se levantó y le puso un plato.

Y Walt estuvo en casa.

A la mañana siguiente de su regreso, Walt se pasó horas sentado a la mesa de la cocina, coloreando libros para pintar, mientras su madre hacía las labores de la casa. El trazo de los lápices de colores tenía cierta melancolía y elegancia; le intrigó la indiferencia que crecía en las páginas a medida que iba pintando.

Su madre espió por encima de su hombro y emitió un tenue silbido de sorpresa.

-Mira, Walt -dijo-, no puedes imaginarte lo difícil que será lograr que vuelvas al colegio. -Se dirigió a la cocina y se agachó para ver el interior del armario de debajo del fregadero-. Todos están convencidos de que has muerto. La gente no vuelve de entre los muertos. Nadie va a creer que eres tú. Pensarán que los dos estamos locos.

Walt asintió. Su madre tenía razón, claro. Iba a ser un gran problema. Miró al suelo y restregó los pies contra el acabado.

-Debería contárselo a alguien -dijo.

-¿Contar qué, Walt?

Su madre tenía la cabeza metida en el interior del armario de debajo del fregadero, entre los líquidos limpiadores, el estropajo de aluminio y las cacerolas viejas.

-Lo de estar muerto, mamá. Me acuerdo.

Walt sabía que su madre no le escuchaba.

-Me parece muy bien. ¿Estás preparado para ir a la escuela esta tarde? Tenemos cita con el director a la una, después de comer.

-Sí, el cole está bien. -Se rascó la mejilla-. Sé que la gente necesita saber cómo es. Lo de estar muerto, quiero decir. Es algo que todos necesitan saber desde siempre.

Con lentitud, la madre de Walt sacó la cabeza del armario y se volvió para mirarle, boquiabierta.

-¡Walt! No harás nada de eso. No lo consentiré. Estaba furiosa.

-Pero ¿por qué? Necesitan saberlo.

Su madre se limitó a apretar los labios y a ponerse roja como un tomate. No volvió a hablarle hasta después del almuerzo.

El señor Hodges, el director, era un hombre de piel rojiza y seca y cabello negro grisáceo: vestía un traje azul marino y del bolsillo de la pechera asomaba un pañuelo de seda rojo. A Walt no le caía bien, nunca le había gustado. Aquel hombre no era cordial, y Walt tenía la impresión de que, de haber podido, le habría hecho daño.

-Y tanto que es Walt -dijo mamá al hombre-. Por más que lo había visto con mis propios ojos, esta misma mañana, apenas amanecer. Sam y yo hemos ido a ver la tumba. La tierra está amontonada a un lado y puede notarse a la perfección por dónde salió de ella.

-Pero no es posible. Ya no tenemos su expediente. Lo hemos enviado a la ciudad, a la bóveda a prueba de incendios. -Hizo una pausa para recobrar el aliento-. Oiga, sé que es tremendo perder un hijo. Y mucho peor verle morir. Walt no es el primer alumno que se me ha muerto en un accidente. Pero usted no puede dejarse engañar así. Walt está enterrado. No sé quién será este jovencito, y mucho menos por qué se aprovecha de esta debilidad suya...

Su madre parecía indignada, tan enfadada que no podía hablar. Walt quiso arreglar las cosas, calmarlos, por eso le preguntó al director:

-¿Qué prueba quiere que le dé? ¿Cómo puedo convencerle de que soy yo mismo?

Al principio, ni su madre ni el director pudieron contestarle. Al cabo de un momento, el señor Hodges se excusó y abandonó el despacho.

Durante veinte minutos, Walt se quedó mirando por la ventana del despacho del director; observaba a los demás niños durante el recreo. Su madre en ningún momento se levantó del asiento que ocupaba junto al escritorio del director. Tenía la mirada perdida en la pared mientras con los dedos iba retorciendo trocitos de papel hasta formar bolas bien apretadas.

Finalmente, el señor Hodges abrió la puerta y entró de nuevo. Parecía cansado, como si padeciera el susto propio de quien ha sufrido un bombardeo, pero ya no tenía aquel aspecto maligno. Depositó dos gruesas carpetas de archivo sobre su escritorio.

-Las pruebas que pudiera pedirte podrían fabricarse, Walt. Pero no es justo que trate de detenerte de esta forma. Como mínimo tienes derecho a ponerte el nombre que quieras. -Abrió una de las carpetas-. No puedo relacionarte con estos expedientes sin remover cielo y tierra. Pero no creo que los necesites. Aquí no hay nada que nos hiciera tratarte de otro modo que no sea el que emplearíamos con un nuevo alumno. -Y se puso a leer-. Estudias tercer curso. El grupo al que pertenecías ha continuado sus clases, y tu maestra, la señorita Allison, sigue trabajando aquí. Has estado ausente menos de un año, y aunque ya has estudiado estos temas del tercer curso, creo que no te vendría mal un repaso.

Más tarde, antes de que Walt y su madre terminaran de rellenar los impresos, el director mandó llamar a la señorita Allison para que los viera. Walt levantó la mirada cuando ella abrió la puerta del despacho del señor Hodges, y sintió que le reconocía al verlo.

La señorita Allison lanzó un grito y las piernas le fallaron. No se desmayó -nunca llegó a perder el conocimiento-; pero cuando cayó al suelo, pareció como si lo hubiera hecho.

Volvió a gritar cuando él se le acercó para ayudarla a levantarse.

-¡Wal...ter!

El nombre sonó prolongado y horrendo, como en una vieja película de terror.

-Tranquila -dijo Walt-, no soy un fantasma.

-¿Qué eres?

Su voz sonó aguda por efecto del miedo.

-Sólo soy...Walt, sólo Walt. Soy Walt.

La señorita Allison le lanzó una mirada furibunda e impaciente.

-De verdad. Soy Walt. Además, mamá me ha dicho que no puedo contar nada.

Walt oyó que su madre rompía entre los dientes el lápiz que estaba mordisqueando.

-Cuéntaselo -le ordenó, furiosa-. Cuéntamelo. Walt se encogió de hombros.

-Fueron los alienígenas -dijo-. Recorrían el cementerio para ver el interior de las tumbas.

-¿Qué alienígenas?

-Pues un montón de alienígenas de distinto tipo. Aterrizaron en una nave espacial, en el bosque. Un par de ellos parecían como peces, o puede que víboras, otro tenía cara de oso, otros dos parecían grillos cebolleros vistos con una lupa. Y otros también.

»Pero en el que me fijé mejor, que era el que daba órdenes a todos los demás, era realmente gordo. Tenía una cabeza enorme, llena de chichones, con la misma forma que el niño retrasado que tuvo la señora Anderson...

-¡Walt! Billy Anderson es mongólico. No debes hablar mal de los menos afortunados que tú.

Walt asintió con la cabeza y se excusó.

-Perdona. Bueno, el caso es que aquella cosa tenía una cabezota llena de chichones, como esponjosa y una cara como de hormiga, con dos enormes pinzas en lugar de boca, y además parecía como algo que se te cae al suelo de la cocina. Babeaba por todas partes...

-¡Walt!

- ¡... y no paraba de hacer un ruido fuerte, como alguien que carraspea para expulsar una flema enorme.

»Pero su aspecto no era lo que más me impresionó. Lo que me asustó fue cuando se colocó sobre mi tumba y miró hacia abajo como si pudiera verme a través de la tierra. Y sus pinzas entrechocaban y se frotaban entre sí igual que un gato se lame los bigotes al ver a un ratón, y echaba los codos hacia atrás, como dispuesto a echárseme encima. Y hacía un sonido como de llanto, igual que un perro cuando te pide algo, y pensé que iba a atravesar la tierra y comerse mi cuerpo podrido. Y aunque yo sabía que estaba muerto y que no podía volver a morir, me dio mucho miedo. Como si no tuviese bastante con convertirme en algo que los árboles no distinguían del estiércol como para encima tener que servir de cena a un ladrón de cementerios. Pero entonces, aquella cosa se alejó y siguió mirando en el interior de las tumbas de otras personas. Cuando terminaron de verlas todas, volvieron a la mía, cavaron la tierra y me iluminaron con su rayo. No me dolió, aunque cuando estás muerto ya no sientes nada. Al cabo de cinco minutos volví a estar vivo, y sentí cosas, aunque ya no me las sabía, y entonces me levantó de la tumba.

»Pero cuando subí, los alienígenas ya se habían marchado. Entonces me fui a casa.

Fue la señorita Allison quien por fin lo dijo:

-Walt, eso es imposible. ¿Cómo podías saber todo eso si estabas muerto, enterrado bajo tierra? Aunque hubieras tenido los ojos abiertos, ¿cómo pudiste ver a través de la tierra?

Walt se encogió de hombros y respondió:

-Eso es lo que necesito contarles. Lo que es estar muerto. Siempre han necesitado saberlo, porque todo el mundo tiene miedo. Es como cuando te da dentera cuando con las uñas rascas el encerado al escribir, como estar despierto durante tanto tiempo que te mareas y empiezas a oír cosas. Y no se siente nada, y te enteras de todo lo que ocurre a tu alrededor, y de algunas

cosas que ocurren lejos. Es malo, y da miedo, pero no es tan horrible como para no poder acostumbrarse.

Aquella tarde, ni la señorita Allison ni su mamá volvieron a hablarle.

A nadie le pareció que tuviese sentido provocar una conmoción metiéndolo en el aula en medio de la jornada lectiva. Se incorporó al día siguiente, por la mañana, bastante temprano. (Quizá demasiado, decía la mirada de la señorita Allison; pero todo el mundo procuró no reparar en ella.) Cuando llegaron a casa, Anne, su hermana, lo abrazó, y jugaron a cartas hasta la hora de la cena. Después de cenar, papá, Walt y Anne hicieron el indio y se lanzaron almohadas en el cuarto de juegos.

Fue divertido.

Antes de irse a la cama, Walt quiso que papá le contara un cuento (había echado mucho de menos las historias de fantasmas de papá), pero él no quiso. Al cabo de un rato. Walt dejó de preguntar el porqué. No era tonto; sabía por qué su padre le tenía miedo.

Pero ¿qué podía hacer? Estaba claro que no quería marcharse, volver con los muertos. Le gustaba estar vivo. Le gustaba que la gente lo viera, le oyese y supiera que estaba allí. Los muertos no eran una compañía divertida. Casi todos se quedaban muy quietos y estaban cansados, esperaban la resurrección, no tanto cansados de la vida como exhaustos por su ausencia.

El martes y el miércoles fueron días tranquilos en la escuela. Casi ninguno de los chicos del nuevo curso había conocido a Walt antes del accidente. Y a los pocos que sí lo habían conocido no les costó demasiado concluir que Walt era algo que sólo habían visto los sábados, en la película de terror de las tardes.

Pero el jueves la noticia ya había circulado, y el grupo más decidido de su clase del año anterior -eran cuatro en total- lo buscó y lo encontró durante el recreo, en un rincón desierto del patio.

-Eh, *zombi* -le gritó Frankie Munsen desde atrás. Entonces, le lanzó un terrón de tierra que alcanzó a Walt en la parte blanda del hombro, justo debajo del cuello.

-El conde Drácula, supongo... -se burló Donny James, saliendo de detrás de un árbol, a la izquierda de Walt. Con el chándal azul se envolvió el antebrazo y se escudó tras él, como hacen los vampiros de las películas con sus capas-. ¿Tienes murciélagos en la cabeza, Walt? ¿Qué se siente al haber regresado de entre los muertos?

Walt dio un respingo cuando un terrón de tierra, lanzado desde la derecha, lo golpeó en el vientre. Se volvió y vio a John Taylor y a Rick Mitchell, de pie entre un grupo de pinos, lanzando terrones de tierra. Uno de ellos le dio en la frente y el polvo se le metió en los ojos.

Cuando por fin volvió a abrir los párpados, vio a cuatro niños, de pie, a su alrededor.

-¿Qué pasa, *zombi* ¿Tienes humo en los ojos? -se mofó Donny, que comenzó a sacudir a Walt por los hombros, con lo que el niño cayó de espaldas. Donny se le sentó sobre el pecho y le hundió las rodillas en los músculos del brazo-. ¿No vas a defenderte, *zombi?* -Soltó una risita tonta-. Demasiado tarde, imbécil.

La voz de Walt no sonó asustada; no tenía miedo, sólo estaba un poco enfadado.

-¿Qué te pasa? Yo no te he hecho nada.

-Es que no nos gusta ver que los muertos andan por nuestra escuela, *zombi.* -Donny le escupió a los ojos mientras hablaba-. Queremos que te vayas, idiota.

Walt echó a rodar de repente, sorprendiendo a Donny y quitándoselo de encima.

Al levantarse, con un brazo se limpió la saliva de los ojos y con el otro, aferró a Donny por el cuello. Walt obligó a arrodillarse al niño mayor.

-No estoy muerto -dijo.

Le temblaba la voz, estaba enfurecido. Lanzó a Donny contra un árbol, y la cabeza del muchacho produjo un sonido hueco.

Ninguno de los otros chicos dijo nada. Pero tampoco echaron a correr. Donny se sentó; la saliva sanguinolenta que le salía de la boca fue a caer sobre la tierra.

-Me he mordido la lengua -dijo.

Se balanceaba adelante y atrás de un modo inestable.

Walt se alejó y les advirtió:

-No volváis a hacer nada parecido.

Después se marchó a su casa.

Alguien debió hacer algo al respecto: telefonear a su casa, enviar a buscarle, reprenderle al menos por haber hecho «novillos». Pero nadie hizo nada al respecto. No era porque no hubiesen notado que se había marchado. Y, sin duda, todo el mundo se dio cuenta de lo que le había hecho a Donny James. Pero la señorita Allison no logró convencerse de que debía informar de su comportamiento, y nadie iba a contradecirle.

Cuando su mamá llegó a casa. Walt estaba sentado junto a la televisión, con un libro para colorear abierto en la mesita. El sonido de la televisión estaba casi al mínimo.

-Cariño, has vuelto pronto. ¿Cómo es eso?

Walt masculló algo sin utilizar ninguna palabra en concreto, simplemente le contestó con voz lo bastante baja como para que su madre pensara que la respuesta quedaba ahogada por el sonido de sus propios pasos al alejarse.

-Lo siento, cariño, no te he oído. ¿Qué ha pasado? Walt hizo demasiada presión sobre el papel, y el lápiz de cera dejó en él una marca oscura, escamosa. A Walt. aquella marca le pareció como una cicatriz.

-Me he peleado -respondió-. Creo que he lastimado seriamente a Donny James. Me parece que tendrá que ir a ver al médico. Y como no tenía ganas de volver a hablarles, me vine para casa.

-¿O sea que te has ido de la escuela? ¿Así, por las buenas?

-Mamá, piensan que soy un monstruo. Creen que soy una especie de vampiro o algo así.

Walt sintió deseos de llorar, más que nada por la frustración que sentía, pero no lo hizo. Metió la cabeza entre los brazos y su nariz rozó el libro de colorear.

Mamá se sentó a su lado, y lo levantó para abrazarlo. Frente a ellos, en la televisión con el volumen bajo, los personajes de una telenovela se mostraban silenciosamente preocupados, del mismo modo que un hueso se preocupa por un perro.

-No eres un monstruo, Walt -dijo mientras lo abrazaba y lo apretaba cada vez más contra ella -. No permitas que te digan esas cosas.

Pero su voz sonó tan insegura que aunque Walt deseara creerle más que nada en el mundo, no pudo.

Walt salió una hora antes de la cena, para ver si encontraba algo que hacer. Caminó un largo trecho, manzana tras manzana del barrio. Trataba de encontrar a alguien conocido, o un parque donde poder sentarse, o incluso jugar, o «algo», pero lo único que encontró en el arroyo, al final de la calle Dumas, fueron unas chinches de agua (las que su madre le había prohibido llevar a casa porque en realidad eran cucarachas). No fue muy divertido. Al regresar a su casa, las estrellas se veían gloriosamente brillantes, aunque todavía no estaba muy oscuro. Walt trató de identificar a Betelgeuse -le encantaba el nombre de aquella estrella, por eso le había pedido a su padre que le enseñara a buscarla-, pero no logró verla por parte alguna. Y mientras observaba el cielo, tres estrellas se convirtieron en meteoros. Al principio se limitó a observar, maravillado ante las marcas como de lápiz de luz que dejaban tras de sí las estrellas fugaces, pero, entonces, comenzaron a caer en espiral y cada una de ellas se dirigía hacia donde él se encontraba. A tres manzanas de allí había un enorme bosque, unas quince o veinte manzanas cuadradas de terreno en las que nadie había logrado abrir calles ni construir casas. Walt corrió hacia allí, tan de prisa como fue capaz. Se internó en el bosque mucho más de lo que se había internado nunca, hasta que va no vio las casas ni las señales que conocía, y ya no estuvo seguro de dónde se encontraba. Y cuando oyó que un grupo de gente corría hacia él, trepó al árbol más grande, más alto y más frondoso que logró encontrar. Y allí se ocultó.

Los alienígenas debían ir por él. Walt lo sabía.

Había siete en total, y cada uno de ellos era raro y diferente de los demás. El único al que vio de verdad era al que sostenía un chisme que parecía como un contador Geiger, el que tenía un par de gigantescas pinzas de hormiga en lugar de boca, aunque, en realidad, no era una boca, sino unas fauces. (Walt lo sabía. El martes había estado en la biblioteca y se había pasado horas leyendo acerca de los insectos.)

Era el mismo que lo había mirado fijamente a través de la tierra que cubría su tumba cuando todavía estaba muerto. Aquella cosa se acercó al árbol donde Walt se había escondido, y el trasto que llevaba en las manos empezó a hacer «bip», «bip» como loco. Walt observó a aquella cosa desde lo alto mordiéndose el labio inferior. De cerca, era más fea todavía que cuando había mirado en su tumba. Las cosas que llevaba en el extremo de los brazos no eran manos. No tenían ni palmas ni dedos, sino unos pliegues de piel vermiformes y musculosos que colgaban y oscilaban en los extremos de sus muñecas. Su piel tenía el mismo color de una cucaracha cuando la aplastas. Olía como a huevos podridos, como el ratón que anidó un verano en la televisión y fue a morder el cable que no era y acabó electrocutado. Al principio, sus brazos parecían normales (o algo en los ojos de Walt quería que pareciesen normales), pero entonces, aquella cosa se estiró para apoyarse contra el tronco del árbol, y sus brazos se doblaron hacia atrás, como si tuvieran dos articulaciones, y la cosa se apoyó con más fuerza aún y el brazo ya no se dobló en dos partes, sino que lo hizo como en arco bajo el peso. Las piernas las tenía igual, y al andar se le doblaban hacia el trasero, en una postura semi-acuclillada. Llevaba una túnica, por lo que Walt casi no podía verle el torso, pero en un momento dado se dobló de lado y la tela (¿o sería una especie de plástico gomoso que se estiraba?) se alargó tanto que quedó transparente y Walt logró ver que por el centro estaba retorcido como una salchicha, y formado por dos enormes trozos bulbosos apenas unidos por un punto.

Lo peor de todo eran sus ojos: enormes, más grandes que los platos del juego de porcelana que mamá reservaba para las visitas, y se parecían a como dicen que son los ojos de una araña vistos de cerca. Aunque no del todo. Eran más bien como una fuente llena de huevos, partidos y listos para batir, pero con las yemas todavía intactas. Alrededor de la media docena de pupilas de cada ojo, a través de la sustancia clara. Walt logró ver cómo palpitaban las venas y las terminaciones nerviosas contra la cuenca del ojo. De los ojos salía continuamente una especie de flema que iba a caer a las fauces. Por eso aquella criatura se pasaba todo el rato emitiendo aquel sonido, como cuando alguien carraspea tratando de tragarse los mocos.

La criatura se pasó un largo rato merodeando alrededor del árbol donde Walt se ocultaba, escudriñaba a través de cada tronco de cada arbusto, de cada montón de hojas, mientras los otros alienígenas revisaban el resto del bosque. Pero en ningún momento miró hacia arriba. Ni uno solo de los alienígenas levantó en ningún momento la mirada.

Lo buscaron prolija, metódicamente, enterrando en el suelo sus largas sondas electrónicas, volviendo todas las piedras y troncos podridos, tamizando hasta el último montoncito de estiércol.

Pero en ningún momento, ninguno de ellos examinó las ramas de los árboles.

«Estúpidos alienígenas», pensó Walt. Más tarde, al reflexionar sobre aquel detalle, decidió que había hecho bien.

Después de pasarse tres cuartos de hora buscándolo, se dieron por vencidos y se marcharon. Walt siguió en el árbol veinte minutos más, no fuera a ser que se hubiesen ocultado en alguna parte a esperarlo. Se había hecho el firme propósito de aguardar más, pero no lograba estarse quieto.

Daba igual. Porque cuando bajó del árbol, nadie acudió a capturarlo.

«Los alienígenas son más impacientes que yo», pensó Walt. De sólo imaginarse a unos alienígenas agitados y nerviosos, le entraron ganas de reír, pero se contuvo.

Ya era noche cerrada, y Walt desconocía aquella parte del bosque. Al menos la luna había salido ya y estaba casi llena, de manera que había luz suficiente para ver, para ver el sendero (un sendero muy poco transitado: en algunos lugares la hierba crecía tupida) que conducía hasta ambos lados y que él no reconocía.

No se sentía demasiado preocupado por sí mismo -al fin y al cabo, se había perdido pero estaba cerca de su casa, cosa que resultaba muy tonta-; pero sabía que su madre estaría angustiada. Cuando lograra llegar a casa, la encontraría muy enfadada. Se apresuró cuanto pudo.

Al cabo de unos quince pasos, el sendero fue a parar al cementerio de Walt.

El mismo en el que había estado sepultado durante once meses y siete días. El árbol junto al que se encontraba era el mismo cuyas raíces le hacían cosquillas en las mañanas soleadas. Delante de él estaba la lápida, profanada por las pintadas.

Aunque la luz de la luna era tenue, logró verla; unos osados trazos de pintura en spray cubrían las letras esculpidas en el granito.

Las pintadas tenían que ser recientes. La noche que había salido de la tumba se había vuelto para ver la lápida y estaba limpia.

Y alguien había puesto la tierra en el hoyo de nuevo, prensándola bien y habían vuelto a colocar el césped en su sitio.

Walt se puso de pie sobre la tumba y hundió la punta del zapato en las raíces del césped, al tiempo que contemplaba la lápida, leyéndola una y otra vez. También trató de leer las pintadas, pero no estaban formadas por palabras, ni siquiera eran letras, sino más bien extraños mamarrachos, como en las pintadas que cubrían los vagones del metro que Walt había visto cuando papá lo llevó a Nueva York. (Papá le explicó que las pintadas de la ciudad eran así porque los chavales que las hacían nunca habían aprendido a leer y escribir, y que eran demasiado tontos como para aprender siquiera el alfabeto. Parecía increíble, pero a Walt no se le ocurría ninguna otra razón por la cual no supieran cómo utilizar las letras.) Pensó que quizá las hubieran hecho los alienígenas, pero entonces se preguntó, «¿para qué iban los alienígenas a utilizar un spray rojo brillante?», y supo que no habían sido ellos.

Observar la tumba le hizo sentirse cómodo y somnoliento. Se hacía tarde, y sabía que debía regresar a su casa. Pero no podía evitarlo. Se acostó sobre su tumba, apoyó la cabeza en la lápida (la pintura estaba aún tan fresca que Walt logró olería), y se quedó durante una hora de cara al cielo, mirando las estrellas. No lo hizo para buscar naves espaciales alienígenas, sino porque en el mundo no había nada más cómodo.

Cuando volvió a casa, su mamá no estaba. Sólo papá y Anne, que miraban la televisión en el cuarto de trabajo.

-Hola, Walt -lo saludó papá cuando entró-. Parece que los exploradores habéis trabajado hasta tarde, ¿no? A Walter le entró la risa y respondió:

-Pues sí.

En realidad, no era una mentira; papá se hacía el chistoso. Walt se sentó a la mesa de juego, detrás del sofá de papá. Anne, estaba sentada en el confidente que había contra la pared, y no dejó de mirar la tele hasta que salieron los anuncios.

-¿Juegas a las cartas? -preguntó.

-No, creo que me iré a la cama temprano.

-En la nevera queda algo de cena, Walt -dijo papá-. Chuletas de cerdo rellenas y judías verdes. Walt asintió.

-Gracias -repuso.

Se levantó y se dirigió a la cocina.

-Ah, Walt -dijo papá-. Se me olvidaba. Llamó el hombre de ese periódico. *The Interlocutor.* Quiere venir a hablar contigo mañana por la mañana, antes de que salgas para la escuela.

-Ah.

Walt no estaba muy seguro de lo que pensaba.

-Creo que sería interesante -dijo papá-. Me pregunto cómo se habrán enterado tan pronto.

Walt se encogió de hombros y entonces se dio cuenta de que su padre no lo comprendería.

-No lo sé. Supongo que alguien del colegio se lo diría.

-Sí. -Su padre movió la cabeza afirmativamente mirando el televisor-. Supongo que eso habrá sido.

En la cocina, sacó el plato de la nevera y trató de comer lo que su madre le había dejado. A Walt le encantaban las chuletas de cerdo rellenas. Incluso frías. Pero no logró encontrar las ganas de comérselas, ni tampoco las judías verdes. Al cabo de veinte minutos, dejó el plato casi sin tocar sobre la mesa de la cocina y se fue a la cama.

Su mamá entró por la puerta trasera justo cuando él subía la escalera para irse a su cuarto. Se volvió para darle las buenas noches, pero ella ya se disponía a subir también, despotricando contra Dios sabía qué, y como estaba oscuro, no reparó en él.

-Mamá -dijo Walt, en un intento de llamar su atención antes de que tropezara con él.

-¡Dios mío! -gritó su madre.

En la oscuridad, le arreó un puñetazo que alcanzó a Walt justo debajo del ojo derecho. Cayó al suelo, y habría salido rodando, escalera abajo, de no habérsele enganchado el tobillo izquierdo entre los pies de su madre.

Durante cinco minutos, temblando y respirando con agitación, la mujer permaneció agarrada a la barandilla que había atornillada a la pared. Walt no se movió -no le pareció seguro-, y permaneció tirado en la escalera, a los pies de su madre. En un instante, su padre y su hermana se presentaron al pie de la escalera y lo vieron todo. Se quedaron allí, observándolo. No dijeron palabra.

-Walt -dijo su madre por fin (su voz le pareció más fría y más inhumana de lo que llegaría a parecerle nunca a ningún extraño)-. Te he dicho cien veces que enciendas la luz cuando vayas por la escalera y por los pasillos.

-Perdóname -se disculpó, temeroso de enfurecerla más si agregaba algo.

-No vuelvas a hacerlo. Asintió y le dijo:

-Me iba a la cama. Quería darte las buenas noches.

-Buenas noches -respondió su madre.

Su voz fue más dura y más solitaria de lo que había sido su tumba. En la cama, cuando estaba a punto de dormirse, se dio cuenta de que

no había comido casi nada en toda la semana y que desde su vuelta de entre los muertos apenas había sentido apetito.

Papá lo despertó muy, pero que muy temprano, sacudiéndolo por el hombro con su enorme mano blanda. Walt se duchó y se vistió antes de espabilarse del todo: más tarde, se dio cuenta de que se había puesto la camisa del revés.

Cuando entró en la cocina, su mamá ya estaba preparando el desayuno -huevos revueltos con tocino-, y el hombre del *The Interlocutor* estaba sentado a la mesa de la cocina. Miraba a Walt del mismo modo que Walt recordaba haber mirado a las lagartijas en la Sala de Reptiles del zoológico cuando tenía seis años. Pero la lagartija no podía verle, o al menos se comportó como si no pudiera.

-Hola, Walt. -El hombre le tendió la mano para saludarle, pero no dejó de mirarlo-. Soy Harvey Adler, del *The National Interlocutor.* He venido para tomar nota de tu historia.

A pesar de que sonreía, a Walt le recordó las sonrisas de las lagartijas: eran más un fallo de su anatomía que una expresión verdadera.

-¿Va a desayunar con nosotros? -preguntó Walt. No estaba seguro de por qué lo había dicho.

-Esto... -comenzó a decir Adler, incómodo. Pero, entonces, la mamá de Walt puso un plato delante de él y otro delante de Walt.

-Bueno, parece que sí.

Walt, en cierto modo, se sintió traicionado.

-¿Café, señor Adler? -inquirió la mamá de Walt. Aquello fue incluso peor; y Walt no supo bien el porqué.

-No, gracias, señora Fulton, ya me he tomado dos esta mañana. -Se volvió hacia Walt y le preguntó-: ¿De veras te has muerto, Walt? ¿Y te has levantado de tu tumba? ¿Cómo fue eso de estar muerto?

Walt revolvió el desayuno con el tenedor.

-Crucé la autopista corriendo y se me olvidó mirar. Hubo como un grito. Supongo que era el coche que trataba de frenar. Pero no lo vi. Nunca giré la cabeza. Todo pasó demasiado de prisa. Después, todo se volvió negro durante un rato.

Adler tenía el magnetófono en marcha, y tomaba notas con ahínco.

-Y después, ¿qué pasó, Walt? Éste se encogió de hombros.

-Después, me morí -respondió-. Podía ver y oír todo lo que ocurría a mi alrededor. Igual que los otros muertos. Pero no podía moverme.

- ¿Y estuviste así un año? Debiste de estar muy solo.

-Bueno, la verdad es que no te importa mucho cuando estás muerto. Y los demás muertos pueden oírte. Y hablarte. Pero no son muy conversadores. Nunca quieren hablar.

Y así estuvieron durante una hora. Se lo contó todo al hombre, lo de los alienígenas, cómo salió de su tumba, lo de sus amigos y lo de la escuela, todo. Al final. Walt llegó tarde a clase. Probablemente no era un buen día para ello: cuando por fin llegó al colegio, la señorita Allison siguió sin hablarle por lo del día anterior.

Durante el recreo, Donny James (lleno de moretones aunque no lastimado de verdad) buscó a Walt y le invitó a la partida de «Risk» que siempre jugaban en su casa los viernes por la tarde. Se comportó como si nada hubiera pasado; tal vez se mostró un poco incómodo. Walt nunca logró entenderlo, y aunque más tarde en la vida, aprendió que la gente hacía cosas como aquélla, jamás consiguió creérselas ni se acostumbró a esperarlas.

Una hora después del recreo, tuvo problemas con la señorita Allison. Esta hizo una pregunta a la clase («¿Dónde está la República Malgache?») que esperaba que nadie supiera responder. Pero Walt levantó la mano y la contestó a la perfección («La República Malgache es la isla de Madagascar, situada cerca de la costa sudeste de África. Sus nativos son negros, pero hablan una lengua emparentada con el polinesio»), lo cual hizo que ella pareciera como terriblemente tonta, y los niños de la clase se rieron. Walt no había querido ofenderla. Pero en cuanto abrió la boca, supo que la había dejado en ridículo. Contestar preguntas era algo más tuerte que él, y sabía la respuesta porque el anciano que ocupaba la tumba junto a la suya había sido marinero en el océano Indico durante treinta años, y cuando hablaba (cosa que ocurría muy rara vez) le contaba cosas de África, de la India, de las Maldivas y de sitios por el estilo.

A la señorita Allison aquello le sentó fatal. Desde el regreso de Walt, todo le sentaba fatal. Y no contribuyó en nada a mejorarlo el hecho de que Walt (sintiéndose intrépido, pues durante el desayuno se lo había explicado todo al hombre del *The Interlocutor)* tratara de explicarle cómo y por qué se había enterado de algo tan extraño; al fin y al cabo, no tenía tanta importancia. Por tercera vez consecutiva en aquella semana, la expresión de la señorita Allison se tornó violenta, y levantó la mano dispuesta a abofetearle y. por tercera vez, Walt le lanzó una mirada iracunda como advirtiéndole que si le golpeaba, sería lo último que haría en su vida. (Walt no lo hizo con mala intención, ni siquiera era capaz de cumplir con la amenaza. Simplemente la miró así para impresionar. Pero la conocía lo suficiente como para saber que con aquello la detendría.) Sin embargo, la señorita Allison no regresó temblando a su escritorio, tal y como había hecho las ocasiones anteriores. Salió del aula corriendo y cerró de un portazo. Estuvo ausente durante veinte minutos al menos, y cuando por fin regresó, lo hizo acompañada del señor Hodges, el director.

El señor Hodges sacó a Walt de la clase de la señorita Allison y lo puso en el curso siguiente, en la clase que había compartido con Donny James, Rick Mitchell y el resto.

La nueva clase le gustaba más. Aunque la señorita del cuarto curso era una vieja fornida y gruñona, por lo menos no resultó ser una histérica.

Por la tarde, acompañó a Donny hasta su casa y le ayudó a preparar el «Risk». En total, jugaron seis chicos -Walt, Donny, Rick, Frankie, John y Jessie, el hermano menor de Donny-

y la partida fue bien. Walt no ganó, pero tampoco perdió. En realidad, nadie perdió. Se hizo la hora de la cena antes de que ninguno de ellos lograra conquistar el mundo, de modo que lo dejaron así.

Al llegar a su casa, su padre y su hermana no estaban. Su madre se encontraba sentada a la mesa de la cocina, bebiendo café con los alienígenas.

Supo que aquellas cosas estaban allí incluso antes de entrar en la cocina como una tromba; cuando abrió la puerta principal, olió a carne electrocutada y al aroma sulfuroso de huevos podridos, y supo que habían ido a buscarle. Lo primero que pensó fue que habían tomado a su madre como rehén, que la habían raptado para obligarle a que los acompañara. Entró como una tromba en la cocina (de donde le llegaba el olor) empujado por uno de esos valientes impulsos que un niño suele sentir cuando no tiene tiempo para pensar.

En cuanto abrió la puerta de la cocina, supo que debía dar media vuelta y echar a correr de inmediato, pero no lo hizo. La sorpresa le paralizó. Retrocedió hacia la pared, junto a la puerta que acababa de trasponer y los miró con los ojos desorbitados y la boca muy abierta.

Su madre estaba sentada a la mesa de la cocina, bebiendo café con los alienígenas. El feo, el de la piel color entraña de cucaracha y ojos como el cadáver de una araña, estaba sentado a la mesa con su madre. Detrás de ellos, en el vestíbulo que daba al garaje, los demás alienígenas se amontonaban en el umbral para mirarle.

-Walt -dijo su madre-, éste es el señor Krant. Va a llevarte con él. Walt quiso gritar, pero se le hizo un nudo en la garganta, y no logró emitir sonido alguno. En las rodillas, algo quiso soltársele y dejar que cayera al suelo; apoyó el cuerpo contra la pared para mantenerse de pie.

-Por eso te despertaron, cariño. Te necesitaban. Están aquí por ti. Han venido a ayudarte.

Walt no se creyó una sola palabra, ni por un segundo. El tono de su madre era meloso, y «demasiado» sincero; le había mentido así como así después que él se había muerto.

-¡No! -gritó.

Su voz sonó chillona. Seguía con ganas de gritar, pero también tenía ganas de llorar. «Dios mío, ¿por qué mamá?» ¿Por qué tenía que aliarse con ellos?

-Tranquilo, Walt. -Siguió mintiéndole-. No tienes que ir con ellos si no quieres. Pero escúchales. Habla con ellos. Escucha lo que quieren decirte.

De inmediato supo que eso sería lo último que haría. El alienígena metió la mano en el bolso que llevaba y sacó un chisme que, cuando Walt lo miró, le entró un mareo.

«Un hipnotizador», pensó Walt, y volvió la cabeza hacia otro lado tan de prisa como pudo.

-Tranquilízate, Walter. -La voz ronca de la cosa sonaba como el aire que burbujea en el retrete cuando las cañerías hacen cosas extrañas. Walt oyó a la cosa manipular el chisme-. Puedes llamarme capitán Krant. Hemos recorrido una larga distancia para encontrarte. Muchas, muchas galaxias.

Walt no pudo contenerse, y se volvió para verle hablar. Las pinzas no se movían demasiado, pero las fauces saltaban y se retorcían como locas. Eso hacía que unos mocos espesos le cayeran por la mandíbula sin mentón. Walt observó cómo el moco bajaba despacio por la tela de la túnica del alienígena y se le metía dentro del escote redondo, debajo del cuello...

... Tuvo que vomitar, aunque llevara días sin probar bocado; sus piernas lo condujeron por entre los alienígenas, rumbo al lavabo...

... Y entonces cayó en la cuenta de que podía moverse de nuevo, de que podía correr...

... De modo que donde acababa el vestíbulo, él siguió hasta el garaje, salió por la puerta lateral, y echó a correr, y corrió, y corrió, sin volverse nunca para mirar la casa de su madre.

Cosa que quizá debió haber hecho, porque nunca más volvió a verla.

No se fijó muy bien hacia dónde corría, de modo que no se sorprendió demasiado cuando, momentos después, se encontró jadeante y lloroso, reclinado sobre su propia lápida. La tumba era su hogar, tal vez el mejor hogar que había tenido nunca; aunque aquel pensamiento

contenía un cierto prejuicio, una cierta amargura. A Walt no le importó. La amargura no tenía nada de malo cuando era producida por el hecho de que su mamá se hubiera vuelto contra él como un perro rabioso, incluso puede que tuviera algo de positivo. Se suponía que las madres debían protegerte, y no venderte para que te esclavizaran (o algo peor: regalarte) cuando los alienígenas venían a buscarte.

-¿Walt?

Una mano se posó en su hombro. Dio un salto y estuvo a punto de gritar, pero se contuvo. No le había oído llegar. En absoluto.

-Walt, ¿estás bien?

Era su hermana. Nadie más. Nadie la acompañaba. El corazón le latía como un caballo desbocado dentro del pecho.

-Sí -repuso Walt, inspirando una honda bocanada de aire y soltándolo despacio-. Estoy bien. Pero debí despedirme. Tuve que huir.

-¿Eh? ¿Y porqué?

-Mamá... -Se interrumpió-. No me creerías. Anne sacudió la cabeza.

-Cuesta mucho creer que estás vivo. ¿Puede haber algo peor? Walt intentó pensar en ello un momento y luego decidió que no. Se encogió de hombros y respondió:

-Los alienígenas, los que me revivieron. Han vuelto a buscarme. Mamá quiere que me vaya con ellos.

-Quizá tenga razón -dijo Anne con un encogimiento de hombros-. Hay algo que no funciona. Que no está bien desde que tú regresaste.

-¡Dios mío! No, tú también, no. Si los vieras, si tuvieras que irte con ellos... ¡Dan mucho miedo! -Walt trató de no llorar, pero no lo logró- . No quiero irme. No quiero que mamá trate de deshacerse de mí.

Anne se quedó allí, con el rostro inexpresivo, sin decir nada. Walt no supo cómo ni por qué, pero tuvo la certeza de que no había manera de que Anne respondiera a lo que acababa de decir.

Y a él no le quedaba nada que agregar.

-Sí -repuso por fin, porque necesitaba llenar el espacio con algo y, cuando lo dijo, en realidad no pretendía referirse a nada en particular-. Bueno, entonces, adiós.

Ella asintió, lo abrazó y le deseó suerte. Dio media vuelta, y antes de que ella se hubiera alejado cinco pasos, Walt ya se encontraba en el bosque, buscando a hurtadillas el sitio más oscuro que pudiera encontrar. Durante mucho tiempo, no volvió a ver a su hermana.

Se quedó sentado en el bosque horas y horas. Intentaba pensar qué debía hacer.

Llegó la medianoche y todavía no se había decidido; entonces, oyó los pasos de su papá. El no necesitaba hablar para que Walt supiera de quién se trataba; conocía su forma de caminar, por el ruido de sus pasos.

-Hijo -lo llamó papá, como si le oyese respirar-. ¿Walt? ¿Todavía estás ahí, hijo?

Walt se acurrucó más en el hueco entre las dos enormes rocas donde estaba descansando.

-Todo está bien, hijo -dijo papá.

En el tono de su voz. Walt oyó todo lo que necesitaba creer: que su papá lo amaba, que lo quería, que lo necesitaba. Que su mamá estaba pasando por un mal momento, y que pronto volvería a quererle como siempre lo había hecho. Muy pronto, a la semana siguiente, o a la otra, como mucho.

-Vamos, Walt, todo está bien -volvió a gritarle su papá-. Nadie te obligará a hacer nada que no quieras. De veras, hijo. Mamá está un poco afectada, pero se le pasará. Quizá podríamos irnos de viaje contigo y con tu hermana, una semana o dos, alquilaríamos una cabaña junto al lago.

Se refería al lago Hortonia, en Vermont, donde cada año iban de vacaciones desde que Walt tenía tres.

-Así dejamos a tu mamá sola una temporada -prosiguió su papá-, para que tenga tiempo de acostumbrarse a las cosas.

Papá se encontraba muy, muy cerca: pero Walt ya no intentaba ocultarse. Aunque tampoco se incorporó ni le dijo a su papá dónde estaba. Se había vuelto precavido. Un reflejo le impedía ponerse en pie. Entonces fue cuando movió la pierna e hizo caer unos cuantos terrones de tierra.

Eso lo delató.

-¿Walt?

La voz de su papá sonó tensa, más aguda. La luz de la linterna se desvió y allí quedó él, preso en su haz.

Walt quiso lanzar un grito de terror, de frustración por haber sido atrapado. Pero lo que ocurrió después le produjo más ganas de llorar que otra cosa, aunque trataba con todas sus fuerzas de no hacerlo. Entonces, echó a correr hacia su papá, con los brazos tendidos y gritando «papá». Le puso los brazos alrededor de la cintura y hundió el rostro en la barriga grande y blanda de papá. Y lloró sobre la suave camisa de franela, que olía a limpio porque su papá nunca sudaba.

-Papá -volvió a decir Walt, y se abrazó a él con más fuerza.

-¡Dios santo, Walt! Dios santo, Walt, te quiero, hijo, y tú lo sabes. Walt asintió sin apartar la cabeza de la barriga de papá aunque, en realidad, no le hubiese formulado una pregunta.

-Y ruego a Dios que algún día me perdones por lo que hago. ¡Dios mío, tu madre me obligó, tu madre me obligó...! -Entonces, las manos de su padre lo aferraron por las muñecas con mucha fuerza, como si fueran esposas de hierro, y gritó en dirección del cementerio-: Ya lo tengo...

Algo dentro de Walt se rompió y. sin que tuviera tiempo de pensar en nada, sin saber lo que hacía, un grito surgió desde un profundo hoyo negro y sin fuego que llevaba en su interior.

Un grito tan horrendo y verdadero que estremeció los bosques y, durante semanas, los sueños de todo aquel que lo había oído.

Las manos de su padre soltaron las muñecas de Walt.

Y Walt echó a correr.

Corrió toda la noche. No iba a ninguna parte. Todavía. Aún no había pensado tanto.

Siguió corriendo, porque sabía que lo buscaban. En más de una ocasión, les oyó caminar a sus espaldas: a su madre, a su padre. Oyó los extraños ritmos de los alienígenas. Y, más tarde, de otros.

Después de que la luna se ocultara, pero antes que comenzara a amanecer, ovó el sonido agudo y sonoro de un cuchicheo siseado.

-Psst, Walt.

Al principio creyó que provenía de la casa de Donny James (se encontraba en el bosque detrás de ella); pero luego se dio cuenta de que le llegaba desde la casa del señor Hodges, que estaba al lado.

Walt no logró imaginarse para qué lo llamaría el director del colegio. Para averiguarlo, se acercó a la ventana trasera que estaba abierta y tenía un mosquitero.

-¿Qué ha pasado, Walt? Tus padres han estado aquí, y también la policía. Te buscaban. Deben de haber ido a todas las casas del barrio para vigilarlas. ¿Qué has hecho?

Walt se encogió de hombros.

-Me he escapado -respondió-. Los alienígenas que me revivieron han vuelto a buscarme. Mamá quiere entregarme a ellos. El señor Hodges no creyó una sola palabra.

-Aunque hubiera ocurrido así, e imagino que no es más asombroso que las demás cosas que te han ocurrido en estos días, ¿por qué iba tu madre a llamar a la policía? Ellos no harían más que complicarle las cosas después.

Walt volvió a encogerse de hombros.

-Mamá es una traidora -replicó. El señor Hodges sacudió la cabeza.

-Walt, no sé lo que eres, pero eres muy raro. -Miró hacia el bosque, en todas direcciones-. ¿Quieres pasar a tomar un poco de chocolate?

Walt sabía que no debía confiar en aquel hombre; la experiencia le decía que aquella noche no debía confiar en nadie. Pero estaba cansado de huir y de tener miedo, de manera que asintió.

-Sí.

-Entra por la puerta lateral -le indicó el señor Hodges.

Él obedeció.

Dentro todavía estaba oscuro. Se sentaron a la mesa de la cocina mientras el director preparaba el chocolate (él se hizo café), para lo cual se alumbró sólo con la luz que entraba por las ventanas y que provenía de las farolas de la calle.

-Es mejor que no encendamos las luces -explicó-. Tal como están buscándote ahí fuera, si las encendiéramos, seguro que te verían.

-Sí -asintió Walt.

En realidad no tenían mucho de que hablar. Walt ya había dicho más sobre sí mismo y sobre los alienígenas de lo que jamás se había propuesto contarle a nadie. Y la verdad era que no sabía mucho más. Quedaba la escuela, pero Walt se sintió incómodo de hablar con el director de nada interesante; podría meter a alguien en apuros.

-La señorita Allison está en el hospital -dijo el señor Hodges-. Ayer por la tarde sufrió un ataque de nervios. En su propia aula. A las cuatro entró el conserje para barrer y fregar, y la encontró allí, mirando al infinito, como si esperara algo. Y por más cosas que le hicimos, ni pestañeaba, aunque si la observabas el tiempo suficiente, a lo mejor la veías pestañear por sí sola.

Walt asintió y se portó de una forma muy rara.

El señor Hodges encendió la pipa: en tres ocasiones aspiró por ella la llama de un encendedor de butano produciendo un siseo aspirante. El humo se elevó y quedó congelado en el haz de luz de la farola. El olor era pleno, pero amargo y polvoriento.

Walt supo que el sol no tardaría en salir. Sintió que se aflojaba lentamente igual que cuando la imagen desaparece poco a poco del televisor; notó que los músculos se le relajaban despacio; la cabeza se le fue deslizando hacia el cojín de su brazo que descansaba sobre la mesa, junto a la taza de chocolate. Trató de ponerse tenso y mantenerse despierto, pero no pudo.

-¿Walt? ¿Estás bien?

La pregunta del señor Hodges lo despertó. Sacudió la cabeza y se disculpó.

-Lo siento. Estoy bien.

-¿Quieres acostarte en el sofá? ¿Necesitas dormir?

-¿Me deja?

Walt estaba cansado, pero también tenía miedo. Se imaginó que su madre lo encontraba mientras dormía y que le entregaba a los alienígenas sin despertarlo para que lo supiera. Se vio despertando en una nave espacial, a años luz de su casa, en brazos de alguna «cosa» que tenía el aspecto y la consistencia del mondongo y que olía a huevos podridos. Trató de no temblar, pero no lo consiguió.

-¿Walt? ¿Te traigo una almohada y una manta? No te duermas ahí; podrías caerte de la silla y desnucarte.

-Por favor...

Con paso vacilante entró en la sala y fue hasta el sofá. Antes de que el señor Hodges regresara, casi se había dormido.

La limpia muselina de la funda de la almohada le pareció cómoda y tenía un tacto maravilloso; pero, en cierta manera, a Walt le pareció extraña. Se había acostumbrado al satén de su ataúd, aunque estando muerto no lograba sentirlo. La muselina le pareció demasiado áspera, demasiado absorbente. Permaneció despierto mucho más tiempo del que deseaba, tratando de acostumbrarse a su tacto.

Walt se despertó a primeras horas del anochecer: el señor Hodges no había regresado a casa todavía; tampoco le había dejado nota. Walt fue al cuarto de baño y se lavó lo mejor que

pudo, sin tener una muda de ropa. No sabía qué haría después; sabía que no tenía adonde ir, y le parecía que no le quedaba una vida por recomponer. Incluso llegó a pensar, por un momento, que estaría mejor muerto, pero supo que no era así.

El sonido del timbre lo decidió. Walt dejó la toalla que había usado para secarse y miró por el rincón donde el corredor acababa, hacia la sala.

Por la ventana del cenador divisó a tres policías que llevaban las manos entrelazadas delante, igual que los ayudantes de camarero en los restaurantes de lujo. Su madre iba detrás de ellos.

Tenía que marcharse o lo cogerían. Corrió al dormitorio del fondo, arrancó el mosquitero del marco de la ventana, salió y echó a correr.

-¡Walt!

El corazón le dio un vuelco e intentó salírsele por la garganta. Creyó que lo habían atrapado, pero no se volvió cuando reconoció la voz: era Donny James; estaba sentado en una tumbona, en el patio trasero. La casa de los James se encontraba al lado de la del señor Hodges.

-¡Calla! -cuchicheó Walt. Intentó quedarse quieto, pero no lo logró-. Me buscan. No grites.

-¿Eh? -Donny echó a correr para alcanzarle.

En el extremo más alejado del bosque, donde el desagüe pluvial pasaba por debajo de la carretera interestatal, había un enorme tubo de cemento del desagüe, lo bastante grande como para que un niño pudiera atravesarlo, pero demasiado pequeño para un adulto. Podía ocultarse allí, e incluso si lo encontraban, no podrían entrar para cogerle. Ni siquiera atraparle. Se habría marchado muy lejos antes de que ellos lograsen llegar al paso superior más cercano de la carretera para rodearlo por el otro extremo del tubo.

-¿Adonde vas, Walt? No contestó a la pregunta.

-Tú sígueme.

Todavía no había señales de su mama o de la policía cuando llegaron al tubo. Walt entró, caminó medio agachado, en realidad. Al llegar a la mitad del tubo, se sentó y apoyó la espalda contra la curva pared. Aquello estaba frío, seco y oscuro. No había bichos, al menos Walt no logró ver ninguno.

-Hoy ha venido la policía a buscarte al colegio -le informó Donny- . Y como no te encontraron, interrogaron a todo el mundo. Walt asintió. En cierto modo, se lo había imaginado.

- ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué huyes? ¿Por qué te buscan? Walt no supo qué contestarle; con el pie golpeó el otro extremo del tubo, intentando pensar.

-Los alienígenas que me revivieron han venido a buscarme. -Siempre esperaba que la gente no lo creyera, y todo el mundo venga creérselo. Raro-. No quise irme con ellos porque son muy, pero que muy asquerosos. Sin embargo, mamá quiso obligarme. Por eso me escapé.

Donny lanzó una piedra a la entrada por la que habían pasado.

-¿Y adonde vas a ir ahora?

Walt no había pensado «todavía» en ello. No mucho. Se encogió de hombros.

-Supongo que no lo sé -respondió.

Donny y Walt permanecieron sentados, sin hablar y reflexionando sobre aquel punto, durante cinco minutos.

-Bueno -dijo Donny-, no puedes volver a tu casa. Ella te enviará con los alienígenas. Pero has de tener un sitio donde vivir.

-Sí -asintió Walt.

Antes no se le había ocurrido pensar en ese aspecto. Imaginó que lo había evitado expresamente.

-Bueno, cualquiera que sea el sitio que elijas, más te vale que esté muy lejos. O tu mamá te encontrará.

-Sí.

Era cierto. Por eso había tratado de no pensar en lo que haría. No «quería» huir. Deseaba regresar a su casa y quedarse allí, para crecer igual que los demás niños.

Pero aquello era imposible. Sintió necesidad de llorar -más por la frustración que por otras cosas-, pero no quiso hacerlo en un sitio donde pudiesen verle. Y menos Donny.

-Será mejor que me marche -dijo Walt.

Donny asintió.

-¿Adonde vas a ir?

-No lo sé. Pero volveré tarde o temprano. Volveremos a vernos, te lo aseguro.

Pero no lo vio nunca más. Cuando Walt regresó al pueblo, Donny llevaba mucho tiempo muerto.

En la ventana de la tienda, junto a la rampa que llevaba a la interestatal, Walt se vio en la cubierta del *National Interlocutor.*

UN NIÑO SALE DE SU TUMBA

Walter Fulton, de ocho años, salió de su tumba la semana pasada, después de haber estado enterrado más de un año. Walt falleció el año pasado tras ser atropellado por un coche cuando cruzaba la calle.

«Morir no fue tan malo -dice Walt-. Dos ángeles me cogieron de los brazos y me levantaron del lugar del accidente para llevarme al cielo.

»El cielo es un sitio genial, y todo el mundo es feliz -agrega Walt-, pero no es lugar para un niño de ocho años. No hay ni barro, ni bates de béisbol, y nadie se lastima nunca en los partidos de fútbol.»

El doctor Ralph Richards, del Instituto de Investigación Psíquica de Tuskeegee, Alabama, sostiene que quizá la experiencia de Walt no haya tenido una naturaleza mística. «Es posible que el pequeño Fulton no estuviera muerto cuando lo enterraron, sino que quedara sumido en un estado tanático, del que se recuperó posteriormente.» *(Pasa a la página 9.)*

Walt se quedó maravillado con el periódico, lo leyó una y otra vez, y miró a fondo las fotos. Había dos: una estaba hecha en el cementerio, era de la lápida. Aún no había ninguna pintada en ella, y en el suelo seguía la tierra que Walt había amontonado al salir. Los policías -unos quince o veinte- se arremolinaban allí. Walt nunca había visto la foto, pero sabía que debieron de haberla hecho poco después de que el guardián encontrase la tumba de Walt abandonada. Aquello había ocurrido el lunes siguiente a su resurrección. La otra era una foto en la que se veía su rostro. La reconoció; la habían cortado del retrato que le hicieron en el primer curso, la foto en grupo donde toda la clase había tenido que colocarse en tres filas paralelas y posar para la cámara.

Walt entró en la tienda y compró un ejemplar del periódico con parte del dinero del almuerzo que había logrado guardar aquella semana. A la hora de almorzar no había tenido apetito.

El periódico lo asombró; era como si hubiesen escrito el artículo antes de haber enviado a aquel hombre a hablar con él. Sacó el periódico del estante, le pagó a la mujer, salió de la tienda y vagó por la calle, leyendo el artículo una y otra vez. Estaba atónito; el diario tenía el aura de Los Misterios, incluso de las cosas místicas.

En la calle, Walt apretó los dientes y se dirigió a la rampa que llevaba a la carretera interestatal. Anduvo durante media hora con el pulgar en alto por la franja de césped que había a la derecha del carril con rumbo sur.

Era casi de noche cuando la camioneta se detuvo.

-¿Adónde vas? -le preguntó el tipo que iba junto al conductor. En el vehículo viajaban ya cuatro personas. El olor a marihuana salió por la ventanilla. Walt vio que en el suelo había latas vacías de cerveza, y por lo menos uno de los cuatro hombres estaba bebiendo.

-Hacia el sur -respondió Walt-. Muy lejos.

-¿Quieres viajar en la parte de atrás de la cabina?

-Claro.

-Eh, Jack, abre la puerta y déjale subir.

Jack abrió la puerta y se inclinó, apartándose lo suficiente como para permitir a Walt que subiera pasando por encima de él; Walt se acomodó entre los bolsos y una pila de objetos. Durante horas viajó tendido de espaldas, con la cabeza apoyada en una almohada formada por algo que parecía ropa. Miraba el cielo mientras estaba acostado y observaba las estrellas.

En lo alto, los meteoros cruzaban veloces por encima de la carretera. Y en tres ocasiones, los coches patrulla de la policía, con las luces encendidas y las sirenas aullantes, pasaron por su lado.

Jack le preguntó si quería una calada de un canuto; le contestó que no, Jack y los demás que iban en la camioneta rieron ruidosamente.

A las cuatro de la madrugada se detuvieron en una zona de descanso para ir al lavabo. Cuando la camioneta dejó de andar, el olor que había dentro se le hizo insoportable.

-Abandonaremos la autopista en la próxima salida -le informó Jack, que regresó antes que los demás-. Si todavía quieres ir al sur, quizá aquí te resulte más fácil encontrar quien te lleve.

Walt asintió.

-Sí.

Trató de salir de la camioneta, aliviado de tener una ocasión de alejarse de aquel olor. Cuando se levantó, descubrió de dónde procedía: de la pila de ropa que había usado como almohada. Eran calcetines y ropa interior sucia. Se le revolvió el estómago y le entraron náuseas, pero no logró expresar nada. Hacía mucho que no comía, gracias a Dios.

-Tómatelo con calma, chico -dijo Jack. Se le había acercado muchísimo cuando Walt intentaba vomitar-. ¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

Walt salió del vehículo. Se quedó inclinado, con las manos apoyadas en las rodillas.

-Ya me pondré bien -respondió. El olor era horrible; le impregnaba el cabello y la ropa, y estaba tan cansado-. Gracias por el viaje.

Se dirigió a la fuente que había junto a las mesas del merendero, y bebió agua durante diez minutos, sin siquiera hacer una pausa para respirar. Cuando alzó la mirada, la camioneta se había marchado.

Su casa se encontraba muy, muy lejos, y él estaba cansado y olía mal. Entró en el servicio de caballeros y trató de lavarse, pero no le sirvió de nada. El olor se le había metido hasta en los poros.

Necesitaba un sitio donde dormir. Estaba convencido de que si se dormía en uno de los bancos del parque que había junto al camino, su mamá o alguien daría con él. Y aunque no fuera así, se hallaría tan a la vista que algún guardia de tráfico que no tuviera nada que ver con todo aquello podría encontrarle. Pero no soportaba la idea de tener que volver a hacer autostop. Miró más allá de la cerca que rodeaba la zona de descanso y pensó en el bosque tupido y extenso que rodeaba la autopista. Era profundo, oscuro y enorme; silencioso e infinito. Se extendía hasta más allá de donde alcanzaban sus ojos.

La cerca esta formada por tres filas tirantes de alambre de espino que atravesaban unos rústicos postes de madera. Tan lejos de cualquier ciudad no había necesidad de nada más complicado. Walt estiró hacia abajo el alambre inferior y pasó entre él y el de más arriba. Se rompió la camisa al enganchársela en una de las púas, y con otra se produjo un largo arañazo en el brazo, que se le llenó de sangre. Pero no le importó. Estaba demasiado cansado. Sólo quería encontrar un lecho de pinaza seco, blando y cómodo y dormir un millón de años.

Se internó en el bosque mucho más de lo que en principio se había propuesto.

Imaginó que necesitaría la caminata; en cuanto quería dejarse caer, algo, como un tic nervioso en las piernas, le impulsaba a internarse más y más en el bosque. Quizá fuera su cuerpo, que intentaba eliminar el exceso de adrenalina, o tal vez la necesidad de alejarse lo más posible de la autopista, para estar seguro.

No faltaba mucho para el amanecer cuando el pie se le enredó en una raíz retorcida que no había visto y cayó de bruces sobre un enorme montón de estiércol, húmedo y blando. Se le

desparramó por toda la pechera de la camisa, por los brazos (incluso por la herida) y por debajo de la barbilla. Se echó a llorar; no estaba tan mal que lo hiciese porque nadie lo veía. Se quitó la camisa y la utilizó para limpiarse los brazos y el cuello. No le sirvió de nada. Logró quitarse algunos trozos, pero con los pliegues enmerdados se manchó donde estaba limpio. Lanzó la camisa sobre una pila de piedras y, arrastrándose, se alejó de la mierda de oso. Se dirigió al pie de un pino.

Paralizado por la frustración y la desesperanza, se quedó allí sentado, con la espalda contra el tronco, hasta que el sol salió. Pensó otra vez en morirse, pero no creyó que aquello le sirviera de nada.

Se durmió bien entrada la mañana; seguía sucio y la piel comenzaba a arderle y a picarle allí donde el estiércol la cubría. No se había movido desde que se arrastrara hasta el árbol. Apenas notó el paso de la vigilia al sueño.

El tacto de algo fresco y limpio lo despertó. Antes de abrir los ojos, cuando todavía no se había despertado del todo, pensó que sería la lluvia.

Pero no era la lluvia.

Al aclarársele la vista por fin, vio que se trataba del alienígena; limpiaba el cuerpo de Walt con un lienzo blanco que olía a limón o a algo cítrico. Su mano lo rozó, y la sintió exactamente como si fuera un trozo de mondongo en el cajón de la verdura del refrigerador. Tras el olor cítrico se notaba el del sulfuro del alienígena y... el de carne en conserva. El primer impulso que sintió Walt fue gritar de terror -¿acaso lo estaba limpiando como se limpia a un animal antes de matarlo?-, pero ya no le quedaban siquiera ánimos para gritar. Si aquél era el fin, pues que lo fuera: se lo hubiese propuesto o no, ya se había hecho a la idea de llegar al final. Observó tranquilamente los ojos llorosos de aquella cosa.

-¿Estás herido? -le preguntó el alienígena, con la voz que sonaba a burbujas en una pecera y el aliento a huevos podridos. Walt apartó la cara.

-No -respondió, y lanzó un suspiro-. Me encuentro bien. El alienígena asintió moviendo la cabeza hacia adelante y hacia atrás muy despacio, como una mecedora. Terminó de limpiarle el hombro derecho y se estiró para limpiarle el izquierdo. Walt notó que debajo de la barbilla ya estaba limpio y le ordenó:

-Para ya.

El alienígena se mostró sorprendido, pero retiró la mano.

-Te quema la piel -dijo.

El alienígena se sentó durante un largo rato y se le quedó mirando con fijeza.

-No puedes volver a casa. Tu mamá se sentiría infeliz contigo. Te haría daño.

-Ya lo sé -repuso Walt. Hacía ya mucho que lo sabía.

-¿Adonde vas a ir? ¿Dónde tendrás tu vida? Walt se encogió de hombros.

-No eras feliz entre los muertos. Eso es raro en vuestra gente; casi todos ellos descansan en paz. Necesitábamos un ayudante, por eso te despertamos. -El alienígena miró la suciedad que cubría a Walt-. No estás obligado a venir.

Walt sintió la mierda de oso, la tenía como metida en el fondo de los poros, aunque la criatura lo hubiese limpiado. Notó que llevaba la mugre de la camioneta impregnada en el cabello. Tenía la ropa sucia y grasienta, hacía tres días que no se cambiaba. Y el alienígena, con sus manos como el mondongo, que olía a algo muerto y a algo podrido, no le pareció tan asqueroso ni horrendo. Al menos, en comparación.

Se marchó con los alienígenas. Fuera su decisión acertada o no, lo cierto es que jamás se arrepintió.

Y se divirtió.

Y cuando creció, llevó una vida plena y estupenda en las galaxias, una vida llena de estrellas, aventuras y maravillas. A los cuarenta años, regresó a su casa de la Tierra para hacer las paces.

Se reunió con su padre, con su hermana y la familia de ésta y todos juntos pasaron una semana de fiestas y celebraciones. Fue una semana estupenda, alegre como treinta Navidades juntas.

Pero cuando regresó, su madre ya no estaba allí. No había vivido mucho; murió poco después de marcharse Walt. Fue al cementerio, a decirle adiós.

Pero no contestó. Ella hizo todo lo posible por ignorarlo.

## AUTORIZACIONES

*Wordsong,* introducción y textos introductorios de cada relato. Copyright © 1987 by J. N. Williamson.

*Popsy.* Copyright © 1987 by Stephen King.

*Second Sight* (Doble vista). Copyright © 1987 by Ramsey Campbell.

*The Yard* (Depósito de chatarra). Copyright © 1987 by William F. Nolan.

*The New Season* (La nueva temporada). Copyright © 1987 by Robert Bloch.

*The Near Departed* (La futura difunta) y *Buried Talents* (Talentos ocultos). Copyright © 1987 by Richard Matheson.

*Ice Sculptures* (Esculturas de hielo). Copyright © 1987 by David B. Silva.

*Wiping the Slate Clean* (Borrón y cuenta nueva). Copyright © 1987 by G. Wayne Miller.

*The Litter* (La camada). Copyright © 1987 by James Kisner.

*Splatter* (Cine catastrofísta). Copyright © 1987 by Douglas E. Winter.

*Deathbed* (Lecho de muerte). Copyright © 1987 by Richard Christian Matheson.

*American Gothic* (Gótico americano). Copyright © 1987 by Ray Russell.

*Moist Dreams* (Sueños húmedos). Copyright © 1987 by Stanley Wiater.

*Dog, Cat, and Baby* (Perro, Gata y Bebé). Copyright © 1987 by Joe. R. Lansdale.

*Nothing from Nothing Comes* (Nada es casual). Copyright © 1987 by Katherine Ramsland.

*If You Take My Hand, My Soon* (Si tomas mi mano, hijo mío). Copyright © 1987 by Mort Castle.

*Maurice and Mog* (Maurice y Mog). Copyright © 1987 by James Herbert.

*Fish Story* (Historias de pescadores). Copyright © 1987 by Dennis Hamilton.

*Outsteppin Fetchit* (Superaba a Fetchit). Copyright © 1987 by Charles R. Saunders.

*In the Tank* (En el tanque). Copyright © 1987 by Ardath Mayhar.

*Hidey Hole* (El escondite). Copyright © 1987 by Steve Rasnic Tem.

*The Night is Freezing Fast* (Un viaje muy breve). Copyright © 1987 by Thomas F. Monteleone.

*Lake George in High August* (El lago George en pleno agosto). Copyright © 1987 by John Robert Bensink.

*The Man Who Drowned Puppies* (El hombre que ahogaba cachorros). Copyright © 1987 by Thomas Sullivan.

*The Boy Who Came Back from the Dead* (El niño que regresó de entre los muertos). Copyright © 1987 by Alan Rodgers.